

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

Política amoricida. El despertar radical y su visión del amor
como estrategia de opresión y reproducción del sistema patriarcal

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

María José Gómez González

DIRIGIDA POR

Mónica Carabias Álvaro
Esperanza Bosch Fiol

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FEMINISTAS

DOCTORADO DE ESTUDIOS FEMINISTAS Y DE GÉNERO



TESIS DOCTORAL

POLÍTICA AMORICIDA.

El despertar radical y su visión del amor
como estrategia de opresión y reproducción del sistema patriarcal.

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE **DOCTORA**

PRESENTADA POR:

María José Gómez González

DIRECTORAS

Mónica Carabias Álvaro
Esperanza Bosch Fiol

Dedicatoria y agradecimientos.

Quiero dedicar esta investigación a las mujeres que aparecen en sus páginas y que me han guiado en la búsqueda de respuestas.

También quienes me han permitido realizarla y pagado un precio, cómplices de mi caos y mis ausencias, centinelas de mi persistencia: a mi hijo Aruni, mi madre Sofía y a mi padre Raúl. A mis hermanas Sofi y Lidia, y a mi hermano Raúl.

A mis amigas, mi tribu de Perú, México, España y Ucrania: nuestras conversaciones —a veces trinchera, a veces abrigo— fueron brújula para intuir el origen de ciertos dolores, y descubrir que lo que duele en una, arde en muchas.

A las mujeres de Ucrania—, que, incluso en la intemperie, cuidan, piensan, aman; que entre los escombros del espanto tejen vínculos con quienes también sufren, y en ese amor —a veces rendición, a veces fuerza— mantienen viva la dignidad.

Gracias por atreverse, por nombrar, por no callar.

Gracias a Esperanza Boch Fiol, que me inspiró a repensar el amor y que me ha acompañado con mucha generosidad y cuidado. A Mónica Carabias Álvaro, sin cuya presencia esto no habría pasado de ser un deseo sin forma.

Gracias las mujeres del mundo y de todas las edades que siguen intentando identificar las trampas -a veces enemigas y otras, que, aunque también lo son, se visten de amigas- patriarcales, arriesgando su nombre, genealogía e historia, para que cada vez menos mujeres tengamos que subirnos al estrado.

ÍNDICE

I. RESUMEN	4
II. ABSTRACT	7
III. INTRODUCCIÓN	9
IV. JUSTIFICACIÓN Y MOTIVACIÓN	18
V. ESTRUCTURA	20
VI. METODOLOGÍA	25
VII. POLÍTICA AMORICIDA	37
CAPÍTULO I . AMOR, CONCEPTUALIZAR ES POLITIZAR. LA NEUROCIENCIA, LA PSICOLOGÍA, LA SOCIOLOGÍA, Y LA POLÍTICA DEL AMOR.	38
I. 1. DEL MATRIMONIO AL AMOR.	40
I. 2. LA CIENCIA DEL AMOR. HELLEN FISHER, BROOK J. SADLER, MARTIE HASELTON & LISA FIELDMAN.	44
I. 3. LA SOCIEDAD DEL AMOR. DAVID M. BUSS, ROBERT STERNBERG, BROOK J. SADLER & ERICH FROMM.	49
I. 4. AMOR, CAPITALISMO Y OPRESIÓN. STEVI JACKSON, SILVIA FEDERICI, EVA ILLOUZ, ANNA JÓNNASDÓTTIR & HEIDI HARTMMAN.	51
CAPÍTULO II . EL AMOR EN LA GENEALOGÍA FEMINISTA: OLIMPIA DE GOUGES, MARY WOLLSTONECRAFT, SUFRAGISTAS, ANARQUISTAS Y SIMONE DE BEAUVOIR.	62
II. 1. OLIMPIA DE GOUGES	62
II. 2. MARY WOLLSTONECRAFT	64
II. 3. LA HERMENÉUTICA DE LA SOSPECHA AMOROSA DE LAS SUFRAGISTAS. LUCRETIA MOTT, ELIZABETH CADY STANTON.	68
II. 4. EL AMOR EN LAS FEMINISTAS ANARQUISTAS: ALEXANDRA KOLLONTAI, FLORA TRISTÁN, CHARLOTTE PERKINS GILMAN & EMMA GOLDMAN	76
II. 5. EL AMOR EN SIMONE DE BEAUVOIR (1908- 1986 PARIS)	84
CAPÍTULO III . LA TERCERA OLA. UNA POLÍTICA SEXUADA.	88
III. 1. INFLUENCIAS DEL FEMINISMO RADICAL	91
III.1.1 EL EXISTENCIALISMO DE SIMONE DE BEAUVOIR	93

III.1.2 EL MOVIMIENTO POR LOS DERECHOS CIVILES	96
III.1.3 ANARQUISMO	97
III.1.4 MARXISMO	99
III. 2. EL FEMINISMO RADICAL EN SUS PROPIAS PALABRAS.	101
CAPÍTULO IV . RESIGNIFICACIÓN DE LAS RELACIONES ROMÁNTICAS	110
IV. 1. DESCUBIENDO AL ENEMIGO	111
IV. 2. LA TOMA DE CONCIENCIA Y LOS GRUPOS DE LAS CHICAS	118
CAPÍTULO V . FEMINISMO RADICAL, SEXO, AMOR Y DESAMOR	125
V. 1. EL AMOR EN SUS PROPIAS CARNES	126
V. 2. ANÁLISIS RADICAL DE LAS RELACIONES SEXUALES	131
V. 3. DIVORCIO. EL DERECHO A SALIR DEL AMOR	141
CAPÍTULO VI . PUBLICACIONES DE UNA POLÍTICA AMORICIDA	144
VI. 1. EL MANIFIESTO QUE CAMBIÓ EL TABLERO. FLORIDA PAPER.	146
VI. 2. EL AMOR EN LA DIALÉCTICA DEL SEXO. SHULAMITH FIRESTONE.	155
VI. 3. THE INDEPENDENCE FROM THE SEXUAL REVOLUTION. DANA DENSMORE.	161
VIII. RESULTADOS	167
<hr/>	
IX. CONCLUSIONES	177
<hr/>	
X. BIBLIOGRAFÍA	181
<hr/>	

“Que las mujeres hagan hablar sus dolores”

Flora Tristán

I. RESUMEN

Esta investigación indaga en la función del pensamiento amoroso como dispositivo de opresión estructural mediante una revisión genealógica del pensamiento feminista tanto en los textos no traducidos y más desconocidos de las feministas radicales de la tercera ola, como en publicaciones históricas de alto alcance que, si bien en principio no tenían el amor como centro de su discurso, el pensamiento amoroso se convierte en el eje vertebral de sus ideas cuando se extraen textos en los que describen y denuncian los espacios y vínculos donde las mujeres encuentran dificultades para avanzar en su liberación.

Mediante una metodología de revisión y análisis crítico del discurso — combinada con revisión sistemática interdisciplinaria— se examina cómo el amor ha configurado subjetividades y sostenido jerarquías entre los sexos en la vida privada y pública. Para realizar esta investigación se plantean tres objetivos que además establecen categorías de análisis:

(1) Establecer un marco de comprensión interdisciplinario del amor, para sistematizar cómo cada disciplina de las ciencias sociales, políticas y del comportamiento (neurociencia, psicología, sociología y teoría política) conceptualiza, define y politiza el fenómeno amoroso en las relaciones íntimas identificando si existe un alcance feminista en las investigaciones.

(2) Sistematizar la bibliografía feminista desde 1791 hasta 1950 para extraer sus reflexiones sobre las relaciones amorosas y analizar si contemplan la opresión de las mujeres a través de sus vínculos íntimos y sus estrategias para lograrlo.

(3) Analizar textos canónicos y de baja difusión del Movimiento de Liberación de la Mujer (1963-1980) con la finalidad de determinar en qué medida las feministas radicales conceptualizan el amor como mecanismo de subordinación, las estrategias patriarcales para lograrlo, y las estrategias emancipatorias que proponen las mujeres.

Los resultados se agrupan en tres ejes:

Objetivo 1 - Análisis interdisciplinario. La literatura científica dominante en el campo de las ciencias humanas mantiene una visión evolucionista y a-crítica; no se evidencia una perspectiva feminista que conecte neurofisiología o psicología del enamoramiento con las relaciones de poder existentes en las sociedades patriarcales. Solo la crítica sociopolítica feminista aporta un enfoque que vincula amor, capitalismo y patriarcado.

Objetivo 2 - Corpus 1791-1950: las autoras ilustradas, sufragistas y anarquistas convergen en señalar al amor—y muy especialmente a su institución, el matrimonio —como la fórmula de dependencia económica, de explotación reproductiva y de violencia simbólica contra las mujeres. Denuncian la cultura del romance como estrategia de la desigualdad que viven las mujeres y prescriben educación, pensamiento autónomo, independencia económica y reformulación de las relaciones conyugales como vías de resistencia.

Objetivo 3 - Feminismo radical (1963-1980): las feministas del Movimiento de Liberación de la Mujer profundizan la crítica y teorizan sobre el amor como trabajo sexo-afectivo gratuito que mediante su sometimiento sostiene la familia nuclear, las excluye de liderazgo político y nutre -potenciándolo- el ego masculino. Identifican tácticas patriarcales (de los hombres) — como la romantización de lo “femenino”, el amor como eje del proyecto de vida de todas las mujeres, instalar el miedo a la soledad como alternativa al amor, la sacralización de la familia patriarcal, la interiorización de la misoginia en las mujeres o la desarticulación de las demandas feministas en favor de luchas «universales». Articulan un programa de acción basado en la toma de conciencia del amor como método de opresión masiva, la desmitificación del romanticismo, el establecimiento de grupos no mixtos de autoconciencia y el señalamiento explícito del hombre como opresor.

Esta investigación muestra que el mandato amoroso opera como matriz ideológica central en la reproducción del patriarcado, que no solamente se instala en la vida íntima, sino que se extiende hasta los límites de la participación individual y colectiva de las mujeres. Se manifiesta la pertinencia de incorporar la perspectiva feminista a los estudios interdisciplinarios sobre el amor, así como la necesidad de presentar las relaciones de pareja desde nuevos modelos que trasciendan a la cultural tradicional del romance. La tesis aporta un marco

teórico-crítico que reconfigura la noción de libertad femenina en contextos donde a través de las relaciones sexo afectivas el ideal romántico continúa funcionando como bastión patriarcal.

Palabras clave: amor, amoricidio, pensamiento amoroso, patriarcado, genealogía feminista, opresión, trabajo sexo-afectivo, feminismo radical.

II. ABSTRACT

This research explores the role of loving thought as a structural device of oppression through a genealogical review of feminist thought, focusing both on untranslated and lesser-known texts by third-wave radical feminists and on widely disseminated historical publications which, while not centered explicitly on love, reveal—through an analysis of the spaces and relationships where women face obstacles to liberation—that love becomes the backbone of the discourse.

Using a methodology that combines critical discourse analysis with a systematic interdisciplinary review, the study examines how love has shaped subjectivities and sustained hierarchies between the sexes in both private and public life. Three main objectives guide the research and form the basis of the analytical categories:

(1) Establish an interdisciplinary framework for understanding love, aimed at systematizing how each discipline within the social, political, and behavioural sciences (neuroscience, psychology, sociology, and political theory) conceptualizes, defines, and politicizes the phenomenon of love in intimate relationships, identifying whether a feminist scope is present in the research.

(2) Systematize feminist bibliography from 1791 to 1950 in order to extract reflections on amorous relationships and analyse whether they consider the oppression of women through their intimate bonds, as well as the strategies they propose to address it.

(3) Analyse canonical and lesser-known texts from the Women's Liberation Movement (1963–1980) to determine to what extent radical feminists conceptualize love as a mechanism of subordination, the patriarchal strategies used to achieve it, and the emancipatory strategies proposed by women.

The findings are organized around three main axes:

Objective 1 – Interdisciplinary Analysis. Dominant scientific literature in the human sciences maintains an evolutionary and uncritical perspective; there is little evidence of a feminist approach that connects neurophysiology or the psychology of romantic love with the power relations

embedded in patriarchal societies. Only feminist sociopolitical critique offers a framework that links love, capitalism, and patriarchy.

Objective 2 – Corpus 1791–1950. Enlightenment thinkers, suffragists, and anarchist women converge in identifying love—and particularly its institutional form, marriage—as a formula for economic dependence, reproductive exploitation, and symbolic violence against women. They denounce the culture of romance as a strategic tool of inequality and advocate for education, independent thinking, economic autonomy, and the redefinition of conjugal relationships as forms of resistance.

Objective 3 – Radical Feminism (1963–1980). Theorists of the Women’s Liberation Movement deepen the critique, theorizing love as unpaid sex-affective labour that sustains the nuclear family, excludes women from political leadership, and reinforces male ego. They identify patriarchal tactics (by men), such as the romanticization of femininity, love as the central life project for all women, the instillation of fear of solitude as the alternative to love, the sacralization of the patriarchal family, the internalization of misogyny by women, and the dismantling of feminist demands in favour of so-called "universal" struggles. They articulate an action program based on recognizing love as a methodology of mass oppression, demystifying romanticism, creating non-mixed consciousness-raising groups, and explicitly naming men as oppressors.

This study demonstrates that the mandate of love operates as a central ideological matrix in the reproduction of patriarchy, not only embedded in intimate life but extending to the boundaries of women’s individual and collective participation. It underscores the relevance of incorporating a feminist perspective into interdisciplinary studies of love and the need to propose new relational models that move beyond traditional romantic culture. The dissertation contributes a critical theoretical framework that reconfigures the notion of female freedom in contexts where sex-affective relationships continue to uphold the romantic ideal as a patriarchal stronghold.

Keywords: love, amoricide, loving thought, patriarchy, feminist genealogy, oppression, sex-affective labour, radical feminism.

III. INTRODUCCIÓN

Que las leyes han sido elaboradas por hombres ya lo sabemos, y que sobre los documentos fundacionales de las mismas – la Torá, el Corán o la Biblia (Lerner, 2014)- las mujeres han participado lo que han podido -y eso es muy poco-, también. Ni siquiera en ese pequeño espacio (o precisamente por lo pequeño) se ha entrado a hurgar en las dinámicas humanas que generan y sostienen la violencia contra las mujeres de formas manifiestas y visibles, y también tan sibilinas que aún se siguen investigando para poder descubrirlas y nombrarlas. Esta investigación indaga en los sostenes visibles de las jerarquías sexuales y en por qué el avance para acabar con la subordinación de las mujeres resulta en tantos puntos ciegos. El consabido y coaccionado silencio, el látigo social que supone romperlo y criticar al grupo que tiene el poder, y la necesidad vital de vivir para ser amadas en las que se educó antes a las mujeres, y en las que se las sigue educando ahora, podrían ofrecer algunas pistas.

Lo personal es político especialmente en la política. Se ha logrado llevar a las calles la palabra de las mujeres, y es conveniente seguir encontrando la manera de que éstas lleven su palabra también a la política para que se incorpore a las leyes, programas, espacios electorales y espacios de alto nivel de toma de decisiones. Que las mujeres que participan en política puedan pensar sobre las dinámicas que se dan en sus relaciones íntimas y las lleven al estrado, que las prioridades políticas dejen de enfocarse en lo que afecta a la vida de los hombres, a lo que alimenta o erosiona su masculinidad, y que la realidad de la intimidad se siga haciendo visible y, a ser posible, desde una mirada feminista.

Las estadísticas globales muestran que un número significativo de feminicidios ocurre dentro de relaciones íntimas¹ (UNODC, 2022), y esto sugiere alguna conexión entre las relaciones íntimas y la violencia contra las mujeres. Es vital investigar si las expectativas y normas relacionadas con el pensamiento amoroso que se dan en los espacios íntimos contribuyen a esta violencia, o si las presiones sociales sobre las mujeres en las relaciones amorosas influyen en la salud mental de las mujeres (Urta Portillo, 2023).

¹ Of all female homicides in 2021, 119 in total, 84% took place within the domestic sphere.

En el mundo -y gracias al movimiento feminista- los países han ido incorporando leyes se han creado para proteger a las mujeres de la violencia que los hombres pudieran ejercer contra ellas en relaciones que se denominan amorosas, sexoafectivas o de pareja. Los instrumentos internacionales de Trata de Personas (Naciones Unidas, 2000) consideran el enamoramiento como forma de “enganche” para la comisión del delito, y resoluciones de Naciones Unidas elevan a 230 millones de niñas que en el mundo son víctimas de mutilación genital femenina MGF bajo el argumento que estás niñas mejorarán sus oportunidades de encontrar un marido (Naciones Unidas, 2024).

Por quedarnos más cerca, en España la Ley Orgánica 1/2004 sobre las Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género (2004), es la que ofrece en España la definición del delito de violencia de género. En su objeto se propone actuar contra la violencia que ejercen los hombres sobre las mujeres con quienes tienen o han tenido un vínculo afectivo:

Tiene por objeto actuar contra la **violencia** que, como manifestación de la discriminación, la situación de desigualdad y las relaciones de poder **de los hombres sobre las mujeres**, se ejerce sobre éstas por parte **de quienes sean o hayan sido sus cónyuges o de quienes estén o hayan estado ligados a ellas por relaciones similares de afectividad**, aun sin convivencia (Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, 2004).

De acuerdo con los últimos datos publicados por el Instituto Nacional de Estadística, durante el 2023 fueron denunciados 36,404 hombres (INE, 2024), cuyas agresiones se enmarca en el delito de violencia de género precisamente por esa relación de afectividad o análoga. Ese mismo año se dictaron 109.383 medidas cautelares para proteger a las víctimas y evitar nuevas agresiones. Solamente el 17% de estas parejas ya no lo eran cuando se interpuso la denuncia (INE, 2024). Son medidas para proteger a las mujeres de la violencia que reciben por parte de los hombres que alguna vez amaron, que aún amaban, o que dijeron amarlas.

Según las cifras mencionadas, respaldadas por diferentes estudios sobre violencia (EuroStat- Ministerio de Igualdad, 2023) (Iguales-UVA, 2017), las relaciones de pareja muchas veces no responden a lo que las mujeres imaginaron que les depararía el amor, y se verá en las próximas páginas que un gran número de feministas de diferentes siglos tuvieron las mismas impresiones. Si el poder que ejercen los hombres sobre y contra las mujeres juega un papel en las relaciones de pareja, y parece que es instrumental, nos parece importante entender qué mecanismos utilizan los agresores, así como el sistema que los protege, para que el amor siga construyéndose sobre ideales de bienestar y prosperidad para las mujeres, ocultando las estrategias que, con sigilo, las colocarán en situaciones de malestar, y que en demasiadas ocasiones tendrán un desenlace fatal. Estos mecanismos incluyen no solamente la violencia explícita, sino lo que Esperanza Bosch y Victoria Ferrer, sobre las bases de los análisis de Bonino, denominan micromachismos coercitivos (Bosch Fiol & Ferrer, 2002, p.27), en ellos se incluye, entre otros, el control del dinero, el uso expansivo del espacio íntimo, o la intimidación.

Bajo el paraguas de la cultura y para lograr ser aceptadas y queridas, las mujeres han sido presionadas para callar sus violencias -a veces convencidas de los beneficios que les depararían- sometidas al vendado de senos y de pies, a embarazos que no querían, procesos hormonales, abortos inseguros de relaciones ni consentidas ni deseadas, o a matrimonios a la fuerza que les otorgaran una mínima ciudadanía (UNODC & UN Women, 2024). Han renunciado a proyectos de vida propios, y atravesado un condicionamiento para el sometimiento -la socialización diferencial- que puede normalizar dolor, la ansiedad y la tristeza, y que las impide encontrar una salida viable fuera de sus vínculos sexoafectivos, dejándolas desamparadas.

Las vidas de las mujeres son susceptibles de ser revisadas desde una perspectiva de estereotipos basados en el sexo. Una mirada sexuada minuciosa permite concluir que hay un alguien que se beneficia y otro alguien que queda perjudicada en cualquier vivencia humana, y estas últimas son en demasiada medida e incluyendo las relaciones de pareja, las mujeres (Gómez González, 2022).

La revalorización del amor en las ciencias sociales, las aplicaciones de citas para encontrar pareja para un rato o de vida, las nuevas formas de amor (soliamor, relaciones a distancia, anarquía relacional, poliamor, amor poli-flexible, o relación abierta), las redes sociales como nuevo espacio para interactuar, o el interés de las mujeres en ofrecer herramientas para lograr relaciones más equitativas, han contribuido a que a nivel global en los últimos años haya habido un incremento de las publicaciones sobre relaciones sexoafectivas. El surgimiento de libros exitosos de autoayuda para lograr encontrar el amor, mantenerlo o imaginar estrategias para recuperarlo, se han apoyado -según lo revisado para la presente investigación- en herramientas psicológicas, especialmente en las de la psicología positiva. La tendencia de estos contenidos parece centrarse en el empoderamiento individual, la libertad, el bienestar emocional (Gray, 2016), o a ver las relaciones de pareja como un espacio de conexión y resistencia. Sin embargo, los análisis de las relaciones de poder entre los sexos dentro de las relaciones amorosas realizadas desde un enfoque feminista radical no se evidencian tanto, lo hacen, en cambio, las que tienen una generosa libertad a la hora de enmarcar sus obras en el marco teórico feminista² o las que consideran como causas de la violencia los celos, las distintas formas de pensar que tienen los chicos y las chicas, los problemas de carácter y o los intentos de control (Alba Robles et al., 2015). En ambos casos la socialización diferencial o no ha sido identificada, o parece adaptada a fines que no contribuyen a generar conciencia en las mujeres sobre su todavía necesaria liberación.

Las relaciones amorosas heterosexuales requieren analizarse desde el significado de la jerarquía de poder o sumisión que trae consigo cada sexo convertido en género. La definición propia de género que se hace a lo largo de esta investigación es la de un orden que no solamente precede al capitalismo, sino que también lo facilita, es la estrategia de jerarquización que define qué

² Algunos libros que abordan el poliamor y el empoderamiento sexual incluyen: *Amo, luego existo: Los dilemas del amor y sus alternativas* (Brigitte Vasallo, 2018), *Poliamor: Lo que crees que sabes y lo que no te atreves a preguntar* (Lina Betancurt, 2020), *Más que dos: Una guía práctica para el poliamor ético* (Franklin Veaux y Eve Rickert, 2014), *El poliamor y sus posibilidades: Nuevas relaciones de pareja* (Anna Martín, 2021), o *El placer es mío: Una guía revolucionaria para el empoderamiento sexual femenino* (Laura Morán, 2020).

hacen en el mundo, en perjuicio de quién, y a beneficio de quién, los hombres y las mujeres. El género, como construcción social del sexo biológico, no es un fin, sino un medio que con diferente intensidad de violencia crea y reproduce el sistema patriarcal. Es su discípulo en la tierra. El género se presenta necesariamente como inocuo para que ambos sexos se sientan cómodos con sus asignaciones. El género es el método, la opresión es su fin último.

La ausencia de una mirada política feminista fortalece la idea mayoritaria de que en las relaciones heterosexuales los hombres y las mujeres llegan con la misma capacidad de negociación, poder de palabra, recursos y potencial financiero y con el mismo poder simbólico y real (Caro García & Monreal Gimeno, 2017). Como recuerda Anna Jónasdóttir (Jónasdóttir, 1993), al intentar explicar las diferencias de poder entre los sexos hay que contemplar esas relaciones como un sistema de poder socio sexual y político específico. Y no es igual a otros, tiene sus propias particularidades y formas de operar. Es motivación feminista desvelarlas ante los ojos de las mujeres.

Se van a identificar y analizar ensayos, entrevistas, investigaciones, artículos, manifiestos o audios, que engloban análisis teóricos basados en la propia experiencia vital de las mujeres a lo largo de diferentes momentos históricos. Se enfatiza en el legado de las feministas radicales, que sostienen que el amor es una herramienta que el patriarcado utiliza predominantemente, aunque no en exclusividad, para seguir oprimiendo a las mujeres de manera que el sistema pueda seguir funcionando como viene haciéndolo hace más de 50 siglos³. Se acompaña de manera cronológica, la toma de conciencia y el significado que tuvo en sus vidas la subordinación a la que estaban sometidas por los hombres, también por aquellos con quienes compartían activismo e intimidad (especialmente con quienes compartían ese activismo e intimidad), para entender si estos -y las razones para hacerlo o no- han respaldado las vindicaciones de las mujeres en la intimidad, y si las han acompañado en su participación pública y política, especialmente en la denominada Tercera Ola

³ Según diversas autoras, el patriarcado tiene sus orígenes históricos en la Revolución Agraria (aproximadamente 3000 a.C.) Ver: Lerner (*The Creation of Patriarchy*, 1986), Marilyn French (*Beyond Power*, 1985), Riane Eisler (*The Chalice and the Blade*, 1987), Heide Göttner-Abendroth (*Matriarchal Societies*, 2012) o Silvia Federici (*Caliban and the Witch*, 2004).

Feminista⁴. Estas mujeres, como se verá, han intentado ofrecer una explicación – y una salida- a esta verdad mientras trataban de explicárselo a ellas mismas, y escapar de ella.

No se analiza una guerra sin posicionarse sobre quiénes atacan. Los hombres que en situación de superioridad matan a civiles en conflictos son considerados culpables y violentos, en cambio aquellos que matan a las mujeres en sus casas, podemos deducir a través de los resultados de investigaciones sobre la violencia en las redes sociales (Vázquez Salgado & Pastor, 2019) -que nos permiten conocer el alcance del pensamiento anónimo-, que ostentan como grupo el beneficio de la duda del discurso machista “lo que para ellos sería denigrante o violento, para las mujeres lo ven como una posibilidad” (Observatorio de Violencias Sexuales contra Mujeres Jóvenes, 2024, p.25).

El análisis de las condiciones materiales sobre las que caminan por la vida los hombres, con una brecha aún por cerrar que de acuerdo con el *Global Gender Gap 2024* se mantiene en un 68,5% (Global Gender Gap, 2024), podría llevar a sospechar que el tiempo, el valor de la palabra, los recursos emocionales y económicos y el liderazgo político, han jugado y juegan a su favor. Con esta desigualdad en todas las esferas vitales, es relevante analizar nuevos escenarios que puedan jugar un rol en esas superiores condiciones materiales de los hombres.

Las feministas radicales teorizaron sobre el aborto, el matrimonio, el llamado amor libre (que para las mujeres veremos que pareciera no haber supuesto ni amor ni libertad), el sexo como base de la opresión, el rol de las mujeres en los movimientos políticos, el deseo, los derechos reproductivos, los cuidados y, en muchas más ocasiones de las que pareciera; sobre el amor. Pero estos análisis y conclusiones no se identifican en el mainstream político actual, a pesar de que quienes nos precedieron ya nombraron que la opresión de los hombres contra las mujeres era sexual, que estaba por tanto basada en el sexo y

⁴ Desde el movimiento feminista europeo, el feminismo ilustrado y el feminismo sufragista constituían la primera y segunda ola respectivamente, considerando como una tercera la vinculada a la denominada revolución sexual, para el feminismo americano viene siendo la segunda porque no vivieron la ilustración.

que, en las relaciones más íntimas, además del cariño y el compañerismo, se ejercían múltiples formas de violencia (Atkinson, 1969a).

En diferentes investigaciones sobre el amor (Irich Beck, 1998) (Caro Blanco, 2008) podemos encontrar matices entre el amor romántico -ese que no nos gusta- y el otro, el bueno, el superado, el neoamor; “el nuestro”, como si este último estuviera protegido y deslindado de las relaciones de poder entre los sexos y de su reproducción y alimento a la sociedad patriarcal. Diferenciar entre amor romántico y el que no lo es, si no nos estamos refiriendo a un concepto histórico, podría ocultar que el no romántico es, más que aceptable, recomendable, y que existe un tipo de amor sin influencia externa, con dos personas no condicionadas por su crianza, sus realidades materiales o las expectativas sociales interiorizadas de acuerdo con su sexo. Como diría Shulamith Firestone, “al referirnos al amor romántico, estamos hablando el amor corrompido por su contexto de poder —el sistema de clases sexuales— en una forma enfermiza de amor que tan sólo sirve para reforzar las estructuras del sistema de clases basadas en el sexo” (Firestone, 1976, p.185). Por eso, y de acuerdo con la evidencia de que las relaciones de poder de un sexo sobre otro se mantienen en todas las esferas, esta investigación se referirá al amor a secas, el común y corriente, ese en el que las mujeres aprenden a reconocerse sexualmente como mujeres y que ha sido observado con detenimiento por feministas de diferentes generaciones para analizar los mecanismos de poder que se ponen en juego, y mostrarnos cómo estos afectan a las mujeres.

Encontramos que la educación formal e informal sigue socializando a los niños y las niñas de forma diferente (Bosch Fiol & Ferrer, 2013) a los niños les educa para la gratificación a través del mundo exterior, la autopromoción, los estímulos físicos, la independencia, desarrollar su propio proyecto de vida o tener un trabajo como fin prioritario. Lo aprenderán disfrazándose de héroes y jugando a serlo, realizarán actividades extraescolares jugando al fútbol o al *básquet* en espacios abiertos, construirán grandes edificios con Legos u otros materiales sólidos con los que crear materialidad, surcarán mares vestidos de piratas y domesticarán dragones con los que conquistarán nuevos universos. Su educación es instrumental, se busca que sean competentes, asertivos y racionales (Bosch Fiol, 2013). La educación de las niñas incluye limitar su autopromoción,

incrementar su protección (frente a los hombres), y facilitar -por encima de su propio bienestar si es preciso- la armonía y unión familiar (Bosch Fiol, 2013) - que no es otra cosa que el proyecto de vida del resto- desarrollando sus emociones, prioritariamente con base en la paciencia, el sacrificio y la generosidad. No solamente cuidarán a sus maridos, sino que intentarán mantener a salvo los vínculos afectivos entre sus parejas y sus hijos, sus padres y otros parientes (Illouz, 2012). Esta educación para el mundo de los afectos y los cuidados se enfoca en la calidez y la sensibilidad, más relacionados con la afectividad y la emocionalidad (Rodríguez Martín et al., 2006). Aprenderán estas dinámicas mediante el juego, utilizando cocinitas, muñecos tipo nenucos y muñecas similares a las Barbie, además de juguetes suaves y peluches que favorezcan el desarrollo de esa sensibilidad. Esto se manifiesta cuando, en sus actividades extraescolares más enfocadas en espacio cerrados, como el *ballet*, el teatro o los juegos, se visten y maquillan con ropas consideradas sensuales – práctica que etiquetamos como empoderamiento– o al observar en programas, dibujos animados o series a mujeres que, al cantar o actuar, se presentan de forma erotizada, acompañando a un hombre que no necesita recurrir a ningún “capital erótico” para ocupar su lugar (Instituto de la Mujer, 2020). Una vez que se aprende a contar con los dedos o a caminar, a montar en bicicleta o patinar, se nos arraiga de forma tan irreversible que se vuelve difícil reconocer que lo tenemos incorporado, y esto hace casi imposible eliminarlo.

¿Acaso no es paradójico que, al utilizar el juego—la forma más eficaz de aprendizaje—para asignar roles, se les enseñe a las mujeres que su destino se limita a lo doméstico? Al fomentar que jueguen a cocinar, a cuidar criaturas o a maquillarse, se les imparte, de manera velada y astuta, la lección de que su lugar está confinado al ámbito privado, relegándolas a la estética, al cuidado y a una vida de afectos predilectamente suaves (Gómez González, 2020). Desde el juego se aprende a cocinar para el esposo y los hijos, se cuidan las criaturas que tuvieron con ese esposo, y se desarrolla una estética que resulte conveniente al pensamiento patriarcal, a sus necesidades y anhelos, del que ese esposo formará parte. Esta estrategia, enmarcada en la socialización diferencial, no es más que un mecanismo ideológico para condicionar su existencia: no se educa a las niñas para que sean sujetos plenos, sino para que sean seres diseñados para amar,

conformando así la trampa que el *romanticidio* tiene preparado para ellas. Es una forma de enseñarlas a construir su identidad, a planificar el futuro, a fantasearlo (para ello existe un buen aparato propagandístico) y en esa fantasía de mejor escenario, se ven habitualmente como adultas siendo amadas por un hombre. La cultura patriarcal, que es toda, educa a las mujeres para comportarse como los hombres esperan de ellas, y esto lo aprenden ellos y lo aprenden ellas (Bian et al., 2017).

Desde el feminismo se avanza en la forma de simplificar los hallazgos para difundirlos masivamente, y en esto las redes sociales son una gran fuente de difusión – y en no pocas veces de confusión-. Seguimos buscando los puntos ciegos, las causas no abordadas y los análisis más afilados y libres del pensamiento dominante para facilitar el acceso de las mujeres a información que les permita revisar sus relaciones amorosas y las bases sobre las que estas se construyen para poder ubicarse desde un lugar de negociación más justo, favorable y armonioso con su crecimiento personal y profesional, como hicieron y suelen seguir haciéndolo, los denominados seres humanos en general, que a la luz de los datos y las cifras, siguen refiriéndose a ellos.

La hipótesis de que el amor actúa como una estrategia patriarcal que perpetúa la opresión de las mujeres se fundamenta en una combinación de revisión teórica, análisis crítico y estudios empíricos. Este enfoque holístico intentará ofrecer un entendimiento más profundo de las dinámicas de poder en las relaciones amorosas que con suerte contribuirá al cuerpo académico que intenta desarrollar estrategias para promover relaciones más equitativas y saludables entre hombres y mujeres partiendo de la teoría feminista, compuesta por la investigación y la politización de la acción.

Los hallazgos y descubrimientos que ofrece el pensamiento crítico de las mujeres podrían, si no dar una salida a la violencia que viven las mujeres en las relaciones de pareja, al menos explicar las razones por las que no la encuentran. Muchas mujeres han hablado, y a la luz de los potentes focos que alumbran la realidad, han sido desoídas.

IV. JUSTIFICACIÓN Y MOTIVACIÓN

El reducido número de análisis sobre las relaciones afectivas desde una perspectiva feminista, ha permitido la perpetuación de mitos y justificaciones esencialistas al mismo tiempo que invisibilizado dinámicas que en todas – todas- las esferas de la experiencia humana, sostienen la evidente subordinación de las mujeres (Global Gender Gap, 2024). Durante décadas, la narrativa dominante ha logrado aceptar que existe una estructura social desigual, pero recurrentemente ha omitido cuestionar los fundamentos que la justifican, ignorando el papel crucial del análisis crítico y de las propuestas alternativas a ese discurso que aportan las mujeres feministas. En pleno siglo XXI, cuando la conciencia feminista alcanza niveles sin precedentes y se vislumbra una transformación cultural profunda, resulta sorprendente que muchos marcos teóricos y metodológicos sigan anclados en visiones que no se corresponden con el conocimiento que ya tenemos de quién -de esto no tenemos dudas- y cómo -ahí seguimos explorando- se oprime a las mujeres.

¿Por qué, en una era marcada por la pluralidad de voces y la reivindicación de identidades, persiste una resistencia a incorporar enfoques que permitan dismantelar los relatos hegemónicos cuando hablamos de mujeres? Entre las razones podrían destacar la persistencia de estructuras epistemológicas tradicionales y patriarcales, el eco limitado que del feminismo se hacen las ciencias humanas – y las que no lo son- y que limita la comprensión de cómo los fenómenos sociales se construyen, y también impactan, de manera muy diferente a las mujeres y a los hombres, la resistencia al cambio en disciplinas dominadas por paradigmas masculinos, o la tendencia de dar por logrados avances en las vidas de las mujeres -y que no lo están- (Gómez González, 2022).

Se evidencia como problema la ausencia sistemática de investigación, promoción e integración—tanto en contextos formales como informales—de los discursos y reivindicaciones de las mujeres feministas a lo largo de la historia de manera transversal en todas las disciplinas. Esta carencia impide, por un lado, la deconstrucción de aprendizajes y necesidades creados casi exclusivamente por los hombres y para ellos, y, por otro, la generación de un marco reflexivo que permita, especialmente a las mujeres, identificar con precisión cirujana y desafiante su situación de opresión, que las permitan crear espacios para su

transformación. Aunque las mujeres han escrito, narrado y cantado lo que el amor significaba para ellas y cómo se erige como el brazo invisible del patriarcado en el control de sus vidas, estos saberes no se han actualizado en los libros de historia o filosofía, ni se han incorporado en los contenidos destinados, por ejemplo, a la formación de futuros funcionarios públicos, como el profesorado, la judicatura o el personal de salud. Las razones detrás de la invisibilidad del conocimiento feminista en un ámbito tan vital como el amor, se verá que son múltiples, y que complementan la carencia que existe en muchos otros temas que afectan a las mujeres.

Analizar el amor es relevante hoy en día, dado que en estudios recientes (Medina-Doménech, 2005) (Vázquez Salgado & Pastor, 2019) se evidencia – como se ha mencionado- que la violencia contra la pareja o expareja sentimental, tanto en persona como de forma virtual, pasa a ser un componente del amor cuando este se vive bajo el esquema del amor reproducido en las sociedades patriarcales, que son todas. Se avanza más en lo que se muestra al público y en abierto -como leyes y protocolos de atención- que en lo que ocurre en ese espacio privado donde los hombres actúan en complicidad con la venia del silencio.

El feminismo busca dismantelar todas las formas de opresión y desigualdad para lograr la liberación de las mujeres, y el amor tal como se ha conceptualizado y practicado tradicionalmente, se observará que ha sido una herramienta fundamental para la perpetuación de la desigualdad multidimensional entre los sexos. Recuperar el análisis del pensamiento amoroso de autoras feminista puede descubrir elementos para una comprensión más renovada de las relaciones de pareja y proporcionar nuevos enfoques para avanzar hacia relaciones más equitativas y justas. Recuperar el silenciado recorrido del pensamiento feminista puede ofrecer una crítica constructiva y soluciones prácticas para redefinir el amor de maneras que ubiquen a las mujeres en lugares de mayor bienestar y libertad.

V. ESTRUCTURA

Con el fin de seguir una cronología a través de la que analizar el pensamiento de las mujeres feministas en sus contextos sociohistóricos, el contenido de esta investigación se ha estructurado en 6 capítulos.

El primer capítulo, reflexiona sobre la subjetividad del análisis del amor en las diferentes ciencias de la conducta humana. Presenta las definiciones del amor y de enamoramiento ofrecidas por las ciencias de la conducta humana; cómo el ser humano responde con manifestaciones biológicas a una construcción histórica y cultural en la que el patriarcado ha establecido las categorías y significados que rigen las relaciones afectivas y de poder. Para profundizar en esta idea y responder al primer objetivo que se describirá en el apartado de “metodología”, se revisarán los aportes que a la conceptualización del amor han ofrecido diversas disciplinas incluyendo la neurociencia, la psicología, la sociología y la antropología, con un enfoque crítico sobre cómo estas han abordado—o ignorado—las relaciones de poder que atraviesan a la experiencia amorosa, ofreciendo una mirada parcial sobre las bondades amorosas. A través de autoras como Martie Haselton (2018), Brook Sadler (2018) o Hellen Fisher (2005, 2019) se analizan las bases biológicas del amor desde la neurociencia y se identifica que en las investigaciones consideradas no se ha utilizado un enfoque feminista a la hora de incorporar los procesos neurológicos y las diferentes expresiones físicas entre hombres y mujeres. Con David Buss (2018), Roberg Stenberg (1986) o Erich Fromm, (1959) se revisarán brevemente las bases de las teorías (masculinas) sobre las que se han ido construyendo sucesivos estudios explicativos del enamoramiento y el amor. Finalmente se ofrecen análisis más contemporáneos del pensamiento amoroso y su significado socio sexual desde las conclusiones de feministas como Stevi Jackson (1993^a, 1993^b, 2007), Eva Illouz (2009, 2012, 2021), Anna G. Jónasdóttir (1993, 2011), Silvia Federici (2010,2021), y Heidi Hartmann (1979), que describen los mecanismos mediante los que el capitalismo y el patriarcado se retroalimentan. A través de este recorrido, se presenta al amor como una dimensión humana y política, que reproduce y ofrece combustible a la situación en la que viven las mujeres.

En el *segundo capítulo*, se revisan los textos más relevantes de autoras ampliamente conocidas gracias a la recuperación editorial de la genealogía

feminista, para aislar sus ideas sobre el amor y mostrar cómo, aunque no se las haya estudiado tradicionalmente desde esta mirada como línea principal de análisis, son autoras y textos centrados eminentemente en cómo las relaciones amorosas son el caldo de cultivo de la opresión de las mujeres. Sus obras siguen siendo fundamentales para entender cómo las relaciones románticas pueden perpetuar la desigualdad entre los sexos siendo el campo de entrenamiento por el que pasan, generación tras generación, las mujeres. Se analizará también cómo las limitaciones que encontraron en sus vidas personales dificultaron su acceso o permanencia en la esfera pública, en los lugares donde se tomaban las decisiones, esos desde los cuales el patriarcado pareciera haber seguido legislando en su contra. Se estudiarán -para responder al objetivo 2- como primeros textos los de Olimpia de Gouges (1784, 1791, 2018, 2020) y Mary Wollstonecraft (2005), que describen en obras fundacionales del pensamiento feminista la situación de las mujeres en sus respectivos contextos de finales del s.xviii, proponiendo además soluciones que partan de los espacios privados, de la revisión de los injustos acuerdos matrimoniales establecidos legalmente. Su pensamiento sería incorporado por feministas de siglos posteriores. Se revisará también el pensamiento sufragista de mujeres como Lucretia Mott (1849, 2019) o Elizabeth Cady Stanton (1895), más conocidas por su lucha a favor del sufragio femenino o por la abolición de la esclavitud, que por su sólido análisis sobre cómo las relaciones afectivas eran base de la injusticia y la desigualdad. Finaliza este capítulo con Alexandra Kollontai (1972, 1975), Charlotte Perkins Gilman (1900), Emma Goldman (1911, 2013) y -con mayor detalle- Flora Tristán (2019, 2022), de las que se recoge tanto su contexto social como su historia personal y sus vindicaciones, enfocadas también en poner la mirada en cómo la vida íntima y doméstica de las mujeres les impedía estar en los lugares donde sospechaban que podían negociar la construcción de sociedades que no las esclavizaran.

El capítulo tercero pretende ofrecer una comprensión de cómo el pensamiento feminista radical se ha conceptualizado a sí mismo. Este capítulo y los tres que le siguen, se enfocarán en dar respuesta al objetivo 3. A través de una revisión que abarca desde 1960 hasta 1990 y que incluye los documentos de autoras con mayor difusión y reconocido liderazgo del MLM, se destacan las continuidades y las evoluciones en el pensamiento feminista radical sobre su

propia opresión, el patriarcado y los hombres, así como las reacciones y resistencias que encontraron en ellos ante el discurso feminista. Este capítulo incorpora las influencias del feminismo radical y la construcción de su marco teórico, puesto que es desde esas influencias desde donde comienzan a observar su propia realidad y a politizarla, y porque su marco teórico y la creación del movimiento, van de la mano con su despertar sobre la opresión que ejercían sobre ellas sus propios compañeros -que podía ser de lucha y/o de vida- como parte del grupo de los opresores. Esto inevitablemente provocó que gran parte de sus marcos teóricos se centraran en las relaciones sexoafectivas.

Se analizarán, sobre la base de recorridos analíticos e históricos del MLM, por un lado lo que como Carol Anne Douglas (1990), Alice Echols (Echols, 1989) o Kathie Sarachild (1983), tratan de hacer, una compilación del movimiento y de sus principios, y por el otro, los textos individuales de las principales teóricas del movimiento de liberación de la mujer, como Kate Millett (Millett, 1995a), Shulamith Firestone (Firestone, 1976) o Ti-Grace Atkinson (Fahs, 2011a) (Atkinson, 2014) (Atkinson, 1969). Se desarrollan las bases teóricas que sustentan el pensamiento de las feministas radicales; el movimiento por los derechos civiles, el existencialismo, el anarquismo y el marxismo, de los que las feministas radicales tomaron estrategias, formas organizativas, lenguaje, lecciones aprendidas, estructuras y marcos teóricos. Se define el feminismo radical con sus propias palabras y se resumen sus principios, aspectos clave y estrategias; el cuerpo teórico del feminismo radical que facilitaría su entrada al análisis del amor como instrumento de opresión.

El **capítulo cuarto** describe cómo el contexto revolucionario de la época y la cercanía a los grupos mixtos políticos fortaleció el Movimiento de Liberación de la Mujer. De la mano de Lydia Sargent (1981), Kati Sarachild (1983) Mary Jane Lupton (1975), Beverly Jones & Judith Brown (1968), Carol Hanisch (1968), Cheryl Fleming (1968), Ti Grace Atkinson (1969), Alice Echols (1989), se presenta una mirada crítica sobre las actitudes de los hombres (que en ocasiones eran también sus parejas). Se desarrolla un análisis sobre cómo en los espacios de activismo encontraron resistencias equivalentes a los de sus vidas íntimas y cómo eso las condujo a un camino separatista a través del cual poder definir su forma de luchas contra la opresión que vivían. Tras la salida de los grupos mixtos,

las feministas radicales comenzaron a crear sus grupos de mujeres con algunas variables y diferencias en cuanto a las prioridades o a la identificación del enemigo – la clase o los hombres-. Se desarrolla cómo se produjo la creación de los grupos, los temas más recurrentes y las dificultades que encontraron al estar por primera vez ocupando puestos de liderazgo en organizaciones políticas. Se observará como en los grupos de autoconciencia, desde el inicio dedicaron la mayor parte de su tiempo a compartir sus experiencias sexuales y afectivas y a politizar su situación, que pasan a entender como estructural y de difícil escapatoria.

El **capítulo quinto** es el desarrollo del cuerpo teórico feminista sobre el amor, el sexo y el desamor, a través de feministas de Movimiento de Liberación de la Mujer como Laura Gregory-Boots (Gregory-Boots, 1971), Cheryl Fleming (Fleming, 1971), Irene Shirley (Shirley, 1971), Debbie Margolin (Margolin, 1971), Dana Densmore (D. Densmore, 1968), (D. Densmore, 1969) (D. Densmore, 1971) o Patty Gibbs (Gibbs, 1975). Se analizarán lo que publicaban en los magazines de mayor difusión del feminismo radical y que describen la resignificación que hicieron del amor y la subordinación a la que les enfrentaba a través de la cultura del romance y de las expectativas sociales. Critican duramente a las instituciones que utiliza el amor para someterlas, como el matrimonio. Se describen sus historias personales y la politización que se hace de ellas y se desarrolla el descontento sexual que vivían, su falta de placer sexual y las causas. Parte del pensamiento sobre la opresión sexual la encuentran en lo que se desarrolla como la estrategia masculina para garantizar su acceso sexual a las mujeres; la revolución sexual. Se explica cómo se desarrolló y el análisis de las feministas radicales sobre esta revolución y el amor. Se incluyen en este capítulo las reflexiones sobre las limitaciones y el juicio social al que se exponían en caso de querer terminar una relación insatisfactoria; el divorcio.

El **capítulo sexto** hace un análisis más detallado de tres obras representativas del feminismo radical. La primera de ellas es de mayor difusión, ampliamente traducida y reproducida; *La dialéctica del sexo* de Shulamith Firestone (Firestone, 1976), de la que se extraen sus reflexiones sobre el amor, la opresión, la clase y también sobre la revolución sexual como estrategia patriarcal. Describe la falta de alternativas al matrimonio que tienen las mujeres por el

rechazo social y las vicisitudes económicas que conlleva la soltería en una época de discriminación salarial muy elevada. Los otros dos textos que se analizan si bien fueron de alto impacto entre el Movimiento de Liberación de la Mujer y medios no académicos en los años 60's, no han trascendido editorialmente hasta hoy, a pesar de que ofrecen aportes fundamentales para la construcción de una teoría del amor y el sexo como estrategias de dominio sobre las mujeres. La primera de estas obras es el Manifiesto denominado *Florida Paper* (Jones & Brown, 1968) publicado por Judith Brown y Beverly Jones, que describen de manera brillante la realidad de las mujeres en la sociedad y especialmente en los grupos políticos de los hombres, nombrando con crudeza lo que estos les hacían a las mujeres, el rol al que les relegaban en los grupos de lucha y en sus casas y reclamando a las mujeres de izquierda que comenzarán a luchar por sus propios derechos. El segundo es el artículo de Dana Densmore *Independence From Sexual Revolution* (Densmore, 1971) que elabora cómo la revolución sexual, que se podría concluir que se mantiene hasta hoy, impacta en las relaciones sexoafectivas de las mujeres, quienes todavía se debaten entre un pensamiento amoroso y una cultura tradicional y juiciosa, y una libertad sexual cuyos términos no terminan de convencerlas.

Posteriormente se realiza un resumen de los resultados, y tras estos se elaboran las conclusiones sobre las formas en las que, en las relaciones íntimas, el patriarcado -del consentimiento o no- utiliza la ansiedad de las mujeres de ser amadas como estrategia para seguir manteniéndolas en un lugar subalterno.

VI. METODOLOGÍA

OBJETIVOS

Objetivo General. Analizar en la genealogía feminista cómo el discurso amoroso ha operado como estrategia de control patriarcal sobre las mujeres.

Objetivos Específicos:

OE1. Establecer un marco de comprensión interdisciplinario del amor, para sistematizar cómo cada disciplina (neurociencia, psicología, sociología y teoría política) conceptualiza, define, describe y politiza el fenómeno amoroso en las relaciones íntimas, analizando si existe una perspectiva feminista en las investigaciones.

OE2. Sistematizar la bibliografía feminista desde 1791 hasta 1950 para extraer sus reflexiones sobre las relaciones amorosas y analizar si contemplan la opresión de las mujeres mediante sus vínculos íntimos.

OE3. Seleccionar tanto las obras más influyentes como aquellas de baja difusión de las feministas radicales del Movimiento de Liberación de la Mujer, para identificar si formulan el amor como mecanismo de opresión, y extraer sus principales hallazgos y las estrategias que utilizan los hombres para lograrlo.

ENFOQUE Y DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN

La metodología de esta investigación se basará en un enfoque cualitativo, utilizando principalmente métodos de análisis documental y estudio crítico para explorar las obras feministas que ofrecen información para desarrollar una teoría del amor como la estrategia de control y opresión que los hombres y la sociedad ejercen contra las mujeres. La investigación se organizará en tres etapas principales, cada una alineada con los objetivos específicos planteados. Este diseño metodológico se justifica por la necesidad de comprender de forma profunda y contextualizada las teorías y críticas formuladas por las corrientes feministas.

Se utilizará una estrategia de búsqueda en bases de datos académicas, bibliotecas digitales y repositorios especializados, para la identificación de textos que aborden cómo opera el amor y sus consecuencias en la vida de las mujeres a lo largo del tiempo.

En primer lugar, se establece un marco multidimensional para comprender el amor desde diferentes disciplinas de la conducta humana, planteando hallazgos de investigaciones y estudios tanto recientes como relevantes por su trascendencia académica y editorial.

Posteriormente se identifican las obras más relevantes y representativas de cada época mediante un enfoque comparativo para identificar las formas en que el patriarcado ha estructurado las relaciones amorosas, las concepciones del amor, y sus implicaciones para las mujeres. Se incorpora una lectura crítica para detectar las ausencias y limitaciones de los enfoques que no consideran las relaciones jerárquicas entre los sexos.

El tercer objetivo específico implicará el análisis detallado de los textos de feministas radicales de la tercera ola, con énfasis en cómo estas autoras abordan la relación entre el amor y el ejercicio de la liberación de las mujeres. Para ello, se adoptará un enfoque de análisis discursivo: Se identificarán los discursos que cuestionan las nociones tradicionales del amor como opresivas para las mujeres y se explorarán las propuestas alternativas presentadas por estas autoras. Se examinarán las propuestas de estas feministas en relación con los espacios de toma de decisiones y el ejercicio de la autonomía de las mujeres.

Revisión bibliográfica y selección de fuentes

La investigación comienza con una revisión bibliográfica exhaustiva de obras clásicas y contemporáneas, si bien se presta especial atención a los textos producidos por las feministas radicales de la segunda ola, se incorporan también hallazgos de feministas ilustradas, sufragistas, marxistas y existencialistas. Se incluyen libros, artículos académicos, ensayos y documentos inéditos o de circulación restringida y no traducidos al español, que resultan pertinentes para esclarecer la forma en que se ha conceptualizado el amor como mecanismo de opresión o resistencia en el contexto patriarcal. La revisión bibliográfica ha servido para contextualizar sus ideas y evaluar cómo han sido incorporadas o ignoradas en el discurso académico contemporáneo.

Una vez conformado el corpus, se procedió a un análisis de contenido de corte cualitativo. Para ello, se ha partido de categorías analíticas que permitieron rastrear la presencia de conceptos clave —como poder, amor como opresión,

control, subordinación sexual, jerarquías de género y cuestionamiento de roles tradicionales— en el discurso de las autoras. Este análisis se enfocó en identificar patrones, convergencias, divergencias y aportes específicos de cada autora, así como en revelar las tensiones internas y los puntos de inflexión que han marcado la evolución del marco de comprensión feminista sobre el amor.

El propósito último de esta aproximación metodológica es brindar una lectura crítica y contextualizada, de manera que sirva de base para el desarrollo de nuevas propuestas o miradas que cuestionen y transformen el papel del amor en la perpetuación de las jerarquías sexual.

Selección de fuentes primarias y secundarias

FUENTES PRIMARIAS

Se han elegido fuentes primarias clave que, si bien no fueron escritas como textos centrados en el amor, a través de su análisis se extrae su reconocimiento de que el matrimonio escondía la sujeción de las mujeres al sistema patriarcal. Las fuentes revisadas abarcan una amplia gama de textos feministas, tanto fundacionales como contemporáneos, que ofrecen diferentes perspectivas sobre el amor, el matrimonio y las dinámicas entre los sexos.

A partir de bases bibliográficas especializadas (MLA, JSTOR, Dialnet, Scopus) y de antologías feministas de referencia, se construyó una primera lista de más de 220 textos que fueron leídos y analizados. Tras aplicar los criterios, la lista se redujo a un corpus de aproximadamente 60 obras consideradas nucleares. Este corpus fue sometido a un proceso de jerarquización interna según su capacidad de ofrecer aportes fundacionales y de introducir categorías novedosas.

Al final de cada categoría se explica la justificación de la selección.

A) Literatura científica, sociológica y política

- *Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo* (1979) — Heidi Hartmann
- *Triangular Theory of Love* (1986) — Robert Sternberg
- *Faking Like a Woman* (2007), *Even Sociologists Fall in Love: An Exploration in the Sociology of Emotions* (1993), *y Love and Romance as Objects of Feminist Knowledge* (1993) — Stevi Jackson

- *¿Qué clase de poder es el “poder del amor”?* (2011) y *El poder del amor. ¿le importa el sexo a la democracia?* (1994) — Anna Jonásdóttir
- *El consumo de la utopía romántica* (2009), y *¿Por qué duele el amor?* (2012) y *El fin del amor: Una sociología de las relaciones negativas* (2021) — Eva Illouz
- *Calibán y la bruja* (2004) — Silvia Federici
- *Romantic Love: An fMRI Study of a Neural Mechanism for Mate Choice* (2005) — Helen Fisher
- *Marriage, A History: From Obedience to Intimacy or How Love Conquered Marriage* (2005) — Stephanie Coontz
- *Love as a Reactive Emotion* (2011) — Abramson y Leite
- *How Emotions Are Made* (2017) - Lisa Feldman Barrett
- *Love as an Emotion and Social Practice* (2018) - Brook J. Sadler
- *The Hidden Intelligence of Hormones* (2018) - Martie Haselton

Justificación de las fuentes seleccionadas de la Literatura científica, sociológica y política

Los textos seleccionados para este capítulo responden a tres criterios:

a) *Cobertura interdisciplinar*: incluye psicología, sociología de las emociones, neurociencia y política feminista.

b) *Innovación teórica y alcance genealógico*: cada obra introdujo conceptos fundacionales que hoy vertebran el debate académico; su recorrido temporal (1979-2021) facilita trazar la evolución crítica del tema.

c) *Rigor empírico e impacto disciplinar*: se incluyen tantos estudios experimentales sobre elección de pareja, como análisis históricos y etnográficos del consumo afectivo.

B) Obras Clásicas del Feminismo

- *La declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana y La forma del contrato social del hombre y de la mujer* (1791) — Olympe de Gouges
- *La vindicación de los derechos de la mujer* (1792) — Mary Wollstonecraft
- *Peregrinaciones de una paria* (1838) — Flora Tristán
- *Unión obrera* (1843) — Flora Tristán

- *La emancipación de la mujer* (1846) — Flora Tristán
- *Discourse on Women* (1850) — Lucretia Mott
- *The Woman's Bible* (1895) — Elizabeth Cady Stanton
- *Women and Economics* (1898) — Charlotte Perkins Gilman
- *Amor y matrimonio* (1910) — Emma Goldman
- *Sexual Relations and the Class Struggle: Love and the New Morality* (1919) — Alexandra Kollontai
- *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada* (1926) — Alexandra Kollontai
- *El segundo sexo* (1948) — Simone de Beauvoir

Justificación de las fuentes primarias de las obras clásicas del feminismo (1791-1948):

La selección de estas obras atiende a 4 criterios fundamentales:

a) *Valor genealógico y diacronía histórica*: el corpus recorre siglo y medio y permite trazar la génesis y la evolución de la crítica feminista al amor, al matrimonio y a la ciudadanía de las mujeres en contextos revolucionarios, industriales y de entreguerras.

b) *Diversidad geográfica y tradiciones discursivas*: las autoras proceden de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Rusia y América Latina, lo que integra perspectivas francófonas, anglófonas e hispanohablantes y evidencia la transversalidad del problema amor matrimonio en distintos escenarios culturales.

c) *Primacía epistemológica de la fuente primaria*: son textos redactados por las propias protagonistas de los movimientos sufragista, obrero o anarquista, que aportan acceso directo a la experiencia histórica de las mujeres y evita filtrados posteriores.

d) *Innovación conceptual y aportes temáticos*: cada obra introduce categorías todavía centrales: la igualdad jurídica (de Gouges, Wollstonecraft); la intersección clase-sexo (Tristán, Kollontai); la crítica al matrimonio burgués (Perkins Gilman, Goldman); el aspecto cultural de la opresión (Cady Stanton); o la desnaturalización existencial de la feminidad (de Beauvoir).

C) Pensamiento Feminista Radical (1968-1989)

- *Toward a Female Liberation Movement (Florida Paper) (1968)* — Beverly Jones & Judith Brown
- *Notes from the First Year (1968)* — New York Radical Women
- *Manifiesto de las Redstockings (1969)* — Redstockings
- *No More Fun and Games (1969)* — Cell 16
- *Up from Radicalism: A Feminist Journal (1969)* — Ellen Willis
- *Sexual Politics (1970)* — Kate Millett
- *La dialéctica del sexo (1970)* — Shulamith Firestone
- *Towards Next Steps (1970)* — Evelyn Goldfield
- *Notes from the Second Year (1970)* — New York Radical Women
- *Radical Feminism and Feminist Radicalism (1971)* — New York Radical Feminists
- *The Independence from the Sexual Revolution (1971)* — Dana Densmore
- *Lesbianism and Feminism (1971)* — Anne Koedt
- *Selling Celibacy (1971)* — Mary Latham
- *Feminist in Heterosexual Relations (1971)* — Julia Cotter et al.
- *RAPE: The Facts (1971)* — Debbie Margolin
- *Venus Observed (1971)* — Ruth Davis
- *Female Sexual Alienation (1971)* — Linda Phelps
- *Editorial (1971)* — Movement of Women's Liberation
- *Women: A Journal of Liberation (1971)* — Claudia Dreifus
- *Thoughts on Sex Education for Our Daughters (1971)* — Virginia Mac Lean
- *HEY! What Are You Doing After a Revolution? (1971)* — Cheryl Fleming
- *Good Morning (1971)* — Irene Shirley
- *How We Live and with Whom (1971)* — B. K. Wildcat
- *How We Live as Toads (1971)* — Jennie Marilyn & Anne Marilyn
- *Hippie Communes (1971)* — Vivian Estellachild
- *The Five of Us (1971)* — Vicki Cohn Pollard et al.
- *A Modest Proposal of Non-Marriage (1971)* — Deborah Thomas
- *Freak Out (1971)* — Laura Gregory-Boots

- *Divorce as Survival* (1971) — Carol Scott & Jean Oken
- *Diary of a Wife* (1971) — Betsy Riley
- *It Ain't Easy* (1971) — Wildcat Collective
- *Notes from the Third Year* (1971) — New York Radical Women
- *Love and Politics* (1974) — Carol Anne Douglas
- *Separation* (1974) — Susanne Beal
- *Rape and the Man You Love* (1975) — Patty Gibbs
- *Surviving the Men in My Life* (1975) — Mary Jane Lupton
- *Women and Orgasm* (1977) — Betsy Getaz & Carol Ehrlich
- *The Sixties Speak to the Eighties* (1981) — Kathie Sarachild
- *Daring to Be Bad* (1989) — Alice Echols

Se incluye también la correspondencia entre feministas radicales en la conformación de los grupos de pensamiento y activismo feminista.

Justificación de las fuentes primarias del Pensamiento Feminista Radical (1968-1989)

Se incluyen en la presente investigación las feministas radicales que formaron parte del Movimiento de Liberación de la Mujer en Estados Unidos que teorizaron sobre el amor y las relaciones sexoafectivas como una forma de subordinación pública y privada.

La selección de estas obras responde a 5 criterios:

a) *Centralidad epistémica y potencia heurística*: textos como *Sexual Politics*, *La dialéctica del sexo* o *el Manifiesto Florida Paper* formularon conceptos fundacionales como política sexual, patriarcado o pensamiento amoroso.

b) *Primacía epistemológica de la fuente primaria*: se privilegian documentos escritos por las propias protagonistas porque ofrecen acceso directo al proceso de autoconciencia y a la formulación *in situ* de una teoría del amor como tecnología de dominación.

c) *Diversidad tipológica y voz colectiva*: el corpus integra tratados teóricos, manifiestos, documentales o magazines lo que permite rastrear

simultáneamente la producción conceptual y la práctica organizativa del Movimiento de Liberación de las Mujeres.

d) Amplitud temática: amor-poder-sexo: desde la violencia sexual hasta el separatismo, poner nombre al opresor, el celibato, o la crítica a la “revolución sexual” andro-céntrica, esta selección cubre las distintas vertientes mediante las cuales el amor opera como mecanismo de control.

e) Rescate de voces subalternas: además de autoras canónicas se incluyen voces menos difundidas para reconstruir la complejidad del feminismo radical y subsanar vacíos históricos.

Con estos criterios encontramos que Dana Denmore, Kate Millett, Carol Anne Douglas y Shulamith Firestone, así como colectivos como *Cell16* o *Redstockings*, han realizado un análisis más detallado de las implicaciones políticas y sociales del amor en las relaciones de pareja que se dan en las sociedades patriarcales que habitan. Evelyn Goldfield, Ellen Willis o Irene Shirley escribieron sobre la explotación sexual, el control de los cuerpos de las mujeres o la necesidad de generar espacios no mixtos para discutir la política de las mujeres. En la base de sus publicaciones y en obras específicas, Mary Latham, Susanne Beal, Patty Gibbs, Mary Jane Lupton, Anne Koedt, Julia Cotter, Debbie Margolin, Ruth Davis, Linda Phelps, Claudia Dreifus, Virginia Mac Lean o Cheryl Fleming, identifican los vínculos emocionales que mantenían con sus parejas como un chantaje mediante el que avanzar por sus derechos suponía elegir entre su vida privada y su reconocimiento como agentes de sus vidas. Autoras como Beverly Jones, Judith Brown, Alice Echols y Kathie Sarachild, han sido seleccionadas porque específicamente recogen tanto las estrategias que los hombres utilizan para que las mujeres apoyen agendas no feministas, como la vinculación de estas estrategias a las relaciones sexoafectivas. Deborah Thomas, Laura Gregory-Boots, Carol Scott o Betsy Riley ofrecen contribuciones clave para la revisión de los vínculos domésticos e íntimos y su contraste con las expectativas que tenían de estas relaciones. La inclusión de estas responde a la importancia de incorporar perspectivas menos dominantes, pero igualmente relevantes para el análisis, seleccionadas debido a su originalidad, sus aportes y la poca repercusión que han tenido en posteriores obras feministas, a pesar de su solidez teórica.

FUENTES SECUNDARIAS

El uso de fuentes secundarias tuvo dos fines: primero, la construcción teórica sobre el “pensamiento amoroso” como tecnología patriarcal, y segundo, un contraste empírico-histórico de sus efectos sociales (violencias, normas, subordinación, autonomía económica). Se planteó como pregunta guía ¿Cómo conceptualizan distintas corrientes (radical, materialista, sociología de las emociones, neurociencia, estudios históricos) el amor y su función en la opresión de las mujeres? Se han realizado análisis de estudios previos y revisiones contemporáneas sobre el impacto del pensamiento amoroso en la opresión de las mujeres.

Bases de Datos Consultadas:

- Bases de datos académicas como JSTOR, ResearchGate, ProQuest, Scopus, Oxford Academic Journals, DOAJ, Sage, MUSE Project o Web of Science.
- Recursos Universitarios como la Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid (UCM) o el Repositorio Digital UCM.
- Archivos y Bibliotecas Especializadas entre ellas el Centro de Documentación del Instituto de la Mujer y para la Igualdad de Oportunidades.
- Revistas Académicas Especializadas: *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, *Feminist Theory*, *Women: A Journal of Liberation, Gender and Society*, *Off our backs*, *The Feminist*, y las publicaciones de las NYRF y las Redstockings.
- Repositorios de Acceso Abierto como Dialnet, Redalyc o SciELO.
- Organismos internacionales: reportes anuales de violencia como *Related Killings of Women and Girls (femicide/feminicide)* de UN Women y UNODC, o El progreso en el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible: Panorama de género 2024 de UN Women.
- Bases de datos estadísticos como Eurostat o el INE.

Criterios de inclusión

Eje temático

- Obras que examinan el amor como construcción socio-histórica y lo vinculan a las relaciones de poder sexo–afectivas.
- Textos que, de manera explícita o implícita, analizan cómo el amor y el matrimonio operan como instrumentos de subordinación.

Pertinencia cronológica

- Periodo pre-tercera ola (hasta la década de 1960): autoras que, desde contextos históricos y geográficos diversos, denunciaron las desigualdades de clase, ciudadanía y derechos, señalando el papel del amor en la opresión femenina aun sin conceptuarlo de forma sistemática.
- Periodo tercera ola y posteriores (a partir de 1968 y hasta 1989): feministas radicales que formularon categorías analíticas específicas sobre sexualidad, pareja y política amorosa, tanto publicaciones de alta difusión, como otras con frecuencia mimeografiadas o de tirada limitada y que no han sido incorporadas al mundo académico.

Condición de fuente primaria

- Se privilegian textos escritos por las propias protagonistas de los movimientos feministas, en formato de tratado, manifiesto, ensayo o correspondencia, para acceder sin mediaciones a la producción original de conocimiento.

Aportes inéditos

- Inclusión de obras canónicas y de voces subalternas que aporten perspectivas novedosas, metodologías diversas y hallazgos poco difundidos, con el fin de reconstruir una genealogía plural del pensamiento sobre el amor.

Criterios de exclusión

Autoría masculina

- Se excluyen sistemáticamente trabajos de autores varones, salvo en los casos en que:
 - a) no existan fuentes equivalentes escritas por mujeres, o
 - b) se trate de apartados cuya elaboración teórica —por ejemplo, en la sociología del amor— ha dependido históricamente de marcos conceptuales predominantes formulados por hombres y asumidos por autoras posteriores.

Redundancia temática

- Se omiten textos que, aun escritos por mujeres, no añadan nuevas dimensiones analíticas al eje amor–poder o repitan argumentos ya cubiertos exhaustivamente por otras obras seleccionadas.

Falta de relevancia metodológica

- Quedan fuera los escritos que carezcan de claridad argumentativa o articulación teórica suficiente para sostener el análisis propuesto.
- Ensayo divulgativo o “autoayuda” sin aparato crítico.
- Opiniones sin método, blogs o documentos sin trazabilidad.
- Duplicados y versiones preliminares cuando existe versión final.

Limitaciones y Consideraciones Éticas

Limitaciones: esta investigación se enfrenta, en primer lugar, a la escasez—y, en ocasiones, inaccesibilidad—de fuentes primarias provenientes de archivos dispersos, ediciones efímeras o publicaciones mimeografiadas que nunca ingresaron en bases de datos académicas. Esta carencia afecta, de manera especial, a los testimonios de feministas de contextos periféricos—mujeres latinoamericanas, africanas o asiáticas—cuyas reflexiones sobre el amor enriquecerían la mirada genealógica que aquí se propone. Además, la

naturaleza hermenéutica del análisis cualitativo obliga a reconocer la mediación de la mirada propia: toda lectura es situada y, por tanto, parcial.

Consideraciones Éticas:

Reconocimiento de autoría y genealogía: cada idea, cita o categoría analítica será atribuida rigurosamente a su autora, reivindicando la genealogía feminista como práctica de justicia epistémica.

Fidelidad interpretativa: se evitará toda deformación que pueda banalizar, descontextualizar o instrumentalizar la potencia crítica de los textos; el objetivo es escuchar a las autoras.

Compromiso con la memoria insurgente: la selección de documentos responde a la convicción de que recuperar voces silenciadas no es un gesto filológico, sino un acto político que amplía el horizonte de emancipación.

Reflexividad metodológica: se explicitarán los criterios de inclusión y exclusión, así como las dudas y puntos ciegos surgidos durante la investigación, invitando a la comunidad académica a cuestionar y completar este trabajo.

VII. POLÍTICA AMORICIDA

CAPÍTULO I . AMOR, CONCEPTUALIZAR ES POLITIZAR. LA NEUROCIENCIA, LA PSICOLOGÍA, LA SOCIOLOGÍA, Y LA POLÍTICA DEL AMOR.

Celia Amorós, una de las filósofas feministas más influyentes en el ámbito de habla hispana y fuente de inspiración y conocimiento en el desarrollo del pensamiento que fundamenta este trabajo, argumenta que conceptualizar es politizar porque la forma en que nombramos, definimos y estructuramos conceptos no es neutral (Amorós Puente, 2004). No es el hombre sin más quien establece todos los discursos que conforman el sistema de dominación, es un tipo de hombre de una clase social y vinculado a distintos grupos de poder social, económico o político. Pero es este grupo reducido, el que a través de su pacto interclasista establece un marco genérico que otorga su verdad a la interna y también hacia el resto de los miembros que pertenecen a ese grupo, independientemente de la situación socioeconómica u origen étnico (Amorós, 1992). Todos los varones pertenecen a ese grupo, el de los elegidos. No todos los hombres sustentan la misma cantidad de poder, sino de acuerdo con el poder que distribuyen unos pocos, que son la élite de este mismo grupo. Lo que queda meridianamente planteado, que es que todos, sin excepción, mediante una perspectiva privilegiada y distorsionada de la realidad, pueden dominar a la otra mitad que son todas las mujeres. En esta perspectiva, la ausencia de la mujer - como toda ausencia- es tal, que, como toda ausencia sistemática, es difícilmente rastreable (Amorós, 1991a) porque las ausencias no se encuentran en ninguna parte, no existen. No es que ahora se haya encontrado, sino que se ha tratado de profundizar en el conocimiento, el logos, la palabra que las mujeres han ido ofreciendo desde una mirada – en el mejor de los casos feminista- que ha renombrado conceptos y definido fenómenos que incluyen la experiencia de las mujeres, tratando, con poco éxito, de salirse del lenguaje establecido por quienes lo crearon (Lerner, 2014). Definir el mundo con las mismas palabras de quienes asignaron conceptos en femenino y en masculino según al universo al que consideraran que pertenecían, especialmente desde las lenguas romances (como

la noche femenina y el día masculino) no es ninguna tarea sencilla, para lograrlo habría que configurar el lenguaje desde cero, y para ello ya estamos tarde. Se intenta, al menos, con su marco de establecer categorías y su lenguaje sexuado, hacer visibles las trampas con las que nos nombraron equivocadamente, e incluir la mirada -que es la palabra- de las mujeres, en la comprensión de cómo se podría habitar el mundo desde lugares que explicaran también su existencia.

Los conceptos son herramientas del pensamiento que configuran nuestra comprensión del mundo, y también tienen implicaciones ideológicas y prácticas. Conceptualizar implica definir los términos y precisar su alcance, qué se incluye y a quién se excluye en una determinada narrativa (Amorós, 2005). El patriarcado -que son los hombres- establece su realidad a través de su única experiencia, la de mirarse entre ellos y establecer como universal la realidad de una parte, la que nombra y establece significados, que son los suyos, en todo escenario y hábitat que nos rodea. Esto afecta a cómo se percibe el mundo en su totalidad, a la legitimación o no de las estructuras sociales y al establecimiento y perpetuación de las relaciones de poder.

La revisión de lo que significa el amor, si incorporamos lo que supone y ha supuesto para la vida y la experiencia material e histórica de las mujeres, se hace necesaria por el relevante lugar que el pensamiento amoroso continúa teniendo en la vida de las personas, y que no es el mismo para los hombres que para las mujeres (Beauvoir, 2005). Porque si bien el impulso de formar vínculos parece ser intrínsecamente humano – aunque de acuerdo con estimaciones evolutivas podría ser más o menos reciente (Coontz, 2005a)- a lo largo de la historia donde el patriarcado más que destruirse se ha transformado, las dinámicas afectivas entre hombres y mujeres han moldeado la manera de concebir el amor y han sido la herramienta común para perpetuar quién habla, dónde, qué espacios y tareas se reserva a cada sexo, cuál tiene el control, y todas las formas a través de las que puede obtenerlo o recuperarlo, incluida la violencia (Walby, 1991).

Así, y para la mejor comprensión del pensamiento amoroso -y del mundo en general- se va a realizar una mirada del fenómeno desde diferentes ciencias humanas y sociales a través del análisis de investigaciones aportes y reflexiones lecturas e interpretaciones realizadas desde la neurociencia, la psicología, la

sociología o la antropología, escritas eminentemente por mujeres, aunque no necesariamente sean feministas.

I. 1. DEL MATRIMONIO AL AMOR.

El matrimonio, como institución que formaliza el amor en el ámbito jurídico, cumple una función socioeconómica con frecuencia inversamente proporcional a la autonomía de las mujeres. No es casual que el incremento de la presencia femenina en el mercado laboral remunerado -gracias a dinámicas económicas y al movimiento feminista- haya ido acompañado de un aumento en las tasas de divorcio (Waggoner, 2020) de las que se hablará más adelante. Las cifras sugieren que la autonomía económica, junto a un amplio marco de ejercicios de derechos y los consecuentes cambios en las relaciones de poder, inciden en la estabilidad conyugal, en la medida en que se decide seguir queriendo o no, y especialmente en la capacidad de decidir salir de una relación poco conveniente. En contextos menos igualitarios, el peso del matrimonio en el orden socioeconómico se intensifica, reforzando estrategias de control (CEU-CEFAS, 2024).

Al hacer un breve repaso histórico de las relaciones de parentesco, encontramos que en las sociedades cazadoras-recolectoras, la sucesión de parejas pudo haber sido un rasgo relativamente frecuente de la organización social prehistórica, practicándose dos o tres matrimonios a lo largo de la vida (Fisher, 2014)⁵. Siguiéndole la pista a Engels, algunas historiadoras feministas han rastreado los orígenes del matrimonio como política patriarcal, instaurada a medida que las estructuras familiares -dominadas por hombres- se expandieron para incluir no solo la autoridad masculina, sino también su control tanto sobre la propiedad y sobre el trabajo (Lerner, 1990), pero en pocas ocasiones los libros de historia se permiten algo más que algún vislumbre fragmentario de esta historia patriarcal temprana, en la que los hombres no solo dominaban, sino que también poseían a las mujeres (Blaffer, 1997).

El matrimonio ha establecido históricamente categorías entre los sexos, definiendo a las mujeres según el tipo de vínculos que tuvieran con los hombres,

⁵ Esta investigación no establece los términos de esos lazos.

soltera, virgen, esposa o prostituta, y por extraño que parezca, nada de esto ha quedado cerrado por abandono en el pasado (Cronan, 1973). Esta clasificación y definición de las mujeres en función de su relación marital con los hombres ha sido históricamente necesaria para mantener el orden social, que lo imponían los hombres a través de pactos en los que se intercambiaban mujeres (Lerner, 2014) Tampoco nos suena lejana la entrega del padre al novio en el altar en las celebraciones actuales, ni el anillo como símbolo colocado en el dedo del que creían que partía un nervio que iba directo al corazón y que sellaba pactos duraderos de lealtad entre los hombres o la dureza con la que se ha castigado la infidelidad -o la sospecha de la mismas- para las mujeres y como en cambio, diferentes culturas actuales y la mayoría de un pasado no tan lejano, solamente se castigaba a los hombres si la mujer tenía otro esposo (Bosch Fiol, 2013). Lo que se ha castigado era la traición a uno de los suyos, no a la mujer con la que se unían, en principio de por vida y como iguales.

La religión legisló las uniones entre hombres y mujeres con rango de ley y con brutales consecuencias para las mujeres, Susan Brownmiller describe uno de entre muchos ejemplos (Brownmiller, 1975):

En el orden social hebreo, que difiere de los códigos babilónicos más sencillos solo por su exquisita precisión, las vírgenes eran compradas y vendidas en matrimonio por cincuenta piezas de plata. Para ponerlo más sencillamente: lo que un padre vendía al novio o su familia era el derecho al himen intacto de su hija, propiedad que poseía y controlaba por completo. Con una etiqueta con el precio claramente adherida a su himen, se mantenía bajo vigilancia a la hija de Israel, para asegurarse de que se mantenía prístina, porque una mercancía dañada difícilmente conseguiría un enlace ventajoso y podría tener que venderse como concubina.

Los romanos, que ni repudiaban la homosexualidad ni creían que el matrimonio heterosexual fuera sagrado, rechazaban el matrimonio entre dos hombres porque pensaban que ningún varón verdadero aceptaría nunca desempeñar el papel subordinado que le correspondía a la mujer (Cantarella, 1991). Estos mismos romanos tenían, aparentemente, cierta preocupación por garantizar el consentimiento de la pareja para esta unión, un consentimiento que no era más que no resistirse a aquello que era casi imposible rechazar sin que

conllevara mayores consecuencias que acatarlo, no tan distinta a la consideración del consentimiento que se ha promovido hoy y al que también le dedicaremos algunas palabras más adelante (Treggiari, 1982).

En Europa, cuenta Stephanie Coontz en *Marriage, A History: From Obedience to Intimacy or How Love Conquered Marriage*, desde comienzos de la Edad Media y hasta el s xvii, encontrar marido solía ser la inversión más importante que una mujer podía hacer a favor de su futuro económico (Coontz, 2005), así, la dote que una mujer llevaba consigo a la boda era con frecuencia la mayor transfusión de dinero, bienes o tierras que un hombre recibía a lo largo de toda su vida. Durante estos siglos, las personas se enamoraban -y a veces hasta de sus mismos cónyuges- pero el matrimonio no era fundamentalmente una cuestión de amor, sino una institución política y económica demasiado vital para que se decidiera únicamente en virtud de algo tan poco práctico como la afinidad emocional o sexual (Coontz, 2005). Hasta el siglo XVII no se adopta la radical idea de que el amor y el matrimonio deben ir unidos, o de que el primero, es la mayor razón de peso para el segundo, y que las personas debían elegir libremente con quién compartir su vida basándose en el amor (Coontz, 2005). Entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XX, las funciones sociales y la dinámica interna del matrimonio tradicional sufrieron importantes transformaciones (Rossi, 1991a). El antiguo sistema de casamientos patriarcales concertados fue reemplazado por el matrimonio basado, ahora sí, en el amor, inspirado en el ideal de monogamia e intimidad para toda la vida. La misma autora describe la sentimentalización de este vínculo en el siglo XIX y su sexualización en el xx (Coontz, 2005b). En el siglo XIX en la mayor parte de Europa y Norteamérica se llegó a aceptar la idea de que el marido era el proveedor, y la esposa la figura encargada de los cuidados del hogar y de la familia (Rossi, 1991b) pero en realidad hasta mediados del siglo XX la mayoría de estas mismas familias no pudo permitirse sobrevivir con los ingresos de un único abastecedor. Con el auge del ideal del matrimonio por amor y la intimidad duradera, también surgieron demandas por el derecho al divorcio, lo que evidenció las tensiones de este nuevo modelo que aspiraba a una igualdad emocional y afectiva (Scott & Oken, 1971). Claude Lévi-Strauss, uno de los antropólogos más influyentes del siglo XX, planteó en su análisis estructuralista

de las sociedades que los matrimonios no eran principalmente un vínculo entre hombres y mujeres, sino que se configuraban como acuerdos, pactos sociales entre hombres, utilizando a las mujeres como intermediarias para establecer alianzas. En su libro *Las Estructuras Elementales del Parentesco*, Lévi-Strauss argumenta en 1949 que las mujeres desempeñaban un rol simbólico y funcional en estas alianzas, en las que eran ofrecidas en matrimonio para consolidar relaciones sociales, económicas y políticas entre clanes o grupos sociales (Lévi-Strauss, 1969). De esta manera, las mujeres eran consideradas bienes de intercambio que facilitaban la cohesión social y aseguraban la reproducción del grupo, tanto en términos biológicos como culturales.

Con la modernización, ha cobrado fuerza la concepción del matrimonio como la institucionalización del amor y su reconocimiento tanto social como económico. Con todo, esta visión no es homogénea: la aparición de nuevas estructuras familiares y la reconfiguración de los llamados “roles de género” han introducido nuevas tensiones y matices en torno a la relevancia del afecto, la conveniencia económica y la estabilidad emocional dentro de la institución matrimonial (Fisher, 2014).

Si bien podemos reconocer la evolución del matrimonio como un contrato de unión medianamente libre en términos globales, existen todavía prácticas justificadas mediante la costumbre y amparadas por el relativismo cultural, que sin una mirada de análisis de las relaciones de dominación que configuran las culturas, legitiman violencia contra las mujeres en nombre del matrimonio (Asamblea General de las Naciones Unidas, 2007). Un ejemplo es el *leblouh*, tradición vigente en países como Argelia, Burkina Faso o Mauritania, que consiste en engordar a las niñas para que parezcan más desarrolladas y así puedan contraer matrimonio a edades más tempranas (Chollet, 2022). Otras formas de violencia como la mutilación genital femenina o el matrimonio infantil, en nombre de la costumbre institucionalizan y romantizan la violencia ejercida contra las mujeres alrededor del ritual del matrimonio

Entendemos que al matrimonio se llega ahora por amor, aunque realmente no sea así de maneral global por la tenaz persistencia de unas expresiones culturales que generalmente definen con empeño los roles de las mujeres (Esteban, 2011), y otras en las que el compromiso con la pareja durante

el proceso de selección se enfoca en factores ajenos a esa relación como por ejemplo las normas sociales, las redes de contactos o las características identificadas en la pareja a seleccionar (Illouz, 2012). Igual que antes la autonomía económica de los hombres les ofrecía la posibilidad de elegir una esposa, a las mujeres hoy, esta misma autonomía les da la posibilidad de rechazarlo, y eso constituye un cambio de paradigma en el pensamiento de ambos grupos, que, si bien avanza en la liberación de las mujeres, no necesariamente reduce la violencia en las relaciones afectivas (Esteban & Távora, 2008).

I. 2. LA CIENCIA DEL AMOR. HELLEN FISHER, BROOK J. SADLER, MARTIE HASELTON & LISA FIELDMAN.

La experiencia del enamoramiento —esa fase inicial que en ocasiones precede al amor— implica un conjunto complejo de procesos bioquímicos en el cerebro, que contribuyen a explicar la conexión entre los factores emocionales y los mecanismos fisiológicos subyacentes. Si bien la química cerebral juega un papel importante por los niveles de dopamina, serotonina, testosterona y estrógenos, el concepto de amor es subjetivo también en términos neurológicos ya que se encuentra influenciado por los rasgos de personalidad de cada individuo (Díaz et al., 2023). Aunque se acostumbra más a comprender el amor a través de la poesía, las malas experiencias o *TikTok*, para fines de esta investigación se considera que la ciencia ofrece una explicación más lógica (generalmente) sobre cómo y por qué se desencadena el proceso de enamoramiento. Por esta razón este apartado presenta un resumen de los análisis y los hallazgos que sobre el enamoramiento y el pensamiento amoroso ofrece la neurociencia, intentando ofrecer una visión más sistemática y racional del fenómeno. Investigadoras como Helen Fisher, Brook Sadler, Martie Haselton y Lisa Feldman han aportado modelos y evidencias empíricas que iluminan el fenómeno, particularmente sobre la base biológica.

Helen Fisher, una de las antropólogas biológicas y experta en la neurociencia del amor más conocida, plantea que el amor surge de mecanismos evolutivos diseñados para favorecer la vinculación de pareja y el éxito reproductivo, y explica cómo determinados circuitos cerebrales participan en fases como la atracción, el apego y el deseo sexual. Fisher lideró la investigación

"Romantic Love: An fMRI Study of a Neural Mechanism for Mate Choice" [Amor romántico: un estudio de fMRI sobre un mecanismo neuronal para la elección de pareja] (Fisher et al., 2005), en el que mostró que el enamoramiento es un poderoso sistema de motivación profundamente enraizado en el cerebro humano. Impulsado por la dopamina y otras sustancias neuroquímicas, este sistema activa regiones similares a las que intervienen en necesidades biológicas fundamentales como el hambre y la sed, asociadas a centros de placer y de recompensa (Fisher, 2019). En sus investigaciones con escáneres cerebrales realizado en personas enamoradas, muestra la facilidad con la que se puede identificar el circuito cerebral del enamoramiento, en cambio los centros de apego se estimulan a medida que las personas se van asentando y conociendo, ofreciéndole al ser humano la seguridad y el compromiso que, concluye Fisher, ocurre alrededor de los 17 meses (Fisher, 2019). El amor se distingue de otros impulsos por su intensidad y su capacidad para dirigir el comportamiento hacia una persona específica, promoviendo la formación de vínculos de pareja estables. Fisher observó que este fenómeno comparte características de cortejo -como la obsesión, la conexión emocional, atención focalizada, el insomnio, la motivación de conquista o la energía elevada- con otros mamíferos y aves, elementos que se identifican como esenciales para garantizar la reproducción (Fisher et al., 2005). Para esta autora, solemos enamorarnos de personas del mismo entorno educativo, religioso, social, similar inteligencia o económico, a lo que se suma el peso de la infancia. En su encuesta que desarrolló en más de 40 países (Match.com) realizada por más de 14 millones de personas, encontró que, entre individuos con características comunes, los sistemas de serotonina, dopamina, estrógenos y testosterona se entrelazan en la elección de la persona a enamorarse, buscando compensación (entre estrógenos y testosterona) o afinidad (personas con similares niveles de dopamina). A pesar de investigar en el marco de la denominada cuarta Ola Feminista, no se identifica en la bibliografía revisada que Fisher analice cómo en el deseo sexual, el amor o el apego, el patriarcado dirige las respuestas individuales y sociales, y refuerza o invalida las acciones de hombres y de mujeres. Sus investigaciones han sido a menudo utilizadas para validar que son las diferencias biológicas las que establecen las categorías y generan grupos de poder, y no el patriarcado. Su análisis sexuado no considera, a pesar de ser referenciados en múltiples

investigaciones feministas, dar una explicación a cómo el patriarcado toma como excusa la diferencia biológica para justificar su violencia en las relaciones amorosas. Su énfasis en la predisposición de los cuidados en las mujeres o la tendencia a la novedad sexual de los hombres omite (en el sentido literal de la palabra, no lo menciona) el discurso misógino que valida las jerarquías artificiales construidas alrededor de esas diferencias biológicas.

Martie Haselton recurre a la biología para analizar la elección de pareja, la atracción sexual y las estrategias de apareamiento, poniendo énfasis en los ciclos ovulatorios de las mujeres. En sus trabajos (Haselton, 2018), plantea que las variaciones cíclicas en las preferencias y el comportamiento de las mujeres podrían inclinarse hacia rasgos masculinos asociados con “buenos genes” durante la etapa fértil, con el fin de optimizar la probabilidad de descendencia saludable, incluyendo la buena salud o la facilidad de conseguir recursos, pero omite que esta capacidad depende del sexo de la persona que la ostenta más en mayor que en menor medida. Desde este enfoque evolucionista, las conductas humanas durante la etapa del enamoramiento se interpretan como posibles adaptaciones dirigidas a la supervivencia y la reproducción, sin dejar de lado la interacción entre los impulsos biológicos y los factores socioculturales. Si bien Haselton aporta un cuerpo empírico y un marco teórico que permiten apreciar cómo los factores hormonales y el entorno sociocultural convergen en la configuración de la atracción, la selección de pareja y la formación de vínculos afectivos, ni desarrolla cómo se conforman las relaciones de dominio y sumisión, ni las normas y prácticas sociales en las que se produce ese enamoramiento (Haselton, 2018).

Lisa Feldman, una de las doctoras en neurociencia más citadas de la literatura especializada en la parte científica del amor, analiza, como se recoge en *How Emotions Are Made: The secret Life of the Brain*, cómo nuestras emociones están condicionadas a la lectura que hagamos de ellas -el cómo las sentimos- resultando en distintas respuestas biológicas y automáticas del cerebro (Barrett, 2017). La vivencia amorosa se configura a partir de un conjunto complejo de emociones, interpretadas de acuerdo con la experiencia vital de cada persona. El amor para Feldman no se concibe como un sentimiento universal, sino como una vivencia singular y subjetiva, en la que, a través de la proyección,

no solo se manifiesta la propia subjetividad, sino que además se asume la experiencia ajena como si fuera la propia (Barrett, 2017). Desde el abordaje de esta autora, podríamos inferir que, en la experiencia vital de cada persona, si esta estuviera revisada con una mirada crítica feminista, se podría entender mejor la diferente respuesta que hombres y mujeres pudieran realizar (sentimientos) según la emoción vinculada con el amor.

A modo de complemento a la propuesta de Fisher, Brook J. Sadler en *Love as Emotion and Social Practice: A Feminist Perspective*, describe otras respuestas biológicas vinculadas al enamoramiento, como la falta de apetito o de sueño o la aparición más o menos oportuna de gestos espontáneos. Este impulso vital, motivado en gran parte por el deseo, puede manifestarse en el plano lúdico mediante risas, cantos o comportamientos inusuales, casi extravagantes (Sadler, 2018). Esta investigadora tiene un alcance sexuado de la conducta del enamoramiento y la atracción, pero tampoco incluye una perspectiva feminista que considere el impacto del patriarcado, o cómo precisamente las conductas humanas son el mismo reflejo del sistema patriarcal. Esta investigadora plantea el rol que hormonas y neurotransmisores tienen en hombres y en mujeres en la conducta sexual o en la variación del deseo, las diferencias entre las estrategias reproductivas o las estructura cerebrales, pero asigna debatibles construcciones sociales a sus conclusiones, como que los hombres están más dotados para las tareas de liderazgo en las empresas (el dinero) y las mujeres para mantener redes de apoyo emocional, concentrar gran parte de sus necesidades emocionales en la pareja, o competir (podríamos decir que entre ellas) en mundo de la educación, los servicios, la sanidad, la comunicación y la justicia (el sostenimiento de la vida humana) (Sadler, 2018). De un modo más amplio, Brook J. Sadler plantea que el amor implica la predisposición a compartir y reflexionar los estados emocionales del otro, lo que abarca una gama de sentimientos que van desde la tristeza hasta la euforia. Señala la importancia de comprender el amor como un fenómeno en el que intervienen no solo procesos afectivos, sino también las condiciones sociales circundantes que modulan o constriñen el comportamiento de quienes se aman. Sadler advierte que, al no tomar en cuenta las fuerzas políticas y económicas presentes en las relaciones sexoafectivas, corremos el riesgo de

naturalizar y reforzar dinámicas de poder que se vuelven especialmente desiguales para las mujeres (Sadler, 2018).

Si bien las bases neurológicas del amor cuentan con amplia aceptación por su relevancia evolutiva para la supervivencia y la reproducción humanas, circunscribir el análisis únicamente a sus aspectos neurobiológicos y emocionales implica pasar por alto la forma en que las estructuras sociales y culturales lo configuran e incluso lo instrumentalizan. Sorprende también la ausencia del análisis diferenciado de hombres y mujeres en los mecanismos de respuesta neurológicos y las potenciales razones, o cómo, un tema de absoluta relevancia como la violencia de género, no se considera como una conducta ni habitual ni residual de los hombres como parte de la experiencia amorosa, que viven, como ya se dijo, una de cada tres mujeres en el mundo. Tampoco la neurociencia ofrece una explicación de épocas anteriores en los que los vínculos entre mujeres y hombres se reducían a un intercambio de mujeres para satisfacción sexual y reproductiva de los hombres, cómo, ese apareamiento que hoy conocemos como matrimonio, pareció institucionalizarse por el raptó y la violación de mujeres (Brownmiller, 1975). Es crucial entender la neurociencia del amor, pero va a ser necesario recurrir a otras ciencias para comprender la construcción del pensamiento amoroso que amplíen el conocimiento sobre las dinámicas sociales entre los sexos, y que ofrezcan mayor explicación a fenómenos sociales de los que se requiere encontrar respuestas de cara a analizar las relaciones amorosas. Otras investigaciones desde diferentes disciplinas, que veremos que tratan de abordar el amor con una mirada más integral, concluyen que existe factores sociales, como los registros culturales o el país de origen que influyen más en la elección de pareja que nuestra biología (Regan et al., 2000).

Aun cuando buena parte de los enfoques psicológicos se centra en describir los componentes emocionales y cognitivos del amor, es esencial subrayar la forma en que las fuerzas políticas, económicas e institucionales inciden en la construcción de estas definiciones y, con frecuencia, perpetúan relaciones desiguales.

I. 3. LA SOCIEDAD DEL AMOR. DAVID M. BUSS, ROBERT STERNBERG, BROOK J. SADLER & ERICH FROMM.

David M. Buss, que tiene una notable influencia en las mujeres investigadoras de los vínculos románticos, sostiene que el amor desempeña funciones adaptativas que promueven la supervivencia y la reproducción de la especie humana (Buss, 2018). Entre estas funciones, recogidas en *The Evolution of Love in Humans*, se incluyen la selección de pareja —mediante la valoración de cualidades deseables—, la retención del vínculo con el fin de salvaguardar la inversión realizada (no se identifica en los textos revisado que indague sobre quién suele encargarse del mantenimiento de este vínculo), la formación de lazos duraderos que favorezcan la cooperación y el cuidado de la prole tanto en términos materiales como emocionales o la regulación de conflictos, al fomentar la disposición a enfrentar amenazas externas de manera conjunta (Buss, 2018). Para Buss el pensamiento amoroso se concibe como un mecanismo que no solo afianza el bienestar emocional (no explicita si más de unos que de otras), sino que también fortalece la cohesión y la continuidad genética de la especie. El amor surge, desde su mirada, para solucionar problemas específicos de supervivencia y reproducción, profundizando en la función adaptativa que cumplen los lazos afectivos a largo plazo como un mecanismo evolutivo que facilita la unión estable de la pareja, la cooperación en la crianza y la inversión a largo plazo en la prole, incrementando las probabilidades de éxito reproductivo y la continuidad genética (Buss, 2018)

Los estudios de psicología revisados —incluyendo los de Buss y Haselton— se han centrado en la atracción y la reproducción desde un modelo mayoritariamente heterosexual, lo que plantea también preguntas sobre la inclusión de la homosexualidad en el discurso evolucionista.

En su célebre ensayo, que se decide incluir, por la actualidad con la que persisten sus conclusiones, *A Triangular Theory of Love*, Robert Sternberg (Steinberg, 1986) propone que el amor comprende tres componentes principales: intimidad, pasión y compromiso. Esta visión enfatiza la cercanía afectiva, la atracción sexual y la decisión de comprometerse con una persona -y este componente tiene un peso considerable en su análisis- manifestando la necesidad de equilibrar los elementos para lograr una relación estable. A falta de

críticas publicadas de su teoría y sin el ánimo de crearla en este espacio, se observa que en su teoría el aparato propagandístico sobre el ideal de mujer, la objetivación de sus cuerpos, las nociones de dominio o la carga mental, no interfieren en los componentes que conforma el amor. En *Love as a Reactive Emotion*, Abramson y Leite describen el amor como una emoción reactiva desencadenada por cualidades morales de la persona amada —entre ellas, la calidez, generosidad, consideración o la compasión—, lo que confiere al amor razones propias para actuar y cuidar al otro, actitudes que a su vez facilitan y alimentan la solidez del vínculo amoroso (Abramson & Leite, 2011). En esta relación, el amante cuida el bienestar y la felicidad de la persona amada con la misma profundidad y preocupación con que se cuida a sí mismo (Fromm diría que cuando falta esta preocupación, no hay amor). El cuidado implica compartir los valores de la persona amada por su propio bien, lo cual presupone un compromiso con la importancia única de la individualidad ajena, de manera similar al compromiso que el amante tiene con la importancia de su propia identidad (Hogg-Blake, 2022). En *El Arte De Amar*, Erich Fromm enuncia cuatro elementos esenciales —cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento— que, desde una perspectiva humanista, definen el amor maduro y auténtico. Sin embargo, su reflexión también puede ser leída desde una óptica crítica: al situar estos cuatro componentes en el plano relacional, deja abierta la pregunta de cómo se ponen en práctica en contextos donde imperan estructuras patriarcales o condiciones económicas injustas (Fromm, 1959).

Si bien estas teorías proveen un panorama amplio y útil para comprender los aspectos emocionales y relacionales del amor, muestran, de forma indirecta o explícita, que el amor no existe al margen de las relaciones de poder y de la organización social. Este punto resulta clave para articular el análisis feminista radical, pues evidencia que las implicaciones éticas y políticas del amor no pueden separarse de los sistemas de opresión en los cuales se producen y reproducen las experiencias afectivas.

**I. 4. AMOR, CAPITALISMO Y OPRESIÓN. STEVI JACKSON,
SILVIA FEDERICI, EVA ILLOUZ, ANNA JÓNNASDÓTTIR &
HEIDI HARTMMAN.**

“La participación en el propio sometimiento mediante la elección del propio amo, da a menudo la ilusión de estar realizando una elección libre; sin embargo, la realidad nos dice que una mujer no es nunca libre de escoger el amor sin motivaciones externas”.

Shulamith Firestone

El análisis del amor centrado únicamente en sus aspectos neurobiológicos y emocionales, o sociológicos sin un profundo análisis de las relaciones de poder entre los sexos, o la relación entre el amor y los sistemas económicos, hemos visto que corre el riesgo de obviar la manera en que las estructuras sociales y culturales configuran -e incluso instrumentalizan- este sentimiento. Comprender los criterios que emplean las ciencias sociales para señalar la opresión, si bien no siempre proporciona un conjunto exhaustivo de indicadores, sí ofrece los elementos mínimos para establecer categorías de análisis aplicables a diversas estructuras, incluida la experiencia amorosa.

Desde la perspectiva feminista, especialmente la radical, se examina cómo el amor funciona a menudo como una justificación libremente elegida que mantiene la desigualdad en el ámbito más íntimo, evidenciando la dimensión social y política del patriarcado en las relaciones amorosas, que no es otra que la opresión. Varias teóricas feministas ilustran esta idea. Iris Marion Young afirma que la opresión es una condición estructural inherente a los sistemas socioeconómicos y depende de la subordinación sistemática de las mujeres para asegurar su funcionamiento y perpetuación (Young, 2000). También la filósofa alemana Maria Mies desarrolla en sus investigaciones con solvencia teórica por qué el capitalismo requiere una opresión estructural que garantice su reproducción, y cómo esta se manifiesta en la subordinación de las mujeres como base para la acumulación de capital (Mies, 2019). A continuación, se revisan los aportes de cuatro feministas que han dedicado parte de su obra a definir el amor en los términos según los que ha sido moldeado y a los que se ha adaptado, desde el inicio del capitalismo hasta las últimas décadas, y que aportan al análisis

crítico de las emociones como proceso complejo a cuya definición se han ido añadiendo o eliminando variables según el avance de los derechos de las mujeres o la obtención de nuevas libertades humanas.

I.4.1 El amor como autorrealización

Stevi Jackson, directora de Estudios de la Mujer de la Universidad de York, ha planteado la necesidad de estudiar al amor en varias dimensiones (estructural, de significado, práctica y subjetiva). El amor para ella no puede entenderse como un fenómeno “pre-social”, asumirlo así dificulta su cuestionamiento crítico, la comprensión de su origen sociohistórico y su evolución, y los fines que puede llegar a servir (Jackson, 1993b). Esta aproximación permite un análisis más realista de la naturaleza del amor, reconociendo que no siempre representa una emoción positiva o edificante. Muy al contrario, se halla atravesado por contradicciones, ambigüedades y posibles implicaciones éticas, lo que pone de relieve la necesidad de estudiarlo también como parte de las dinámicas de dominación que existen en la sociedad (Jackson, 1993b).

Para Jackson el amor ha sido identificado por las feministas como una ideología en torno a la esfera familiar para mantener el poder heterosexual en las relaciones de pareja, ideología que se conecta e influye en la subjetividad individual (Jackson, 1993a). La dificultad de poner en orden las subjetividades influidas por la cultura heterosexual, casi obligan a encontrar elementos comúnmente subjetivados que puedan evidenciarse en acciones tangibles y nos den mejores indicadores de qué espacios de las relaciones de pareja evidencian su clara influencia del pensamiento patriarcal. El sexo podría ser uno de ellos. En su artículo *Faking Like a Woman* (Jackson & Scott, 2007) la autora toma el orgasmo como paradigma de cómo una experiencia aparentemente individual y privada, es al mismo tiempo social y como tal, se encuentra condicionada por la telaraña patriarcal que la define y la configura. Los cuerpos sexuales están sujetos al género, como lo están los deseos y las identidades sexuales, esto implica que incluyen jerarquías; en las más altas, las necesidades y deseos se ven mayormente satisfechas. El orgasmo de las mujeres y el proceso que requiere su logro siguen siendo ampliamente desconocidos, el porno, que es un buen ejemplo de cómo la cultura del abuso sexual en las mujeres está incrustada en la

cotidianidad social con férrea intensidad, no viene a traernos nada nuevo y si a confundir un poco más la explicación del deseo de las mujeres (de Miguel Álvarez Ana, 2015). El acto sexual, que tradicionalmente viene siendo la introducción del sexo masculino en la vagina con el fin de la eyaculación de este, muestra la injerencia masculina en la creación del discurso de lo que les gusta a las mujeres, y del significado del placer y del sexo mismo. En esta performance, las mujeres se ven “invitadas” a reafirmar a sus parejas mediante un orgasmo fingido como “part of the ‘emotion work’ of maintaining a heterosexual relationship and conforms to the more general expectation that women will ‘feed egos and tend wounds’ [parte del “trabajo emocional” de mantener una relación heterosexual, y ajustarse a la expectativa más general de que las mujeres deben “alimentar egos y curar heridas”] (Jackson & Scott, 2007, p. 13). Al estar acompañada de una manifestación física, se vuelve más identificable para los hombres, a través de la eyaculación, y menos para las mujeres, que ocurre en ocasiones mediante la reproducción aprendida de lo que deberían experimentar (Getaz & Ehrlich, 1977).

En la sociedad moderna, que se ha vuelto impersonal, compleja y anónima, dice Jackson que el amor cumple una función; sirve como un medio de autorrealización, como una emoción autocentrada – regalo de los tiempos que corren- y vinculada al individualismo. No se trata del otro, sino de una emoción egoísta que gira en torno al deseo de ser el único para la pareja, en una necesidad profunda de validación personal, de percibirnos como seres únicos e independientes de nuestro entorno social, “the real individual we imagine we love, may be little more than a pretext around which our fantasies are woven” [el individuo que imaginamos amar puede ser poco más que un pretexto en torno al cual se tejen nuestras fantasías] (Jackson, 1993, p. 210).

Sabemos ya que el amor se ha ido modificando, adaptándose al contexto histórico, económico mayormente, donde la libertad de elegir pareja se vincula con la no necesidad de mantener las propiedades dentro de la misma familia (Hochschild & Machung, 1989), sin embargo, pareciera que en nuestro imaginario actual existe una idea lineal, casi esencialista y uniforme del sentimiento amoroso desde el inicio de la especie humana. Incorporamos unos patrones estándar en el amor desde la infancia, donde particularmente la

alfabetización de las niñas se crea alrededor de una narrativa que los niños rara vez adquieren, por ello no aprenden a construir discursos más amplios sobre la emoción, siendo leídos por las mujeres como analfabetos emocionales, criaturas con discapacidad sentimental sobre las que ellas pueden intervenir y así sacar ese lado emocional enterrado por su masculinidad (Montiel torres, 2020). Esto no se trata nada más de interpretar una narrativa romántica, sino que configura las realidades materiales de las mujeres, que se vuelven responsables del cuidado y la nutrición emocional de los hombres hacia ellas y hacia el resto. Las mujeres siguen invirtiendo mucho más y ofrecen más afecto del que reciben en relaciones habitualmente no recíprocas. Esto sabemos que no surge de la naturaleza de las mujeres, sino que es una expresión vinculada a la búsqueda de una identidad positiva, sentirse valiosas en una sociedad que las excluye, subestima e invisibiliza.

Stevi critica cómo para las mujeres es más fácil rechazar el modelo del amor en términos generales, y no tanto el enamorarse en sí, porque todas se enamoran (Jackson, 1993b). Esto podría tener que ver con el valor y la veracidad que les dan a las emociones, lo que sienten lo convierten en algo tan auténtico que se pierde de vista lo hegemónico, la construcción social, y su papel activo en esto.

I.4.2 EL AMOR COMO ACTIVIDAD PRODUCTIVA.

Para Silvia Federici “cualquier persona que hace un trabajo de reproducción en realidad sustenta el sistema económico” (Contreras, 2021, para.46), y ese trabajo de reproducción realizado por las mujeres y que beneficia enormemente a los empresarios y al sistema capitalista, no está retribuido, y sostiene que recibir un salario por el trabajo realizado no tiene nada que ver con los sentimientos, ni tampoco con el amor.

Para Federici, la opresión de las mujeres además de ser sistemática no es un mero subproducto del sistema capitalista, sino su requisito esencial (Federici, 2010). El logro del acceso al mercado laboral reivindicado con dureza por las mujeres durante décadas no es una herramienta suficiente para su liberación, puesto que generalmente es un trabajo que las explota, mal pagado y precarizado y que no permite la añorada autonomía financiera que las mujeres requieren para

no ser dependientes de sus esposos, esclavas del vínculo amoroso. Una vez que regresa a su casa tras un largo día de trabajo, la mujer va a ocuparse de todas las personas que requieran su cuidado, tanto entre semana como los fines de semana (Contreras, 2021). Este trabajo al servicio de la familia, se realiza en nombre del amor no remunerado, y fuera de casa en nombre de la libertad de prescindir, si se desea, de ese amor (Federici, 2010). El cuerpo, ese que pasa a ser privatizado mediante el matrimonio, es el enclave sobre el que se robustece el dominio patriarcal y la explotación del trabajo femenino por parte de los hombres. Sin esta apropiación, argumenta Federici, el patriarcado nunca hubiera podido desarrollarse, por lo que fue esencial para la consolidación de este sistema capitalista (Federici, 2010).

En su obra *Calibán y la bruja*, vincula el amor y el capitalismo a través de la acumulación primitiva y la opresión de las mujeres; el sistema capitalista se sustentó en una reubicación de las relaciones entre los sexos con jerarquías más marcadas, que subordinó a las mujeres al trabajo reproductivo no remunerado y privado (Federici, 2010). El amor sería para esta autora una construcción social determinada por la necesidad del capital de controlar la reproducción de la fuerza de trabajo, como veremos que también analizará Eva Illouz. La caza de brujas, y la domesticación de las mujeres junto a la división sexual del trabajo que partía del ámbito doméstico, han sido las herramientas para imponer un régimen patriarcal en el que el amor encubre la expropiación y explotación del capital humano de las mujeres (Contreras, 2021)

I.4.3 EL CONSUMO DEL AMOR.

Eva Illouz describe en *El consumo de la utopía romántica: El amor y las contradicciones culturales del capitalismo* (Illouz, 2009), que el amor también está estrechamente vinculado a estructuras económicas y esto en la modernidad supone una negociación constante entre la autonomía individual y el deseo de conectar emocionalmente con otras personas. Las relaciones amorosas han impulsado a nuevas industrias como la ropa, el maquillaje, los perfumes, los restaurantes y las tiendas de regalos o de flores, que a su vez han moldeado la forma en la que se establecen y se desarrollan estos vínculos (Illouz, 2009). El amor -o la ilusión de tenerlo- se enmarca para Illouz dentro de los límites temporales, espaciales y materiales que definen las nuevas formas de cortejo

vinculadas al ocio que fomenta el consumo “*surge una forma de interacción amorosa donde se imponen las normas del hedonismo y el consumismo, a saber: la práctica de las citas románticas*” (Illouz, 2009, p. 89). Un ejemplo en el cambio de paradigma de estas citas fue el automóvil, que en los años 50 ofreció un nuevo espacio de intimidad y de exploración de la sexualidad, motivando el crecimiento de servicios como los autocines o los autoservicios de comida entregadas en bolsas de papel para ser consumidas en lugares solitarios, esto especialmente para las clases medias altas, los cines de barrio y los *food tracks* eran los más frecuentados por las clases medias-bajas (Illouz, 2009). Esta cultura de consumo pasa así a determinar los escenarios y los símbolos de la experiencia amorosa, que como parte de esa cultura de consumo que son, acarrearán también la incertidumbre y la ansiedad de dinámicas fluctuantes y de sopesar permanentemente si hemos elegido en nuestra pareja a la opción con más “prestaciones”. Si el acto de enamorarse y consolidar una relación se encuentra ligado a experiencias de consumo como cenas en restaurantes, viajes y regalos, el mercado pasa a constituirse como un intermediario fundamental en la construcción del deseo. Se trata de una economía afectiva en la que el consumo no solo acompaña, sino que define y produce la experiencia amorosa (Illouz, 2009). La validación masculina también se ha desplazado en esta dinámica, el acceso sexual a las mujeres se percibe como un símbolo de estatus y competencia entre varones, por lo que la mercantilización del amor no solo condiciona las interacciones afectivas, sino que refuerza desigualdades de género, estableciendo la sexualidad y la capacidad de seducción como formas de poder (Illouz, 2021)

Las relaciones románticas están marcadas por la paradoja de buscar la intimidad y la autenticidad emocional y al mismo tiempo lidiar con la lógica de mercado impuesta por la cultura del capitalismo emocional, en la que la elección de pareja se asemeja a una transacción de compatibilidad afectiva pero también de un fuerte componente de búsqueda de estatus social (Illouz, 2012). El amor en los tiempos modernos ya no tiene las normas bien definidas de antaño, que ofrecían permanencia, seguridad -y en no pocos casos hastío y decepción-, ahora se exploran nuevas opciones de vínculos que permitan explorar la libertad individual pero también conocer la competencia que se genera (Illouz, 2021). El sufrimiento amoroso se convierte en un reflejo de las desigualdades estructurales

y las contradicciones del capitalismo emocional: cuando las relaciones afectivas se rigen por la lógica del mercado, el amor se busca, se idealiza, se consume y también se desecha.

Sobre la idealización, para Illouz lo que se conoce como "proyecto de vida" es la proyección, con carácter institucional, de la vida personal hacia el futuro, y esto se hace por medio de la imaginación, sobre la que añade:

Este concepto de la imaginación resulta especialmente notorio en el ámbito de lo amoroso, donde el objeto del amor y la fantasía presenta gran vigor y vitalidad. Tanto la experiencia cotidiana como un vasto corpus de escritos filosóficos y literarios demuestran que, cuando amamos a otra persona, la invocación imaginaria de esa persona resulta tan potente como su presencia, y cuando nos enamoramos, en gran medida inventamos el objeto de nuestro propio deseo. Probablemente no haya esfera más apta que la esfera amorosa para observar con claridad el rol constitutivo de la imaginación, es decir, su capacidad de sustituir a un objeto real y a la vez crearlo (Illouz, 2021, p. 262).

Años después esta autora se preguntaría si la libertad sexual tan proclamada y defendida, en principio publicitada para que cada persona pueda tomar el control de su propio cuerpo, evitar relaciones no consentidas, matrimonios forzados, el derecho al divorcio o a la libre orientación sexual, no será más que una filosofía neoliberal llevada a la esfera privada que “naturaliza la ética del consumo como nueva forma de organización emocional autónoma” (Illouz, 2021, p. 27).

EL PODER DEL AMOR

Anna Jónasdóttir en *Qué clase de poder es “el poder del amor”?* (Jónasdóttir, 2011) define el amor como “como una capacidad humana creativa-productiva –y explotable– de importancia comparable a la del trabajo o a la del poder del trabajo” (Jónasdóttir, 2011, p.248) es la habilidad de actuar, la capacidad de hacer algo. Llega a esta conclusión casi por casualidad en su intento de aplicar las premisas materialistas -y en general toda la teoría social- de Marx a las cuestiones feministas. Para Jónasdóttir las prácticas amorosas son una dimensión del cambio social; la economía y la sexualidad política no se pueden

analizar como campos de estudio independientes porque van de la mano (Jónasdóttir, 2011). En este análisis elige analizar el poder de los hombres. Las prácticas amorosas son para ella un proceso de transacciones de poderes entre individuos o colectivos ubicadas en un escenario específico (que atraviesan la familia, el trabajo etc.) y definen a las personas en su imagen social. Es decir, cómo se definen y se leen los individuos es de acuerdo con cómo desarrollan sus prácticas amorosas en escenarios distintos condicionados por lo macro y también por el uso que hacen del poder que tienen. Percibe el matrimonio como lo que vincula ideológicamente al estado y a la sociedad -correspondiente al análisis de la propiedad privada en el pensamiento de Marx. Para ella, incluso en las sociedades formalmente igualitarias las transacciones de energía (poder) entre hombres y mujeres son desiguales, los hombres explotan las capacidades de las mujeres en el amor y las transforman en formas individuales o colectivas de poder "sobre el que ellas pierden el control" (Jónasdóttir, 2011, p. 255). El matrimonio no solo formal sino la convivencia o estar en pareja, establece y prohíbe interacciones no solamente entre mujeres y hombres sino entre las mujeres mismas. En la práctica el derecho de los hombres de apropiarse de los recursos socio sexuales de las mujeres a través del amor sigue vigente incluso cuando el matrimonio no tenga prescripción legal.

Hace énfasis en el término explotación, que define como "usar a alguien o a algo de manera egoísta e injusta para obtener una ventaja o ganancia propia" (Jónasdóttir, 2011, p.258). Opresión y discriminación como términos se le quedan cortos porque no evidencian que existen beneficiarios. Establece que las capacidades para el amor pueden explotarse, que generalmente no se hace a través de la coerción y que habitualmente se ven beneficiadas ambas partes "aunque una de estas controla mucho mejor que la otra las circunstancias de las ventajas diferenciales que mantienen en funcionamiento el sistema de explotación" (Jónasdóttir, 2011, p.260). Esta explotación no solamente puede beneficiar a explotado, sino que además lo hace con su consentimiento. Como en ocasiones ser explotadas y obtener beneficio van de la mano, las personas pueden incluso mostrar ansiedad de ser explotadas por lo que a nivel social y económico les ofrece esa explotación. A semeja la relación entre la explotación laboral y la explotación emocional en distintos sistemas de poder. Por un lado, el trabajo

asalariado es vendido libremente dentro del capitalismo, mientras que, por otro, el amor se entrega libremente dentro de un patriarcado que aparenta ser igualitario:

En ambos casos la explotación dista mucho de involucrar la coerción o el abuso de forma consistente y a menudo beneficia a ambas partes (...) En ambos casos la explotación no sólo puede beneficiar a quien es explotado, sino que en la mayoría de las veces ocurre con su pleno consentimiento (Jónasdóttir, 2011, p.260).

Ser explotada no significa necesariamente no ser feliz o ser maltratada, opina, por eso tanto perder un contrato en condiciones de explotación como perder una relación no saludable, genera tanto sufrimiento. Como para ponerle un poco de esperanza al tema, añade que, así como existen formas de empleo más justas, como las cooperativas, también pueden existir relaciones amorosas que no necesariamente sean de explotación (Jónasdóttir, 2011). Para Jónasdóttir el amor está constituido por el cuidado y el aspecto erótico, ambos configuran la práctica socio sexual. Marx contrastaba las capacidades humanas con las formas de poder, como el dinero o la violencia, que impedían desarrollar plenamente las capacidades humanas. Cuando las personas se conocen como sexos "las condiciones sistémicas en que suceden esos encuentros no son igualitarias" (Jónasdóttir, 2011), entonces las mujeres son "forzadas" a comprometerse a cuidar a los hombres, y los hombres son presionados a un ilimitado deseo erótico como medio para reafirmarse, mientras que la reciprocidad de su cuidado con las mujeres la leen como cargas que deben economizarse.

En las sociedades contemporáneas, y aquí se alinea con Stevi Jackson, en el principio de desempeño -ese hacerse a sí mismo- la autoafirmación sexual-erótica es esencial, pero para que ese poder se mantenga debe necesariamente basarse en el cuidado amoroso, mostrando al individuo amado como una persona particular, distinta. Lo importante es que lo que debe caracterizar el amor de las personas es tanto un interés en sí mismas como el interés hacia la otra persona. El poder del amor, para Jónasdóttir debería lograr una revolución de género para socavar la dominación masculina sobre las mujeres, y así poder progresar en el mundo de la sexualidad, la intimidad y en todas las otras luchas.

Debería analizarse si antes no tenemos que cambiar las diferencias de poder existentes entre las dos personas que comparten dicho amor.

Heidi Hartmann en 1981 publica su famoso artículo *Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo* (Hartmann, 1979). Ella cree que el marxismo es ciego al sexo y que el feminismo no considera lo suficiente el materialismo histórico. El marido (marxismo) siempre tratando de someter a la esposa (feminismo). Cree que para el marxismo el tema de la mujer nunca ha sido el feminista. El capitalismo genera la división entre el trabajo en el hogar y en la fábrica y deja a la mujer la tarea de lo privado e impagado. Hartmann centra el problema de las mujeres con los hombres no en cuanto a compañeros o trabajadores, sino en cuanto a parejas, maridos y padres y por lo tanto ese tema no lo resuelve el análisis marxista, sino el feminista (Hartmann, 1979). Apunta que no se trata de una actitud, como puede ser el sexismo, sino que es un sistema, se llama patriarcado y supone una dominación, con una “base material”, un “modo de producción”, su propia historia y su complicidad con el sistema capitalista. Utiliza los conceptos de explotación y plusvalía para explicar la división del trabajo por sexo y la particular opresión de las mujeres en la familia como objeto sexual, madre reproductora y cuidadora de las criaturas. Hartmann piensa que la mayoría de los hombres quiere a su mujer, una, trabajando en casa sirviéndolo a él, igual que el capitalista quiere que las esposas de estos hombres trabajando mal pagadamente en sus fábricas estén en casa garantizando que cuidan a sus trabajadores y que proveen al mercado de nueva población explotable (Hartmann, 1979) . El patriarcado y capitalismo se van acomodando y dando la mano hacia el mismo interés, sindicatos y patronal acuerdan el “patriarcado del salario”. El SXX refuerza la alianza entre patriarcado y capitalismo, institucionalizándose las jerarquías entre varones que van a controlando a las mujeres.

Iris contestaría a Hartmann sobre la imposibilidad de separar la lucha capitalista de la lucha contra el patriarcado (Young, 2000) ya que al capitalismo le es esencial la marginación del trabajo de las mujeres y dice que el feminismo puede explicar, al describir el género, por qué se da una jerarquía sexual, pero que no se puede explicar cómo los hombres ocupan una posición superior si no se considera su acceso a recursos que las mujeres no tienen.

Otras autoras además de las mencionadas han abordado el tema de la libertad y sus complejidades en las sociedades neoliberales, ha sido cuestionado por feministas radicales como Catharine MacKinnon, quien denunció que poner la libertad por encima de la justicia o la equidad en las sociedades injustas o desiguales, no era más que seguir concediendo esa libertad a quienes ya podían disfrutarla (MacKinnon, 2017). Esto llevado al ámbito de la esfera privada parece acertado si pensamos como esa revolución sexual que se experimentó en los 60s privilegió, como se recogerá más adelante, los deseos y la afectividad de quienes ya venían teniendo mayor libertad para ejercerla; los hombres.

El feminismo radical ha examinado el amor, como iremos viendo más adelante, desde un marco de análisis político, y con una mirada crítica a las “relaciones libremente elegidas” que sostienen la desigualdad en el espacio más íntimo, evidenciando la dimensión social y política del patriarcado en su escala más reducida: las relaciones amorosas. Para estas autoras, tanto el capitalismo como el patriarcado se sustentan en la explotación de un grupo (mujeres, personas no blancas, grupos económicamente desposeídos) en beneficio de otro. La existencia de un grupo oprimido—en este caso, las mujeres—se vuelve indispensable para la supervivencia de dichas estructuras. Por cada grupo oprimido, hay otro que se beneficia; ese beneficio define al grupo privilegiado.

En suma, analizar el amor únicamente como un fenómeno biológico o desde la psicología, implica pasar por alto las complejas relaciones de poder y las imposiciones culturales que lo atraviesan. Al tiempo que teorías como las de Sternberg, Sadler, Fromm o Helm resaltan la dimensión individual y emocional, es necesario reconocer que dichas construcciones están inmersas en un entramado socioeconómico y político que define quiénes pueden amar libremente, de qué manera y en qué condiciones. Solo así se podrá tener una comprensión más completa del amor, tanto en su potencial transformador como en su capacidad para legitimar la subordinación de ciertos grupos.

CAPÍTULO II . EL AMOR EN LA GENEALOGÍA FEMINISTA: OLIMPIA DE GOUGES, MARY WOLLSTONECRAFT, SUFRAGISTAS, ANARQUISTAS Y SIMONE DE BEAUVOIR.

“¿Dime? ¿quién te ha dado el soberano imperio de oprimir a mi sexo”

Olimpia de Gouges.

“Un hombre nunca empieza por definirse como un individuo de un determinado sexo: ser hombre no le supone ningún problema”

—Simone de Beauvoir.

Revisar la experiencia amorosa de las mujeres feministas a lo largo de la historia nos ayuda también a entender cómo esa experiencia se produce y se lee hoy. Las primeras mujeres que hablaron del amor como una forma de opresión fueron las pioneras del pensamiento feminista, escritoras que cuestionaron las normas sociales y las dinámicas de poder que veían en las relaciones de pareja. Su análisis sobre las relaciones amorosas no ha sido registrado como parte de su legado, por eso nos proponemos rescatar sus alcances específicos en materia de vínculos de pareja para identificar cómo desde hace ya varios siglos, muchas mujeres vienen reflexionando sobre la experiencia de las mujeres en sus relaciones amorosas.

II. 1. OLIMPIA DE GOUGES

Marie Gouze, bajo el pseudónimo de Olympe de Gouges (Montauban, France 1748-1793), fue recuperada y traducida gracias a las feministas radicales “is the subject of several scholarly articles, inspired by the 1970s interest in feminist history” [es materia de varios artículos académicos, inspirados por el interés en la historia feminista de la década de 1970] (Roelofs, 2010, p.272). De Gouges toma el universalismo de la Revolución francesa de finales del siglo XVIII, reflexiona y reivindica la lucha por la igualdad jurídica y civil de ambos sexos. En su obra encontramos su lucha por la educación de las niñas, la abolición de la esclavitud, o a igualdad entre hombres y mujeres también al

interior de la familia (Vanpée, 1999). Su historia de vida quedó marcada por un padre que no la reconoció legalmente, y se puede sospechar que es la razón por la que se enfocó particularmente en los derechos hereditarios de los hijos biológicos no reconocidos (Gunther-Canada, 2015). Pero también en esas mismas obras, aunque no se hayan identificado análisis específicos que lo refieran, hace constante mención a cómo la situación emocional y material de las mujeres en sus vínculos íntimos las condena a la reproducción de su propia subordinación. Dos grupos de ideas sirven principalmente para el análisis de su obra en esta investigación.

La primera, es que el matrimonio es “la tumba del amor y la confianza” (de Gouges, 2020, p.41) una unión que la que en nombre de promesas habitualmente incumplidas, las mujeres dejan su futuro en manos de hombres que las abandonarán por mujeres más jóvenes a medida que envejecan. Esta pensadora inicia en el que pudiera ser el primer contrato social entre hombres y mujeres *Forma del contrato social del hombre y de la mujer* (de Gouges, 2018) hablando de la necesidad de la predilección mutua y apelando al amor propio, a sí mismas y a sus congéneres, como estrategia para poder dominar las pasiones, desarrollando su propia vida con sentido crítico sobre la entrega al servicio afectivo y material de los hombres. Eso es lo que finalmente las convertirá en mujeres fuertes, que es la opuesto a la mujer débil recogida en el código civil francés (de Gouges, 2020, p.57). En algún momento llega a afirmar, que “el amor femenino es incompatible con la igualdad” (de Gouges, 2020, p.13).

En segundo lugar es relevante recuperar su análisis sobre cómo los hombres se comportan con las mujeres en la esfera pública. Identifica al patriarcado – aunque sin nombrarlo así- como un pacto de camaradería entre los hombres que debe ser contrarrestado y reducido con una mayor camaradería y apoyo entre mujeres, apelando a la indulgencia y a no señalarse en público entre ellas sus defectos, sino a disimularlos, porque esa crítica mordaz entre las mujeres las divide, al mismo tiempo que divierte a los hombres y les educa sobre quiénes son las mujeres (de Gouges, 2020, p.55). De Gouges observa cómo el reducido grupo de mujeres que lograr ostentar algún mínimo poder se vuelve servil al grupo de los opresores: “pocas mujeres son hombres en la manera de pensar, pero en efecto las hay; y lamentablemente la mayoría se suma de forma

despiadada al grupo del más fuerte, sin prever que destruye por sí misma los encantos de su imperio” (De Gouges, 2022, p.54), que nos recuerda a la célebre frase que De Beauvoir incluiría siglo y medio más tarde en su obra de referencia del feminismo; el opresor no sería tan fuerte si no tuviera cómplices... . Invoca a las mujeres a observar cómo los hombres oprimidos una vez que sospechan dejar de serlo, les dan la espalda “mujer, despierta (...) el hombre esclavo ha redoblado sus fuerzas y ha necesitado apelar a las tuyas para romper sus cadenas” (de Gouges, 2020, p.18), en una clara referencia a los nulos beneficios que a las mujeres les reportó su participación en la Revolución. Se revisará este mismo lamento durante décadas por parte diferentes mujeres que se vieron políticamente traicionadas por aquellos con quienes estaban condenadas a ser sus parejas amorosas o sus compañeros de “revolución”.

Su activismo político a favor de las mujeres fue el crimen inexpiable que justificó su muerte en la guillotina (Beckstrand & Miller, 1997), fue la segunda mujer después de Maria Antonieta (Roelofs, 2010) Este castigo ejemplar, puso en sobre aviso a las mujeres que comenzaban a tener incipiente presencia en el espacio político, sobre la deriva a la que llevarían sus vindicaciones a las mujeres, en manos de aquellos que proclamaban los derechos universales sin creer en su universalidad (Beckstrand & Miller, 1997, p.10).

La conveniencia de haber incluido a pensadoras como de Gouges en la educación tradicional nos hubiera permitido desarrollar una mirada más afilada y mayor criterio sobre los grupos y causas que a las mujeres les han despistado de enfocarse en la suya propia, hasta hoy.

II. 2. MARY WOLLSTONECRAFT

Solamente un año después de la mencionada *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*, Mary Wollstonecraft, una filósofa nacida en 1759 en Middlesex, Reino Unido, escribe *La vindicación por los derechos de la mujer* (1792). Obra seminal que funda el feminismo moderno y que tuvo una gran influencia en las reformas educativas de los siglos siguientes. Las principales referencias a esta obra y a su autora se realizan en el marco de su incidencia política para lograr la educación de las mujeres, pero Wollstonecraft, como veremos, tiene mucho que decir sobre las relaciones amorosas. Sostuvo que las

mujeres debían ser educadas de manera similar a los hombres para que pudieran desarrollar su razonamiento, sus habilidades morales y su independencia e igualdad en las relaciones amorosas, porque a través de esta educación la mujer pasaría a ser la amiga de su marido, en lugar de ser “su humilde dependiente” (Wollstonecraft, 2005, p. 80).

Su obra ofrece permanentemente una mirada sobre las relaciones sentimentales, el amor, y cómo este perjudica a las mujeres. Expresa el distinto valor que las mujeres y los hombres le dan al amor en el s XVIII y coincide con de Gouges en que los hombres tratan a las mujeres “como esclavas o como animales que son dependientes de la razón del hombre” (Wollstonecraft, 2005, p. 88). Critica que los hombres impiden a las mujeres acceder a educación para mantenerlas a su servicio en sus relaciones amorosas, una dependencia que es emocional, pero también física, material, social y política. Esta falta de acceso deja a las mujeres en un estado vital de desprotección que les permite a los hombres conseguir la obediencia de las mujeres “la conducta sumisa de la dependencia, el soporte de la debilidad que ama porque necesita protección, y es paciente porque debe soportar los daños sigilosamente, sonriendo bajo el látigo al que no se atreve a enfrentarse” (Wollstonecraft, 2005, p. 85). Para Wollstonecraft, las mujeres son educadas para sentir porque su única opción de vida y futuro queda depositada en el matrimonio, deben casarse provechosamente y a este fin sacrificar su cuerpo, relacionándose sexoafectivamente con hombres que no desean, padeciendo mezquindades, preocupaciones y desgracias por parte de unos hombres de quienes tendrán que ganarse su atención “prostituyéndose, aunque sea legalmente” (Wollstonecraft, 2005, p.122) y actuarán una amable debilidad e infantilización que las conduce a vidas alienadas “considerando el tiempo que las mujeres han sido dependientes ¿sorprende que algunas de ellas abracen sus cadenas y sean serviciales como el perro de aguas?” (Wollstonecraft, 2005, p.154). Esta desesperada necesidad de supervivencia coloca a las mujeres en un estado de parálisis, de masoquismo forzado “¿de qué materiales puede estar compuesto aquel corazón que puede enternecerse cuando se le insulta, y en lugar de rebelarse contra la injusticia besa la vara que le golpea? ¿Sería justo decir que se debe a la estrechez de miras?” (Wollstonecraft, 2005, p.156).

Educar a las mujeres para las emociones y el servicio a sus esposos las mantiene en lo que de Beauvoir denominaría más adelante la inmanencia, una inactividad que para Wollstonecraft las empuja, ante la falta de otras motivaciones intelectuales, a pensar en los hombres, "los hombres, para quienes se nos dice que han sido hechas las mujeres, han ocupado demasiado los pensamientos de las mujeres, y (...) [las mujeres] se convierten en pretendientes viles y esclavas cariñosas" (Wollstonecraft, 2005, p.205). Se las educa para perderse en sentimientos románticos y ensueños paradisiacos de los que se las debe prevenir "Las mujeres raramente tienen ocupaciones suficientemente serias para silenciar sus sentimientos" (Wollstonecraft, 2005, p.142). No profesa hacia los hombres altas expectativas, que explican que la sociedad requiera educar a las mujeres en la comprensión y la paciencia "para vivir con semejante ser tan imperfecto como el hombre, deben aprender mediante el ejercicio de sus facultades la necesidad de la paciencia" (Wollstonecraft, 2005, p.155), hombres que, además, señala, "se empeñan en hundirnos todavía más, simplemente para convertirnos en objetos atractivos para un rato" (Wollstonecraft, 2005, p.49).

Wollstonecraft critica duramente a Rousseau, considerado el padre de la pedagogía moderna y referente de los estudios de humanidades, que entre otras cosas dice que la educación de las mujeres debe ser para complacer a los hombres, serles útiles, hacerles amarlas y estimarlas, cuidarles y aconsejarles, siendo bellas, inocentes y bobas, lo que las convertirá en compañeras atractivas e indulgentes (Wollstonecraft, 2005). Cuestiona tanto esfuerzo, que solamente les servirá para ser amantes de un marido por poco tiempo, de un hombre que tendrá interés en engañarlas, convirtiéndolas en seres débiles y con una vida sometidas al severo control del decoro, esclavas de prejuicios que las brutalizan "¿no es esto negar indirectamente la razón de la mujer?" (Wollstonecraft, 2005, p.173).

Para Mary Wollstonecraft, el matrimonio en el que las mujeres depositan toda su desarrollada y bien entrenada afectividad las lleva a un estado de desgaste, opresión y decepción con pocas puertas de escape, y propone el acceso de las mujeres a la educación, para que no tengan que adaptarse a las flaquezas de su compañero que destruirán su paz mental, y así con sus mentes bien equipadas, podrán soportar la soltería con dignidad, como un estado posible,

escapando de la esclavitud legal y social que supone el matrimonio, descubriendo cómo viven las mujeres fuera de él y de sus promesas (Wollstonecraft, 2005).

Añade la idea de lo que autoras contemporáneas han definido como “el patriarcado del consentimiento” en la construcción de la libertad de las mujeres que adaptaron el discurso de esa libertad a las expectativas y deseos masculinos “nunca tendría que permitirse a las jóvenes asumir la noción perniciosa de que un defecto puede gracias a cierto proceso químico de razonamiento, convertirse en un valor” (Wollstonecraft, 2005, p. 94). Algo así podría aplicarse hoy a discursos regulacionistas o a nuevos fenómenos de la “libertad de las mujeres” al estilo *Onlyfans*.

Su mirada optimista sobre el impacto que tendrían la educación en las mujeres, llevándolas a poder identificar mejor sus propios intereses y necesidades, liberándose del yugo del amor (Wollstonecraft, 2005, p.183):

Una vez que las mujeres estén suficientemente instruidas para descubrir su interés real, a gran escala, estarán, estoy convencida, muy gustosas de abandonar todas las prerrogativas del amor, que no son mutuas en tanto que prerrogativas duraderas, por la satisfacción calma de la amistad y la confianza tierna de la estima habitual. Antes del matrimonio no asumirán aires insolentes, o se someterán después abyectamente, sino que tratarán de actuar como criaturas razonables en ambas situaciones, y no se las derriberá de un trono a un taburete.

Tras su muerte su obra fue silenciada. Flora Tristán en su diario escribiría que únicamente fue publicado un primer volumen de la obra de Wollstonecraft, y que era, además, extremadamente difícil de conseguir (Tristán & Valente, 2022).

La educación hoy, aunque con algunos matices, sigue siendo un elemento generador o reductor de las desigualdades económicas entre hombre y mujeres, algunos análisis nos dicen que las mujeres continúan participando en los sectores peor retribuidos, siendo casi absoluto su participación en el servicio doméstico. O que, en las diez actividades con salarios más altos, solo en tres hay más de un 50% de mujeres (Sánchez Hidalgo, 2025), y que, además, reportes globales,

indican que actualmente, 119,3 millones de niñas no asisten a la escuela (ONU Mujeres, 2024).

II. 3. LA HERMENÉUTICA DE LA SOSPECHA AMOROSA DE LAS SUFRAGISTAS. LUCRETIA MOTT, ELIZABETH CADY STANTON.

El movimiento abolicionista anglosajón favoreció la aparición del movimiento de los derechos políticos de las mujeres,⁶ que trasladaron el análisis de la opresión racial a la sexual. Este movimiento surge en 1830 y va de la mano con los incipientes cambios en las relaciones románticas, centrados en la igualdad y la libertad sexual (DuBois, 1993a).

Antes del surgimiento de la tercera ola feminista, otras mujeres aplicaron la hermenéutica de la sospecha⁷ a los condicionamientos sociales, y lo hicieron centrándose inicialmente en el derecho al sufragio, pero también lucharon por la igualdad social, económica y jurídica entre hombres y mujeres. Para las sufragistas confinar a la mujer al ámbito privado conllevaba la pérdida de su identidad civil, y eso iba contra todo por lo que luchaban. No resulta sorprendente, por tanto, que su crítica a la institución matrimonial estuviera presente en sus obras, conversaciones y discursos. Realizaron profundas reflexiones sobre las relaciones íntimas, las que tenían con sus parejas románticas (S. Jackson, 1993b, p. 39), aunque esta línea de análisis no siempre haya recibido la importancia que ellas trataron de transmitir. Para Elizabeth Cady Stanton, la revisión del matrimonio es una de las tres prioridades de la acción política sufragista (Bowers & Lee, 2013):

⁶ El movimiento sufragista, que abogó por el derecho al voto para las mujeres, comenzó a cobrar fuerza en el siglo XIX. Un momento clave fue la Convención de Seneca Falls en 1848, organizada por Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Mott, considerada el inicio formal del movimiento sufragista en Estados Unidos y el punto de partida de una campaña nacional que se extendió por más de 70 años.

⁷ La propuesta filosófica de Celia Amorós, enmarcada en el feminismo de la igualdad, denuncia las diferencias sexuales como construcciones de la razón patriarcal. Define el feminismo como un proyecto político basado en la sospecha, destinado a desarticular el discurso del poder y visibilizar las trampas de los discursos filosóficos, señalando su falsa universalidad. Según Amorós, es crucial rastrear la “ausencia de la ausencia”, una ausencia tan grande, que no la vemos.

Se exige el sufragio para las mujeres, la igualdad salarial con los hombres en el mundo laboral y leyes uniformes sobre matrimonio y divorcio. Quienes han tenido alguna experiencia en las luchas de la vida comprenden la repercusión de estas tres cuestiones en la libertad y la felicidad de la mujer. Ella ha sentido la injusticia de no tener voz en el gobierno, la dureza de recibir salarios desiguales por un trabajo igual y la esclavitud impuesta por las leyes actuales sobre el matrimonio y el divorcio.

Robin Kay-Marie Payne cuenta que las sufragistas norteamericanas usualmente tenían que elegir entre el matrimonio y el activismo (Payne, 2010), algunas como Elisabeth Cady Stanton lograron integrar la faceta de pareja en el ámbito privado con la pública, en cambio otras como Susan B. Anthony renunciaron al matrimonio para enfocarse en la defensa de los derechos de las mujeres, lo que le permitió, como a otras mujeres solteras, establecer fuertes vínculos de amistad generalmente epistolar (DuBois, 1993b). Habitualmente vivían aisladas unas de otras -en parte debido a las distancias físicas, en pocas ocasiones tenían su propio hogar y su soltería les facilitaba realizar viajes para participar en encuentros. Se reunían en el famoso restaurante Delmonico de Nueva York que permitía a las mujeres comer en público sin un acompañante masculino (Bowers & Lee, 2013, p.714)

Eran criticadas por su desafío a las normas puritanas y victorianas sobre la sexualidad femenina (Campos Posada, 2025), criticaban las leyes matrimoniales que exponían a las mujeres a una situación de dependencia, y la falta de libertad que tenían para vivir el sexo fuera del matrimonio, que terminaba siendo una imposición si querían vivir el amor en su faceta más idealizada. Planteaban que el matrimonio sofocaba la expresión auténtica del amor romántico y del deseo (Errázuriz Vidal, 2014). Su vindicación, como veremos más adelante al revisar su correspondencia privada, era la emancipación -*the enfranchisement*- de la mujer.

El tono de gran parte de la escritura de la segunda ola proclamaba que, una vez que se "veía a través" la ilusión del amor romántico, todo lo que necesitaban era fuerza de voluntad para liberarse de sus cadenas. Ya lo identificaron como una trampa, y se enfocaron en lograr romper esas cadenas

como un derecho. Esto dificultó la posibilidad de confrontar la potencia de esta emoción y buscarle una explicación.

El surgimiento y la transformación del feminismo moderno a principios del siglo XX coincidió con la consolidación del llamado “matrimonio de compañía” y con una incipiente aceptación social de ciertas formas de experimentación sexual. El cortejo tradicional fue sustituyéndose por un noviazgo moderno que, al menos discursivamente reconocía nuevas posibilidades de libertad sexual y enfatizaba la importancia del deseo mutuo dentro del matrimonio (Payne, 2010). Estos cambios supusieron pasos hacia la igualdad en las relaciones románticas, pero también reforzaron la idea de que el romance heterosexual se erigía en un premio cuando ese respeto y deseo mutuo se daba, por lo tanto, mientras se podían comenzar a adivinar avances hacia una mayor equidad en las relaciones románticas, al mismo tiempo se consolidaba la noción de que el romance heterosexual funcionaba como una recompensa (Payne, 2010). A medida que el amor se establecía como un pilar fundamental en la realización personal de las mujeres, la presión para alcanzar dicho ideal se incrementó. Sin embargo, el énfasis de las primeras sufragistas en la supuesta irrelevancia de las diferencias de género no siempre consideró las restricciones domésticas que limitaban a las mujeres y las hacían depender de los hombres (Errázuriz Vidal, 2014).

A medida que las sufragistas fueron realizando un análisis crítico sobre el amor, enfocándose en cómo las estructuras románticas tradicionales eran una herramienta para mantener a las mujeres en roles dependientes, hubo la necesidad de mantener a las mujeres “decentes” a salvo de las sufragistas, que amenazaban el orden matrimonial establecido (Payne, 2010). La activa participación de las mujeres en el espacio público, como ya les había ocurrido a sus predecesoras ilustradas, generó una marcada respuesta misógina que se extendió desde los inicios de la Revolución Francesa hasta la Comuna de París. Mujeres centrales en varias revueltas reclamaron ser reconocidas como iguales a los hombres en el nuevo orden político en materia de derechos ciudadanos (Errázuriz Vidal, 2014).

A continuación, se desarrolla el análisis y los discursos sobre el amor que realizaron algunas de las sufragistas más reconocidas como Lucretia Mott y su

Discourse on Women, y Elisabeth Cady Stanton, quienes, además de luchar por los derechos civiles mostraron -como veremos- particular pericia al nombrar en un contexto histórico en el que era tan desaconsejable como riesgoso hacerlo, a las relaciones afectivas como parte del sometimiento de la mitad de la población.

II.3.1 LUCRETIA MOTT: EL MATRIMONIO COMO DESGRACIA.

Nacida en Massachusetts 1793 esta reformista cuáquera y activista por los derechos de las mujeres y la abolición de la esclavitud, abordó el amor principalmente en el contexto de sus creencias religiosas y su compromiso con la igualdad “the precepts of Jesus make no distinction” [los preceptos de Jesús no hacen distinción] (Mott, 1849, p.5). Mott entendía el amor como un mandamiento divino que exigía igualdad y fraternidad entre todas las personas, creía que el amor verdadero debía manifestarse en acciones que promovieran el bienestar y los derechos de todos los seres humanos (Mott, 2017). En su brillante *Discourse on Women* (Mott, 1849a) ofrece un análisis tanto de la situación de la mujer el matrimonio, como de los derechos que como iguales no les estaban siendo reconocidos tampoco en la esfera privada. Es Lucretia Mott quien en este discurso proclama la popularizada frase “The legal theory is, that marriage makes the husband and wife one person, and that person is the husband” [La teoría jurídica sostiene que el matrimonio convierte al esposo y a la esposa en una sola persona, y esa persona es el esposo] (Mott, 1849, p.16). Lucretia critica cómo la propaganda amorosa se esfuerza en mantener a las mujeres incultas, con capacidades adormecidas y fácilmente manipulables a través del amor “a fallacy, as has much, very much that has been presented, in the sickly sentimental strains of the poet” [una falacia, como lo ha sido mucho, muchísimo de lo que se ha presentado en los pasajes enfermizamente sentimentales”] (Mott, 1849, p.12) En una época en la que las mujeres comenzaban a interesarse por su formación, Mott critica las novelas rosas y la cultura del romance, que están creadas para generar afectos complacientes y serviles en las mujeres, alejándolas de los estudios y domesticándolas para amar a los hombres. Lamenta que sean accesibles en la prensa cotidiana a la que se hacen adictas las mujeres, alejándose de las cosas importantes de la vida (Mott, 1849, p.10).

Considera que el matrimonio es una desgracia para cualquier nación civilizada, donde el Ser y la existencia legal de las mujeres quedan formalmente

suspendidas, y evoca, como requisito para la igualdad, revisar el pacto en el que mantiene sumisa a la mujer dentro del matrimonio “in marriage, (...) there is admitted inferiority (...) on the part of the wife. This subject calls loudly for examination, in order that the wrong may be redressed (...) may be entered into without these lordly assumptions, and humiliating concessions and promises” [En el matrimonio (...) se admite una inferioridad (...) por parte de la esposa. Este tema exige urgentemente un examen para que se corrija la injusticia (...) puede celebrarse sin estas pretensiones altaneras y sin concesiones y promesas humillantes] (Mott, 1849^a, p.13). Su interés en conseguir convencer a las mujeres sobre la importancia de cultivar su amor propio y a los hombres sobre el amor en reciprocidad, habla de una sociedad donde las mujeres habían identificado su primer cuello de botella -el amor de unas y de otras, que va dirigido en ambos casos a ellos- para disfrutar del ejercicio de los derechos llamados humanos.

Se esforzó en convencer a sus auditorios de que las mujeres podían mantener su feminidad -de obligado cumplimiento- y al mismo tiempo se útiles a la sociedad más allá de obedientes esposas, tratando de justificar que la mujer podía seguir siéndolo aún si tenía algo que decir fuera del ámbito privado (Mott, 1849, p.10):

Did Elizabeth Fry lose any of her feminine qualities by the out of love to the poor prisoner? Did she lose the delicacy of woman by her acts? No. (...) found all that belonged to the true feminine woman—true nobility, a refined and purified moral nature. Is Dorothea Dix throwing off her womanly nature and appearance in the course she is pursuing? (...) has any refined man felt that something of beauty has gone from her? (...) is she becoming “unwomanish”?

¿Acaso Elizabeth Fry perdió alguna de sus cualidades femeninas por amor a los pobres prisioneros? ¿Perdió ella la delicadeza femenina con sus actos? No. (...) encontré en ella todo lo que pertenece a la verdadera mujer: la verdadera nobleza, una naturaleza moral refinada y purificada. ¿Está Dorothea Dix despojándose de su naturaleza y apariencia femeninas en el camino que está siguiendo? (...) ha sentido algún hombre refinado que algo de belleza se ha perdido en ella? (...) ¿la está volviendo “poco femenina”?

Se observa que fue posible para algunas mujeres de determinados contextos luchar por tener una vida pública, pero siempre bajo la promesa de que se haría sin desatender las expectativas que la sociedad y sus maridos esperaban de ellas.

Casi dos siglos después, cuando las mujeres se encuentran consolidando su presencia en la vida pública, investigaciones recientes concluyen que la participación de las mujeres en la política se mantiene condicionada a los estereotipos negativos que existen sobre lo femenino, como que una mujer política no puede dedicarse a tener una familia, que se prefiere presidentes hombres o que la mujer para llegar ahí “tiene que estar perfecta en todos los sentidos: física, psicológica, intelectualmente tiene que ser...perfecta” (Rodríguez Díaz & García, 2006, p.11).

II.3.2 ELIZABETH CADY STANTON: LA ESCLAVITUD DEL CONTRATO MATRIMONIAL.

Elizabeth Cady Stanton se consolidó no solo como una figura central en la lucha por los derechos de las mujeres durante casi cincuenta años, sino también como la filósofa más influyente del movimiento (S. Davis, 2008). Sus ideas reflejan cómo las mujeres desafiaron las convenciones que restringían severamente sus opciones y las excluían de la vida pública, y tuvo un impacto decisivo en el desarrollo de las distintas corrientes del feminismo en el siglo XX.

Cady Stanton describe en una de sus cartas la indigna situación que era esperable en las mujeres casadas “la terrible situación de las esposas que, obligadas por las leyes y por el bienestar de sus hijos, debían convivir con hombres a los que sabían infieles a sus votos matrimoniales. Hablé de esta circunstancia como una en la que ninguna mujer con dignidad propia podría vivir” (Bowers & Lee, 2013, p.47), y fantasea con la idea de cómo será una mujer, cuando en el futuro, sea capaz de ser libre para alcanzar su propio desarrollo, cuando dejen de ser solamente ecos de sus parejas sentimentales. A través de su marcada tendencia histórica en sus análisis filosóficos, esgrime una verdad que dimensiona la dificultad de imagina esa mujer libre del futuro sin echar la vista a tras y ver lo que se necesita desestimar, o al menos reformular “our laws and constitutions, our creeds and codes, and the customs of social life are all of

masculine origin” [nuestras leyes y constituciones, nuestros credos y códigos, así como las costumbres de la vida social, tienen en su totalidad un origen masculino] (Bowers & Lee, 2013, p.98) la conciencia de que las bases sobre las que habitan el mundo se hicieron para otros y que la interiorización es tan fuerte y se esparce con tan poco disimulo en todas las esferas humanas, esa ausencia, que como nos dice Amorós es tan grande, que ni siquiera se ve, nuevamente es la ausencia de la ausencia.

Observaba que ni los republicanos ni los demócratas hacían ninguna referencia directa o indirecta a las mujeres en sus programas políticos, no las consideraban en sus debates sobre el sufragio, el derecho al trabajo o a las condiciones de esclavitud que suponían para las mujeres el matrimonio (Davis, 2008, 135). Acostumbrada a escuchar por parte de los hombres afirmaciones como que las leyes del matrimonio eran iguales para las mujeres y los hombres, dedicó mucho tiempo a publicar artículos en medios de amplia difusión contradiciendo estas afirmaciones y detallando cuáles eran estas diferencias y cómo afectaban a las mujeres (Bowers & Lee, 2013, p.508), pedía que se revisara el contrato matrimonial “at the basis of all public morality” [sobre las bases de una moral pública] (Bowers & Lee, 2013, p.136) que beneficiara tanto a las mujeres como a toda la sociedad.

Solicitó que no se legislara más sobre las cuestiones de matrimonio y divorcio hasta que la mujer tuviera voz en el gobierno, puesto que las mujeres son quienes mayor interés tenían en esta unión, que concentraba sus intereses, su futuro y supervivencia. En cambio, nos dice que “marriage is a mere incident in a man’s life. He has business interests and ambitions in other directions” el matrimonio es un mero incidente en la vida del hombre. Él tiene intereses empresariales y ambiciones en otras direcciones] (Bowers & Lee, 2013, p.258). Y si las condiciones del matrimonio para la mujer son degradantes, entonces es a ella a quien deberían beneficiar las leyes “to set her free rather than to hold her in bondage” [para liberarse, no para mantenerla en la esclavitud] (Bowers & Lee, 2013, p.258).

Cady Stanton luchó además por la participación de las mujeres en los espacios donde se tomaban las decisiones que afectan a sus derechos y cree que es a través de la acción política que pueden lograrlo “does any sane person

suppose we can conquer all this by sweet words and a non-partisan position, by standing aloof from all parties and sects? No”. [alguien en su sano juicio cree que podemos lograr todo esto con palabras dulces y una postura no partidista, manteniéndonos al margen de todos los partidos y sectas? No] (Bowers & Lee, 2013, 286). Se pregunta por qué deberían confiar en los hombres si ninguno entiende la cuestión de la mujer (Bowers & Lee, 2013, p.287):

We have had man’s idea both in his canon and civil laws (...) Are we to stand humble petitioners forty years longer with bated breath to hear what man may say on any given question before an opinion from woman’s own standpoint is opportune on her own platform?

Ya hemos tenido la idea del hombre tanto en sus leyes canónicas como civiles (...) ¿Vamos a permanecer otras cuatro décadas como humildes peticionarias, conteniendo la respiración para escuchar lo que el hombre tenga que decir sobre un tema, antes de que la opinión de la mujer —desde su propia perspectiva— sea considerada oportuna en su propia plataforma?

Critica también la hipocresía de los hombres que mientras afirman que ser esposa y madre es lo más exaltado que un ser humano puede ocupar, no les permiten que vayan a la escuela (Bowers & Lee, 2013, p.399). Argumenta que, si el derecho al voto se garantiza para aquellas personas que hablen inglés, se debe permitir a las niñas acceder a la escuela. En diferentes artículos y conferencias repite las bondades de las mujeres como educadoras, no solamente confiaba en su capacidad de enseñar, sino en que las mujeres lo harían con métodos que no incluyeran violencia “women are natural teachers. Many wise men are like oysters; they shut their lips and you can get nothing out of them. But what women know they can easily tell. When women get charge of the schools, I think you will hear of no more whipping for disobedience” [las mujeres son maestras por naturaleza. Muchos hombres sabios son como ostras: cierran los labios y no se les puede sacar nada. Pero lo que las mujeres saben, lo pueden transmitir con facilidad. Cuando las mujeres estén al frente de las escuelas, creo que ya no se oirá hablar de castigos corporales] (Bowers & Lee, 2013, p.400).

En el volumen *The Selected Papers of Elizabeth Cady Stanton and Susan B. Anthony: An Awful Hush, 1895 to 1906* (Bowers & Lee, 2013) se recoge la correspondencia entre ambas activistas sufragistas, así como con otras figuras clave del movimiento por los derechos de las mujeres. Estos intercambios ofrecen una valiosa ventana a las discusiones estratégicas y al estado de ánimo del movimiento en un momento de transición política, donde también reflejan las podredumbres que en el matrimonio viven las mujeres. Destaca el tono de optimismo respecto al avance del sufragio femenino que se expresa en una carta del 22 de agosto de 1894, donde analizan las tendencias parlamentarias de las tres décadas anteriores y proyectan que para 1897 el equilibrio de fuerzas se inclinaría finalmente a favor de la causa sufragista (Bowers & Lee, 2013, p.646). No imaginaban que tendrían que esperar aun casi 30 años antes de poder acercarse a las urnas.

La permanente confrontación con las estructuras y la dependencia de las mujeres a los hombres a través del matrimonio supuso un agotamiento para las sufragistas, Cady Stanton lo expresa así: “In the nature of things how must a woman feel under such circumstances? Depressed, indignant, humiliated, anxious and apprehensive for the future. That is as I feel now” [Por naturaleza, ¿cómo debe sentirse una mujer en tales circunstancias? Deprimida, indignada, humillada, ansiosa y con temor por el futuro. Así es como me siento yo en este momento] (Bowers & Lee, 2013, p.644).

II. 4. EL AMOR EN LAS FEMINISTAS ANARQUISTAS:

ALEXANDRA KOLLONTAI, FLORA TRISTÁN, CHARLOTTE PERKINS GILMAN & EMMA GOLDMAN

Las feministas anarquistas del siglo XIX y principios del XX realizaron análisis profundos sobre cómo el amor y las relaciones románticas podían ser utilizados como herramientas de opresión. Revisaron el rol del amor en la intensificación del sometimiento de las mujeres en el capitalismo tardío, incluso cómo facilitó su llegada, y cómo, la creación del anhelo del amor aparece para serle instrumental a las necesidades del nuevo orden económico mundial que llega con el capitalismo (Errázuriz Vidal, 2014). Presentan los vínculos entre sociedad de clases y amor, aunque no necesariamente todas tienen un enfoque feminista.

II.4.1 ALEXANDRA KOLLONTAI (1872 – 1952, SAN PETERSBURGO)

Kollontai es una de las primeras organizadoras del movimiento obrero femenino, que aportó una perspectiva innovadora sobre el pensamiento amoroso de las mujeres al situar las relaciones afectivas y sexuales en el marco de la opresión de clase y la construcción del capitalismo. Su enfoque se desmarcó de los análisis previos al enfatizar que el amor, tal como se había estructurado en las sociedades burguesas, no solo era una experiencia personal, sino también un mecanismo de opresión ligado al sistema económico y cultural dominante. Para ella, como cuenta en *Sexual Relations and the Class Struggle: Love and the New Morality*, el individualismo voraz del capitalismo produce una soledad inevitable que las mujeres intentan resolver a través del amor (Kollontai, 1972a), que conlleva experiencias desafortunadas con “demasiadas preocupaciones, desilusiones y pesares, porque en ellas se consumían inútilmente demasiadas energías” (Kollontai, 1975, p. 89). Entendía que la moralidad social restringe mayormente la libertad de las mujeres, que se refleja en las relaciones de propiedad a través del amor, como una extensión de las posesiones del hombre. Esto reducía la autonomía de las mujeres y las subordinaba al control masculino “el hombre intentaba siempre imponernos su propio Yo y adaptarnos a él enteramente” (Kollontai, 1975 p.74). Abogó por un enfoque más libre y consciente de las relaciones sexuales y afectivas. Pensaba que una nueva moralidad surgida de los ideales de solidaridad de clase trabajadora socavaría el individualismo y los valores patriarcales en las relaciones íntimas. Propone relaciones “más profundas y más alegres” (Kollontai, 1972, p. 13), una visión de “amor-comunidad” que se basara en la igualdad, la solidaridad y la autonomía, alejándose del amor posesivo y dependiente promovido por la sociedad capitalista. Fue una de las primeras pensadoras en vincular el trabajo emocional y reproductivo con la opresión económica, argumentando que el papel de las mujeres en el hogar no solo las limitaba a nivel personal, sino que también las mantenía subordinadas al sistema capitalista al reproducir la fuerza laboral sin remuneración. Estas ideas eran radicales para su tiempo porque ampliaban el análisis marxista para incluir no solo la opresión laboral y económica, sino también la opresión emocional y afectiva, proporcionando una base teórica para las luchas feministas socialistas posteriores.

II.4.2 FLORA TRISTÁN (FRANCIA, 1803-1844)

Fue una destacada socialista y feminista cuya obra se caracteriza por un meticuloso análisis de la desigualdad sexual en las relaciones de pareja. Veía el matrimonio como una institución que perpetuaba la dependencia económica y social de las mujeres (Sánchez, 1943). Debido a la riqueza de sus observaciones y a la profundidad con que aborda estas dinámicas, se le dedicará un espacio de estudio más amplio en la presente investigación. No solo su trayectoria personal ilustra las tensiones e injusticias a las que se enfrentaban las mujeres de su época, sino que además sus diarios y notas de viaje —redactados con sumo detalle en cada ciudad que visitaba— ofrecen una mirada crítica y rigurosa sobre las estructuras sociales y afectivas que configuran las relaciones amorosas (Tristán, 2022d). Su bibliografía muestra una conciencia nítida sobre la situación de opresión que los hombres de todas las clases ejercían sobre las mujeres. Leída por Marx quien decía que era una precursora de altos ideales nobles y ensalzada por Engels, exploró cómo las relaciones de amor y matrimonio en la sociedad capitalista estaban impregnadas de desigualdad (Sánchez, 1943).

Proveniente de familia aristócrata venida a menos tras la muerte de su padre, se casa con el dueño de la litografía en la que trabajaba en un barrio marginal de París, (Denegri et al., 2022), con quien tendría tres hijos (Tristán, 2019, p. 5). Tras años sufriendo violencia, huye de su marido- ganándose el repudio social⁸ - con su hija Alina -futura madre de Paul Gauguin- (Denegri et al., 2022), su marido la encuentra, secuestra a su hija e intenta asesinar a Flora de un disparo; fue encarcelado y condenado a 20 años de trabajos forzados por abuso sexual a su propia hija.⁹ Desde entonces, Flora se hizo pasar por viuda o soltera (Tristán, 1996, p. 30 citado en Denegri et al., 2022, p. 66), una secreta y estigmatizante losa que cargaría toda su vida.

Describe las miserias que padecen las mujeres en las relaciones amorosas, “amar es elegir, para amar hay que ser libres” (Tristán, 2019, p. 16), y la dependencia

⁸ Le guardaría rencor a su madre durante toda su vida por este repudio y por no haberle exigido a su padre los papeles del registro de su nacimiento, cuya falta de reconocimiento la desposeyeron de su herencia legítima dejándola como hija bastarda.

⁹ Cuenta Alina, cuando ya era mayor, le contaron que su padre había estado merodeando por la casa.

emocional "vosotras devoradas por vuestra necesidad de amar" (Tristán, 2019, p. 9). Lamenta la subordinación que en el matrimonio suponía la falta de libertad económica "qué más da, es una miserable y se le puede hacer de todo, tiene que comer, tiene hambre" (Tristán, 2019, p. 20). Analiza el matrimonio con una crítica irónica y mordaz a la doble moral de la sociedad de su tiempo, en la que las mujeres eran valoradas y respetadas socialmente según su capacidad de "venderse" dentro del mercado matrimonial o económico y lo compara con la prostitución "si hubieran sabido venderse en el momento oportuno, su precio no sería tan bajo, ¡y serían mujeres respetables!" (Tristán, 2019, p. 75).

En su obra *Peregrinaciones de una paria* (Tristán, 2022d) registra testimonios de mujeres que en diferentes países son igual de desdichadas por el matrimonio, del que dicen que marchita sus facultades, de por sí alteradas por la opresión de sus amos, que las deja inertes y estériles en esa opresión, unos sufrimientos que estaban obligadas a ocultar y disimular a los ojos del mundo, paralizándolas y debilitándolas (Tristán, 2022a). Un silencio que romperían las feministas radicales creando la vívida conciencia de que no son experiencias individuales vividas por falta de merecimiento, sino por un sistema totalizador que oprime a todas.

En *La emancipación de la mujer* describe lo que significa para ella y para las mujeres de su época el amor: un instinto a menudo brutal, siempre egoísta, más implacable que el infierno "extraño amor que busca víctimas, las arrastra sin remordimiento, las agarra sin cesar, las devora sin alterarse y deja sus restos, aún vivos, con repugnancia" (Tristán, 2019b, p.48). En *Las Mujeres públicas*, Tristán describe con crudeza la violencia de los hombres hacia las mujeres prostituidas en los denominados "*finishes*" londinenses, donde el principal entretenimiento de los hombres consistía en embriagarlas a la fuerza hasta dejarlas inconscientes, y observar, divertidos, las convulsiones y contorsiones de la víctima casi inerte, mientras yacen en el suelo, les arrojan vasos de licor y las pisotean (Tristán, 2022c). Anota en sus diarios que cada año se registran 8.000 fallecimientos de mujeres prostituidas en Londres, con un promedio de vida de apenas tres años en tales circunstancias y una edad media de once años (Tristán, 2022b). En *Unión obrera* describe cómo se establecen los yugos matrimoniales y critica la felicidad doméstica que, a través de novelas con personajes masculinos

romantizados, engañan a las mujeres haciéndoles creer que entre dos desiguales puede la oprimida encontrar la liberación en el amor de su opresor “¡la felicidad jamás ha existido en la sociedad del amo y el esclavo!” (Tristán, 2022e, p. 627). La desilusión de las mujeres surge al contrastar el ideal romántico con la realidad de matrimonios que reproducen dinámicas de poder feudales y exigen obediencia. Las solteras disfrutaban de una libertad relativa; al casarse, su movilidad queda supeditada al permiso del marido y pueden ser despojadas de su fortuna. El amor se vuelve irrelevante: los hombres buscan dotes y luego dilapidan el patrimonio, mientras las mujeres, forzadas a huir de la tiranía paterna, terminan reducidas a “máquinas para fabricar hijos” (Tristán, 2022f)

Los textos religiosos—Biblia, Torá, Corán, Leyes de Manu etc.—configuraban la concepción del matrimonio y la función femenina en la época de Flora Tristán, con referencias que establecían la dependencia de las mujeres primero del padre, luego del marido y finalmente de los hijos varones, privándolas de autonomía por estar faltas de cualidades y repletas de vicios y defectos. En una sociedad donde el acceso de las mujeres a recursos económicos era limitado, estas doctrinas, profundamente arraigadas, reforzaban la dominación masculina y resultaban un obstáculo clave para la emancipación femenina (Tristán, 2022e). Reivindicando la opresión sexual, reclama al obrero dominar a su mujer con la misma cadena que une a esclavos y amos, “¡Pobres obreras! ¡Ellas tienen tantos motivos de irritación! En primer lugar, el marido”. (Tristán, 2022d, p. 681).

Su obra fue quemada en Arequipa y se le retiró la pensión que su tío le daba tras publicar *Peregrinaciones* (Tristán, 2019a). En Flora muere en Burdeos el 14 de noviembre de 1844.

II.4.3 Charlotte Perkins Gilman (CONNECTICUT, 1860-1935)

En su obra *Women and Economics* dice que “Love never yet went with self-interest. The deepest antagonism lies between them they are diametrically opposed forces” [El amor nunca ha ido de la mano del interés propio. Entre ambos existe el más profundo antagonismo; son fuerzas diametralmente opuestas] (Perkins Gilman, 1900, p.97) Su tesis principal parte de lo antinatural

que supone que la única especie donde la hembra depende para su supervivencia del macho, sea la especie humana (Perkins Gilman, 1900, p.5):

We are the only animal species in which the female depends on the male for food, the only animal species in which the sex-relation is also an economic relation. With us an entire sex lives in a relation of economic dependence upon the other sex, and the economic relation is combined with the sex-relation. The economic status of the human female is relative to the sex-relation.

Somos la única especie animal en la que la hembra depende del macho para obtener alimento, la única especie animal en la que la relación sexual es también una relación económica. Entre nosotros, un sexo entero vive en una situación de dependencia económica respecto al otro, combinándose así la relación económica con la relación sexual. El estatus económico de la mujer humana está determinado por la relación sexual.

Perkins realizó un análisis pionero al vincular directamente la dependencia económica de las mujeres con la forma en que el amor romántico funcionaba como mecanismo de control de la economía, resaltando las dificultades de las mujeres para mantenerse por ellas mismas fuera de las relaciones amorosas “The economic status of the human race in any nation, at any time, is governed mainly by the activities of the male : the female obtains her share in the racial advance only through him” [La condición económica de la raza humana en cualquier nación, en cualquier momento, está determinada principalmente por las actividades del varón; la mujer obtiene su parte en el progreso social únicamente a través de él] (Perkins Gilman, 1900, p.9). Subraya que el trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar, justificado a través del amor y el matrimonio, sirve para sostener la producción de riqueza de los hombres, sin reconocer a las mujeres como agentes económicos independientes; “the labor of women in the house, certainly, enables men to produce more wealth than they otherwise could; and in this way women are economic factors in society. But so are horses” [el trabajo de las mujeres en el hogar, indudablemente, permite a los hombres producir más riqueza de la que podrían de otro modo; y de esta manera, las mujeres son factores económicos en la sociedad. Pero también lo son los caballos] (Perkins Gilman, 1900, p.13) Decir que el amor no

era solo un asunto sentimental, sino un engranaje clave de la estructura económica que mantenía a las mujeres sin autonomía y en permanente riesgo de exclusión, fue un gran aporte para la economía feminista “woman (...) pours her whole life into her love, and, if injured here, she is injured irretrievably” [La mujer (...) invierte toda su vida en el amor; por tanto, si sufre una herida en este ámbito, dicha herida es irreparable] (Perkins Gilman, 1900, p.48). La romantización del matrimonio presentado como ideal afectivo, decepcionaba a las mujeres una vez que se veían en relaciones con unos hombres de cuyo amor no dependían los esfuerzos que ellas realizaran para ser amadas “the economic status of marriage rudely breaks in upon love's young dream” [La realidad económica del matrimonio irrumpe bruscamente en el joven sueño del amor] (Perkins Gilman, 1900, p.219).

Para superar estas desigualdades, Gilman propone reformas orientadas a la socialización del trabajo doméstico y a garantizar el acceso equitativo de las mujeres a trabajos remunerados. Solo en estas condiciones, argumenta, podrán alcanzarse relaciones amorosas verdaderamente igualitarias, entre personas de la misma clase, entendiendo a las mujeres como una clase. Tiene que manifestarse de forma material, exhibiendo igualdad en todas las esferas humanas “to act with those we love, — to walk together, work together, read together, paint, write, sing, anything you please, so that it be together, — that is what love looks forward to” [Compartir con quienes amamos — caminar juntos, trabajar juntos, leer juntos, pintar, escribir, cantar, lo que sea, con tal de que sea juntos — eso es a lo que aspira el amor] (Perkins Gilman, 1900, p.219)

II.4.4 EMMA GOLDMAN (1869-1940 LITUANIA)

Feminista y anarquista, realizó un análisis profundo sobre cómo el amor y el matrimonio, yendo unidos, suponen vías de control social para las mujeres que las empuja irremediabilmente al abismo “se les dice que el casamiento es la única finalidad de su vida; y la educación que se les prodiga se dirige a ello. Lo mismo que a la bestia muda, que se engorda para el matadero, a ella se le prepara para el sacrificio de su vida” (Goldman, 2013, p.99). Propone la separación entre amor y matrimonio, con el fin de que las mujeres puedan elegir con quien compartir el sexo y la intimidad, en una constante defensa de la libertad sexual. Cree que tanto

hombres como mujeres deben tener la libertad de expresar su sexualidad sin las restricciones de la moralidad puritana.

Su crítica parte de experiencias personales significativas, entre ellas su relación con Johann Most, cuyas actitudes reduccionistas hacia las mujeres— concebidas como meros objetos sexuales—alimentaron su postura crítica. En su ensayo *Matrimonio y amor* escrito en 1910 (Goldman, 2013), Goldman denuncia cómo el matrimonio tradicional refuerza la dependencia femenina y perpetúa la subordinación en el ámbito doméstico, poniendo énfasis en la necesidad de relaciones libres de contratos y restricciones legales (Goldman, 2013a), y ofrece un análisis crítico y profundo del amor. Coincide con un gran número de pensadoras feministas -como Flora Tristán o Perkins Gilman- en que la construcción ideal del amor no tiene correlato en la crudeza del día a día “como la mayoría de los dichos y creencias populares, éste no descansa en ningún hecho positivo y si sólo en una superstición” (Goldman, 2013, p.95). Entiende el amor y el matrimonio como conceptos antagónicos, siendo este último esclavizador y tiránico, un marido es el premio de la mujer, que ella debe corresponder con su nombre, sus íntimos sentimientos, su dignidad y su vida entera hasta la muerte de una de las dos partes. Así, para ella, el seguro del matrimonio la condena a una vida de dependencia “al parasitismo, a una completa inutilidad, tanto individual como social” (Goldman, 2013, p.97). Critica duramente la humillación de la mujer sometida a la intimidad; el sexo, algo visto como tan sucio e indigno fuera del matrimonio-, cuando ocurre con el hombre con quien se casa al que apenas conoce, se convierte -entonces sí- en sagrado “se hallará a sí misma, repentina y hondamente desazonada, repelida y ultrajada más allá de los límites por ella supuestos en el natural y más sano instinto: el sexo” (Goldman, 2013^a, p.99). Goldman revela sus desafíos de conciliar el activismo político con la vida afectiva siendo una mujer: arrestada por defender los métodos anticonceptivos, cancelada mediante la confiscación de sus publicaciones por el Departamento de Justicia de Estados Unidos, distanciada de su familia y de sus maridos, así como en constante tensión entre sus deseos personales y la lucha política, que delinean un panorama en el que su militancia anarquista y su visión y experiencia de vida feminista se entrelazan.

Para estas anarquistas, el amor a través del matrimonio era el tablero donde las mujeres se jugaban sus derechos desde un lugar marginal, privatizadas y sometidas como compañeras, como seres libres, como agentes de las decisiones sobre su sexualidad, y mientras lo intentaban, se encontraban con camaradas que en las vidas privadas seguían reproduciendo los mismos roles opresores de siempre.

II. 5. EL amor en Simone de Beauvoir (1908- 1986 Paris)

Figura clave de transición entre la segunda y tercera ola feminista, de Beauvoir ofrece una poderosa y explícita contribución al pensamiento del amor como opresión. Por primera vez se plantea el amor como problemático *per se*, hasta entonces hemos visto que se buscaba la igualdad en el matrimonio o poder experimentar el romance fuera de él, pero no como la causa de un problema.

El segundo sexo (1948) allanó el camino para los análisis feministas radicales que veían el amor como un medio para obtener la aquiescencia de las mujeres a su sumisión. En él, establece las bases del análisis del amor como opresión dentro o fuera del matrimonio, como elemento fundamental de la concepción de las mujeres como otredad, como subalternas, (Payne, 2010). Además de comenzar a definir el género (ella nunca lo nombra así) o la feminidad como algo socialmente construido para crear jerarquías entre los sexos serviles al capitalismo. Hay un punto de partida en De Beauvoir que establece una base sobre la identidad y autonomía sexual: “El hombre se concibe sin la mujer. Ella no se concibe sin el hombre” (Beauvoir, 2005, p.50) esta dependencia presentada casi como ontológica define cómo se ubican las jerarquías.

En el capítulo XII de *El segundo sexo*, titulado “*La enamorada*”, De Beauvoir arranca diciendo que “el amor no tiene el mismo significado para uno u otro sexo, y se convierte así en fuente de algunos graves malentendidos que los separan” (Beauvoir, 2005, p.809) y comparte ideas con Nietzsche, quien en *La gaya ciencia*, presenta al amor como la única Fe real que tiene la mujer -destinada al varón desde la infancia, con una servidumbre aparentemente elegida- y al hombre como buscador de ese amor que no debe corresponder (pues no sería un verdadero hombre) y que debe mostrarse apasionado y con ganas de acaparar, pero considerando a las mujeres “un valor más a integrar en

su existencia, no vidas a las que pasan a integrarse” (Beauvoir, 2005, p.810), como si hacen las mujeres en beneficio de un dios ante el que se auto aniquilará (más adelante dirá que esta aniquilación es en realidad una "ávida voluntad de ser"). Para de Beauvoir, la autoanulación de las mujeres a través del amor no solo refuerza su subordinación, sino que resulta de una subjetividad constituida a través de esa subordinación (Jackson, 1993b).

En su profundo análisis sobre las relaciones entre los sexos, lanza algunas de las ideas que serían retomadas como punto de partida del análisis de las jerarquías sexuales que realizaron las feministas radicales, como el exacerbado valor que se les otorga a los hombres “a aquello que se considera lo absoluto, lo esencial” (de Beauvoir, 2005, p.810), independientemente de que esta valía exista o no “pronto tendrá que reconocer que muchos de los elegidos del sexo elegido son tristemente contingentes” (de Beauvoir, 2005, p811). Define a los hombres como seres de acción y ambición, que serán amados por las mujeres en términos genéricos, no importa cómo sean, hombres que además tienen a su favor no tener que demostrar su valor, sino “simplemente no desmentirlo demasiado burdamente” (de Beauvoir, 2005, p.811), aunque a menudo, con la sola familiaridad de lo cotidiano, su prestigio queda destruido, retomando nuevamente la idea del contraste entre lo que las mujeres esperan de los hombres en el amor y el matrimonio y lo que terminan encontrando. Pero ese hombre no es dios y le llegarán a la mujer los tormentos y la realidad terrenal que lee como una usurpación, siendo preferible rendirle culto en la ausencia que, en la presencia, porque los hombres muertos no desmienten sus sueños. Entre las cualidades inexistentes que les adjudican y el engaño que inevitablemente termina suponiendo el matrimonio, las mujeres se sentirán desdichadas.

Una de las cosas que quisiéramos destacar de esta filósofa, es su aporte sobre como la mujer se encuentra mediada por la mirada masculina, esa a través de la que las mujeres analizan el mundo y a ellas mismas. La mujer se mira a través de los ojos de los hombres, se ama a través del amor que les inspira, resaltando sus rasgos positivos como un maravilloso regalo "al pie del altar de su dios" (Beauvoir, 2005, p.813). Así su *Yo* al completo encuentra una razón de ser, ama ese *Yo* por mediación del hombre que la ama. Si siente que no es suficiente para él se autocastiga, convirtiéndose en una masoquista víctima voluntaria,

especialmente cuando el fugaz deseo masculino inicial desaparece y al identificar esta desafección, la mujer comienza a ser su prisionera, a vivir para volver a quererse a través del hombre al que ama, o no.

Otro aporte destacado desde su análisis filosófico es la contradicción interna que enfrentan las mujeres, atrapadas entre el rol de ser objetos de deseo y la búsqueda de su propia integridad “quisiera ser al mismo tiempo independiente y esclava” (de Beauvoir, 2005, p.830). Según de Beauvoir, esta tensión se compensa a través del amor recibido del hombre, un proceso que lleva a una alienación profunda que las convierte en seres pasivos y anónimos, sepultando su identidad y anulándolas como individuos. En nombre del "Todo" al que se subordinan, las mujeres terminan tiranizándose a sí mismas, para la enamorada, la felicidad suprema radica en que el hombre la reconozca como parte de él, como integrante de un nosotros, “cuando él le dice “nosotros” queda asociada e identificada con él” (de Beauvoir, 2005, p.821).

El sometimiento a los caprichos masculinos es interpretado por las mujeres como una evidencia de su libertad soberana, creen que eligen desear su esclavitud tan ardientemente que le parecerá la expresión de su libertad porque a través de su propio abandono en la relación, sienten que poseen lo absoluto “al responder a las exigencias del amante se sentirá necesaria” (Beauvoir, 2005). Mientras sea amada, esta subyugación se encuentra justificada, ofreciéndole una paz interior que valida su posición. Sin embargo, si el hombre la abandona, se vuelve dependiente de él; con su presencia, es infeliz, pero sin él cae en la desesperación, sintiéndose incompleta. Esta absoluta obsesión en la que se ubica a las mujeres para poder identificarse a sí mismas como sujetos a través del amor que reciben de los hombres, desviaba su energía de otros logros posibles (Jackson, 1993b).

Los análisis de la relación entre Beauvoir y Sartre han señalado contradicciones en su acuerdo, especialmente a la luz de las cartas publicadas póstumamente, que revelan, a través de una nueva mirada, más íntima y detallada, que su relación estuvo marcada por celos con mucha más frecuencia de lo que ambos estuvieron dispuestos a admitir (Payne, 2010). Sus “amores contingentes” son coherentes con los fundamentos existencialistas de libertad y autenticidad, pero no les mantuvo libres de complejidades y posesividad.

Tras este recorrido histórico, podemos comprobar que el amor ha sido un tema vertebral en el pensamiento plasmado en los grandes escritos de mujeres relevantes, que, cada una en su época, albergaron la esperanza de que una forma de amor más libre e igualitaria, y menos posesiva era posible para que las mujeres pudieran desplegar sus capacidades como seres humanos de derecho.

CAPÍTULO III . LA TERCERA OLA. UNA POLÍTICA SEXUADA.

“Amor es una palabra que pide a gritos ser redefinida. En las relaciones sexuales, a menudo significa dependencia; se convierte en un arma de control, se hace a la otra persona un objeto para satisfacer las necesidades de ego y seguridad.

(Hanisch & Sutherland, 1968).

Tras lograr el derecho al voto, las feministas mantuvieron un silencio público durante la post guerra y su posterior crisis. Los combatientes regresaron convirtiendo a su país en una nueva potencia y anhelando una vida familiar que obtendrían mediante el sometimiento de las mujeres que durante el conflicto se habían incorporado a las fábricas y que, tras la guerra, fueron enviadas a casa, a recibir a sus esposos y darles las criaturas necesarias para recuperarse de los millones de muertos (Friedan, 2017). Las sobras de la industria armamentística se reconducen y emerge la revolución de los electrodomésticos (Pacific Paratrooper, 2020). La mujer ya tenía todo lo que insistentemente y con inteligente propaganda le enseñaron a desear; un marido, criaturas y utensilios eléctricos que le facilitarían hacerles felices (Pelta, 2012). Pero a todo esto, ya el feminismo le ha dado una profunda mirada sexuada. El inicio del feminismo radical de la Tercera Ola veremos que se ubica geográficamente en Norteamérica, con unas mujeres concretas que hicieron de vanguardia, y un marco político y contexto social específicos.

Llegan los primeros años de la década de los 60's de comunas hippies, LSD, San Francisco y Richard Alpert en Millbrook hablando sobre cómo la droga disuelve los complejos del ego de las personas y les ayuda a vivir cooperativamente y todo eso (Hara, 2017). En medio de esos aires de libertad, de expansión de conciencia y de esa incipiente estafa que se denominaría revolución sexual (empezaba a oler a Woodstock) nadie se dio cuenta -tampoco ellas- de que la comida, atender criaturas, dejar el ocio para después y limpiar los baños, lo hacían en exclusividad las mujeres (de Miguel Álvarez, 2015).

Betty Friedan rompe el silencio despertando millones de conciencias en todo el mundo y creando una ola de indignación y de un nuevo orden sexual, su obra *La mística de la feminidad* se observa que fue una gran posibilitante del

despertar que precedió a la acción que se convertiría en la Tercera Ola Feminista (Feministas Socialistas, 2024). Friedan – que fue despedida de su trabajo en su segundo embarazo- nos explica que el regreso de las mujeres al hogar tras la guerra fluyó sin contratiempo gracias a que fue planteado como parte de esa “mística” con la que nacen las mujeres, que las convoca inexorablemente alrededor del proyecto de vida de los hombres y del Estado (Friedan, 2017). Lo plantearon nuevamente y como ya había identificado Simone de Beauvoir, como una libre elección para no perjudicar al discurso de la emancipación de la mujer que habían dejado establecidas las sufragistas. Con esta obra el feminismo pasa, como diría Amorós, del caso a la categoría (Amorós, 2011) que no cuenta la situación de un puñado de personas, sino de la mayoría de la población -las mujeres- que estaba representada en esa categoría silenciosa de resignación y sufrimiento.

En ese despertar, estas mujeres pudieron ver cómo esa *mística* había sido construida en mediante estereotipos de identidad (J. Perona, 2020) que hoy llamaríamos género y que no se trataba de un tema de clases, sino que era común a todas las mujeres sobre las que se cierne una construcción esencialista, una naturaleza especial femenina cuyo valor más alto y último, como ya se viene revisando y terminarán de concretar las feministas radicales, es entregarse al frenesí que supone ponerse al servicio del amor y sus frutos. Esta *mística*, dice Friedan, se pudo implementar porque fue reforzada por los intereses capitalistas y porque las mujeres se plegaron estupendamente a ese modelo (Friedan, 2017). Era una época en la que mujeres eran responsables de las enfermedades, apariencia y éxito del marido y de los hijos, de su propia salud mental o de no tener orgasmos. La mayoría se sentía tremendamente desgraciada. Friedan abogaría por la igualdad formal para liberar a la mujer del yugo familiar.¹⁰

La mística de la feminidad pone el foco en lo que ocurría en las vidas privadas de las parejas heterosexuales, en el espacio publicitado como sagrado que era la familia. Se descubre que en los vínculos íntimos además de afectos,

¹⁰ En *La segunda fase (1981)* Friedan, que había sido muy crítica con las feministas radicales, fue reconociendo que las medidas liberales de representación y cuotas no modificaba la situación de las mujeres.

había relaciones de poder, violencia y abusos sexuales en elevados porcentajes y que eso definía también las relaciones afectivas con un doble discurso, uno hacia la vida pública, mucho más positivo y de adaptación a la propaganda de la familia feliz, y otro en el espacio privado, con relaciones de dominio y sumisión “las mujeres daban mucho más de lo que recibían, mientras que los varones dan mucho menos de lo que recibían” (Cobo, 2019).

Una de las principales características que distinguen esta ola feminista de las anteriores es su enfoque en la intersección entre lo público y lo privado. Mientras que las olas anteriores se centraron en la lucha por derechos políticos y económicos, esta etapa del feminismo amplió su análisis para incluir las dinámicas de poder en el ámbito privado (de Miguel Álvarez, 2015). Se prestó especial atención a cómo las estructuras de opresión se manifiestan y perpetúan en la vida doméstica. Esto, como se expondrá, vino acompañado de una profunda crítica del amor como concepto, señalando la dominación privatizada; mujeres en roles de cuidado, sacrificio y subordinación, fortaleciendo a la opresión estructural que enfrentan (Millett, 1995b). Este enfoque permitió visibilizar cómo las experiencias personales están intrínsecamente ligadas a sistemas más amplios de desigualdad. La conciencia feminista mezcla conocimiento y experiencia “la teoría feminista no puede discutirse sin hacer referencia a la acción” (Barry, 2020), marcando un cambio de paradigma.

Este avance teórico no solo redefinió el objeto de estudio del feminismo, sino que también influyó en otras disciplinas sociales y políticas, subrayando que lo personal era, en esencia, político “there is no private domain of a person's life that is not political and there is no political issue that is not personal. The old barriers had fallen” [No existe ámbito privado en la vida de una persona que no sea político, ni cuestión política que no sea personal. Las viejas barreras habían caído] (Sargent, 1981^a, p.xvii). Autoras -como Shulamith Firestone en *La dialéctica del sexo*- argumentaron que el amor y las relaciones heterosexuales tradicionales funcionan como mecanismos para mantener la subordinación de las mujeres al interior de la familia y la sociedad (Firestone, 1976). En términos sociales y políticos, estas ideas fomentaron una mayor conciencia y movilización en torno a cuestiones de violencia doméstica, acoso sexual y derechos reproductivos. La creación de refugios para mujeres, líneas de ayuda y centros

de atención de crisis por violencia sexual son ejemplos de la praxis feminista que surgió en respuesta a estas teorías (Echols, 1989).

En cuanto al uso del lenguaje, existe una terminología que las feministas radicales adaptan o eligen a través de la que politizan su realidad. Para Alicia Puleo serían; la utilización del término patriarcado como dominación universal, la adjudicación de la categoría género para rechazar los rasgos ilegítimos adjudicados por el patriarcado en un proceso de naturalización de las oprimidas, un análisis de la sexualidad, la violencia patriarcal y la crítica al androcentrismo en todos los ámbitos (H. Puleo, 2020a). Esto se irá viendo en las próximas páginas.

III. 1. INFLUENCIAS DEL FEMINISMO RADICAL

En cada época, además de haberse sumado al impulso de otras agitaciones, el feminismo ha tenido sus fuentes específicas. Si en el SXVII las mujeres británicas llegaron al feminismo procedentes del catolicismo y del protestantismo, al feminismo radical de la 3^o Ola vienen desde el existencialismo, el movimiento de los derechos civiles, el marxismo, el anarquismo o el comunismo (Douglas, 1990), filosofías que ponen en valor a las personas que habitan el mundo, y promueven la libertad y la colectividad. Estas corrientes buscan cambiar el mundo; el anarquismo y el marxismo de forma colectiva y el existencialismo mediante la responsabilidad individual (Aruzamen, 1997). El feminismo es una teorización de la práctica, de la acción, moviliza la colectividad desde lo individual y busca cambiar las relaciones de poder a todos los niveles.

En 1965 estalla un movimiento antibelicista como reacción a las invasiones de Vietnam, Cuba y más tarde Camboya. En Europa ocurría mayo del 68 y el movimiento hippie salía a preparar festivales con proclamas pacifistas¹¹ (Wolin, 2017). Las calles de occidente se llenaron de una generación de jóvenes con acceso universitario que reaccionaba a la ideología de sus padres. Años de Sartre, Lacan, Foucault ... alguna mujer como de Beauvoir. Tiempos de Freire y

¹¹ Ahora ya sabemos que mientras reclamaban la paz en el mundo, los festivales estuvieron atestados de violaciones a mujeres.

su pedagogía del oprimido, y de Declaraciones de Derechos Humanos. Aparecieron nuevas formas – y con mayor alcance- de expresión como el *grafitti* o los *fanzines*. Una revolución no tan silenciosa se estaba gestando, moldeando lo conocido en forma de libertad.

Cada mujer que llegaba al Movimiento de Liberación de la Mujer (MLM) llevaba sus vivencias, y su *background* político y académico, algunas venían de la universidad, otras del periodismo Peggy Dobbins era socióloga, Carol Hanisch periodista, Bev Grant fotógrafa de prensa alternativa. Algunas venían inspiradas por el movimiento contracultural, Barrett pertenecía a la compañía de teatro guerrillera *Pageant Players*, mientras que Robin Morgan provenía de los movimientos juveniles. Otras, como Judith Duffett y Alix Kates Shulman, estaban ansiosas por liberarse de su suerte como amas de casa (Echols, 1989). Las New York Radical Women (NYRW) se convirtieron en figuras importantes de la segunda ola del feminismo, escritoras, pensadoras y activistas. Rosalyn Baxandall, por ejemplo, creó la primera guardería feminista, *Liberation Nursery*, y se convirtió en historiadora de la vida de las mujeres (Lee, 2015). Ellen Willis fue la primera crítica de música pop de *The New Yorker* y más tarde cofundó *Cultural Reporting* (Tucker, 2011).

Aunque varias mujeres del MLM como Kate Millett -quien dice en el documental *Some American Feminist* (Guilbeault et al., 1980), que Friedan había logrado hacer en Estados Unidos lo que de Beauvoir hizo en Francia: reflejar la opresión de la vida privada de las mujeres de Estados Unidos- o Ti-Grace Atkinson entre otras, dirían que llegaron al feminismo como un despertar leyendo *La mística de la feminidad* de Betty Friedan (Guilbeault et al., 1980), publicación en la que las mujeres descubren lo masivo de la violencia al interior de las relaciones amorosas, tuvieron que encontrar las bases políticas y de organización de otros movimientos para darle forma al feminismo radical.

Siguiendo la clasificación realizada por Carol Anne Douglas en *Love and Politics: Radical Feminist and Lesbian Theories* (Douglas, 1990) sobre los movimientos que influenciaron esta Tercera Ola, es posible identificar los enfoques, paradigmas y el lenguaje que las mujeres radicales adoptaron de cada uno de ellos. Estos elementos fueron incorporados estratégicamente, permitiendo que el feminismo radical desarrollara una crítica multidimensional

de las estructuras de poder, en las que se incluían sus relaciones íntimas con los hombres. A continuación, se detallan las fuentes de las que se alimenta el feminismo radical y que sirvieron para enriquecer el discurso feminista y proporcionarle las herramientas necesarias para su consolidación como un movimiento transformador que ponía el foco en los espacios íntimos:

III.1.1 EL EXISTENCIALISMO DE SIMONE DE BEAUVOIR

Para Nancy Bauer no es de extrañar que *El segundo sexo* ocupe un lugar destacado en los escritorios de la mayoría de las filósofas feministas de la tercera ola (Bauer et al., 2001), a pesar de haber sido reconocida su gran influencia por las feministas radicales. Se ha dificultado con fines de esta investigación encontrar textos no feministas en los que se le reconozca como el pilar que ha supuesto tanto para el existencialismo como para la teoría feminista. Sus ideas no solo anticiparon, sino que también moldearon los debates del feminismo en Estados Unidos (Andrew, 2000). De Beauvoir utilizó el existencialismo para fundamentar su feminismo, se encontrarán claras referencias a su pensamiento en activistas como Shulamith Firestone o Betty Friedan (que dedican sus obras principales a la filósofa francesa). Millett durante sus años de universidad se dedicó a leer incansablemente *El segundo sexo* – un libro que dice que por supuesto que no le habían pedido leer- antes de escribir su *Política sexual* “my whole time at Oxford, in fact was absorbing that book” [Todo mi tiempo e Oxford fue, de hecho, dedicado a absorber ese libro] (Guilbeault et al., 1980, 00:14:24). Para Ti-Grace Atkinson, con quien de Beauvoir mantuvo una cercana correspondencia, la ubica también como su gran referente (Fahs, 2011b).

Comparte el principio clave del existencialismo según el cual los seres humanos, a través de sus elecciones y acciones, son responsables de dar sentido a su propia existencia (Aruzamen, 1997). Sin embargo, a las mujeres, la sociedad patriarcal les ha impuesto barreras que les impiden "llegar a ser", es decir, construir su propia identidad. Beauvoir sostiene que las mujeres deben ser capaces de superar las limitaciones impuestas ilegítimamente, que frenan su desarrollo como sujetos autónomos. Este "llegar a ser" - que más tarde llamaríamos género- es una construcción ficticia creada que escapa al control de las mujeres y sirve para indicarles su lugar en el mundo “el lugar de la mujer en la sociedad siempre es el que ellos le asignen” (de Beauvoir, 2005, p.141).

El concepto existencial de la alteridad— definido por de Beauvoir como “la pasividad frente a la actividad” (Beauvoir, 2005), argumenta que las mujeres deben dejar los roles pasivos y convencerse de su propia existencia como seres humanos autónomos (Chandra Bhatta, 2023). El análisis de Beauvoir sobre cómo las mujeres son construidas como "la Otra" encajaba bien en las radicales con la búsqueda de una nueva identidad que rechazara la pasividad impuesta por la sociedad (Atkinson, 1974). Esta pasividad de la alteridad ha sido utilizada por autoras como Shulamith Firestone, quien, en la *Dialéctica del Sexo*, celebra el análisis de la alteridad de la filósofa (Firestone, 1976) o Sarachild que en *La Concientización: un Arma Radical* prioriza el sentido de libertad y de agencia personal como estrategias de las mujeres para conseguir la liberación (Sarachild, 2018).

De Beauvoir explora cómo la biología del cuerpo femenino ha sido utilizada para justificar la opresión de las mujeres. Esta evidencia ha sido integrada intencionalmente en el lenguaje y parte del desarrollo teórico de pensadoras feministas las radicales dirían que “las clases sexuales nacieron de una realidad biológica” (Firestone, 1976, p.17) y que por lo tanto el movimiento de mujeres se preocupa por la premisa de que las mujeres son biológicamente inferiores (Dworkin, 1983). Para Kate Millet “ni la diversidad de temperamentos creada por el patriarcado (rasgos “masculinos” y rasgos “femeninos” de la personalidad) ni, menos aún los distintos papeles y posiciones, parecen derivar en absoluto de la naturaleza humana” (Millett, 1995, p.73).

Simone de Beauvoir, analizó la opresión de las mujeres a través de instituciones como el matrimonio, la familia y la maternidad, estructuras fundamentales del pensamiento radical, destacando el matrimonio como el punto crítico de su subordinación debido a su naturaleza de contrato legal, como analiza Margaret Simons, estudiosa del pensamiento de de Beauvoir (Simons, 1999, p.16):

It is through the idea of feminine vocation that one enslaved women to the home, one enslaved them to their husband, one enslaved them to man, to housework, etc., etc. . . . If one destroyed that concept, not maternity itself, but all the myths which are

related to maternity, one would, obviously, change society completely

Es a través de la idea de la vocación femenina que se ha esclavizado a las mujeres al hogar, se las ha esclavizado a sus maridos, se las ha esclavizado al hombre, a las tareas domésticas, etc., etc. Si uno destruyera ese concepto, no la maternidad en sí, sino todos los mitos relacionados con la maternidad, obviamente, se cambiaría la sociedad por completo.

Su crítica sobre la maternidad y la vocación femenina como construcciones que esclavizan a las mujeres, que denomina “servidumbres de la reproducción” (ya recogida por feministas de siglos anteriores, pero cuyo pensamiento no era accesible) fue clave para que las feministas radicales de los años 60 y 70 vieran la intimidad (maternidad, crianza y sexualidad) como espacios de opresión patriarcal. Las pensadoras radicales extendieron su análisis al denunciar cómo el control de la reproducción y los roles domésticos perpetuaban la subordinación femenina, abogando por la abolición de estas estructuras para liberar a las mujeres (Simons, 1999). Sobre este punto, Firestone diría que “la familia biológica constituye una distribución de poder intrínsecamente desigual” (Firestone, 1976, p.17), Ti-Grace respondería en una entrevista que “It’s conceivable somebody could be happy despite being married, but never because they were married” [Es posible que alguien sea feliz a pesar de estar casado, pero nunca por estar casado] (Fahs, 2011b) y para Kate Millett “el patriarcado gravita sobre la institución de la familia” (Millett, 1995, p.83).

Feministas radicales como Atkinson critican el existencialismo pre-feminista por su enfoque excesivamente individualista, que ignora la dimensión colectiva de la opresión y que no considera las diferencias de sexo o clase en la noción de libre elección para definir la existencia humana (Douglas, 1990). Reconociendo estas limitaciones, integraron elementos de otros movimientos sociales—como el marxismo o el movimiento por los derechos civiles—para articular una crítica más completa y coherente que abordara tanto la opresión por sexo como las desigualdades estructurales.

III.1.2 EL MOVIMIENTO POR LOS DERECHOS CIVILES

Tanto el Movimiento por los Derechos Civiles como el nacionalismo negro influyeron significativamente en el feminismo radical. Algunas fundadoras de las Redstockings—el brazo más teórico de las New York Radical Feminists (NYRF)—como Kathie Sarachild y Carol Hanisch, habían participado activamente en el movimiento por los derechos civiles y de él extrajeron algunas estrategias (Echols, 1989). Kathie Sarachild presenta *The Sixties Speak to the Eighties* en una conferencia de la Universidad de Massachusetts, Amherst en 1983. Cuenta cómo a través de su participación como voluntaria en los proyectos del Comité Estudiantil No Violento en 1964-65, aprendieron los poderosos principios de organización radical (Sarachild, 1983b). Judith Brown coincide en que las estrategias del Movimiento de Liberación de la Mujer surgieron del trabajo del Movimiento por los Derechos Civiles (Bunch et al., 1972).

En octubre de 1966, Bobby Seale y Huey P. Newton fundaron el Partido de Autodefensa "*Black Panther*" como respuesta a la brutal represión policial y al racismo institucional, económico y social, agravado tras el asesinato de Malcolm X en 1965 (Street, 2019). Paralelamente, el contexto global también alimentó este despertar radical: la Revolución Cultural maoísta estalló en China en 1966, el Che Guevara fue asesinado en Bolivia en octubre de 1967, y en abril de 1968 se produjo el asesinato de Martin Luther King (Echols, 1989). Estos acontecimientos no solo revelaron las intersecciones entre la opresión racial y económica, sino que también, como veremos, inspiraron a las feministas radicales a incorporar tácticas militantes y enfoques anticapitalistas y antirracistas en su lucha contra el patriarcado (Sarachild, 1983)

Las mujeres participaban en movimientos como el nacionalismo negro y los derechos civiles, no tanto como una reivindicación de sus derechos como mujeres contra la opresión que sufrían, sino en apoyo a las luchas de otros grupos oprimidos. Aunque ya habían leído a Betty Friedan y comenzaban a comprender la naturaleza de la opresión patriarcal, su enfoque se centraba en la defensa de las comunidades que requerían apoyo, tal como se ha visto que sucedió con las sufragistas en el movimiento abolicionista.

Las dos influencias principales que el movimiento por los derechos civiles y el nacionalismo negro ejercieron sobre el feminismo radical fueron el separatismo y la autodeterminación. En primer lugar, el separatismo negro, que demostraba que un grupo unido por su opresión compartida podía organizarse políticamente de manera autónoma (Douglas, 1990). En segundo lugar, la idea de que solo quienes vivían la opresión en su vida cotidiana estaban capacitados para definir su propia lucha y los términos de esa opresión. En este sentido, el feminismo radical adoptó la convicción de que las mujeres, como grupo oprimido, debían ser quienes definieran tanto su opresión como al opresor, y los objetivos y las estrategias de su propio movimiento de emancipación (Fahs, 2011b). Según Carol Anne Douglas, las feministas radicales no siempre han reconocido plenamente el impacto que estas ideas del movimiento afroamericano tuvieron en su desarrollo teórico y organizativo.

III.1.3 ANARQUISMO

El feminismo radical tomó del anarquismo una filosofía de resistencia al control externo, enfatizando la autoorganización, la autonomía y un enfoque en las necesidades inmediatas de las mujeres. A pesar de que el anarquismo como movimiento social tuvo una alta participación de mujeres que estaban a favor de la igualdad y que pensaban que se liberarían de la opresión gracias a su esfuerzo individual, no articuló con tanta precisión teórica la problemática de los sexos (de Miguel Álvarez, 2011). Las feministas radicales, como el anarquismo, creen en la abolición de la autoridad, las jerarquías y el gobierno, piensan que las relaciones de poder son opresivas y que es posible la creación de organizaciones colectivas sin líderes; valoran a las personas y sus interacciones sin distinciones artificiales impuestas por los grupos, y creen en las acciones directas y espontáneas para abordar problemas comunitarios (Douglas, 1990).

Lynne Farrow arranca su ensayo *Feminism as Anarchism* con la frase “feminism practices what Anarchism preache” [el feminismo practica lo que el anarquismo predica] (Farrow, 1974, p.1). Para esta destacada teórica del feminismo radical, podría afirmarse que las feministas son el único movimiento de protesta que puede considerarse practicante del anarquismo, resaltando los siguientes puntos (Farrow, 1974):

Rechazo de las jerarquías y del poder centralizado. Ambos movimientos consideran al Estado como una estructura patriarcal, capitalista y opresora, y proponen que las soluciones surjan de las comunidades mediante formas horizontales de organización (Farrow, 1974). Cathy Levine subraya que la ausencia de estructuras jerárquicas es esencial para mantener la autonomía y evitar el control autoritario, defendiendo la autoorganización y la horizontalidad como pilares fundamentales (Levine, 1979).

Crítica a las instituciones tradicionales: como la familia, que perpetúan la opresión. Sin embargo, su crítica tiende a ser general y no profundiza en las dinámicas internas. Las feministas radicales adoptaron el discurso anarquista sobre el desmantelamiento de instituciones porque trabajar dentro de estados, empresas y sistemas legalistas impregnados de racismo y misoginia no era una opción (Farrow, 1974).

Autonomía comunitaria y acción directa: Inspirado por la práctica anarquista, el feminismo radical se dedicó a proyectos específicos como clínicas para interrumpir el embarazo o guarderías. Creían en formas fluidas: una democracia participativa a pequeña escala junto con una cooperación y coordinación colectiva a gran escala sin perder la iniciativa individual (Kornegger, 1975). Algunos ejemplos son el Colectivo *Hey Jane* (Team Hey Jane, 2025) o la *Association to Repeal Abortion Laws* (ARAL). Además, al ser apartidistas se niegan a participar en el combate político en los términos de la derecha o la izquierda, sabiéndose amenazantes – y amenazadas- por y para ambas (ya se ha visto que Elizabeth Cady Stanton realizó en el siglo anterior la misma reflexión). Refuerzan la idea de que el cambio social debe provenir de las bases que conocen la realidad a la que se enfrentan las mujeres, y no de instituciones autoritarias que perpetúan desigualdades estructurales.

Autonomía de la Lucha Feminista: influenciado por el anarquismo, el feminismo radical - y esta ha sido una innovación y despertar respecto a las Olas anteriores- se resiste a subordinarse a causas consideradas “mayores”. Varias feministas (Farrow, 1974), (Jones & Brown, 1968) o (Firestone, 1976), defienden que las mujeres deben poder definir y priorizar su propia lucha sobre las luchas del resto de colectivos. Las Redstockings promovían un enfoque radical centrado exclusivamente en la opresión por sexo y rechazaban la subordinación de su

lucha a otras causas “La postura feminista radical (...) considera los problemas femeninos no sólo como la primera prioridad de las mujeres, sino como núcleo de todo análisis revolucionario más amplio” (Firestone, 1976, p.52). Dworkin insistió en la autonomía y el rechazo a cualquier alianza que diluyera su lucha (Dworkin, 1983).

III.1.4 MARXISMO

El feminismo radical analiza la sociedad como estructurada en clases, rechazando profundamente su jerarquización (como ya se analizó en el apartado anterior). Conceptualiza a las mujeres como una clase definida por su subordinación sistemática bajo el patriarcado (Atkinson, 1969b) e identifica a los hombres como la clase explotadora, señalando que esta opresión no responde a una condición natural ni a un mandato divino, sino a una construcción histórica, cultural y social diseñada para perpetuar el dominio (Guilbeault et al., 1980). Como señala Douglas, esta comprensión de la opresión como una construcción permite afirmar que la desigualdad no es inevitable y que puede ser transformada a través de acciones colectivas y emancipadoras (Douglas, 1990). Las feministas radicales vieron en la teoría de la lucha de clases una analogía útil para explicar la lucha entre los sexos y que para una liberación total es necesaria una revolución (Atkinson, 2014). Firestone también se inspira en el marxismo para desarrollar su análisis de la opresión sexual, y argumenta que el patriarcado es una forma de opresión estructural similar a la opresión de clase (Firestone, 1976). En el análisis marxista materialista de la opresión de las mujeres que realizan Christine Delphy y Diana Leonard en *Close to Home* (Delphy & Leonard, 1984), examinan cómo la opresión femenina está enraizada en la economía doméstica y en el trabajo no remunerado de las mujeres (lo de las servidumbres de Simone de Beauvoir). Delphy sugiere que, al igual que el proletariado es explotado por el capitalista, las mujeres son explotadas por los hombres (reflexión similar a la que ya se vio de Flora Tristán). Feministas como Heidi Hartmann, en *The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*, (Hartmann, 1979) complementan que la lucha entre el patriarcado y las mujeres es una lucha de poder similar a la lucha de clases, en la que las mujeres deben liberarse de la dominación masculina. Sheila Rowbothan coincide en que la conciencia de opresión por sexo sigue el mismo razonamiento que la lucha de clases

(Rowbotham, 2021) y Juliet Mitchell (Mitchell, 2015) añade que esa toma de conciencia es crucial para que las mujeres comprendan la naturaleza de su opresión y se organicen colectivamente para salir de ella. Jónasdóttir trae a la mesa el materialismo histórico feminista (Jónasdóttir, 1993)¹² que demanda condiciones materiales como requisito y estrategia para acabar con la explotación (le gusta definirlo como explotación, en lugar de opresión o discriminación para evidenciar que hay alguien que se beneficia). El marxismo le ofrece al feminismo su politización de lo cotidiano y su reconocimiento de lo femenino, lo que hoy llamaríamos género, como opresión específica. Estas pensadoras redefinieron el contrato social en el contrato sexual (Pateman, 1988).

Para estas mujeres el punto de arranque de cualquier liberación está en el modo de producción (o de organización social que define en qué condiciones vive y trabaja un colectivo) para aplicarlas a las mujeres en sus labores de reproducción (Amorós, 2020). Algunas, las más influenciadas por los *-ismos* de los muchachos, pensaban que el capitalismo era el problema, no el patriarcado, aunque no estaban satisfechas con el rol que se analizará posteriormente, que sus compañeros y “camaradas” tuvieron para ellas en el activismo político (Sarachild, 1978). Una revisión de las dinámicas que estos camaradas establecen con sus “pares” mujeres y con qué fines se dieron, ofrecería tal vez algo de luz a las razones de la actual llamada división movimiento feminista en la era post *#MeToo*.

En el marxismo al proletariado le define su opresión, igual que a la mujer en el patriarcado. Para Iris Young (*Socialista Review* 1980) el análisis marxista es inadecuado para analizar las relaciones sociales, plantea que no necesitamos unir feminismo y marxismo sino desarrollar un feminismo materialista histórico donde el factor genérico sea el atributo clave; jerarquías sexuales, ideologías de cambios en las relaciones entre los sexos; estatus sexuales etc. es decir una teoría de las relaciones sociales donde el sexo sea el atributo clave de esas relaciones. Shulamith Firestone recoge del marxismo el concepto de *radical*, y de La Nueva

¹² Pp40

Izquierda su *lo personal es político* que reconocía el reflejo de la dimensión política en la vida personal (Amorós, 2020).

La *cuestión de la mujer* en el marxismo más ortodoxo estaba supeditada a lo realmente importante; eliminar las clases sociales, una vez logrado esto la liberación de la mujer se daría como consecuencia inmediata, puesto que su situación se debía a la falta de acceso a los medios de producción (Sagot, 1994). Desde este planteamiento y como un acontecimiento que se había dado previamente y se repetiría en “Olas” posteriores, se logró que las mujeres fueran entusiastas aliadas de la revolución de 1917 (Sargent, 1981a). A lo largo de las dos décadas siguientes fueron trágicamente viendo cómo sus derechos en lugar de hacerse efectivos iban desapareciendo (Sarachild, 1983a)

Desde los aportes previos de las mujeres en los movimientos de izquierda, sumado a la influencia del existencialismo de Simone de Beauvoir, y la crítica al psicoanálisis, se siembran las bases del pensamiento feminista radical que le debemos a las NYRW creado en 1968 y que, sería lo más parecido a lo que hoy llamaríamos un *hub* de innovación feminista.

III. 2. EL FEMINISMO RADICAL EN SUS PROPIAS PALABRAS.

Se ha identificado un alto número de textos que delinean el marco teórico del feminismo radical, explorando sus orígenes, conceptos fundamentales y su enfoque en la opresión sexual como el núcleo de la desigualdad entre hombres y mujeres. Lo que este apartado pretende recuperar, son las palabras con las que sus creadoras definieron su propia experiencia y la teorizaron, identificando a los opresores y sus dinámicas de opresión, y construyeron un marco de análisis sobre cómo estas se infiltran en cada aspecto de la vida humana, revelando la omnipresencia de estructuras patriarcales en nuestra cotidianidad, especialmente en lo más íntimo de esa cotidianeidad; las relaciones amorosas. Y aquí es donde el amor se revela como coartada -tomando prestado el término de Esperanza Bosch Fiol (2013)- para facilitar el consentimiento que requiere el sistema patriarcal. Se van a considerar autoras específicas del movimiento de liberación de la mujer, del que se han priorizado las que tuvieron mayor repercusión y mayor índice de publicaciones en los *Magazines* que surgieron del

MLM. Para definir el feminismo radical, por un lado, los análisis de Ti-Grace Atkinson en *The Descent From Radical Feminism to Postmodernism* (Atkinson, 2014), *Radical Feminism and Love* (Atkinson, 1969a) o *Radical Feminism* (Atkinson, 1969b), de Carol Hanisch y Elisabeth Sutherland (Hanisch & Sutherland, 1968)

Carol Hanisch y Elisabeth Sutherland afirman “Love is a Word screaming for redefinition. In sexual relationships, it often means dependency, it is a weapon for control, it’s someone making an object out of someone else in order to satisfy ego and security needs” [Amor es una palabra que grita ser redefinida. En las relaciones sexuales, a menudo significa dependencia, es un arma de control, es alguien convirtiendo a otra persona en un objeto para satisfacer sus necesidades de ego y seguridad] (Hanisch & Sutherland, 1968, p.12). Conviene preguntarse cómo llegaron a esta reflexión sobre el amor a pesar de la propaganda romántica y el mandato de silencio y obediencia patriarcal, y parece que lo hicieron gracias a la mirada crítica que los grupos no mixtos políticos y de autoconciencia les ofrecieron para compartir sus experiencias personales vividas en las relaciones amorosas. Cheryl Fleming, en *What Are You Doing After Revolution?* Diría “We have gotten where we're at by carefully examining (with all our knowledge and a totally politicized concept of reality – which means that we take absolutely nothing for granted except that we're all miserable) each incident in our daily lives that produces conflict with self” [Hemos llegado hasta aquí examinando cuidadosamente (con todo nuestro conocimiento y un concepto totalmente politizado de la realidad – lo que significa que no damos absolutamente nada por hecho, excepto que todas somos miserables) cada incidente en nuestra vida diaria que produce conflicto con nosotras mismas] (Fleming, 1971, p.37).

El pensamiento feminista radical, como se ha revisado, surgió en las décadas 60 y 70 como una respuesta crítica a las limitaciones que las activistas feministas de los movimientos de izquierda encontraban en esos espacios para abordar y resolver la problemática específica que vivían las mujeres, tanto fuera como dentro de esos grupos, en los espacios públicos y en los íntimos (D. Densmore, 1971). Este movimiento, se presenta marcado por los rezagos y puntos de agenda pendientes de la Segunda Ola y una creciente conciencia sobre cómo

las injusticias estructurales de la sociedad patriarcal (que trascendían a otras injusticias que ya tenían claras) no aparecían en las consignas de los grupos en los que participaban ni se reflejaban en el pensamiento amoroso que intuían en sus compañeros de lucha.

Las feministas radicales veían el amor como una ideología que justificaba la explotación de las mujeres y las atrapaba en relaciones opresivas (Jackson, 1993b). Mediante su desarrollo de la idea del amor como una forma de control, analizan el único marco ideológico en el que la sexualidad de las mujeres recibe legitimidad: con sus parejas hombres (Martín Barranco, 2023).

III.2.1 TEORÍA FEMINISTA RADICAL.

En *Love and Politics*, Carol Anne Douglas (Douglas, 1990) aborda la intersección entre el amor y la política desde la perspectiva del feminismo radical, y desde este marco estudia el pensamiento feminista, revisa a Ti-Grace Atkinson, Rita Mae Brown, Susan Brownmiller, Mary Daly, Christine Delpy, Andrea Dworkin, Shulamith Firestone, Catharine A. MacKinnon, Kate Millet, Adrienne Rich, Kathie Sarachild o Monique Witting, entre otras. A pesar de la diversidad de perspectivas dentro de los movimientos feministas, Douglas identifica dos corrientes principales dentro del Feminismo Radical, las que identifican a los hombres como el enemigo, y las que se enfocan en las mujeres (Douglas, 1990). No todas están de acuerdo con todos los postulados de su grupo ni contradicen ideas del otro, en ocasiones realizaban eventos en conjunto donde confluían intereses, como el aborto, pero cada grupo definía su foco principal de dedicación y activismo.

Por un lado, están las feministas radicales -enfocadas en el enemigo- para quienes las diferencias biológicas entre mujeres y hombres no son sustanciales, los hombres utilizan las servidumbres reproductivas para sostener y justificar la opresión de las mujeres “Love and sexuality have been defined by men to suit their interests” [El amor y la sexualidad han sido definidos por los hombres para servir a sus propios intereses] (Douglas, 1990, p.11). Entre las mujeres que se enfocaron en nombrar al enemigo y descubrir sus estrategias encontramos a Kate Millet (H. Puleo, 1993a), Shulamith Firestone (Firestone, 1968), Ti-Grace Atkinson (Atkinson, 1974) o Anne Koedt (Koedt, 1969) que fundaron grupos radicales como *The Feminist*, NYRF o Redstockings.

Para Ti-Grace Atkinson, una de las primeras pensadoras feministas que lideraron grupos de Liberación y de Autoconciencia – y que actualmente sigue formando parte de las NYRW¹³- el análisis radical comienza con el reconocimiento de que las mujeres constituyen una clase, que esa clase es política por naturaleza, y que está oprimida, encontrando la base última de la opresión en el sexo, y explica cómo eso creó una brecha al interior del movimiento, esas diferencias supusieron la separación entre el feminismo tradicional al que representaba NOW y el feminismo radical (Guilbeault et al., 1980). Para Atkinson el separatismo -estrategia clave del feminismo radical- se plantea como una estrategia política para generar identidad y liberación colectiva (O'Donnell et al., 1968, p.45):

This is a call for separatism, for radical women to dissociate themselves from male-oriented, male-dominated radical organizations and join together in Women's Liberation groups as the most effective way to achieve their own independent identity and the liberation of all women, and to bring about the truly total revolution—the establishment of a radical society without oppression.

Este es un llamado al separatismo, para que las mujeres radicales se desvinculen de organizaciones radicales orientadas y dominadas por hombres, y se unan en grupos de Liberación de las Mujeres como la forma más eficaz de lograr su propia identidad independiente y la liberación de todas las mujeres, y para llevar a cabo la verdadera revolución total: el establecimiento de una sociedad radical sin opresión.

Por otro lado, encontramos a las feministas “enfocadas en las mujeres” o defensoras de la diferencia sexual, en su mayoría feministas radicales lesbianas, que sostienen que existen diferencias biológicas fundamentales entre los sexos, que, por ejemplo, los hombres poseen una tendencia innata hacia la violencia, mientras que las mujeres son, por naturaleza, más aptas para el cuidado y la preservación de la vida. Aquí encontramos a mujeres como Mary Daly, para

¹³ New York Radical Women, fundado en el otoño de 1967 por Shulamith Firestone y Pam Allen.

quien ser feminista radical requiere entender el feminismo como la causa de todas las causas, vivir para las mujeres, y esto es vivir por la vida, pero además es caracterizarse por (Daly, 1987, p.75):

- *Sentido de alteridad radical*: autodefinición en contraposición a las expectativas patriarcales, desafiando lo que la sociedad quiere que sean las mujeres. Es una alteridad escogida conscientemente, una elección integral y plena que reafirma la identidad propia.
- *Conciencia de las sanciones patriarcales*: conocer las represalias impuestas por el sistema patriarcal y aun así tener el compromiso de actuar. Comprender que la opresión no discrimina por grados, no importa si eres un poco o muy feminista, el costo por cuestionar o desafiar el patriarcado será el mismo (Daly, 1987).
- *Indignación moral como respuesta colectiva*: sentimiento de solidaridad y empatía hacia todas las mujeres oprimidas. Las quemadas como brujas o viudas, las sometidas a la mutilación genital, las violadas y torturadas en contextos de violencia sistémica y pornografía o las víctimas de incesto. Todas se convierte en un motor de lucha, resonando profundamente como una demanda ética de justicia. Desarrollado además de en Mary Daly y como ya se ha mencionado en Lila Karp (Guilbeault et al., 1980a), en (Wildcat et al., 1971).
- *Constancia y persistencia*: que trasciende las recompensas externas o el reconocimiento. Se trata de una visión sostenida, inmutable ante la falta de beneficios o de premios simbólicos, y más bien se orienta hacia una dedicación profunda y persistente, aun en los momentos en que las aparentes recompensas resultan vacuas o engañosas (Daly, 1987).

En medio -y siempre hablando del feminismo radical- existen otras corrientes, como la feminista negra¹⁴, que critica la falta de análisis sobre la opresión adicional que vivían las mujeres negras por parte de los hombres

¹⁴ El término ha sido criticado por varias autoras negras, pues el adjetivo “negro” clarifica que el que no se llama negro, la norma, es el feminismo blanco.

negros, de los blancos y también de las mujeres blancas. Si bien las feministas radicales avanzaron en la inclusión de la variedad de mujeres de sus grupos mientras definían al opresor y se defendían entre ellas, no fue suficiente, como apuntó Adrienne Rich "The radical feminist claim to identify with all women was to undergo severe challenge. To believe that it was right to identify with all women, to wish deeply and sincerely to do so, was not enough" [La reivindicación feminista radical de identificarse con todas las mujeres enfrentó un desafío severo. Creer que era correcto identificarse con todas las mujeres, desear profunda y sinceramente hacerlo, no fue suficiente] (Douglas, 1990).

A pesar de sus discrepancias, los grupos de mujeres feministas radicales convergen en algunos *aspectos clave sobre el feminismo radical*, que les permitieron establecer las bases de su pensamiento político: “de los encuentros de concientización surgieron los escritos que formularon la teoría básica del movimiento de liberación de las mujeres” (Sarachild, 2018) y gran parte de estos encuentros, los dedicaron a revisar sus experiencias amorosas. El Manifiesto de las Redstockings (Redstockings, 1969) escrito por Shulamith Firestone, Ellen Willis o Anne Koedt, entre otras, se articula como una serie de principios de los que parte el MLM. Considerando el Manifiesto de las Redstockings y los aportes de las feministas del movimiento de liberación de la mujer que se enfocaron en el desarrollo y difusión de la teoría radical, como Kate Millett, Ti-Grace Atkinson, Dana Densmore o Kathie Sarachild, se podrían considerar los siguientes puntos como el marco de principios radicales:

Unión entre mujeres: contra la estrategia patriarcal de dividir. La verdadera liberación solo será posible a través de la unidad colectiva entre mujeres (Guilbeault et al., 1980), El pacto patriarcal de muy poderoso, por lo que las mujeres “are not going to be able to overthrow their own oppression without banding together as a group and putting their anger together, and their anger would propel them forward into a unity against men” [no van a poder superar su propia opresión sin unirse como grupo y canalizar juntas su rabia; su rabia las impulsará hacia una unidad contra los hombres (Guilbeault et al., 1980, 00:21:04).

Estando condenadas a compartir su vida íntima con sus opresores -lo que no ocurre con el resto de opresiones- se han mantenido en el espacio privado

aisladas unas de otras, y esta supone una gran estrategia para la perpetuación de la opresión, puesto que impide a las mujeres politizar lo que consideraban un sufrimiento personal y les crea la ilusión de que son cosas individuales que deben resolverse en la intimidad (Jones & Brown, 1968), cuando en realidad se trata de una relación de clase que solamente se resolverá colectivamente. Identifican las dificultades de lograr esta unión entre ellas por no haber estado históricamente unidas, pero priorizan lograrlo, como dice Ti-Grace en *Some American Feminist* refiriéndose a las alianzas entre mujeres “are very very hard but I think they must be done” [son muy muy duras, pero creo que deben hacerse] (Guilbeault et al., 1980, 00:05:15)

Lo personal es político: y lo van a comprobar a través de los grupos de autoconciencia en los que revisaron si las propuestas globales de revolución eran útiles para las mujeres. Lo que aprendieron fue que vivían situaciones muy similares en sus espacios más íntimos y que la forma en la que se les habían enseñado que debía funcionar el mundo, a ellas no las representaba, o no lo hacía como sujetos políticos (Amorós, 2020). Entienden que la dominación de un grupo sobre otro en un nivel de la sociedad (gobierno o área profesional) refleja y reproduce la misma dominación en otros niveles (pareja o familia), y que, en la esfera íntima, debían teorizar sobre lo que ocurría en las relaciones amorosas como parte fundamental del corpus teórico feminista radical (Millett, 1995), donde comprobarían que lo que creían que eran historias únicas, se trataba de un sistema que operaba en las mujeres en general, del que ellas eran desconocedoras. Consideran tanto su experiencia personal, y sus sentimientos sobre esa experiencia, como la base para analizar la situación común, y rechazan las ideologías existentes porque son productos de la cultura supremacista masculina (Redstockings, 1969). Cuestionan todas las generalizaciones y no aceptan ninguna que no se confirme con la experiencia concreta de las mujeres “we regard our personal experience... as the basis for an analysis of our common situation” [consideramos nuestra experiencia personal... como la base para analizar nuestra situación común] (Redstockings, 1969, p.8). Al rechazar las ideologías existentes como productos de la cultura masculina supremacista, se invita a cuestionar las construcciones del amor que perpetúan su subordinación, y que deben ser analizadas como una manifestación estructural de opresión que

responde a realidades concretas y no a idealizaciones abstractas. Este punto aparece desarrollado en (Thomas, 1971) (Berlant, 1998) o en (Firestone et al., 1968).

Se llama patriarcado y son los hombres: coinciden en criticar los enfoques psicológicos, que consideran insuficientes y no verdaderamente radicales, pues tienden a ofrecer soluciones individualizadas y apolíticas a la opresión de las mujeres. Este rechazo se extiende al análisis del Ego y al estudio de la infancia masculina como explicación de la opresión, lo perciben como desviaciones despolitizadas sin el análisis del sistema en el que viven las mujeres. Sin un análisis estructura se responsabiliza individualmente a las mujeres de su propia subordinación. Esto desvincula la opresión de explicaciones individuales y la conecta directamente con un sistema estructural. Declaran que “women’s submission is not the result of brainwashing (...) but of continual, daily pressure from men” [la sumisión de las mujeres no es resultado de lavado de cerebro (...) sino de una presión continua y diaria ejercida por los hombres] (Redstockings, 1969, p.7).

Intersección sí, pero ...: reconocen que la opresión de las mujeres se ve intensificada con otras formas de dominación, como la de clase o la de raza; sin embargo, subrayan que existe una opresión adicional y universal ejercida sobre todas las mujeres, independientemente del estatus o la etnia: la sexual (Millett, 1995) y que es diferente a todas las demás opresiones, porque es la primaria, su base.

Separatismo: que surge de la idea de que como diría Ti-Grace Atkinson “no se puede decir que el hombre es el enemigo y avanzar con ellos. (Guilbeault et al., 1980a). Los hombres las llamaban excéntricas, pero lo que estaban haciendo no era nada diferente a lo que hacia ellos: crear su propia política, solo que ahora tendrían que seguir haciéndolo sin ellas como secretarias. Desde las diferentes corrientes hay mujeres que comparten la creencia de que deberían crear espacios separados de los hombres o “perhaps rulling them-in a gentle, matriarcal way”, [governándolos de una manera gentil y matriarcal] (Douglas, 1990, p.12) para evitar una confrontación que identifican como forma masculina de reacción, y que las mantiene con el foco puesto en los hombres y en las relaciones que tienen con ellos, en lugar de enfocarse en su propia

independencia. En los debates y conversaciones de los grupos de Liberación de las Mujeres, diría Ti-Grace Atkinson, muchas radicales pasaron de pensar que eran las únicas que les habían tocado todos los “idiotas” en sus relaciones sexoafectivas, a darse cuenta de que todas se encontraban generalmente con “idiotas” (Guilbeault et al., 1980, 00:26:22). Este reconocimiento de situaciones colectivas condujo a las feministas radicales a la idea de que tal vez el problema no era ellas, sino ellos y su sistema de dominación. El análisis sobre los grupos de autoconciencia y sus hallazgos sobre las relaciones que tenían con los hombres lo encontramos también en (D. Densmore, 1969) (Echols, 1989) Desarrollado en (Press, 2018) (Firestone et al., 1968) (Meredith Tax et al., 1969) (Willis, 1969) (Freeman, 1972) o (Jones & Brown, 1968).

Las feministas radicales identificaron situaciones de opresión comunes y desarrollaron estrategias colectivas de autodefensa. En un contexto dominado por ideologías supremacistas masculinas, los grupos de autoconciencia no mixtos les permitieron hablar sobre el mundo que las rodeaba y sobre sus propias experiencias, Lila Karp expresaría que facilitó que las mujeres sacaran la rabia que tenían reprimida desde hacía mucho tiempo (Guilbeault et al., 1980). Es a partir de esta toma de conciencia, que surge una teoría feminista propia, fundamentada en la comprensión compartida de sus realidades y en la resistencia a las estructuras patriarcales, la práctica de la concienciación es el ejemplo más claro del método fundamental del feminismo radical. Uno de los temas recurrentes, como veremos, fue el amor.

CAPÍTULO IV . RESIGNIFICACIÓN DE LAS RELACIONES ROMÁNTICAS

1967 es el año del auge de la Tercera Ola Feminista, de la Revolución de las mujeres que venían de estos movimientos sociales mixtos, tenían capital cultural para desarrollar discursos profundos y complejos y traían, como ya se dijo, la experiencia de su participación en los movimientos antibelicistas, antirracistas o por los derechos civiles. Entendieron a Freud y a Marx, y leían y hablaban de colonialismo (Brownmiller, 1975). Los primeros grupos de liberación de la mujer estuvieron liderados por “políticas” que todavía priorizan la lealtad a los partidos de izquierda, que atribuían la opresión de la mujer al capitalismo (Echols, 1989).

Ya desde Emma Goldman (Goldman, 1911) o Alexandra Kollontai (Kollontai, 1972b), podemos identificar los planteamientos feministas desde los que las mujeres tratan de negociar sus derechos con sus compañeros al interior del movimiento obrero, del que finalmente no salen tan bien paradas. Es sus críticas al capitalismo, los hombres lograron la participación de las mujeres, habitualmente en puestos que no tuvieron mayor relevancia, aduciendo que las mujeres en el mundo vivían mejor bajo el socialismo; después de agradecer a las mujeres su participación en el logro de la Revolución, “las enviaron de vuelta a su casa, a servir a sus maridos” (Jones & Judith, 1968, p.7).

El despertar surge, cuando en un contexto de agitación social, las mujeres -que ya estaban observando a otros grupos-, quieren también comenzar a decir lo que no les estaba funcionando. Sus compañeros reaccionan, porque en este caso, sus opresores eran también las personas con las que se vinculaban sexoafectivamente, y que tenían sobre ellas, unos privilegios que no tenían pensado perder.

IV. 1. DESCUBIENDO AL ENEMIGO

*“Atrás quedan esfuerzos fragmentados.
El tiempo de las escaramuzas individuales ha pasado.
Esta vez vamos por todo”.*
(Redstockings, 1969)

En medio de todos los cambios sociales de la época -e inspiradas por ellos- y también como reacción al observar que su libertad no era la misma que veían en sus camaradas, aparecen las primeras críticas de las feministas radicales. Lydia Sargent narra cómo ellas se vieron de pronto realizando una función subordinada equivalente en los movimientos políticos a la de servidoras que vivían en sus casas “typing, filing, phoning, feeding, healing, supporting, loving, and occasionally even participating on the front lines as quasi-revolutionary cheerleaders” [mecanografiando, archivando, llamando por teléfono, alimentando, curando, apoyando, amando, y ocasionalmente incluso participando en las líneas del frente como porristas cuasi-revolucionarias] (Sargent, 1981, p.xi).

Cuando el feminismo dejó de ser un apéndice y reclamó ser una lucha autónoma, los compañeros de viaje se revelaron, una vez más, como portavoces de un sistema que no terminaba de ver a las mujeres como sujetos políticos plenos que pudieran reunirse autónomamente para establecer sus prioridades “hubo una tremenda resistencia a que simplemente las mujeres estudiemos nuestra situación, especialmente sin los hombres en la sala” (Sarachild, 2018, p.235). La reacción masculina se desplegó en una batería de objeciones destinadas a silenciarlas a ellas y a los temas que ellas proponían como materia de interés personal y/o político, algo que como cuenta Mary Jane Lupton ya venían haciendo, negándose a publicar artículos que hablaban de temas propios de las mujeres -como la menstruación- tildándolos de “essentially uninteresting” [esencialmente poco interesantes] (Lupton, 1975, p.1). También notaban que ningún hombre las escuchaba cuando les tocaba el turno de palabra “How many times have you seen men get up and actually walk out of a room while a woman speaks, or begin to whisper to each other as she starts?” [¿Cuántas veces has visto

a hombres levantarse y salir de la sala mientras una mujer habla, o comenzar a susurrarse entre ellos justo cuando ella empieza?]

 (Jones & Brown, 1968, p.6).

Una conversación ficticia entre Carol Hanisch y Elisabeth Sutherland que titularon *Women of the World Unite - We Have Nothing to Lose But our Men* (*Mujeres del mundo, uníos, no tenemos nada más que perder que nuestros hombres*), trata de ofrecer a las mujeres herramientas para responder a las críticas más repetidas contra ellas. El documento, que arranca diciendo "women's liberation doesn't have the immediate importance of Vietnam" [la liberación de las mujeres no tiene la misma importancia inmediata que Vietnam] (Hanisch & Sutherland, 1968, p. 75) es un claro *statement* sobre la comprensión de que la revolución, otra vez, no priorizaba a las mujeres -cuya deshumanización y roles de servicio eran similares a los de la población negra. Estas críticas recurrentes que recogen en el documento donde acusan a los hombres de victimizarse, comprenden un abanico de frase misóginas, como que hay causas más urgentes que las mujeres, porque otros —siempre otros— están más oprimidos (Hanisch & Sutherland, 1968). Estas críticas no solamente venían por parte de los hombres; las mujeres liberales reprobaban sus acciones confrontativas, y en sus encuentros cada vez más masivos participan mujeres de grupos mixtos de izquierda para boicotearles las sesiones (Amorós, 2020). Los hombres las acusan de pelear una guerra egoísta, de olvidarse de las mujeres negras —mientras ellos las seguían ignorando como siempre—, y señalaron con condescendencia que ya hay algunas mujeres médicas, que los hombres también sufren el patriarcado, que deberían dejar que las mujeres que quieren dedicarse a sus maridos lo hagan felizmente, o que serán responsables del fin de la civilización por rechazar la maternidad. Cuando el argumento se agota, las acusan entonces de odiar a los hombres o de no ser más que un grupo de lesbianas resentidas (Hanisch & Sutherland, 1968). Las mujeres que se atreven a verbalizar su pensamiento crítico son negadas, luego ridiculizadas y, finalmente, patologizadas. De la conversación ficticia entre Hanisch y Sutherland ya han pasado 56 años, y utilizando el slogan de Malcom X, las mujeres entienden que "you can't give a people a plan until they realize they need one" [no hay que darle a la gente un plan mientras no se den cuenta que lo necesitan] (Hanisch & Sutherland, 1968, p. 79), haciendo referencia a la falta de despertar de las

mujeres en LNI. Este tema se desarrollará con mayor profundidad al analizar el Manifiesto Florida Paper.

Las mujeres empiezan no solo a desenmascarar las estructuras que las oprimen, sino también a decirlas en voz alta, a escribirlas y a cantarlas (Hanisch & Sutherland, 1968). Critican que la revolución de los hombres sigue enmarcada en la lucha por el poder y les reprochan que en una verdadera revolución esperarían verlos cediendo algo de su poder "they would change who wields the big stick of control, but they aren't really talking about getting rid of the stick" [ellos cambiarían quién sostiene el gran palo del control, pero no están hablando realmente de deshacerse del palo] (Fleming, 1971, p.36). Para las mujeres del Movimiento el verdadero enemigo no es Nixon, ni los Estados o el comunismo doctrinario, sino el sistema patriarcal y patrilineal en su totalidad. Y quieren que los hombres lo entiendan.

Aparecen voces que cuestionan las estrategias de la revolución, especialmente el rol que se esperaba de las mujeres en ella, y que apuestan por tener un rol más protagónico en los grupos de la izquierda para definir su cómo será su vida una vez lograda la revolución, como subrayaría Fleming: "So-called revolutionaries accept implicitly that the ends (after the revolution) justify the means, but we must realize that the tactics are the thing! The way we carry out our revolution determines the way we live afterwards" [Los supuestos revolucionarios aceptan implícitamente que los fines (después de la revolución) justifican los medios, pero debemos darnos cuenta de que la táctica es lo importante! La forma en que llevamos a cabo nuestra revolución determina cómo viviremos después] (Fleming, 1971, p.36), ya no servía sacrificar siempre a las mismas en trabajos menores en nombre del bienestar del grupo. Cuando las mujeres regresan a casa cada día, la liberación y el activismo se confrontaban con la cotidianidad desigual de la vida doméstica. Sus vidas tanto políticas como personales contemplaban la igualdad, pero a los hombres se les estaba escapando considerar compartir esta igualdad con las mujeres como sujetos revolucionarios, como mitad del mundo a quienes debían justicia histórica. Ellas se dieron cuenta de que a pesar de trabajar tanto como los hombres en los grupos y fuera de casa, al llegar a casa seguían con las compras, la cocina y la limpieza, después de escuchar a sus compañeros hablar de la igualdad en el mundo, no

entendían qué clase de igualdad era la que tenían pensada para ellas (Russo, 2013). Denunciaban que “men did not spend time discussing their roles as sexist oppressors but rather in discussing "important political issues" [Los hombres no dedicaban tiempo a debatir su rol como opresores sexistas, sino que se enfocaban en discutir ‘temas políticos importantes’] (Sargent, 1981^a, p.xiii). Las mujeres con algún liderazgo eran utilizadas por los hombres como medios para posicionarse en las reuniones “men would whisper agenda items to the woman chair, suggest who to call on, often ridicule her when the decision wasn't going their way, making the woman feel that she wasn't handling the meeting correctly” [los hombres le susurraban los puntos del orden del día a la presidenta, le sugerían a quién debía dar la palabra y, a menudo, se burlaban de ella cuando las decisiones no les favorecían, haciéndola sentir que no estaba conduciendo bien la reunión] (Sargent, 1981a, p.xiv), y lamentaban que los hombres utilizaran como estrategia colocar en puestos de cuotas de mujeres a jóvenes sin experiencia para que “would be acting as proxy” [actuaran como proxy] (Sargent, 1981^a, p.xiv), haciendo llegar sus prioridades a través de a las mujeres a quienes convencían para hacerlo.

Los hombres no solo oprimían a las mujeres, sino que eran los beneficiarios de esta opresión, que se perpetúa a través de las instituciones que ellos mismos han creado a su entero beneficio, como el noviazgo o el matrimonio (Walby, 1991). Las feministas radicales se dan cuenta además de que es un pacto interclasista e interracial entre personas del mismo sexo, que ha venido ejerciendo violencia incluyendo, a nivel más íntimo, la violencia sexual, como ejemplifica Susan Brownmiller en este fragmento de *Contra nuestra voluntad* al hablar de la recompensa que recibían los esclavos después de un arduo día de trabajo (Brownmiller, 1975):

Para el esclavo macho, la actividad sexual después de realizado el trabajo diario se consideraba una especie de recompensa (...) El privilegio sexual alcanzaba también a los machos blancos de clases más bajas, empleados por el plantador y a ciertos machos esclavos negros. En el tope de la jerarquía, determinando el estilo, se encontraba el amo blanco.

La Revolución, les decían a los hombres, no podrá realizarse si no revisan sus prácticas machistas en sus vidas privadas donde los veían desplegar sin vergüenza su hipocresía (Fleming, 1971, p.36):

When 'Big Daddy' comes home after a bad day at the revolution and asks himself where he went wrong, why he seems unable to actualize his ideals, he probably need look no further than his own (ed) wife and kids for the answer.

Cuando el “Gran Papá” vuelve a casa después de un mal día en la revolución y se pregunta en qué falló, por qué parece incapaz de llevar a cabo sus ideales, probablemente no necesita mirar más allá de su (exhausta) esposa e hijos para encontrar la respuesta.

Las grietas de su revolución estaban delante de ellos, pero no parecían tener la capacidad de verlas.

En “*Feminist in Heterosexual Relations*” (Cotter et al., 1971) se describe la decepción que supuso para las mujeres ver que los hombres no eran los compañeros empáticos que esperaban encontrar en su despertar "women (...) had accepted the myth that men who were competent and rational had integrated both" [las mujeres (...) habíamos aceptado el mito de que los hombres competentes y racionales también eran emocionalmente integrados] (Cotter et al., 1971, p.31). Sin esas emociones integradas, sin interesarse genuinamente por lo que estaban diciendo las mujeres, eligieron no acompañarlas, no actuar, posiblemente para evitar hacerlo contra ellos mismos y su pacto "during the time women have been growing and changing, most men have remained static" [durante el tiempo en que las mujeres han estado creciendo y cambiando, la mayoría de los hombres se ha mantenido estáticos] (Cotter et al., 1971, p.31). Al ver esto, los hombres perdieron para ellas toda credibilidad como compañeros de lucha, como estándar de persona integral, se veían con esos adultos infantiles, habían logrado salir de la relación padre-hija, se veían haciendo el papel de madre-hijo, estaban furiosas "not being the adult, integrated persons we have expected" [por no ser las personas adultas e integradas que esperábamos] (Cotter et al., 1971, p.31).

Las feministas radicales tomaron la decisión de dejar de esperar. Comprendieron que, si querían transformar sus vidas, tendrían que construir sus propios espacios, con sus propias palabras, y lanzar su propia revolución. Ya que ningún otro movimiento —por muy emancipador que se proclamara— parecía realmente dispuesto a incluir los derechos de las mujeres como parte central de su agenda. Esta toma de conciencia se traduciría en una progresiva y necesaria separación del Movimiento de Liberación de la Mujer respecto a sus aliados circunstanciales —los movimientos por los derechos civiles o contra la guerra— hasta llegar, en muchos casos, al conflicto abierto. Las activistas escuchaban que su existencia era necesaria en política, pero que debían luchar junto a los hombres, con quienes en no pocas ocasiones compartían también vínculos sexoafectivos, prometiéndoles igualdad al final de la lucha. Se les pedía seguir participando activamente en los grupos mixtos, pero ellas veían cómo se difuminaba su liderazgo en cada evento o conferencia pública, buen ejemplo de ello fue la de 1964, en la que se hizo memorable la frase pronunciada por Stokely Carmichael:¹⁵ “The only position of women in SNCC¹⁶ is prone” [La única posición para las mujeres en el SNCC es tumbada boca abajo] (Faludi, 2013).

Shulamith Firestone y Jo Freeman se conocieron el 4 de septiembre de 1967 en Chicago en la preparación de la *National Conference for New Politics (NCNP)* realizada con motivo del *Labor Day* (Freeman, 2012). Junto a otras mujeres, dedicaron varios días a elaborar un documento que reclamaba una representación proporcional al porcentaje de población femenina en el voto dentro del comité, equivalente al 51% (H. Puleo, 1993). Solicitaron también que la NCNP condenara los estereotipos sexistas y el matrimonio, y reivindicara las leyes de propiedad, divorcio, información anticonceptiva y el aborto. Era finalmente una propuesta de articulación del movimiento feminista en el movimiento obrero (Faludi, 2013). Para leerlo públicamente habían solicitado un espacio en la agenda, pero una vez concluidos los bloques para condenar la

¹⁵ Líder del movimiento Black Power, estuvo al frente del Comité Coordinador Estudiantil No Violento (SNCC), fue también primer ministro honorario del Partido de las Panteras Negras.

¹⁶ **Student Nonviolent Coordinating Committee** (*Comité Coordinador Estudiantil No Violento*), una organización política clave en el movimiento de derechos civiles de Estados Unidos en la década de 1960.

opresión de las personas negras y la guerra de Vietnam les dijeron que no había espacio para ellas, el tiempo restante había que dedicarlo a reivindicar al americano indígena olvidado. Firestone y Freeman, junto a otras mujeres, saltaron al podio enfurecidas (Freeman et al., 2013). Cuando Firestone intentó hablar, el moderador le dio una palmada en la cabeza mientras decía “cool down, little girl, we have more important things to do here than talk about women’s problems” [cálmate, niña, tenemos cosas más importantes que hacer aquí que hablar de los problemas de las mujeres] (Freeman, 2012, párr 6). Tras esta profunda decepción, las mujeres comienzan a reunirse en casa de Freeman y conforman *The West Side Group* (que daría lugar en la conferencia de Illinois a la *Chicago Women’s Liberation Union*), el primer grupo político y de conciencia formado exclusivamente por mujeres. Publicaron y repartieron cientos de copias de un manifiesto titulado “*To the Women of the Left*” incitando a la escisión de las mujeres, inspirándose en los miembros del SNCC. De acuerdo con Naomi Weisstein y para desgracias de algunas mujeres, el grupo de mujeres de Chicago en su primera votación aprobó darle la mitad de sus recursos de los *Black Panthers* (Freeman et al., 2013). Tras esta decisión, Shulamith Firestone, que no quería ser una dama auxiliar de la izquierda, abandonó el grupo de Chicago, y junto a Pam Allen¹⁷ fundan en octubre de 1967 New York Radical Women (NYRW), el primer grupo de autoconciencia de mujeres en NY, llevando como bandera, que solamente las mujeres pueden teorizar sobre las mujeres y lejos de las ideas de *The New Left* (Echols, 1989). Lanzan una convocatoria para invitar a otras mujeres y pronto se suman algunas de las que más adelante desarrollarían el cuerpo teórico del feminismo radical; Kathie Sarachild, Carol Hanisch, Pat Mainardi, Carol Giardina, Anne Koedt, Ti-Grace o Judith Brown (Gauvreau, 2012). Lo que en un inicio eran unos 30 miembros regulares, creció rápidamente.

Lo que en Chicago pretendió ser una serie de actos humillantes —y que, en efecto, lo fueron— provocó una indignación que, sin proponérselo, encendió la chispa del movimiento feminista radical. Así nacieron los primeros grupos de

mujeres que pondrían en el centro del debate público las reivindicaciones de todas. Miles de mujeres con ganas de hacer algo y unidas por su frustración, llenas de impotencia, sin saber hacia dónde ir ni cómo lograrlo, estaban decididas a que su opresión fuera tomada seriamente (Freeman, 2012). Comenzarían con una aparición perturbadora en una marcha de mujeres contra la guerra de Vietnam el 15 de enero de 1968 en Washington, organizando la Jeannette Rankin Brigade (JRB) (Firestone, 1968). En esta marcha, el mundo conocería su existencia (Freeman, 2012).

IV. 2. LA TOMA DE CONCIENCIA Y LOS GRUPOS DE LAS CHICAS

“A través de nuestras conversaciones, comprendimos, ante todo, los beneficios de derribar los muros de la privacidad”.

Movimiento de Liberación de la mujer 1971

El Movimiento de Liberación de la Mujer (MLM) se organizó en diferentes grupos de acuerdo con las prioridades que cada uno tenía en su agenda, generalmente establecidas en un inicio por sus fundadoras y alimentadas por las mujeres que llegaban a ellos porque se veían representadas. La conformación, el crecimiento y el declive de estos grupos, está generosamente detallado en publicaciones como *Daring To Be Bad*, de Alice Echols (Echols, 1989), *The Sixties Speak to Eighties* de Kathie Sarachild (Sarachild, 1983), y en la correspondencia manuscrita que se enviaban entre los grupos y que se mantienen en algunos repositorios, como el que siguen alimentando hasta hoy las Redstockings (redstockings.org).

En 1966 un grupo de mujeres liderado por Betty Friedan, crean la organización feminista liberal NOW -*National Organization for Women*- su declaración fundacional busca la igualdad con cuotas de representación en partidos políticos y comisiones. Toman su nombre del slogan del movimiento de derechos civiles *Freedom Now* (Sarachild, 1983) evidenciando lo presente que tenían estas mujeres a las luchas que se daban en su entorno. Ti-Grace Atkinson

crea la fracción de *NOW* en Nueva York (Echols, 1989), aunque pronto lo abandonaría para dar un giro hacia el feminismo radical.

Entre los más de 200 grupos que aparecieron entre 1966 y 1970 (Echols, 1989), encontramos algunos que fueron creando mujeres carismáticas que además de tener cierta facilidad de palabra, sabían expresar reflexiones de los grupos y personales mediante la escritura con cierta maestría. El acceso a los medios de comunicación fue fundamental para que grupos originados en Nueva York tuvieran mayor recorrido, grupos a los que además concurría un alto número de mujeres (Freeman, 1973).

Las mujeres de La Nueva Izquierda (LNI) y sus ideas fraguadas a finales de los 60's en los campus universitarios, chocan como se ha visto con un feminismo radical que señala la misoginia impregnada en los grupos que compartían con los hombres, quienes además en no pocas ocasiones, se convertían en sus parejas románticas “a conveyor relationship could also be the beginnings of a sexual relationship” [una relación de este tipo (de militancia) también podía convertirse en el inicio de una relación sexual] (Sargent, 1981a). La lógica de los debates siempre ha sido similar: mientras las feministas radicales pugnaban por hacer entender a las mujeres de LNI que la opresión de las mujeres no es solamente una simple consecuencia del sistema, sino un sistema específico de dominación en que la mujer es definida en términos del varón, estas no podían dejar de ver a los varones también como víctimas del sistema y de enfatizar el no enfrentamiento con éstos (Atkinson, 1969). La postura de las mujeres de LNI, para las feministas radicales esconde el miedo de que los compañeros varones, depositarios del poder simbólico para dar o quitar denominaciones de origen "progresista", interpretasen un movimiento sólo de mujeres como reaccionario o liberal (Sargent, 1981). Las limitaciones que los hombres ponían a las mujeres para que desempeñaran puestos de liderazgo, no las permitía desarrollar las competencias básicas de participación política, como la comunicación, la representación o hablar en público (Russo, 2013), con esta actitud, pensaban que para ellas sería difícil posicionar su propia agenda.

A la hora de buscar su denominación, el término "feminista" fue inicialmente repudiado por algunas radicales porque lo asociaban al movimiento sufragista, al que despreciaban como burgués y reformista, Shulamith Firestone

fue la primera en atreverse a reivindicar el sufragismo afirmando que era un movimiento radical y que "su historia había sido enterrada por razones políticas" (de Miguel Álvarez, 2011).

Desde la distancia que las mujeres toman con los grupos mixtos de las izquierdas norteamericanas, pudieron contarse entre ellas lo que vivían en los espacios más íntimos, y comenzaron a analizar las dinámicas sexistas en todas las esferas personales. Que las mujeres eligieran juntarse para hablar sobre sus vidas sin ningún hombre presente era radical (Allen et al., 1969). Las mujeres que asistieron a esas primeras reuniones describen un momento de "euforia", una explosión de ideas y una especie de enamoramiento (Guilbeault et al., 1980a). Kate Millett afirma que lo que dice en su libro *Política Sexual* es lo que aprendieron juntas en los grupos de autoconciencia "is what we use to say each other all the times" [es lo que nos decíamos unas a otras todo el tiempo] (Guilbeault et al., 1980, 00:13:23)

En dos meses el país tenía docenas de grupos de autoconciencia feminista en los que se analizaban las historias personales de las mujeres en el espacio privado, público y lo que les estaba pasando en los "espacios de hombres" y en sus vidas con ellos (Dubriwny, 2005). Las mujeres liberales reprobaban sus acciones confrontativas, y en sus encuentros cada vez más masivos participan mujeres de grupos mixtos de izquierda para boicotearles las sesiones (Amorós, 2020). Otro tipo de conflicto habitual se dio en las mujeres negras, que tenían que elegir entre formar parte de los grupos del Black Movement y perseguir la lucha antirracista rodeadas de compañeros que tampoco las priorizaban, o acercarse a las feministas radicales, en su mayoría mujeres blancas (Russo, 2013).

A finales de 1968, Ti-Grace después de dejar la facción neoyorquina -que convirtió en la más radical de todas- de NOW, el masivo movimiento liberal del feminismo formado y presidido por Betty Friedan, funda *The Feminists* (68-73) (Echols, 1989) un estricto grupo de feministas separatistas. Otras miembros prominentes fueron Anne Koedt, Pamela Kearon o Sheila Cronan. *The Feminist*, alcanzó cierta publicidad y difusión en temas como el aborto, el amor como opresión o la trampa del matrimonio, parte del pensamiento de este grupo se recoge en la antología *Radical Feminism* (Koedt et al., 1973). Además de los grupos formados con intención no mixta, también aparecieron otros como

Women's International Terrorist Conspiracy from Hell (WITCH), de la mano de socialistas como Robin Morgan, centradas en la lucha de clases desde la mirada de las mujeres que invitaban a los hombres a ser parte de la solución y que criticaban a las primeras por ser demasiado duras con ellos (Russo, 2013). Estos grupos tuvieron a menudo diferencias y más de un enfrentamiento a raíz de la definición de opresión de base, que como ya se ha dicho para las primeras era el sexo -y por eso debían conformar movimientos separatistas- y para las segundas era la clase.

El grupo que se va a desarrollar con mayor detalle en esta investigación es el de las Redstockings, por su capacidad de generar conocimiento, articular la teoría y la práctica, y por ser -de acuerdo a lo investigado- posiblemente el grupo que logró publicar el mayor número de magazines, artículos y ensayos, contribuyendo de manera sobresaliente a la creación de un cuerpo teórico feminista que tenía como fin acabar con la opresión de las mujeres por parte de sus parejas sexuales como punta de lanza.

En enero de 1969 Shulamith Firestone y Ellen Willis fundan Las Redstockings (Echols, 1989, p.140) organización radical teórica y práctica – una de las pocas que permanece hasta hoy- en oposición o como contraste a las *New York Radical Women* (NYRW) con el fin de construir la unidad de las mujeres para que alcancen su liberación, tanto de la supremacía masculina como de la mujer como clase social, considerada inferior con el propósito de enaltecer la vida de los hombres. Crean su nombre en homenaje a la unión de dos tradiciones: la etiqueta "*bluestocking*" que era como se denominaba a las mujeres cultas e instruidas, a menudo de manera despectiva, insinuando que su intelecto las hacía poco femeninas o fuera de los estándares tradicionales de la época, y las convierten en Red (rojo) como guiño a la revolución (Sarachild, 1978). Con el tiempo logran incorporar a las principales pensadoras y activistas feministas de Norteamérica, como Kathie Sarachild, Dana Densmore, Patricia Mainardi, Irene Peslikis o Alix Kates Shulman.

Se presentan como grupo de mujeres separadas de la izquierda que habían descubierto que no conseguirían nada siendo buenas chicas, y cuya prioridad, en principio, sería que los cuerpos de las mujeres les pertenecieran solamente a ellas (Redstockings.org). En 1969 en *The Village Voice*, periódico alternativo

estadounidense, aparece la primera cobertura de prensa anunciando la conformación del grupo ante la solicitud de las mujeres de incluir sus demandas en la agenda de la izquierda y la negativa de estos de acusar recibo (Redstockings.org). En su primer acto público presentaron testimonios de mujeres que habían abortado, algo revolucionario en ese momento; romper el silencio ofreciendo sus testimonios privados en los espacios públicos (Echols, 1989).

A medida que se fueron sumando mujeres e incorporando temas, en la búsqueda de consensos terminaban apareciendo intensos debates sobre quién era el verdadero enemigo, o si priorizar o no a las mujeres negras o a mujeres lesbianas en sus conferencias (Echols, 1989). Especialmente las mujeres negras fueron un tema recurrente en las conversaciones de las Redstockings, miradas con mucha reticencia por los grupos radicales de mujeres negras, que no eran usualmente simpatizantes del feminismo (Gauvreau, 1991). Irónicamente las mujeres del *Black Power*, una vez que su movimiento comenzó a despegar, fueron invitadas a retornar a sus hogares para facilitar que los hombres negros pudieran por fin disfrutar de los privilegios que los hombres blancos les habían arrebatado (Echols, 1989). Las mujeres negras no tuvieron esos beneficios que el movimiento por los derechos civiles auguraba a las personas oprimidas por su color de piel, los hermanos y hermanas resultaron siendo más *brothers* que *sisters*, algunos salieron más beneficiados que otras (Echols, 1989); Frances Beale de SNCC, que estuvo abiertamente desafiante ante el "macho negro", resaltó cómo el hombre negro militante abrazó con urgencia a los valores culturales de los hombres blancos, era un clima, dice, donde "sexism [was] promoted as a cure for racism" [se promovía el sexismo como cura contra el racismo] (Echols et al., 1989, p.107). Angela Davis, nos dice Echols, fue acusada de intentar robar la masculinidad de los hombres negros, y Kathleen Cleaver reconocida activista y secretaria de comunicaciones del partido de los *Black Panther*, insinuó que para ser escuchada tenía que ponerse a disposición sexual (Echols, 1989). Evelyn Goldfield¹⁸ en su artículo "*Towards Next Steps*" les dice a

¹⁸ El primer newsletter del Movimiento de Liberación de las mujeres apareció en Chicago en marzo de 1968 y fue el "*Voice of the Women Liberation Movement*" editado por Jo Freeman (Joreen).

los hombres que las luchas podían ser paralelas y que deberían poder ver las opresiones de los otros grupos tanto como pueden ver las suyas propias (Goldfield, 1968) y nombra algunos puntos en común con el movimiento de *Black Radicals* y particularmente la característica que las une; las mujeres conviven con los hombres en relaciones de intimidad, y son las consecuencias que sufren por esta convivencia las que deben impulsarlas a buscar las causas y a eliminarlas.

Estos grupos y su diversidad de enfoques interrumpieron en las audiencias estatales sobre la ley del aborto integradas por hombres, ocuparon restaurantes que no servían a mujeres “no acompañadas”, llevaron a cabo un entierro de la feminidad tradicional (Belden et al., 1970) en el cementerio nacional; soltaron a una docena de ratones blancos para causar estragos en una feria de novias en el *Madison Square Garden*; hicieron “ogle-in” en *Wall Street* (Echols, 1989) para vengarse de los hombres lascivos; y, más notoriamente, tiraron sostenes, tacones altos, ollas y sartenes, copias del *Playboy* y otros “instrumentos de tortura femenina” en una “Basura de la Libertad” durante el concurso de Miss América, en Atlantic City (Echols, 1989). Cuando despidieron a Firestone de un trabajo de camarera y su jefe le retuvo el salario, las feministas irrumpieron en el restaurante y le obligaron a pagarle (Freeman, 2012)

Visitan en 1969 a Allen Paul, sufragista y fundadora del Partido Nacional de Mujeres para intercambiar opiniones, y esta les pidió que identificaran a las mujeres de las fotos que tenía colgadas en su salón, pero no lograron reconocer a ninguna de las más reconocidas sufragistas de la historia. A partir de entonces las Redstockings deciden darle mayor peso al conocimiento de la teoría feminista de las mujeres de Olas anteriores, aquellas de quienes recibían la antorcha, lo que facilitó la feliz integración de la genealogía feminista en sus escritos (Echols et al., 1989, p.12).

Otro grupo rescatable por su representatividad y duración es “Mujeres Contra la Pornografía”, *Women Against Pornography* (WAP), liderado por Susan Brownmiller y el principal sobre este tema hasta los años 90. En 1975 escribe el ya mencionado *Contra nuestra voluntad*, en el que Brownmiller caracteriza la cultura de la violación de manera excepcional y fue recibida con

mucha polémica, también, para poca sorpresa, entre los hombres de izquierda (Echols, 1989)

A finales de 1969, Anne Koedt deja *The Feminist* y Shulamith Firestone es “invitada” a salir de *Redstockings*. Juntas fundan las *New York Radical Feminist NYRF* una organización que ella esperaba que evitase todos los problemas que habían encontrado en los grupos previos (Payne, 2010). Anne Koedt redactó el borrador de la declaración fundacional y Firestone escribió el manifiesto organizativo, en el que diseñó la estructura de ese nuevo grupo, que se convertiría en un movimiento de masas organizado en pequeñas células o "brigadas" que llevaban el nombre de feministas notables del pasado (Koedt y Firestone dirigieron en un guiño a las sufragistas la Brigada Stanton – Anthony) (redstocking.org). Es el momento de *Política sexual* de Kate Millett, *The Dialectic of Sex* de Firestone y *Sisterhood is Powerfull*, una antología editada por Robin Morgan, estas y otras obras se vendieron bien y fueron ampliamente cubiertas por los medios de comunicación.

En estos grupos se desarrolló el pensamiento feminista radical, influenciadas por su reciente conciencia de no ser consideradas equipotentes por sus compañeros de lucha y vida, el MLM no fue un puñado de mujeres, fue una respuesta masiva ante lo mal ubicadas que los hombres las habían dejado en el mundo (Russo, 2013).

CAPÍTULO V . FEMINISMO RADICAL, SEXO, AMOR Y DESAMOR

Las feministas de la Tercera Ola toman prestado, como se ha visto, el término radical de la izquierda, derivado del latín *radix*, que significa “raíz”, la causa u origen de algo. Implica una revisión profunda de los orígenes -raíces- fundamentales de la opresión sexual y un cuestionamiento de las estructuras que la sustentan (*Feminismo Radical - Diccionario de Ciencia Política y de la Administración*, s. f.). Yendo a esta raíz, identifican cómo la desigualdad crece en las relaciones más típicas entre hombres y mujeres; las amorosas, y proponen desafiar las normas sociales sobre el amor y el matrimonio, la raíz donde quieren encontrar la solución (Willis, 1992).

Una de las grandes potencias de las primeras críticas feministas al amor fue haber revelado la profunda conexión entre los sentimientos y las condiciones materiales de vida: cómo el ideal romántico, prometido como plenitud y felicidad, acababa en la práctica encadenando a las mujeres al trabajo doméstico, con los brazos sumergidos en el fregadero o una escoba en la mano, sirviendo al otro en nombre del amor (R. Davis, 1971). Esos otros eran sus parejas románticas, y en ocasiones, sus compañeros de lucha contra la opresión racial o la guerra de Vietnam.

Las feministas radicales hablan más en términos de liberación de la mujer que de equidad y proponen una reorganización social que deje obsoletas las dominantes jerarquías sexuales que se establecen en las relaciones pareja donde los hombres toman el control de la vida de las mujeres "the hierarchy of the nuclear family where the husband is the bread-winner and the head of the family reflects the economic system where the boss has power over the workers. Returning each day from his alienating job, the husband finds ego consolation in dominating his wife" [La jerarquía de la familia nuclear, donde el marido es el sostén económico y la cabeza de familia, refleja el sistema económico en el que el jefe tiene poder sobre los trabajadores. Al volver cada día de su trabajo alienante, el marido encuentra consuelo para su ego dominando a su esposa] (Wildcat Collective, 1971, p.1). Ann Ferguson (Young, 2000) introdujo el concepto de producción sexoafectiva para referirse al trabajo intangible escudado en el amor

y realizado por las mujeres en el ámbito doméstico, que va más allá de tareas materiales como cocinar o limpiar. Este término engloba la producción y reproducción de afectos, acompañamiento emocional, cuidados y satisfacción sexual dentro de las relaciones sexoafectivas, un trabajo fundamental cuyo aporte al sistema económico ha sido históricamente subvalorado y desatendido. Sara Ahmed amplía esta perspectiva al argumentar que los estereotipos sexuales (género) se construyen a través del "trabajo de amar" (work of love) y de la imposición de la heterosexualidad como norma (de Lamo Velado, 2021).

V. 1. EL AMOR EN SUS PROPIAS CARNES

“Trabajé y trabajé y trabajé para sus cuerpos, y cuanto más me esclavicé por ellos, menos conscientes eran de mi existencia”

Laura Gregory-Boots

Las largas sesiones de conversación en los grupos de autoconciencia ofreció a sus participantes una mirada más afilada e inquisitiva sobre la doble revolución que enfrentaban, una era la que habían aprendido en los grupos de los hombres - contra el capitalismo, la guerra y el racismo- y la otra, la que les permitiría liberarse del dominio personal y político de ellos, especialmente en las relaciones sexoafectivas: "We believe that no one has rights of possession over another person's body at any time, which is what marriage essentially connotes" [Creemos que nadie tiene derechos de posesión sobre el cuerpo de otra persona en ningún momento, y eso es, en esencia, lo que connota el matrimonio] (Fleming, 1971, p.39). Analizan el proceso histórico de opresión de las mujeres en el que durante los últimos tres mil años han quedado atrapadas en una bolsa cultural basada en la domesticación de personas, plantas y animales. Los hombres las han entrenado como parte del mismo proceso asignándoles las tareas domésticas, que son fruto de esa domesticación "a very descriptive name for them!" [un nombre muy descriptivo!] (Fleming, 1971, p.39). Este proceso se ha logrado a través de generaciones de hombres que han controlado la sexualidad y el entorno, y que se relaciona directamente con la miserable condición humana actual (Fleming, 1971). Esto se impregna incluso en el marco jurídico, y al que ya que conviene adaptarse, explica Sheila Cronan, de preferencia entendiéndolo

como una libre elección "women believe that they are voluntarily giving their household services, whereas the courts hold that the husband is legally entitled to his wife's domestic services and, further, that she *cannot be paid* for her work" [las mujeres creen que están ofreciendo voluntariamente sus servicios domésticos, mientras que los tribunales sostienen que el esposo tiene legalmente derecho a los servicios domésticos de su esposa y, además, que ella *no puede ser remunerada* por su trabajo] (Cronan, 1971, p.63). Se instala la confusión del discurso dominante de quien tienen la posibilidad de desarrollar la narrativa. Respecto al matrimonio, Cronan lo compara con una forma de esclavitud legal "although wives are not bought and sold openly, I intend to show that marriage is a form of slavery" [aunque las esposas no se compran ni venden abiertamente, pretendo demostrar que el matrimonio es una forma de esclavitud] (Cronan, 1971, p.63) y que funciona, añade, para el beneficio del hombre.

En el artículo "Good Morning", Irene Shirley dibuja una micro escena que refleja cómo el patriarcado doméstico alecciona según las necesidades de la estructura macro. Es un retrato dolorosamente cotidiano en el que muestra la desigualdad estructural en el día a día de lo cotidiano, donde la mujer sostiene con su cuerpo, su tiempo y su amor el funcionamiento de la familia nuclear patriarcal (Shirley, 1971). Miles de mujeres se vieron reconocidas en una imagen de hombres que duermen profundamente, se irritan si no los despiertan a tiempo y exigen ayuda sin asumir reciprocidad. Son los jefes de la casa, distantes, egocéntricos, centrados en su derecho al tiempo libre, su afeitado y sus prisas. Sienten que el amor es trabajo gratuito, agotador y emocionalmente devastador para ellas, que están solas en un sistema que lo naturaliza y que las asfixia, una trinchera donde librar una guerra diaria contra la anulación por parte de hombres que no las ven, la cultura del romance tenía otras promesas para ellas (Shirley, 1971).

En "Politics of Ego", Anne Koedt lamenta que para los hombres las mujeres sean social e íntimamente recompensadas según la antojadiza mirada externa sobre qué tan bien desempeñan el servicio de alimentar el ego de sus parejas mediante la delicadeza, entrega, indefensión y sensualidad, en otras palabras "everything to help reassure man that he is primary. If we perform successfully, our skills are rewarded" [todo aquello que ayude a reafirmar al hombre en su papel

de ser primario. Si lo hacemos bien, nuestras habilidades son recompensadas] (Koedt, 1969, p.380). Por su parte, Kate Millett en *Política sexual* sugiere que la emancipación de las mujeres depende de un análisis y cuestionamiento profundo de las estructuras sociales; la verdadera liberación de las mujeres requiere desafiar las normas establecidas en torno al amor, el matrimonio y las relaciones de poder, atacando directamente los cimientos de estas instituciones y su función en la perpetuación del patriarcado (Millett, 1995b). La escritora y activista Andrea Dworkin, aunque más conocida por sus contribuciones de los años 80, también conceptualiza el feminismo radical como una lucha contra las raíces culturales de la violencia sexual como mecanismo de control (Dworkin, 1981), violencia que se da en demasiadas ocasiones, en la esfera de la intimidad.

Sobre la invisibilidad sistemática de las acciones que las mujeres llevan a cabo —no por instinto ni por virtud innata, sino por mandato— en favor de sus parejas y de la familia, la escritora Laura Gregory-Boots publicó en 1971 un artículo que resultó tan incómodo como revelador “Freak Out” (Gregory-Boots, 1971), que agitó a lectoras de toda condición, y provocó una mezcla de furia y alivio. Furia, porque cada línea ponía palabras a una experiencia común: la de dar, sostener, cuidar, ceder... sin que nada de eso fuera jamás reconocido. Alivio, porque al leerlo muchas mujeres comprendieron que no era su fracaso personal el que las alejaba del ideal romántico que les habían vendido, sino el engaño estructural de ese mismo ideal. No eran ellas —ellas solas— las que no lograban “ser felices”; era el matrimonio, tal como se les proponía, lo que no podía serlo si significaba su alienación como seres al servicio del resto. Gregory-Boots describe cómo después de infructuosas conversaciones sobre su insatisfacción vital, optó por dejar de hablar, por comenzar a actuar sus pensamientos, agitaba sus brazos, ponías expresiones extrañas en su cara, y acostumbrados a no ver, nadie se dio cuenta ni de su acto de rebeldía “I shut my mouth (...) And then, I noticed that no one was noticing that I was doing these totally weird things” [cerré la boca (...) entonces me di cuenta de que nadie notaba que yo estaba haciendo cosas completamente raras] (Gregory-Boots, 1971, p.16).

Las mujeres, tal como muestra “Freak Out”, han sido históricamente convocadas a una existencia girando en torno a los otros. Su función es la de restaurar el desorden que ellos provocan, borrar sus huellas, prever sus

necesidades antes incluso de que las formulen. Son ellas quienes recogen, limpian, cocinan, alisan —como si sus vidas fueran una labor de mantenimiento ininterrumpido del bienestar ajeno. En el centro de esa entrega está el hogar convertido en campo de batalla donde la mujer debe asegurar el confort emocional de la familia a costa de su propio cuerpo, siempre disponible, siempre en guardia. Como una soldado en permanente estado de alerta, atrapada en un cuerpo domesticado que ya no le responde ni le pertenece del todo, “each movement of my hand exists for another’s mind” [cada movimiento de mi mano existe para la mente de otro] (Gregory-Boots, 1971, p.18). Las activistas radicales ya habían aprendido a nombrar la ausencia de escucha de su deseo, en una existencia que transcurre en función del placer y del bienestar ajeno, visibles, pero no audibles, sin lenguaje propio “after I realized that my role has been slave, I began to look for my chains of bondage” [después de darme cuenta de que mi rol había sido el de esclava, comencé a buscar mis cadenas de esclavitud] (Gregory-Boots, 1971, p.17). Mientras ellos se dedican a existir —a desplegar su individualidad—, son ellas quienes los sostienen, invisibles, mediante una servidumbre aprendida desde niñas. Mujeres educadas para confundirse con los deseos del otro, para hacer suyos los caprichos, las carencias y las aspiraciones de quien las domina. Gregory-Boots ve en el anillo de compromiso el símbolo perfecto de esa entrega: una joya que no adorna, sino que encadena; que transforma cada acto cotidiano en un reflejo del deseo ajeno, en una prolongación de una voluntad que no es la propia. Es el emblema visible de una desigualdad profunda, pero socialmente celebrada “every time my eye sees my hand perform a task, it also sees there a wee small ring (...) It weighs practically nothing on my hand, but it is a back-breaking load on my mind” [cada vez que mis ojos ven a mi mano realizar una tarea, también ve ahí un pequeño anillo (...) No pesa casi nada en mi mano, pero es una carga aplastante en mi mente] (Gregory-Boots, 1971). Una carga que supone hacer el trabajo de otros, de interrumpir los propios pensamientos por las necesidades de ellos, de saber que se espera que la felicidad del resto descansa en la mente y el cuerpo de las mujeres.

También la autovigilancia estética es un tema de Gregory-Boots y de las conversaciones de los grupos de autoconciencia, con una claridad sin matices. Mientras cocinan, limpian y crían, preparan su mejor sonrisa calculando no engordar. Buscaban gustar, porque eso —el gustar— también era parte de las

cadenas. Se observan vigilándose, encontrando al hombre que vive dentro de ellas, ya no necesitan que sea real. Margaret Atwood lo describió brillantemente en *La novia ladrona* (Atwood, 1993, p.347):

Incluso fingir que no haces caso de las fantasías masculinas es una fantasía masculina: fingir que no te ven, fingir que tienes una vida propia, que puedes lavarte los pies y peinarte sin pensar en el observador siempre presente que atisba por el ojo de la cerradura, que atisba por el ojo de la cerradura en tu propia mente, si no otra cosa. Eres una mujer que lleva dentro a un hombre que espía a una mujer. Eres tu propia *voyeur*.

Ya no necesitan que haya un hombre presente. Ya lo llevan dentro. Se auto-vigilan, y deciden liberarse de la carga de esa belleza que generan para la mirada de otro “I decided if the chains were to come off, we'd have to get rid of beauty [decidí que si las cadenas iban a caer, tendríamos que deshacernos de la belleza — es decir, cada vez que algo artificial disfrazara cómo es realmente mi cuerpo, prescindiríamos de esa cosa] (Gregory-Boots, 1971, p.18)

Al final del ensayo, la autora se despoja del anillo: no es solo un gesto íntimo, sino una ruptura profunda con un contrato nunca negociado en los términos en los que se implementó. Es su forma de decir basta a una esclavitud emocional y estética que se había disfrazado de amor “Now my hands are free” [ahora mis manos están libres] (Gregory-Boots, 1971, p.18), escribe, y es una afirmación rotunda de autonomía. Pero esa liberación pasa desapercibida para su esposo, nadie ve el símbolo, nadie percibe la revolución. Y, sin embargo, esas manos ya libres de joyas continúan sirviendo, actuando en el guion de otro, de su marido “I realize that we are still playing Andy's movie” [Me doy cuenta de que seguimos representando la película de Andy] (Gregory-Boots, 1971, p.19) no hay escapatoria, el drama persiste, aunque cambie la escenografía. Desmontar el amor romántico exige más que quitarse un anillo; implica reaprender a vivir fuera del relato del otro. En *A Modest Proposal for Non-Marriage* (Thomas, 1971) Deborah Thomas añade que las mujeres siguen forzadas a intercambiar su humanidad por la sensación de seguridad -real o no- que ofrece ser la esposa de alguien. Esa seguridad que ahoga a las mujeres en una estructura que les ofrece el amor como consuelo y el matrimonio como prisión y “remember, nothing is

more secure than a prisión” [recuerda, nada es más seguro que una prisión] (Thomas, 1971, p.20)

En el Movimiento de Liberación, las mujeres hablaban de cómo sienten que su potencial intelectual fue atrofiado y desviado alejándose de perseguir logros profesionales llevándolas a “an emotional stunting” [una atrofia emocional] (MacLean, 1971, p.27), consecuencia de las constantes contradicciones entre la autodeterminación que se va desdibujando con los años, y la vida doméstica y las expectativas de una sociedad que refuerza la conducta servil de las mujeres y las paraliza en lucha por la libertad, una retórica que surge “the most repressive institution known to humanity, the nuclear family” [de la institución más represiva que conoce la humanidad: la familia nuclear] (Fleming, 1971, p.37).

V. 2. ANÁLISIS RADICAL DE LAS RELACIONES SEXUALES

En 1971, el volumen 3 del *Magazine Women: A Journal of Liberation*, el *Magazine* del movimiento radical de liberación de las mujeres, está dedicado a las relaciones sexuales y a la denominada revolución sexual (Wildcat et al., 1971). Desgranaron su sexualidad y analizaron cómo reflejaba la misma sumisión que enfrentaban en las demás dimensiones de sus relaciones de pareja. El amor y sus parejas amorosas tomaba nuevos sentidos, ya no era el lugar de llegada de las mujeres jóvenes que se embarcarían en un matrimonio feliz. La cultura del romance había creado expectativas que no existían.

En los grupos de concienciación, gran parte de su tiempo y energía se empleaba en compartir vivencias amorosas y en “helping each other express our anger and dissatisfaction” [ayudarnos unas a otras a exteriorizar nuestra rabia e insatisfacción] (Cotter et al., 1971, p31). Allí diseccionaron su sexualidad, mostrando cómo esta reproducía la misma sumisión que padecían en sus parejas. El amor y las relaciones empezaban a dejar de ser el destino imaginado de las mujeres jóvenes —ese “camino hacia un matrimonio feliz”— para revelar las expectativas vacías con las que la cultura del romance y la liberación sexual las había engatusado “so it is with little joy and much sadness that we peel back the layers of our consciousness and see our sexual experience for what it really is” [por eso, con poca alegría y mucha tristeza, vamos despegando las capas de

nuestra conciencia y vemos nuestra experiencia sexual tal como realmente es] (Phelps, 1971, p.15)

En el artículo “Female Sexual Alienation”, Linda Phelps describe con lucidez lo que para muchas significó realmente la llamada revolución sexual; una aparente liberación, tras la que se escondía la búsqueda de mayor disponibilidad sexual de las mujeres por parte de los hombres, y que a las mujeres no las liberó de nada (Phelps, 1971, p.12).:

In the last few years, the so-called sexual revolution has turned sour. The end of inhibition and the release of sexual energies which have so often been documented as the innovation of the revolutionary culture are now beginning to be seen as just another fraud (...) What we have is simply a new, more sophisticated (and thus more insidious) version of male sexual culture. Sexual freedom has meant more opportunity for men, not a new kind of experience for women. And it has been precisely our own experience as women which has been decisive in developing the Women's Liberation critique of the sexual revolution (...) The generation of women who only a few years ago saw themselves as the vanguard of a sexual revolution between women and men suddenly find themselves plagued with all the problems of their grandmothers – loss of interest in sex, hatred of sex, disgust with self. This turn-about happened very fast for some of us and I think it happened because we opened ourselves up in consciousness-raising and a lot of bad feeling we thought we'd gotten rid of floated to the top. It has been good to get these feelings out and to examine them.

En los últimos años, la llamada revolución sexual se ha agriado. El fin de la inhibición y la liberación de energías sexuales, que tantas veces se ha documentado como una innovación de la cultura revolucionaria, ahora empieza a verse simplemente como otro fraude más (...) Lo que tenemos es simplemente una versión más nueva, más sofisticada (y por tanto más insidiosa) de la cultura sexual masculina. La libertad sexual ha significado más oportunidades para los hombres, no una nueva experiencia para las mujeres. Y ha sido precisamente nuestra propia experiencia como mujeres la que ha sido decisiva para desarrollar la

crítica de la Liberación de las Mujeres a la revolución sexual. (...) La generación de mujeres que hace apenas unos años se veía a sí misma como la vanguardia de una revolución sexual entre mujeres y hombres, de pronto se encuentra plagada de todos los problemas de sus abuelas: pérdida de interés en el sexo, odio al sexo, repulsión hacia sí mismas. Este giro ocurrió muy rápido para algunas de nosotras, y creo que sucedió porque nos abrimos en los grupos de concienciación, y un montón de sentimientos desagradables que pensábamos haber superado salieron a la superficie. Ha sido bueno sacar esos sentimientos y analizarlos.

En las conversaciones que tienen en los grupos de autoconciencia coinciden en que la experiencia del placer que viven los hombres no es la misma que la suya. Koedt había evidenciado con su revolucionario ensayo *El mito del orgasmo vaginal*, que el placer de la mujer no se encuentra en la vagina, y, por lo tanto, tampoco en la penetración, que era la práctica sexual habitual en las parejas heterosexuales, y que la construcción del deseo tanto para las mujeres como para los hombres se enmarca en la satisfacción masculina. Tras su publicación muchas otras mujeres ahondaron en cómo las experiencias sexoafectivas las alienaban y anulaban "this fantasy world of sex which veils our experience is the world of sex as seen through male eyes" [este mundo de fantasía sexual que encubre nuestra experiencia es el mundo del sexo visto a través de ojos masculinos] (Phelps, 1971, p.13). En las relaciones sexuales lo importante era que los hombres alcanzaran el orgasmo (rezagos de una visión reproductiva) como un derecho. Phelps plantea que las mujeres toleran que los hombres controlen y definan la experiencia del sexo, aceptando el mundo simbólico que la sociedad masculina ha impuesto, a costa de su propia experiencia. Ofrece como razonamiento que se ha negado tanto el placer de las mujeres, que la mayoría ni siquiera son conscientes del sacrificio que hacen, solamente tienen la sensación de que algo no está bien, cómo en otras dimensiones de la relación amorosa, pero no identifican el qué. Se encuentra nuevamente con la ausencia de la ausencia (Phelps, 1971, p.14) El sesgo masculino en el acto sexual tiene tanta presencia como ausencia tiene el femenino, las mujeres no pueden imaginar una imagen sexual de sí mismas autónoma, propia "the images that describe to us how to act,

are male fantasies about females" [las imágenes que nos indican cómo actuar, son fantasías masculinas sobre las mujeres] (Phelps, 1971, p.13).

Tras no haberles permitido disfrutar de su sexualidad, ahora estos mismos les venden a las mujeres una liberación sin ninguna reflexión crítica sobre lo que estas realmente deberían esperar del sexo, cómo quieren expresar su sexualidad, o que mediante esa liberación las mujeres podrían alcanzar algún tipo de igualdad, siendo sexualmente igual que ellos. Las mujeres se llenan de preguntas, no les termina de convencer ese discurso, pero quieren la aprobación, la mirada y la validación de los hombres. Dudan de sí mismas, temerosas de equivocarse, pero también de perder los avances que vienen obteniendo con tanto esfuerzo, se preguntan en los miedos privados de la oscuridad de la noche si quizás realmente sean esas neuróticas frustradas sexualmente que sus detractores señalan (Densmore, 1971, p.57).

Esta colonización que los hombres hacen de la sexualidad femenina se plantea como una extensión más de los tentáculos patriarcales "they are a reassertion of the roles society expects males and females to fit into in their public and social life" [son una reafirmación de los papeles que la sociedad espera que hombres y mujeres desempeñen en su vida pública y social] (Brenner, 1971, p.60) Incluso en las posturas tradicionales del acto amoroso el hombre, habitualmente con mayor peso, se coloca sobre la mujer, enfatizando su imagen e inmovilizándola a ella, mostrando una imagen "towering over her" [imponente sobre ella] (Brenner, 1971, 60).

Otro de los temas recurrentes identificados cuando las mujeres hablan de sexualidad, es cómo se han sentido empujadas a fingir que sus parejas masculinas les daban placer. En primer lugar, parecía que el sexo era algo impuesto en las relaciones de pareja, tanto, que se incluía como parte del acuerdo de matrimonio, como describe Sheila Cronan (Cronan, 1971, p.63):

Sex is compulsory in marriage. A husband can legally force his wife to have sexual relations with him against her will, an act which if committed against any other woman would constitute the crime of rape. Under law, a husband cannot be guilty of raping his own wife by forcing her to have sexual intercourse with him.

El sexo es obligatorio en el matrimonio. Un esposo puede legalmente forzar a su esposa a tener relaciones sexuales con él en contra de su voluntad, un acto que, si se cometiera contra cualquier otra mujer, constituiría el delito de violación. Según la ley, un esposo no puede ser culpable de violar a su propia esposa por forzarla a tener relaciones sexuales con él.

En “Diary of a Wife”, Betsy Riley revisa su diario íntimo, escrito antes de pasar por los grupos de autoconciencia y de leer a Anne Koedt. En él describe cómo a pesar de ser ella quien sostenía económicamente el hogar y asumía las tareas domésticas para que él -su pareja- pudiera escribir, enmascaraba la ausencia total de placer sexual “I had never had an orgasm from anyone, including myself, and yet I sometimes talk about our sex life as if it were good” [Nunca había tenido un orgasmo con nadie, ni siquiera conmigo misma, y sin embargo a veces hablo de nuestra vida sexual como si fuera buena] (Riley, 1971, p.8). No solamente no disfrutaba del sexo, sino que sabía que no era conveniente decirlo en alto. La misma reflexión de muchas otras mujeres, entre ellas Linda Phelps que subraya críticamente: “most women, I suspect, have given up on sex, whether or not they have informed their husbands and lovers” [la mayoría de las mujeres, sospecho, han renunciado al sexo, hayan o no informado a sus maridos y amantes] (Phelps, 1971, p.15). Frustradas y atribuyéndose el problema a sí mismas -les inquietaba padecer una limitación orgánica- alertaban “we worried that we were frigid” [nos preocupaba ser frías] (Movement of Women’s Liberation, 1971). Se percibían como sujetos alienados, fragmentados respecto de su propio cuerpo y su sexualidad; sujetos impotentes, imposibilitados para ejercer de manera efectiva sus propias capacidades y facultades, carentes de autorrealización (Phelps, 1971, p.12).

El auge del movimiento y los grupos de conciencia no mixtos, les estaban dando las herramientas para la liberación, pero al mismo tiempo, les fustigaba el mandato patriarcal y la idealización de las relaciones románticas de toda la vida en las que las buenas mujeres eran subordinables “some women hold all these contradictory parts together” [algunas mujeres sostienen todas estas partes contradictorias a la vez] (Phelps, 1971). La eliminación de los prejuicios requería una sociedad más avanzada que no las estigmatizara si querían tener una vida

activa y sin compromiso. Las feministas radicales rechazaban las narrativas tradicionales, pero estas narrativas no se adecuaban a los nuevos discursos: "here is a further point: Even the most radical feminist is not the liberated woman. We are all crawling out of femininity into a new sense of personhood" [hay un punto más: ni siquiera la feminista más radical es una mujer liberada. Todas estamos saliendo a gatas de la feminidad hacia un nuevo sentido de identidad personal] (Koedt, 1971, p.36).

El Dr. Kinsey examinó la estimulación táctil del interior vaginal, descubrió que menos del 14 % de las mujeres detectaban el contacto (Brenner, 1971, p.60), con lo que han sabido -aunque también callado- las mujeres toda la vida, resulta revelador que el coito se haya constituido como núcleo del placer sexual no solamente masculino, sino sorprendentemente, femenino. Sólo desde una lógica diseñada por y para los hombres, se explica que tantas mujeres se hayan visto empujadas a simular que también ahí reside su placer.

En los estudios sobre sexualidad femenina de la década de 1970, el clítoris se llegó a llamar "falo femenino" por su semejanza anatómica y su extraordinaria sensibilidad (Brenner, 1971). No obstante, el desconocimiento - ¿qué puede ser más simbólico? - de su función y su diminuto tamaño ha hecho que muchas mujeres – y todos los hombres- pasaran por alto su importancia y no percibieran su respuesta ante la estimulación directa. Dotado de una densa red de terminaciones nerviosas, el clítoris es el único órgano cuyo único propósito es el placer erótico, sin otra función más que intensificar la excitación sexual. En la anatomía masculina no existe equivalente alguno. En sus investigaciones el Dr. Kinsey concluye que la estimulación del clítoris era la vía más eficaz para alcanzar el orgasmo femenino, ya sea a través de juegos previos orales o por fricción durante el coito (Brenner, 1971, p.60). Era tal la ausencia de conocimiento del placer femenino, que las mujeres necesitaron estudios concluyentes realizados por hombres para repensar y entender su propio placer.

La píldora se presentó como un avance, aunque le trasladaba toda la responsabilidad sobre las mujeres, incluidas las consecuencias que demostró tener para su salud (Foussard-Blanpin et al., 1984). Que las mujeres tomen hormonas para que los hombres sientan placer sexual lo entendieron como una evidencia bastante contundente del mandato patriarcal: ellas se sacrificarán por

el bienestar de sus parejas. Al placer de la mujer no se le dedicarían apenas investigaciones, una de las pocas, aunque contundente, fue la realizada por Sara Hite (Hite, 1977) que evidenció la insatisfacción sexual que sentían las mujeres con la analfabetización emocional de los hombres.

El placer masculino se vuelve centro narrativo en el acto sexual de domesticación simbólica del deseo femenino. Las mujeres han aprendido más del placer de los hombres que del suyo propio, y los hombres no han aprendido nada del placer de las mujeres, pero decirlo en alto se podría volver contra ellas, el problema sería considerado suyo "I argue about lack of foreplay (...) you venture to put a hand there but don't know what to do (...) Frigid wife" [discuto por la falta de juegos previos (...) intentas poner una mano ahí pero no sabes qué hacer (...) Esposa frígida] (Davis, 1971, p.10). Preferían el silencio a herir su masculinidad "I am a frustrated woman. I am frustrated sexually. Does one say this to one's husband?" [Soy una mujer frustrada. Estoy sexualmente frustrada. ¿Se le dice esto a un esposo?] (Davis, 1971, p.11). Mejor sería celebrar que ellos disfrutaban con ellas para mantener la relación afectiva, aunque fuera decepcionante, aunque pudieran leer como la forma de supervivencia que era garantizarles orgasmos "I feel proud of you at accomplishing" [Me siento orgullosa de ti por lograrlo] (Davis, 1971, p.11). El orgasmo se erigía como la prueba concreta de cómo el patriarcado convierte el cuerpo de las mujeres en un espacio colonizado para el placer masculino, y cómo el amor heterosexual, en su forma institucionalizada, es una forma de opresión sexual profundamente normalizada. El erotismo como diría Phelps "is defined in terms of female powerlessness, dependency, and submission" [se define en términos de impotencia femenina, dependencia y sumisión] (Phelps, 1971, p.13). El cuerpo femenino como terreno de sacrificio que es, se depila, maquilla y disciplina para entrar en la lógica del consumo erótico masculino. La intimidad, se convierte en una representación del mandato de género.

En el marco del sexo como un derecho para los hombres, la liberación se encuentra con el consentimiento, estableciéndose límites difusos entre consentir y acceder, entre ser parte de esa nueva liberación o ser consideradas como mujeres tradicionales, mojigatas (Margolin, 1971). Una vez que las mujeres sacaron la violación del armario y desarrollaron un más que aceptable marco

teórico, destruyendo mitos y educando al público, se dieron cuenta de que la política de sus relaciones con los hombres se parece en ocasiones a una violación mucho más de lo que había imaginado (Gibbs, 1975):

The rapist is not the sexually depraved creature lurking in the shadows as we had been told and had wanted to believe. Our desire to perpetuate that myth was an effort to disguise a more painful truth. It is an ugly piece of reality that acknowledges rape as a thread in the fabric of our relationships.

El violador no es esa criatura sexualmente depravada que se esconde en las sombras, como nos dijeron —y como quisimos creer—. Nuestro deseo de perpetuar ese mito fue un intento de ocultar una verdad más dolorosa. Es una parte cruda de la realidad que reconoce la violación como un hilo más en el tejido de nuestras relaciones.

John McDonald, autor of *Rape*, y una eminencia de la época en la investigación y desarrollo de protocolos de violencia sexual declara que “even though a woman says 'no' to a man, subconsciously she has a desire for forceful penetration, which will help her overcome the guilt feelings that arise later” [aunque una mujer le diga “no” a un hombre, en el subconsciente tiene un deseo de ser penetrada con fuerza, lo cual la ayudará a superar los sentimientos de culpa que surjan después] (Margolin, 1971, p.19).

La creencia de que la resistencia de las mujeres a la violación es en realidad un deseo encubierto de ser violadas se había posicionado en los círculos de psicoanalistas tras la publicación de *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1998). Planteamientos como que el embarazo no podía darse en una violación “no legitimada” abriendo la puerta a que eso fuera una posibilidad, dificultaba que las mujeres que tenían embarazos forzados tras una violación quisieran denunciar. Tampoco las que no se quedaban embarazadas. Si era la pareja afectiva se consideraba un tema del ámbito privado donde el estado no tenía nada que hacer. Otras creencias como que las mujeres estables mentalmente no solían ser violadas, provienen de la interpretación freudiana de que el violador era un sujeto dominado por un apetito sexual perverso e incontrolable, que simplemente respondía al masoquismo natural de las mujeres. El psicoanalista

Menachem Amir llegó a calificar la violación como un “crimen motivado por la víctima”(Solomon, 2012). Yendo aún un poco más lejos, que desde el patriarcado siempre se puede, encontramos el testimonio de un doctor de un centro de apoyo a supervivientes de violencia sexual, que explica que incluso el malestar que sentían las mujeres en una violación era fruto de su incapacidad de romper con tabúes establecidos "when women forget their sexual taboos, then rape will be viewed without so much distaste" [cuando las mujeres olviden sus tabúes sexuales, entonces la violación será vista con menos repulsión] (Margolin, 1971, p.21). Se trataba de poder defender tu reputación, de gritar y llorar en la exploración médica, o las sospechan llevaban por caminos intransitables para cualquier superviviente. El 32.2% de estos ataques se producían en el hogar, en el marco de una relación amorosa.

Catherine MacKinnon describió así la dureza de la realidad que enfrentaban las mujeres “Forced pregnancy is familiar, beginning in rape and proceeding through the denial of abortions; this occurred during slavery and still happens to women who cannot afford abortions” [El embarazo forzado es una realidad conocida, que comienza con una violación y continúa con la negación del derecho al aborto; esto ocurría durante la esclavitud y aún les sucede a las mujeres que no pueden permitirse abortar] (Solomon, 2012).

La misoginia insinuaba que solamente las chicas con mala reputación eran violadas, incluso en el marco jurídico contemplaba que una mujer podía provocarlo. La Comisión Federal sobre Crímenes de Violencia informó que “solamente” el 4 por ciento de las violaciones reportadas implican algún comportamiento precipitante por parte de la mujer (Margolin, 1971), Únicamente se procesaba la denuncia si había evidencia sobrada de que "the woman resisted or prevented the rape, if she was unconscious, or if she believed the rapist impersonated her husband" [la mujer resistió o impidió la violación, si estaba inconsciente o si creyó que el violador se hacía pasar por su marido] (Margolin, 1971, p.20).

Algunos grupos de mujeres proponen el celibato como respuesta a su insatisfacción sexual, fruto del machismo de sus parejas, del falocentrismo que se incorporaba al proceso de domesticación mencionado, donde su placer había sido históricamente narrado desde y para la penetración. Y es que, como advierte

Laura Mac Lean "when sex education focuses primarily on reproduction, it also, of necessity, focuses on heterosexuality" [cuando la educación sexual se centra principalmente en la reproducción, también, por necesidad, se centra en la heterosexuality] (MacLean, 1971, p.27). Serían célibes, al menos hasta que la mujer pueda desarrollar su propio potencial y dejar de ser un mero apéndice de su pareja sexual (Thomas, 1971, p.20). Para Densmore, el celibato no era mayor problema, sino que más bien suponía una honorable alternativa, las mujeres podían vivir sin sexo, algo que si le daban una pensada finalmente tampoco disfrutaban tanto, y que desde el celibato al menos tenían la libertad de elegir lo que hacer con aquello que les diferenciaba de los hombres, y de paso también les permitía utilizar su energía creativa para cosas de mayor provecho (Densmore, 1968).

No sólo colectivos como *Cell 16* defendieron el celibato o la castidad, sino que muchos otros grupos feministas comenzaron a cuestionar el papel de la reproducción en la construcción del relato sexual. La maternidad, impuesta como destino, formaba parte de un proceso más amplio de domesticación donde incluso el placer de las mujeres había sido históricamente narrado desde y para la penetración. Y es ante esto que se propone la castidad como respuesta, al menos hasta que las mujeres puedan “desarrollar su propio potencial y confianza en sí misma hasta el punto de dejar de ser un mero apéndice de su pareja sexual, como les ocurre hoy a demasiadas mujeres” (Thomas, 1971, p.20).

Dado que la penetración no suele ser una vía directa ni sencilla hacia el orgasmo, resulta revelador que se haya construido como núcleo del placer sexual femenino. Solo desde una lógica diseñada por y para los hombres se explica que tantas mujeres se hayan visto empujadas a simular que ahí reside su placer. Si bien entendemos el placer como una dimensión fundamental dentro de la vida en pareja —y seguiremos explorando cómo se inscribe dentro de las relaciones afectivas como una de sus virtudes— los datos y testimonios revelan una constante; las mujeres tienden a concebir el placer no como experiencia propia, sino como la satisfacción de otro, un otro masculino. Laura Gregory-Boots lo compara con la Historia de O (Gregory-Boots, 1971) una mujer que por amor accede voluntariamente a convertirse en objeto sexual obediente, con una identidad construida desde la anulación de su autonomía, lleva una máscara de

Búho, un anillo quemado en sus labios vaginales y no tiene nombre. Se trata de un ensayo visceral sobre la deshumanización sexual de las mujeres bajo el patriarcado, y cómo ese sometimiento no requiere la presencia física del dominador: la subordinación está tan profundamente interiorizada que opera, como vimos en el apartado anterior, desde dentro.

Al leer en ensayo de Anne Koedt *El mito del orgasmo vaginal* (Koedt, 1968) se puede concluir que la construcción del deseo es tal y sus discursos se enmarcan tanto en la satisfacción masculina -como ya mencionó Mac Lean- que pareciera haber un común acuerdo de que en las relaciones sexuales lo importante era que los hombres alcanzaran el orgasmo (rezagos de una visión reproductiva) y que además esto no revestiría la menor importancia para las mujeres.

V. 3. DIVORCIO. EL DERECHO A SALIR DEL AMOR

Las mujeres, incluidas las feministas radicales, socializadas en el modelo patriarcal de la clase media, fueron educadas para vivir el matrimonio como un destino sagrado e indisoluble. Aprendieron que el vínculo conyugal era eterno, y su ruptura, una transgresión “whatever the circumstance of the separation, we are ashamed” [sea cual sea la circunstancia de la separación, sentimos vergüenza] (Beal, 1974, p.55). Cuando una relación terminaba, además del duelo afectivo, enfrentaban la culpa de haber fallado en un mandato fundacional de la identidad femenina (Beal, 1974). Incluso aquellas que habían conquistado formas de vida independientes, no escapaban del mito del “para siempre”. La culpa y la vergüenza disfrazaba la pérdida del sentido de sí mismas construido en torno a su relación con los hombres “to lose one's spouse is, in a very real way, to lose one's identity” [perder a la pareja es, en un sentido muy real, perder la identidad] (Beal, 1974, p55). El divorcio en manos de las instituciones suponía un mayor peso para las mujeres que en la mayoría de los casos asumieron en soledad la crianza y el sostenimiento económico de sus hijas e hijos. Mientras tanto, los varones, que ya contaban con ventajas materiales previas, conservaban la mayor parte de los recursos y se desentendían tanto del sostén económico como del vínculo afectivo que implica ejercer la paternidad (Echols, 1989).

Las mujeres que decidían divorciarse eran tildadas de egoístas e inmaduras y a veces la culpa y la vergüenza las prevenía de poder cumplir con su intención de alejarse de relaciones inconvenientes “to remove herself from the influence of a destructive relationship with a person whose needs preclude the satisfaction of her needs, whose values negate and supercede her values, and whose ego demands the sacrifice of her ego” [para alejarse de la influencia de una relación destructiva con una persona cuyas necesidades impiden la satisfacción de las suyas, cuyos valores niegan y suplantán los suyos, y cuyo ego exige el sacrificio de su propio ego] (Scott & Oken, 1971, 14).

En el artículo “Selling Celibacy”, Mary Latham narra cómo los prejuicios sociales operaban hacia las mujeres casadas (Latham, 1971); la mujer separada debe no solo ser inocente, sino parecerlo, porque estará bajo vigilancia constante. La divorciada sin hijos puede negociar más libertad, pero siempre bajo riesgo de traición y castigo económico si rompe las normas de pureza aún después de la separación. La madre divorciada con hijos enfrenta mayores restricciones: debe mantenerse intachable para conservar la custodia y el sustento, con el lesbianismo como única desviación “tolerada”. En todos los casos, el sistema las controla, penaliza su deseo y las reduce a funciones socialmente útiles: esposas, madres o cuerpos bajo sospecha. El costo que habitualmente tenía para ellas comenzar una nueva relación, en ocasiones no compensaba por las consecuencias que el control de sus ex parejas harían recaer sobre ellas.

Cuando las mujeres descubren que el divorcio no es el fin, sino una puerta hacia la autonomía, empiezan a vislumbrar nuevas formas de estar en el mundo. Al dejar de definirse como la mujer de alguien más, pudieron construir identidades propias. Al divorciarse, el amor dejó de ser para estas mujeres un cautiverio (Scott & Oken, 1971, p.15). El miedo a lo desconocido no era razón suficiente para soportar el refugio “which becomes a prison” [que se convierte en prisión] (Scott & Oken, 1971, p.15) de relaciones insatisfactorias, y el divorcio se presentaba como una alternativa más favorable que tener en su cama a una persona cuya sola presencia les impedía conciliar el sueño. Además, las mujeres que dedicaron toda su energía a que sus matrimonios funcionaran, empiezan a valorar lo positivo de dedicársela a ellas mismas (Scott & Oken, 1971)

Nombrar la decisión de separarse debe ser visto para las feministas radicales Carol Scott y Jean Oken como un acto de dignidad y libertad, ambas escriben un artículo titulado “Divorce”, que refleja la importancia de la construcción social del matrimonio ... y de saber cómo salir de él (Scott & Oken, 1971):

Women often spend a lot of money and energy trying to justify our dissatisfaction with marriage only to be told (...) that we are ego-deficient, suffering from extreme role-confusion and penis envy, and that we NEED TO BE IN TREATMENT for our inability to adjust to reality (...) to adjust on their terms, which are designed to perpetuate the structure of marriage regardless of its diminishing validity. We are right to feel uncomfortable in a role that requires constant denial of our own needs in deference to others' needs. We are right to experience penis envy if it is defined as a desire to get some of the goodies to which the possessor of a penis has sole access. And perhaps the treatment we need consists of recognizing that our situation is indeed painful and threatening, and that we must take steps to change it.

Las mujeres a menudo gastamos mucho dinero y energía intentando justificar nuestra insatisfacción con el matrimonio, solo para que nos digan (...) que sufrimos de carencia de ego, confusión extrema de roles y envidia del pene, y que NECESITAMOS TRATAMIENTO por nuestra incapacidad de adaptarnos a la realidad (...) para ajustarnos a sus términos, diseñados para perpetuar la estructura del matrimonio, independientemente de su validez cada vez más cuestionable. Tenemos razón al sentirnos incómodas en un rol que exige la negación constante de nuestras propias necesidades en favor de las ajenas. Tenemos razón al experimentar envidia del pene si se define como el deseo de acceder a ciertos privilegios a los que solo accede quien posee un pene. Y quizás el tratamiento que necesitamos consista en reconocer que nuestra situación es realmente dolorosa y amenazante, y que debemos tomar medidas para cambiarla.

CAPÍTULO VI . PUBLICACIONES DE UNA POLÍTICA AMORICIDA

“Cómo hacemos el doble giro de apropiarnos de un mundo donde nuestra libertad no estaba contemplada y sentirlo sin embargo nuestro a todo título y efecto?”

Valcárcel, 2019

Se han seleccionado tres obras; *La dialéctica del sexo* de Shulamith Firestone (Firestone, 1976), *Toward a Female Liberation Movement* de Beverly Jones y Judith Brown (Jones & Brown, 1968) y *The Independence from the Sexual Revolution* de Dana Densmore (Densmore, 1971) porque, en el marco de este estudio sobre el amor como dispositivo de opresión patriarcal, estas obras reúnen cuatro atributos críticos:

Potencia conceptual y densidad teórica. Cada texto formula categorías analíticas inéditas —la “dialéctica sexo-reproducción” en Firestone, la “contradicción amor-liberación” en Jones y Brown, y la crítica a la «revolución sexual» andro-céntrica en Densmore— que abrieron nuevas rutas para pensar la subordinación amorosa de las mujeres. Su riqueza argumentativa los convierte en nodos imprescindibles para una genealogía rigurosa del feminismo radical.

Influencia intergeneracional. Estas autoras articularon marcos interpretativos que permearían posteriormente la teoría de Adrienne Rich (Rich, 1996), Celia Amorós (Amorós, 2005) o (Illouz, 2009) de modo que rastrear su huella permite comprender la consolidación de la crítica al amor.

Difusión desigual y necesidad de rescate. Mientras Firestone alcanzó una amplia circulación editorial, los ensayos de Jones-Brown y Densmore tuvieron una difusión mucho más limitada —a menudo en mimeógrafo y repartida en círculos militantes— recuperarlos visibiliza voces eclipsadas que resultaron vertebrales para el debate interno del movimiento y para el desarrollo del cuerpo teórico feimnista.

Representatividad metodológica. En conjunto, los tres textos ilustran el abanico metodológico del momento —del tratado teórico a la práctica política—

y ofrecen un corpus comparativo idóneo para examinar las convergencias y tensiones en el feminismo radical de finales de los sesenta.

El 10 de Julio de 1967, se publica en *New Left Notes* (NLN) el artículo “Liberation of women” (Female Caucus, 1967), algo bastante parecido a un manifiesto, escrito por las mujeres de la organización *Students for a Democracy Society* (SDS), firmado por nombres tan relevantes como Shulamith Firestone, Anne Koedt o Jo Freeman. En este manifiesto las mujeres radicales exigían liderazgo y respeto al interior de SDS. Reclamaban a los líderes del partido la creación de centros de cuidado infantil, la libertad en sus derechos reproductivos y repartición equitativa del trabajo doméstico. Les piden resolver sus problemas de chauvinismo blanco, que incorporen las contribuciones del movimiento de mujeres, y que el campus tome medidas positivas para proteger sus derechos. Piden que NLN incluya más artículos de mujeres, bibliografía y análisis sobre cómo explota a la mujer el capitalismo americano (Redstockings, 1969). Tienen, sin embargo, ciertas consideraciones con los compañeros del partido; les reconocen lo difícil que es librarse de su machismo y sus contradicciones, y se ponen a disposición para ayudarles a lograrlo. Se despiden de ellos con un: “Freedomn Now. We love you!” [Libertad ahora. ¡Os amamos!] (Female Caucus, 1967, p.4)

Como reacción a este manifiesto, unas enfadadas y brillantes Beverly Jones & Judith Brown -cofundadoras del Gainesville's Women's Liberation Movement, uno de los grupos más importantes del Movimiento de Liberación de la Mujer- publican el 1 de enero de 1968 el legendario e incendiario “Florida Paper” (Echols, 1989). Estas feministas radicales no podían comprender, cómo, las mujeres feministas que participaban en espacios mixtos, podían estar tan ciegas sobre su rol en ellos; tan servicial cómo el que criticaban.

“Florida Paper” identificaba y denunciaba las dinámicas de desigualdad en los grupos de activismo de izquierda, con una claridad que resonó profundamente con muchas mujeres en ese momento. Marlene Dixon, in *The 1970 Handbook of Women's Liberation* dijo que, si algo escrito tuvo el poder de iniciar o dar forma al movimiento de liberación femenina, fue este texto específico (Robins, 1970), y que lo hizo, poniéndolo todo sobre la mesa.

VI. 1. EL MANIFIESTO QUE CAMBIÓ EL TABLERO. FLORIDA PAPER.

“Women are the Real Left”

Robin Morgan

(Eisenstein, 1983)

En este apartado se va a introducir como Beverly Jones y Judith Brown pusieron de manifiesto con “Florida Paper” verdades que no se habían abordado abiertamente antes, inspirando y activando el cambio que siguió. Sarachild definió a esta publicación como la declaración más poderosa de liberación de la mujer tras el segundo sexo (Sarachild, 1978). Fue uno de los primeros documentos de la época en decir abiertamente y como grupo que los agresores y principales beneficiarios de la explotación de las mujeres eran los hombres con los que compartían trabajo, activismo y emociones, así como en describir qué tácticas utilizaban estos en los grupos de activismo político. Al igual que otros valiosos textos revisados, el “Florida Paper” pudo funcionar como base para el desarrollo del cuerpo teórico feminista radical.

Jones y Brown lo escriben como crítica al rol de las mujeres radicales que participan en los grupos políticos de los hombres, y vinculan las relaciones sexoafectivas con los hombres, con el alejamiento de las mujeres de una participación política plena que las permitiera dedicarse a pensar qué querían cambiar, cómo querían hacerlo y qué iban a exigirle a los hombres (Jones & Brown, 1968). Enuncian que estas mujeres “atrapadas en su retórica” (Brown, 1968, p. 25), no son conscientes de su rol de tercera categoría, de sirvientas de los grupos, de soldados amorosos que ayudan ferozmente a ensalzar a quienes se benefician de estos servicios. Uno de los elementos por el que este documento es tan valioso para esta investigación, es el análisis sobre cómo esa misma relación emocional con sus -a priori- compañeros de lucha, las va desactivando en su activismo mediante la trampa del amor y el matrimonio, y cómo en ese espacio íntimo, aparece también la violencia.

El manifiesto consta de 6 puntos, los tres primeros desarrollados por Beverly Jones, y los tres últimos por Judith Brown (Redstockings, 1969) que se pasan a analizar por la claridad con la que transmiten las trampas de los hombres,

y la relevancia que su momento tuvo como despertar para las mujeres. En la primera parte se desarrollan tres premisas: a) que las personas no se radicalizan luchando batallas ajenas, b) que las mujeres dentro de *Students for a Democracy Society (SDS)* tienden a rechazar una identificación explícita con su propio sexo, y c) Las mujeres radicales no entienden la desesperada condición de las mujeres en general.

a. Las personas no se radicalizan luchando las batallas de otros, es un llamado a que las mujeres dejen de enfocarse en todas las luchas sociales y se enfoquen en la lucha por la liberación de la mujer "namely, first of all, to fight their own battles" [a saber, en primer lugar, luchar sus propias batallas] (Jones & Brown, 1968, p.2), y que eso no van a lograrlo siendo simpáticas con los hombres. Compara a las mujeres del movimiento feminista con los negros del Movimiento de Derechos Civiles "one of the best things that ever happened to black militants happened when they got hounded out of the stars-and-stripes, white-controlled civil rights movement" [una de las mejores cosas que les ha pasado a los militantes negros fue cuando los echaron del movimiento de derechos civiles controlado por blancos] (Jones & Brown, 1968, p.3), porque a partir de ahí se vieron forzados a enfrentar su opresión en sus propios términos. Solamente viéndose forzadas a dejar de luchar por el resto de las consignas en los movimientos mixtos podrán empezar a luchar por su independencia, y al hacerlo verán con mayor claridad cómo son tratadas en esos grupos "will they begin to understand that they aren't just ignored or exploited -- they are feared, despised, and enslaved" [comenzarán a comprender que no solo son ignoradas o explotadas — son temidas, despreciadas y esclavizadas] (Jones & Brown, 1968, p.3).

Cathy Wilkerson activista del SDS, en una entrevista realizada en 1985 (Wilkerson, 1985), relata las tensiones entre mujeres que no querían debilitar a los grupos con cuyos militantes mantenían relaciones personales, como los *Black Panthers*, que era lo que los hombres les decían que ocurriría si se enfocaban en los temas de mujeres. A la fecha de la entrevista, -1985- Wilkerson consideró que un movimiento exclusivo de mujeres defendiendo su liberación hubiera sido fundamental.

b. Las mujeres dentro de Students for a Democracy Society (SDS) tienden a rechazar una identificación explícita con su propio sexo. No se reconocen como parte de las mujeres oprimidas, de "las otras", desvinculándose de esa categoría. Este fenómeno es comparable al de algunos afroamericanos de clase burguesa que, en contextos revolucionarios, no se ven como los aliados secundarios que son en las luchas lideradas por los blancos "it reeks of the bourgeois black who can't quite identify with the lame and mutilated casualties of the racist system" [apesta al burgués negro que no logra identificarse del todo con las víctimas lisiadas y mutiladas del sistema racista] (Jones & Brown, 1968, p.3). Las mujeres confunden sus propias prioridades con las de los hombres, verdaderamente se compran el cuento de lo prioritaria que es la lucha contra el capital como primera de todas, al mismo tiempo que desempeñan tareas serviles, les cosen, les limpian y les recogen la basura mientras ellos se dedican a las "cosas importantes" perpetuando la narrativa de gloria masculina "spends his time saving the world from dragons, or fighting evil knights" [pasan su tiempo salvando al mundo de dragones, o luchando contra malvados caballeros] (Jones, 1968, p. 4). El reconocimiento de un número de personas de un grupo de oprimidas por parte de su opresión, crea la fantasía de encontrarse en la misma posición de poder que ese opresor. Ellos, con técnicas como agregar algunas personas negras y mujeres, tratan de ocultar su dominio blanco masculino y así logran la lealtad de mujeres y negros.

c. Las mujeres radicales no entienden la desesperada condición de las mujeres en general y argumentan que es principalmente por dos razones

c.1. Como estudiantes enfrentan el menor grado de discriminación del que enfrentarán en toda su vida adulta. En la Universidad las mujeres viven lo que Jones denomina "illusion of a equality and harmony between sexes" [ilusión de una equidad y armonía entre los sexos] (Jones, 1968, p. 5) en la que son tratadas como ciudadanas sin sospechar que, al graduarse, se les despojará de su vida pública y quedarán relegadas mediante el amor y el matrimonio al nivel de propiedad privada, encontrándose con que "enslavement is her farewell present" [la esclavitud es su regalo de despedida] (Jones & Judith, 1968, p.5). Están destinadas a convertirse en las secretarias, enfermeras, esposas o amantes de algún hombre. Pero como institución, la esclavitud no se puede mantener sin que

los esclavos se vean a sí mismos como inferiores y que los amos mantengan una confianza inquebrantable en su superioridad y para eso las requieren calladas. Jones y Brown critican cómo los hombres silencian a las mujeres en los espacios públicos, no escuchándolas, interrumpiéndolas o ignorándolas deliberadamente, lo que genera un ambiente hostil que impide a las mujeres expresarse con claridad. Esta dinámica reproduce relaciones de poder desiguales y refuerza la percepción de inferioridad femenina al hacerlas sentirse invisibles, ridículas o fuera de lugar “it is no wonder that women who may have come to college with perfect confidence in themselves begin to feel stupid” [no es de extrañar que las mujeres que quizá llegaron a la universidad con plena confianza en sí mismas empiecen a sentirse estúpidas] (Jones & Brown, 1968, p.7). Al mismo tiempo y a pesar de su activismo no lograba disipar el temor al aislamiento y la soledad como consecuencias de no casarse y seguir en la dinámica opresiva familiar “an absolute frenzy, to fulfill their destiny: to find a man and get married” [en un frenesí absoluto, por cumplir su destino: encontrar un hombre y casarse] (Jones & Brown, 1968, p.8). Para ello las mujeres se autoexigían imposibles cánones de belleza “thus the great rash of nose jobs, the desperate dieting, the hours consumed in pursuit of the proper attire. There is skin care, putting up one's hair each night, visits to the hairdressers, keeping up with make-up, etc.” [de ahí la gran oleada de cirugías de nariz, las dietas desesperadas, las horas dedicadas a encontrar la vestimenta adecuada. Cuidado de la piel, recogerse el cabello cada noche, visitas a la peluquería, mantenerse al día con el maquillaje etc.] (Jones & Brown, 1968, p.8). Esto generaba una contradicción interna: debían ser lo suficientemente críticas para destacar, pero sin resultar incómodas, lo que las sumía en confusión y autoexigencia. Jones describe este conflicto —entre ser amadas o ser escuchadas— como una lucha que deja a muchas mujeres solteras en un estado de incertidumbre, “like chickens with their heads cut off” [como gallinas sin cabeza] (Jones & Brown, 1968, p.8).

c.2 Como muy pocas activistas están casadas desconocen las dinámicas de dominación y pocas vías de escape de la vida conyugal, la otra razón que argumentan sobre por qué las mujeres radicales no entienden las opresiones de las mujeres en general, es porque aún el matrimonio es para ellas una aspiración. Queriendo huir de sus familias de origen y desconocen que, en cada matrimonio

el hombre se irá imponiendo, en ocasiones a través del control emocional o de la violencia silenciosa “to ensure his position of power and dominance” [para asegurar su posición de poder y dominio] (Jones & Brown, 1968, p.9). Con solo una mirada de su marido o un movimiento controlado pero brusco, van silenciándose a sí mismas, especialmente en conversaciones donde reclamen mayor libertad o igualdad en la relación “it is really very clever the way male society creates for women this pre-marital hell so that some man can save her from it and control her ever after by the threat of throwing her back” [es realmente muy astuto el modo en que la sociedad masculina crea para las mujeres este infierno prematrimonial para que algún hombre pueda salvarla de él y controlarla para siempre con la amenaza de devolverla allí] (Jones & Brown, 1968, p.10). El condicionamiento social es tan fuerte, que incluso en los casos en los que se usa la violencia física contra ellas, el significado de no tener pareja es tremendamente abrumador “a woman is more frightened of returning to an unmarried state than she is of being beaten” [una mujer tiene más miedo de volver a un estado de soltería que de ser golpeada] (Jones, 1968, p. 10). Lo que hoy llamaríamos *gaslighting* lo define de forma excelente Jones como práctica habitual de los matrimonios que les rodeaban, donde si las mujeres reclamaban algo y recibían como respuesta esa mirada que ya sabían a dónde llevaba, elegían callarse a la descalificación “you are just crazy” [eres una loca] (Jones, 1968, p. 10). Si las esposas confesaban su soledad, su dependencia, su agonía mental, y discutían sus problemas, se presentaban como si fuera algún defecto, carencia o psicosis (Jones & Brown, 1968).

Janes define a los hombres como seres que esperan de la esposa que nunca les lleguen a ver como verdaderamente son, cómo ellos se ven a sí mismos, quieren ser admirados y deseados, que sus esposas contribuyan a hacerles creer que esto es real “and by this time the wife asks little more really than the opportunity to play that role” [a estas alturas, la esposa realmente no pide mucho más que la oportunidad de interpretar ese papel] (Jones & Judith, 1968, p.12). Un papel difícilmente interpretable cuando se le ha despojado de todo respeto y amor propio (Jones, 1968, p 13):

Wives who hold down a dull eight or nine hour a day job, then come home, straighten, cook, clean, run down to the laundry, dash to the grocery

store, scew on command (...) Of course, it's insanity. What else could such self-denial be called? Love?

Esposas que mantienen un monótono trabajo de ocho o nueve horas al día, luego llegan a casa, ordenan, cocinan, limpian, bajan a la lavandería, corren al supermercado, follan a sus órdenes (...). Por supuesto, esto es una locura. ¿Cómo más se podría llamar a tal autonegación? ¿Amor?

El llamado de este manifiesto para librarse de la podredumbre emocional, económica e intelectual que se les ha ofrecido como meta matrimonial, es abrir los ojos y entender su realidad, lo que significa ser mujeres, abandonando las ideas que los hombres han creado sobre ellas. Eso lo lograrán rechazando la idea del romanticismo. La idea ilusa del amor que, si la rechazan se quedan sin alternativa “there is not personal escape, no personal salvation, no personal solution” [no hay escape personal, no hay salvación personal, no hay solución personal] (Jones, 1968, p. 16). Para ello, Jones propone empezar a contarse entre las mujeres lo que viven con sus parejas en contraste con lo que significa para ellas el amor, y rechazar el pensamiento masculino como el universal para dejar de ser partícipes de su propia opresión. Las mujeres deben compartir sus experiencias entre ellas hasta que comprendan, identifiquen y expresen explícitamente las numerosas técnicas psicológicas de dominación dentro y fuera del hogar, el marido como poli bueno poli malo, el malentendido intencionado, el control desde la agresividad activa o pasiva, y protegerse contra ellas. (Jones, 1968, p.17).

La segunda parte de este Manifiesto la escribe Judith Brown, en ella resume con una mirada incisiva, crítica y profunda, la experiencia de las feministas en los grupos de activismo mixtos, los obstáculos que enfrenta y para finalizar, propone prioridades urgentes.

Identifica una incipiente desarticulación del Movimiento de Liberación de la Mujer por la falta de continuidad, las más jóvenes no se animaban a tomar el relevo porque vieron cómo el activismo no había liberado a sus predecesoras de la opresión sexual ni del matrimonio con el que trataban de huir de sus casas. Esas mujeres, ahora ya más mayores, no eran una inspiración quedándose en casa mientras sus maridos salían a salvar el mundo. Propone los últimos 3 puntos

del manifiesto, d) grupos no mixtos, e) identificar los problemas del movimiento y f) identificar el amor como opresión.

d) Las mujeres deben formar grupos y trabajar principalmente por la liberación femenina, como ya había desarrollado Jones, pide que, por su propia salvación las mujeres se enfoquen en su lucha. Los hombres esperan que las mujeres sigan cumpliendo roles subordinados, siendo "soldados de cocina," en las luchas de ellos. Mientras los hombres luchan contra el imperialismo y otros males, se sienten incómodos por la pérdida de beneficios que les supondría esta liberación, prefieren verlas en silencio tomar notas, limpiando ceniceros y ofreciendo refrescos, mientras ellos diseñan planes que no las consideran. Algunas mujeres reconocen que, estando presas por subversivas, sintieron por primera vez que eran escuchadas y lideraban algo propio (Brown, 1968, p.20).

Decepcionadas de las alianzas con otros grupos oprimidos, las feministas radicales se sentían profundamente estafadas. Los hombres les pedían que fueran más comprensivas y que se formaran en las "luchas importantes" si querían liderar "there is danger in placing an underdeveloped woman in a position of leadership because her certain failure would only reinforce her sense of innate inferiority" [es peligroso colocar a una mujer subdesarrollada en una posición de liderazgo porque su inevitable fracaso solo reforzaría su sentido de inferioridad innata] (Brown, 1968, p.21).

Algunas mujeres casadas con camaradas se sienten liberadas por las virtudes revolucionarias de sus compañeros, pero este, además de las tácticas masculinas de manipulación habituales, ha desarrollado otras más confusas y "convincientes". Estas esposas tardan años en reconocer que su estilo de vida se parece más al de sus abuelas que al de sus esposos (Brown, 1968, p. 22-23). Ya no es ningún secreto para ellas, el matrimonio es lo que pone fin a sus sueños de activismo y liderazgo. Piden a las mujeres del movimiento investigar en diferentes disciplinas la opresión sexual en el matrimonio, y su rol que tiene en el orden social "the institution of marriage (...) was the pawn of other, more powerful, institutions. It is a potent instrument for maintaining the status quo. It is in the family that children learn so well the dominance-submission game, by observation and participation" [la institución del matrimonio (...) fue el peón de otras instituciones más poderosas. Es un instrumento potente para mantener el

statu quo. Es en la familia donde los niños aprenden tan bien el juego de dominación-sumisión, a través de la observación y la participación] (Brown, 1968, p. 23). No solamente era su esclavitud, sino el modelo que se reflejarían el resto de las instituciones sociales, construidas para perpetuar su posición de subalternas.

El matrimonio, tal como lo conocemos, Dice Brown es la atomización de un sexo de manera que lo vuelve políticamente impotente y sugiere que para evitar el desastre las mujeres tendrán que desvincularse de los hombres que insiste en que los amen, y que son sus propios amos personales (Jones & Brown, 1968). Lo son incluso en la sexualidad, donde la revolución sexual y su mensaje del sexo libre (y abundante) como herramienta revolucionaria, ha calado, situando a las mujeres como peones. La píldora y sus efectos, los embarazos no deseados o la legalización del aborto, tampoco están entre las consignas de los hombres radicales que buscan un mundo más justo ... para ellos.

e. Algunos problemas actuales en el desarrollo del movimiento. Brown piensa que las mujeres deben definir por sí mismas a su enemigo y describir la maquinaria de su opresión, y también añade que es fundamental que las mujeres se alejen de la retórica de los roles que romantizan a las mujeres cubanas o argelinas (que lejos de pasar a la historia se redujeron a lavar, criar, cocinar y amar) "its main function is to implement government work policies" [su función principal es implementar políticas de trabajo del gobierno] (Brown, 1968, p. 29).

Otro problema que observa en los grupos es la dificultad de nombrar la crueldad de los hombres y que "there is great value in naming your enemy" [hay gran valor en nombrar a tu enemigo] (Jones & Brown, 1968, p.29) y entender que en la vida de cada mujer, ellos son el opresor más inmediato "however unwilling he may be in theory to play that role, is 'the man' (...) While 'male chauvinism' isn't sacred, if we're searching for a better name for the enemy, let's not de-escalate" [aunque en teoría él pueda no estar dispuesto a desempeñar ese papel, es 'el hombre' (...) Aunque 'chauvinismo masculino' no es sagrado, si estamos buscando un mejor nombre para el enemigo, no reduzcamos la intensidad] (Brown, 1968, p. 30).

f) El amor como herramienta de opresión: reflexiones desde el movimiento de liberación femenina

En “Florida Paper” se identifican dinámicas clave que vinculan el amor con mecanismos de opresión en la vida de las mujeres y la causa de la desactivación del movimiento. El análisis revela cómo las relaciones emocionales y afectivas, en particular el miedo y la dependencia asociada al amor, se convierten en herramientas que refuerzan la sumisión a los grupos conformados por opresores. Identifican el miedo como base de la dependencia amorosa, esta necesidad de amor y aceptación refuerza su distancia de una agencia autónoma (Brown, 1968). Muchas mujeres justifican su falta de participación política por sus responsabilidades familiares, derivadas de la expectativa de cuidar y sostener emocionalmente a sus parejas, incluyendo a los hombres de izquierda. El amor y sus responsabilidades limitan su tiempo y energía para la acción colectiva, las aliena colectivamente. Las mujeres canalizan sus esfuerzos hacia la construcción de relaciones románticas, muchas veces a costa de su desarrollo personal y su participación política.

Si el amor no es un refugio apolítico, la propuesta del movimiento debería replantear el amor como un acto político y colectivo, despojándolo de su narrativa individualista y romántica. Canalizando el cuidado y la conexión emocional hacia la creación de redes de apoyo y estructuras organizativas que permitan a las mujeres liberarse de su dependencia, buscando recursos colectivos (Jones & Brown, 1968). Publicaciones como *Voice of the Women’s Liberation Movement* (1968) y proyectos liderados por activistas feministas, como Marilyn Webb, ofrecen plataformas para examinar críticamente el papel del amor y las relaciones en la subordinación femenina.

Las dinámicas románticas tradicionales refuerzan la dependencia emocional, limitan la autonomía y desvían los recursos de las mujeres desde su activismo político hacia tareas de cuidado y validación masculina. Para superar estas barreras, el movimiento de liberación femenina propone replantear el amor desde una perspectiva política, priorizando el amor colectivo y la creación de redes de apoyo como base para la emancipación.

VI. 2. EL AMOR EN LA DIALÉCTICA DEL SEXO. SHULAMITH FIRESTONE.

Shulamith Firestone (1945 – 2012 Canadá) fue, como ya dijimos, una de las mujeres del SDS firmantes del artículo “Liberation of Women” (Female Caucus, 1967) respondido con dureza en el Manifiesto conocido como “Florida Paper” (Jones & Brown, 1968). Firestone, ya más convencida de que no quería ser una dama auxiliar de la izquierda, editó en 1968 y publicó en 1970, lo que tal vez sean el *magazine* y el libro más representativos de las ideas del feminismo radical, (Gauvreau, 2012)¹⁹ *Notes From the First Year* (Redstockings, 1968) y *La dialéctica del sexo* (Firestone, 1976) respectivamente.

Firestone es escritora de uno de los libros de referencia de esta Tercera Ola que hace una interpretación materialista de la historia basada en el sexo. Tiene en su obra muy presente a Marcuse, a Wilhem Reich y a Engels de quien toma la idea de que la familia comprime a menor escala las relaciones que se dan en el conjunto de la sociedad, que, si bien para Engels esto proviene del sistema económico, para Firestone es más bien el patriarcado lo que deriva y define la economía (Firestone, 1976). En los capítulos 6 y 7 de *La dialéctica del sexo*, en los que habla sobre el amor y la cultura romántica, presenta una radiografía muy precisa sobre las dinámicas de las relaciones de pareja. La profundidad y la actualidad de su mirada conviene ser retomada en las investigaciones que se realicen sobre el amor desde una mirada feminista, puesto que esta autora es referente para ambos temas, por separado y en conjunto (aunque mayormente por sus aportes a los movimientos de mujeres y por su contribución al marco teórico del feminismo radical, no tanto por su afilado análisis sobre el amor) (Freeman et al., 2013). Para Firestone cualquier libro de feminismo radical debe tratar sobre el amor, puesto que este se configura como “el baluarte principal de la opresión de las mujeres en la actualidad” (Firestone, 1976, p.159).

Esta autora lamenta la falta de análisis feminista sobre el amor, un concepto experimentado comunicado y transmitido ampliamente, pero que no se ha comprendido. Se ha visto y recreado, pero no analizado, y achaca esta falta de

¹⁹ Hoy existe una colección que se inicia con los archivos personales de Kathie Sarachild, que generosamente han puesto a disposición de este trabajo.

análisis al miedo que al patriarcado le supone desmenuzar este análisis “las mujeres y el amor son pilares básicos. Examinadlos y estaréis amenazando la estructura misma de la cultura” (Firestone, 1976, p.159). Es el amor lo que les ha dado la posibilidad a los hombres de poner a su nombre todas sus hazañas, ya que, gracias a este, las mujeres se han dejado la vida dándole al marido el apoyo y la cobertura que requerían él y la familia “la cultura masculina era y sigue siendo parasitaria se alimenta de la energía emocional de las mujeres sin reciprocidad” (Firestone, 1976 p.160). Si bien Firestone entiende el amor como la cima del egoísmo, también lo conceptualiza como algo enriquecedor si es complementario y equitativo, aunque para ella estas relaciones con tintes igualitarios ocurre muy pocas veces, a la luz de la evidencia de la gran cantidad de relaciones destructivas que observa. Se pregunta por qué los acontecimientos deben seguir este curso trágico si en realidad nada de esto es inherente al proceso amoroso propiamente dicho (Firestone, 1976, p.162) y lamenta cómo las desigualdades estructurales afectan inevitablemente a las relaciones amorosas “por mi parte, sugiero que el amor es en esencia un fenómeno mucho más simple y que se complica, corrompe u obstruye por medio de un desequilibrio de poder” (Firestone, 1976, p.163).

Su análisis sobre el desamor lo basa en la obra del psicoanalista Theodor Reik, quien dice que es el propio descontento ante el autocontrol de la persona amada lo que genera hostilidad autoinfligida, en la que se despiertan los demonios de un amor posesivo. Una vez que se pierde el control en el enamoramiento, quien lo recupera primero será castigado por quien se mantenga en el delirio amoroso (Firestone, 1976, p.162). Y si bien Firestone está de acuerdo con que el amor actual pudiera ser así, no le convence que no se analice en términos sexuales, identificando quién pierde el control, quién lo recupera antes y por qué, e indaga “¿De qué manera el sistema de clases sexuales basado en la desigual distribución del poder de la familia biológica afecta al amor entre los sexos?” (Firestone, 1976, p.164). Una de sus observaciones para poder ofrecer una respuesta es que el hombre necesita idealizar en mayor medida a la mujer, porque debe encontrar buenas razones para su descenso a la clase inferior (mediante el enamoramiento), y tiene que anular la inferioridad estamental en la que tiene ubicada a las mujeres. Las mujeres, conscientes de esta idealización

necesaria, deber estar atentas a reconocer pruebas verdaderas de este amor antes de permitirse a sí mismas mostrar sus sentimientos, y así poder equilibrar ambas partes. Una vez que ocurra, la mujer vivirá buscando famélicamente el amor y la aprobación masculina para a través de ella trascender su clase como subalterna.

Firestone publica este libro, en el contexto de la liberación sexual, en el que describe a los hombres como cazadores incansables al acecho de acceder al mayor número de cuerpos posible de mujeres, y bajo este escenario, piensa que los hombres no pueden amar, sino que se enamoran de la proyección de su propia imagen en los ojos y actos de las mujeres enamoradas de ellos. En vista de este panorama tan poco favorable, y para evitar la compasión con el opresor, recuerda que una vez que este hombre, o cualquiera, o todos, sientan la mínima presión, reaccionará con una huida a la que le seguirá la promiscuidad con otras mujeres que se verán enfrentadas entre sí “confundiendo sexo por emoción” (Firestone, 1976, p.170). Otra de las estrategias masculinas que identifica en las relaciones de pareja del momento (extrapolables a la actualidad) es el apego evitativo, que tiene como único fin generar la ansiedad que vendrá de la inseguridad que mantendrá a las mujeres con una alta dependencia emocional “aunque siente la ansiedad de la mujer, rehúsa por todos los medios darle seguridades y hasta el reconocimiento de su ansiedad como legítima” (Firestone, 1976, p.171). Y si es que ocurriera que el hombre se entrega, casi obligado, hará que la mujer pague por la renuncia que él hace de seguir buscando el ideal, por eso constantemente la comparará con otras mejores, mencionando defectos -reales o no-, y amenazando con las bondades que tendría su soltería “con todo ellos revela su ambivalencia acerca de la inferioridad de las mujeres” (Firestone, 1976, p.171). Para Firestone, la gran pregunta que todo hombre se hace es “¿cómo voy a conseguir que alguien me quiera sin que me exijan a cambio una entrega igual a la suya?” (Firestone, 1976, p.172). Esta es una pregunta que en el pensamiento de esta escritora refleja la nitidez que tienen los hombres sobre la falta de reciprocidad que ofrecen en sus relaciones.

A través del apoyo entre sus pares, las mujeres desarrollan lo que llama técnica desesperadas de supervivencia “hay más ingenio en una hora de conversación telefónica entre dos amigas que en los cuatro años de estudios superiores que pasaron juntas” (Firestone, 1976, p.172), y todo para “realizar una

buena captura” (Firestone, 1976, p.173) y dedicarse unos años a conservar la presa, sea esta buena, o no.

Las mujeres, analiza, pueden dedicarle a estar enamoradas el mismo tiempo que los hombres le dedica a su trabajo, con el fin de ser elegidas, únicamente para evitar la sentencia social que supone no serlo “las mujeres deben amar no solo por razones saludables, sino para justificar su propia existencia” (Firestone, 1976, p.171). Una búsqueda desesperada de salir de su estado de inferioridad, del que solamente puede sacarlas un hombre, su validación humana provendrá de ser o no seleccionadas, y con esta claridad entienden que resulta más fácil conseguir ese reconocimiento, esa validación, en la esfera privada que en la esfera profesional de esta sociedad patriarcal “resulta más fácil conseguir la aprobación de un solo hombre que la de muchos” (Firestone, 1976, p.174). No se trata de un deseo irracional de las mujeres de ser amadas, sino de la necesidad de obtener la aprobación -y toda la protección material que se supone- de un grupo que pertenece al estamento superior. Las mujeres deben amar mucho y bien para así ser amadas y justificar su valía, su entera existencia y que al menos una parte de los privilegios masculinos, aunque de manera ilusoria, pasen a ser también de ellas a través del amor, evitando la orfandad de la protección de los poderosos a los que se exponen las solteras “las mujeres carentes de hombres se encuentran en idéntica situación que los huérfanos” (Firestone, 1976, p.174). Las mujeres, añade, participan en su sometimiento eligiendo el propio amo, lo que da cierta sensación de libertad de elección, y para mantenerse siendo amadas, desarrollan técnicas como no mostrar sus sentimientos, manipular a través de la intermitencia sexual o generar celos, lo que supone un control mental agotador del que no desiste porque de ello depende, como se dijo, su reconocimiento como ser humano (Firestone, 1976, p.175).

Una vez que la mujer se siente segura, que pueda amar con libertad, aflojará la cuerda para examinar lo que ha pescado, qué tipo de amor está recibiendo o quién es el hombre que tiene a su costado, y llega ineludiblemente a las mismas conclusiones que ya tuvieron Mary Wollstonecraft (Wollstonecraft, 2005) y Flora Tristán (Tristán, 2022d) ; con severa decepción, encuentra siempre algo "muy por debajo del nivel de ella” (Firestone, 1976, p.176). Muchas

reconocerán que es muy poca cosa, pero que al menos es suya. Las mujeres entienden que son amadas, no en reconocimiento de su propia valía, sino por la del hombre que finalmente la acepta por ser la más acorde a la imagen de sus fantasías, por asociarla a él mismo, se ha convertido en una esclava doméstica, elegida para ser como todas "ha sido comprada para llenar un espacio vacío en su vida, pero la vida de ella no tiene ningún valor" (Firestone, 1976, p.178)

En un contexto como el de la revolución sexual, que Firestone considera una estafa que "no mejoró en nada la situación de las mujeres" (Firestone, 1976, p.178), las mujeres tienen terror de que los hombres las identifiquen como esas mojigatas gruñonas. En la búsqueda de esa aceptación, de lograr camaradería con ellos, se convencen de que lo que hubo hasta ahora rondando las relaciones sexuales era realmente anticuado, y se alistan como una nueva reserva que pasa a ampliar la escasez de mujeres para la explotación sexual que hubo a mansalva antaño (Firestone, 1976, p.174). Ahora ellas querían ser apetitosas y aunque con el tiempo comprenderían la estafa, el número de mujeres que suponía la resistencia era pequeño, y no paraba de reducirse. Las mujeres "emancipadas" - es decir, las que no participaron activamente del discurso- de esta revolución sexual entendieron que no eran valoradas por sus ideales, por su ruptura de patrones tradicionales, por su conversación ... descubrieron que la camaradería era una farsa y que eso de emular lo que los chicos identificaban como liberación sexual, no solamente no las liberaba, sino que las convertía en imitadoras de un modelo ajeno, "se habían inoculado una enfermedad que ni siquiera había salido de sus propias psiques" (Firestone, 1976) y a decir verdad, tampoco parecía una imitación tan buena, ellas no salían intactas emocionalmente, porque no sabían jugar un juego en cuya construcción de las normas no había participado.

Los hombres se seguirían entregando, pero solamente a cambio de seguir estando mantenidos en su pedestal, de mantener su ego intacto. La mujer necesita amor por razones que nada tienen que ver con el amor, así que seguirá tratando de sacar partido a una mala situación, que, si empeora, resolverán con el pago de la aprobación masculina (un psicoanalista, por ejemplo) (Firestone, 1976, p.183).

Cuando Firestone explica la cultura del romance, relaciona la dependencia psicológica sobre la base material de la económica, donde un contexto de

desigualdad solo conduce a un amor que refuerza la ya inferior jerarquización de las mujeres “el romanticismo no es más que un instrumento cultural del poder masculino, cuya finalidad es mantener a las mujeres en la ignorancia de su condición” (Firestone, 1976, p.186), un aparato que no es más que un instrumento cultural de poder masculino para dificultar que las mujeres identifiquen su verdadera condición de oprimidas y que avanza a la par que la supuesta liberación de las mujeres.

Para Firestone, el romanticismo se constituye a través de diferentes elementos (Firestone, 1976); uno es *el erotismo*, donde la necesidad de amor se canaliza a través de una genitalidad emocionalmente sobrecargada y que debe ser necesariamente heterosexual, asilándolas del afecto de sus semejantes. Este erotismo convierte la virilidad del macho activo en valía social. La forma de expresar afecto pasa a ser a través del sexo, y tanto hombres como mujeres incorporan la idea de que el objeto será la mujer, y que, para ser amada, la mujer se pondría al servicio del erotismo, las formas en las que lo hará serán marcadas por ellos “este erotismo no opera más que en una dirección” (Firestone, 1976, p.187). Otro elemento es la *personalización sexual*, eliminar la conciencia de grupo “manteniéndolas en la ignorancia de que se las considera sexualmente idénticas (coños)” (Firestone, 1976, p.188), y haciéndolas creer que lo que tienen en común con las demás mujeres, es en realidad lo que las diferencia, que su sexualidad es su individualidad. Ya perdió su identidad como clase y se apropia de una nueva con gran potencial, lo que hoy llamaríamos capital erótico, reconociéndose según su capacidad de excitar a los hombres, de sentirse halagadas ante términos “habitualmente en forma impersonal, “querida”, “cielo”, o “bombón”” (Firestone, 1976, p.189). Una despersonalización tan sofisticada como indetectable que ellos conocen bien, por eso no dejarán que las mujeres sepan lo que ellos hablan cuando estas no están presentes. Si las mujeres no se identifican como grupo sexualizado con una sexualidad explotada para el consumo de masas, no se van a unir contra ella, de ahí la necesidad de tener su aprobación y connivencia para su propia explotación, que es lo que lo que la misma Firestone ha adelantado al inicio de este apartado, y que autoras como, Jónasdóttir (Jónasdóttir, 1993) o Puleo (H. Puleo, 2020) han llamado patriarcado del consentimiento. El último elemento es *el ideal de belleza*, que da

igual cuál sea la mayoría; queda fuera, por eso es un ideal, por su escasa frecuencia “si el ideal fuera alcanzable, ¿qué mérito habría de él?” (Firestone, 1976, p.192), da igual la época, hoy son las curvas y los labios de ácido hialurónico, como en cada era, las mujeres cada vez más parecidas entre sí, sin identificar estas semejanzas, que en parte son regalo de la pornificación de la estética de las mujeres. Cuando con mucho esfuerzo un número relativamente alto de mujeres lo adquiere, deja de ser exclusivo y entonces el ideal pasará a ser otro, en el que de nuevo las mujeres se pondrán a trabajar, de pasar por las vicisitudes necesarias para entrar en el zapato de cristal.

Concluye de estos tres elementos constitutivos del romanticismo que no se puede hablar de amor no romántico. Si nuestra propia experiencia choca con el producto cultural, negaremos entonces nuestra propia experiencia, y punto, toda mujer será informada de cómo mejorar su naturaleza, dónde adquirir lo que esta naturaleza requiere y cómo contabilizar las calorías que nunca debió comer. El bombardeo de los sentidos de la revolución sexual de antes y la época actual del porno y de *only fans*, es lo mismo "los hombres están en un estado de excitación sexual constante" (Firestone, 1976, p.194).

VI. 3. THE INDEPENDENCE FROM THE SEXUAL REVOLUTION. DANA DENSMORE.

Roxanne Dunbar formó Cell 16 (1968-1973) en el verano de 1968 grupo considerado el ala dura del feminismo demasiado extrema para el *stablishment*, además de Dunbar, lo conformaban Dana Densmore, Jeanne Lafferty, Lisa Legnhorn, Abby Rockefeller, Betsy Warrior, y Jayne West. Cell 16 prioriza el celibato, el separatismo y la autodefensa, y se consideraban a sí mismas “the quintessential radical women's liberation groups” [la quintaesencia de los grupos radicales de liberación] (Echols, 1989, p.158). Publican uno de los primeros y más influyentes magazines *No More Fun And Games* (O'Donnell et al., 1968b). Como primer orden del día de sus reuniones, que da una idea de por dónde iba su tren de pensamiento, leían el Manifiesto SCUM de Valerie Solanas (Echols, 1989). Su solución contra la dominación masculina era desacondicar a las mujeres de todo lo que las mantuviera cautivas por los hombres, opresores de todas las mujeres. Veían a la familia como la punta de lanza del patriarcado donde la mujer jugaba el rol del proletario (Hole et al., 1971). Contrariamente a

la idea central de las Redstockings, para quienes el problema y quien debía realizar el cambio eran los hombres, para Cell 16, el cambio tenía que hacerlo ellas.

En el tercer número de *Notes (Hole et al., 1971)*, Dana Densmore publica el artículo "Independence from the Sexual Revolution" (Densmore, 1971). La elección de este documento en esta investigación, se justifica por incluir dos ideas fundamentales que aún perviven; una, es la estrategia de hacer responsables a las mujeres de su propia situación, que incluye la crítica común expresada por los hombres de las dificultades a las que se tienen que enfrentar en una época de tanto feminismo para poder amar a las mujeres, esos seres que se han vuelto tan complicados y llenos de reclamos. La otra, es su análisis de las formas de control sobre el cuerpo de las mujeres, que funcionan porque tienen el amor como recompensa, sometidas a ese control mandatorio sobre sus cuerpos.

Accediendo, las mujeres obtendrán el santo grial que supone ser amadas por un hombre "the most effective techniques zero in on our fears of not being socially acceptable, not being loved, not being sexually attractive" [las técnicas más efectivas se centran en nuestros miedos de no ser socialmente aceptadas, de no ser amadas, de no ser sexualmente atractivas] (Densmore, 1971, p.56).

La primera idea, sobre la responsabilidad de las mujeres de su propia situación, se podría aplicar en un contexto actual donde la diversidad es tanta como las personas que se definan con una propia y en la que se nos invita a mirar los intereses individuales que marca un contexto neoliberal, sobre los derechos sociales o el bienestar comunitario, y dónde lo que te pase, de alguna forma depende de tu acertadas o desdichadas decisiones. Dana Densmore reflexiona sobre esos mecanismos que achacan los éxitos o fracasos al desempeño individual, e ironiza "don't try to change the world—you'd better free your mind instead" [no trates de cambiar el mundo; mejor libera tu mente] (Densmore, 1971, p.56) y esto lo aplica también a algunas mujeres, colaboradoras necesarias, que dicen que, si tanto oprimen los hombres a las feministas, que los abandonen, como si al ser algo teóricamente posible, sus quejas fueran ilegítimas. Desde el aislamiento de este modelo neoliberal, si algo como tener un buen trabajo o dejar a tu marido se te complica, se requiere ayuda profesional individual porque se trata de debilidades o problemas psicológicos propios del sexo que albergan las

mujeres, una suerte de competencias que estas no han sido capaces de desarrollar "it's your own fault if you don't get good jobs—you let yourself be discouraged, you took the unchallenging, 'feminine' courses of study in school" [es tu propia culpa si no consigues buenos trabajos: dejaste que te desanimaran, tomaste los cursos de estudio 'femeninos' poco exigentes en la escuela] (Densmore, 1971, p.56). La necesidad de ser amadas se convierte en una ansiedad donde se repiten constantemente que nadie las va a querer con tantos complejos y siendo tan poco femeninas, algo neuróticas y bastante egoístas (Densmore, 1971). Inundadas de miedo por las consecuencias de no ser queridas, por la condena a la soledad que ofrece el individualismo, la solución pasa por ser sexualmente atractivas, y tiene un fin específico; ser amadas "are forced to blame themselves the most for their impotence and thus despise themselves the most and are most isolated and afraid and anxious that no one will love them" [se ven obligadas a culparse a sí mismas sobre todo por su impotencia y, por lo tanto, a despreciarse a sí mismas más que nadie, y son las más aisladas, temerosas y ansiosas de que nadie las ame] (Densmore, 1971, p.56). La solución a tanta angustia dice, la ofrece la liberación sexual, que hará que todo ese esfuerzo que suponen los micro vestidos, las cadenas tintineantes, las medias blancas de encaje y el maquillaje, merezcan la pena y el esfuerzo que suponen.

Densmore habla del orgasmo y del placer de las mujeres, de aquellas que nunca se convencieron al ser estimuladas vaginalmente por un hombre, y descubren que su vergüenza y su sufrimiento, no era individual "but in fact, extremely common" [sino que de echo era bastante común] (Densmore, 1971, p.57). No eran las únicas que veían disfrutar mucho a sus parejas sin sentir algo similar, creyéndose frías, neuróticas o sexualmente inadaptadas, y al descubrir que esta era una "tara" colectiva, mantenida por el pacto tácito y silencioso de vivir a disposición del placer masculino, comienzan a exigir la misma satisfacción que habían estado proporcionando. Densmore recomienda leer una y otra vez a Anne Koedt y su *Mito del orgasmo vaginal* (Koedt, 1968), hasta que la persistente opresión patriarcal quede al descubierto.

Las mujeres han sacrificado su deseo - algo tan de moda e importante durante la revolución sexual- a favor de la vanidad masculina y a riesgo de no sentirse válidas si no se dedicaban a ofrecer la máxima satisfacción, en tiempos en los que

el placer recibido definía la posibilidad de iniciar una relación “what we lost wasn't just x many instances of physical pleasure” [lo que nosotras perdemos no es un número x de oportunidades de placer físico] (Densmore, 1971, p.57). Pero incluso cuando a través de pedagogía y buenas intenciones masculinas, las mujeres lograban también disfrutar del sexo “we are still oppressed” [todavía seguimos oprimidas] (Densmore, 1971, p.57). Densmore se pregunta si recibiendo finalmente placer se termina la discusión, si la opresión vivida durante siglos puede compensarse a través de experiencias físicas satisfactorias, si es que coleccionar orgasmos contribuye de alguna forma a liberarse de la opresión masculina, si no tienen nada más que negociar con los hombres (Densmore, 1971). Es difícil ganar luchas colectivas en un *bis a bis*.

Las relaciones sexuales son opresivas colectivamente por la jerarquía sexual requerida y reproducida por el patriarcado, el hecho de que tu amante te dé un orgasmo solo cambia que por un momento no serás una criatura a la que solo se le permitía “muted, sensuous, semi-machosistic pleasure of getting fucked and never the direct active transcendent pleasure of orgasm” [el placer atenuado, sensual y *semimasoquista* de ser penetrada y nunca el placer directo, activo y trascendente del orgasmo] (Densmore, 1971, p.57) y menos la extrapolación de ese avance al resto de las dimensiones humanas. Si bien las feministas radicales van tomando lo que les corresponde sexualmente -poco a poco- las antiguas culpas tampoco desaparecen, no están autorizadas a vivir el sexo con la misma libertad que identifican en sus compañeros de lucha.

La suposición de que la liberación sexual efectivamente libera de alguna forma ha generado mucha confusión en los hombres, que al aceptar que las mujeres puedan explorar su sexualidad lo que verdaderamente quieren decir es “we said it was okay for you to let us fuck you, that guilt was neurotic” [dijimos que estaba bien que nos dejaras follarte, que la culpa era neurótica] (Densmore, 1971, p.58). No son el sujeto revolucionario del proceso de liberación, observan que las otras libertades, la de credo, intelectual, espiritual, participar políticamente priorizando sus necesidades, invadir la privacidad ajena ... eso seguía siendo para los que saben apreciarlo, quienes se saben manejar bien en la narrativa pública, los hombres en exclusividad. Para la mujer, tan sensual y emocional, pretender trascender suena como algo inconveniente “therefore, freedom for women could

only mean sexual freedom” [Por lo tanto, la libertad para las mujeres sólo podría significar libertad sexual] (Densmore, 1971, p.58), y una libertad sexual que no incluye “freedom to decline sex” [libertad para rechazar el sexo] (Densmore, 1971, p.58).

Los oprimidos dice Densmore (ellas) suelen incorporar la psicosis de la clase dominante -ellos- y ellas se la van reproduciendo e incorporando para que les cuadre, pero no como “vicious and intellectually dishonest projections but a reasonable acceptance of reality (and for the oppressed, reality is in a sense what the ruling class believes)” [proyecciones viciosas e intelectualmente deshonestas, sino una aceptación razonable de la realidad (y para los oprimidos, la realidad es, en cierto sentido, lo que la clase dominante cree)] (Densmore, 1971, p.58). Accediendo al indeterminado número de relaciones sexuales a las que ahora son invitadas, y aun disfrutándolas, no mejorará su situación, vivirlo con demasiada libertad es para ellas exponerse al juicio social de la moral conservadora, que sigue instalada en ellas y en ellos, el vivir libremente la sexualidad les da a las mujeres tanta libertad y valía, como prejuicio y falta de la misma valía. A las mujeres no se les permite amar de forma libre o disfrutar de ese amor (Densmore, 1968). Es una trampa con difícil escape, porque el sexo ya ni siquiera es disfrutar del deseo, es la obligación de hacerlo, un derecho que no se les permite rechazar, un deber, que al mismo tiempo las convierte en seres usados, potencialmente desechables para relaciones de compromiso y familia.

Densmore aclara, que no es que el sexo sea algo malo, sino que convertirlo en una necesidad básica, sin mirada crítica, pensando que con ello las mujeres demuestra su amor “the only (or best) way to express it” [la única (o la mejor) manera de expresarlo] (Densmore, 1971, p.60), lleva a las mujeres a conductas destructivas. En la sociedad de consumo expresar el amor es tan importante, que el sexo puede terminar siendo un sustituto de lo que para las mujeres -y seres humanos bien conformados en general- incluye el amor, que además del sexo o que independientemente del sexo, debería cubrir “companionship, physical affection, communication and human kindness” [compañía, afecto físico, comunicación y amabilidad humana] (Densmore, 1971, p.60). Cree que si las mujeres son capaces de hacer demandas claras tal vez puedan mantenerse a flote. Como solución a los desequilibrios, plantea que las mujeres esperen que los

hombres cumplan con ciertos requisitos (Densmore, 1971, p.60); como que el hombre esté genuinamente interesado sexualmente en ellas -y no solamente por ser la persona más a su alcance-, que tenga sentimientos afectuosos, lealtad, quizás incluso amor, y que las respeten como personas adultas con quienes poder tener discusiones serias, que no las intimiden, sermoneen ni menosprecien sus opiniones. Y es que la falta de libertad para establecer expectativas mínimas en una relación es la raíz de problemas serios que lleva a las mujeres a aceptar relaciones destructivas “where we are used” [donde somos usadas] Densmore, 1971, p.60) y humillantes en lugar de buscar conexiones saludables y constructivas. Sobre los hombres buenos que hacen alguna cosa en casa, también levanta una alerta, porque que los hombres limpien los platos – que es como mucho lo que hacen- tampoco mejora nada, sino que incrementa el número de cosas que hay que agradecerles.

La gran trampa de la que deben salir las mujeres, para Densmore pasa porque las chicas dejen de desperdiciar su valiosa energía, tiempo, talento y fuerza emocional en intentar ser atractivas para los hombres y recibir su amor, porque con excesiva frecuencia lo que recibirán se reducirá a egos dañados y agotamiento emocional, y utilicen esa energía, tiempo y talento emocional a luchar por la liberación femenina y a “rebuilding ourselves, learning to know ourselves and our potentials, learning to respect ourselves, learning to respect and work with other women” [a reconstruirnos a nosotras mismas, a conocernos a nosotras mismas y nuestro potencial, aprender a respetarnos y a respetar y a trabajar con otras mujeres” (D. Densmore, 1971, p.61)

VIII. RESULTADOS

OE1. Establecer un marco de comprensión interdisciplinario del amor, para sistematizar cómo cada disciplina (neurociencia, psicología, sociología y teoría política) conceptualiza, define y politiza el fenómeno amoroso en las relaciones íntimas identificando si existe un alcance feminista en las investigaciones.

Resultado del OE1: Tomando como base los análisis recogidos en el Capítulo I —“Amor, conceptualizar es politizar. La Neurociencia, la Psicología, la Sociología, y la Política del Amor”— el análisis interdisciplinario del amor ha permitido articular tres dimensiones:

Neurobiológica, que describe el enamoramiento como un potente sistema de motivación basado en circuitos dopaminérgicos, que activan regiones similares a las que lo hacen necesidades básicas como el comer. Se ha observado que no se integran jerarquías de poder que moldean las respuestas cerebrales en las investigaciones analizadas.

Psicológica, en la que teorías eminentemente evolutivas enuncian componentes universales del amor (atracción, compromiso, intimidad, cuidados), que definen como una emoción reactiva entre personas con cualidades leídas como deseables, con quienes establecer y mantener de una relación donde la cohesión facilite la continuidad genética de la especie humana. Los estudios analizados omiten cómo las normas patriarcales configuran expectativas y conductas afectivas.

Política feminista, que incluye aportes para visibilizar el amor como instrumento de control estructural y un requisito esencial para la explotación capitalista y patriarcal, para mantener el poder heterosexual en las relaciones de pareja que refuerza la subordinación femenina en lo privado y en lo público. Es el análisis que parte de un enfoque feminista para analizar las categorías de poder que operan en las relaciones amorosas.

OE2 Sistematizar la bibliografía feminista desde 1791 hasta 1950 para extraer sus reflexiones sobre las relaciones amorosas y analizar si contemplan la

opresión de las mujeres a través de sus vínculos íntimos y sus estrategias para lograrlo.

Resultado del OE2: Se ha analizado la bibliografía feminista representativa desde 1971 a 1950 a lo largo del capítulo II. A continuación, se presentan los hallazgos de las feministas de la primera y la segunda ola feminista agrupados en cinco ejes:

Amor y posesión matrimonial: para Olimpia de Gouges (de Gouges, 1791) los hombres compran a las mujeres en un amor es compatible con la esclavitud. Según Mary Wollstonecraft (Wollstonecraft, 2005) el matrimonio supone una esclavitud legal por la que sacrificar el cuerpo. Las sufragistas luchan contra la pérdida de la identidad civil matrimonial. Para Flora Tristán (Tristán, 2022d) reproduce dinámicas feudales que exigen obediencia a las mujeres, en Charlotte Perkins Gilman (Perkins Gilman, 1900) el matrimonio es una estrategia de dependencia. Simone de Beauvoir (de Beauvoir, 2005) destaca el matrimonio como punto crítico de la subordinación debido a su naturaleza de contrato legal.

Amor y dependencia: Mary Wollstonecraft (Wollstonecraft, 2005) critica que los hombres impidan que las mujeres accedan a educación para mantenerlas a su servicio, dependientes y obedientes en sus relaciones amorosas. Flora Tristán (Tristán, 2022d) añade que los hombres limitan a sus esposas recursos económicos para evitar su emancipación. Charlotte Perkins Gilman (Perkins Gilman, 1900) nombra directamente al amor como control de la dependencia económica de las mujeres, hembras de la única especie en la que la supervivencia de las mujeres depende de su relación sexual. Emma Goldman (Goldman, 1911) argumenta que el amor condena a las mujeres al parasitismo. Simone de Beauvoir (de Beauvoir, 2005) diría que las mujeres se miran a través de la mirada omnipotente masculina, por lo que la subyugación será justificada mientras sea amada.

Amor como explotación reproductiva y emocional: Para Wollstonecraft (Wollstonecraft, 2005) la afectividad a la que les lleva el matrimonio las lleva a un estado de opresión y de destrucción de su paz mental. Kollontai (Kollontai, 1972b) desarrolla cómo el trabajo doméstico mantiene a las mujeres subordinadas al sistema capitalista. Charlotte Perkins Gilman (Perkins Gilman,

1900) afirma que el amor justifica el trabajo reproductivo, y gracias a este, los hombres pueden generar ingresos fuera de casa. Emma Goldman (Goldman, 2013a) concluye que el ámbito doméstico a través del matrimonio es la base de la dependencia e infelicidad de las mujeres que las prepara para el sacrificio de sus vidas. Simone de Beauvoir (de Beauvoir, 2005) denomina servidumbres a la maternidad y vocación femenina. Flora Tristán (Tristán, 2022d) critica el dominio de los obreros sobre sus esposas reproduciendo la cadena de amos y esclavos del capitalismo.

Amor y violencia: Para las feministas ilustradas los hombres tratan a las mujeres como animales. Wollstonecraft (Wollstonecraft, 2005) lamenta la injusticia que hace que la mujer deba besar la vara que la golpea. Flora Tristán (Tristán, 2022d) dice que el amor devora a las mujeres con repugnancia y describe la violencia física y emocional que reciben. En el sexo, dice Emma Goldman (Goldman, 2013a), las mujeres son ultrajadas por hombres a los que no aman.

Amor y política: de Gouges (de Gouges, 2020) apela a las mujeres a considerar que los hombres oprimidos han usado a las mujeres para que les ayudaran a romper sus cadenas y después negarles a ellas la libertad. Elisabeth Cady Stanton (Cady Stanton, 1895) critica la dureza de no tener voz en el gobierno y de que ningún partido nombrara ningún tema de derechos de las mujeres

Con relación a las estrategias que utiliza el patriarcado, encontramos la propaganda del romance que dibuja en las mujeres un ideal que desaparece una vez casadas, que las mantiene entretenidas, ilusionadas y en proceso de domesticación ontológica para matrimonios que sean inconvenientes para ellas. Wollstonecraft (Wollstonecraft, 2005) afirma que se las educa para perderse en sueños románticos que limitan que se preocupen por cosas más serias. Las sufragistas critican la falsa exaltación de la mujer como cortesía romántica. Lucretia Mott (Mott, 1849b) describe cómo la propaganda amorosa, que considera una falacia, a través de las novelas rosas y la cultura del romance, mantiene a las mujeres incultas en la domesticación masculina que supone el amor. Flora Tristán (Tristán, 2022e) critica las novelas románticas que con personajes masculinos romantizados ilusionan a las mujeres que sufrirán al enfrentarse a la realidad. Para Charlotte Perkins Gilman (Perkins Gilman, 1900) romantizar el matrimonio es la trampa en la que las mujeres encuentran

inevitablemente una decepción. Emma Goldman (Goldman, 2013a) dice que el ideal romántico es una creencia popular, que no tiene un correlato en la vida cotidiana y Simone de Beauvoir (de Beauvoir, 2005) describe la decepción de las mujeres cuando se enfrentan a lo cotidiano de la falta de valía de sus parejas. Charlotte Perkins Gilman (Perkins Gilman, 1900) plantea que la romantización de matrimonio, presentado como ideal afectivo, es una trágica decepción.

Otras estrategias mencionadas incluyen: lo que llamaríamos hoy *el patriarcado del consentimiento* cómo los hombres les hacen creer a las mujeres que sus formas de subordinación son virtudes (Wollstonecraft, 2005) o como les hacen desear su esclavitud de forma que lo sientan como una expresión de su libertad (de Beauvoir). *El silencio* de las mujeres que están obligadas a callar su sufrimiento en sus matrimonios (Tristán, 2022d) o *el mito de la igualdad lograda*, teniendo que rebatir las ideas de los hombres que le decían que las mujeres tenían los mismos derechos que ellos en la política (Goldman, 2013).

Sus propuestas incluyen instruir a las mujeres para que abandonen las prerrogativas del amor sin someterse en el matrimonio, alentar que las mujeres puedan ver a través del amor romántico para librarse de sus cadenas, proponen que solamente las mujeres legislen sobre sus vidas, y la socialización del trabajo doméstico y el acceso a trabajos remunerados para poder tener relaciones de pareja igualitarias.

OE 3 Analizar textos canónicos y de baja difusión del Movimiento de Liberación de la Mujer (1963-1980) con la finalidad de determinar en qué medida las feministas radicales conceptualizan el amor como mecanismo de subordinación, las estrategias patriarcales para lograrlo, y las estrategias emancipatorias que proponen las mujeres.

Resultado del OE3: Los hallazgos de las feministas radicales en relación con sus relaciones sexoafectivas se enmarcan, en cuanto a sus espacios de vivencias, en la esfera privada y en la esfera pública:

1. Dimensión privada de las relaciones amorosas

Amor para la opresión institucional (matrimonio y familia): Para Cheryl Fleming (Fleming, 1971) el matrimonio representa la domesticación para la posesión del cuerpo de las mujeres, y la familia la institución más represiva que

la humanidad ha conocido jamás. Para Kate Millett (Millett, 1995b) el matrimonio tiene una función central en la perpetuación del patriarcado, que dice, gira en torno a la institución de la familia. Laura Gregory-Boots (Gregory-Boots, 1971) afirma que las mujeres no pueden ser felices cuando el matrimonio, una carga que considera aplastante, se entiende como servir al resto, y Deborah Thomas (Thomas, 1971) añade que las mujeres son forzadas a intercambiar su humanidad por la sensación de seguridad que ofrece ser la esposa de alguien y que es realmente una prisión. Para Beverly Jones y Judith Brown (Jones & Brown, 1968) el matrimonio como peón de otras instituciones es un potente instrumento para mantener el *statu quo* donde los niños aprenden a dominar y las niñas a someterse, y también es lo que pone fin a sus sueños de activismo y liderazgo. Shulamith Firestone (Firestone, 1976) argumenta que el amor funciona para mantener a las mujeres subordinadas dentro de la familia, es insólito, para Ti-Grace Atkinson (Atkinson, 1974) que alguien sea feliz por estar casado. En Irene Shirley (Shirley, 1971) la familia nuclear patriarcal se sostiene con el tiempo, el cuerpo y el amor (un trabajo gratuito agotador y emocionalmente devastador que anula) de las mujeres.

Amor y privatización económica: Christine Delphy (Delphy & Leonard, 1984) examina cómo la opresión está enraizada en la economía doméstica, donde los hombres explotan a las mujeres como el capitalista al proletario. Para Anna Jónasdóttir (Jónasdóttir, 2011), llamar explotación del amor de las mujeres al trabajo doméstico y de cuidados, facilita identificar que hay beneficiarios. En su crítica del amor como concepto, Kate Millett (Millett, 1995b) señala que la dominación privatizada en trabajos no remunerados fortalece la opresión que enfrentan las mujeres en el amor. La mujer sostiene con su cuerpo, su tiempo y su amor, dice Irene Shirley (Shirley, 1971) el funcionamiento de la familia nuclear patriarcal, Beverly Jones (Jones & Brown, 1968) considera una autonegación la triple jornada que incluye el servicio de su cuerpo a su pareja. En Laura Gregory-Boots (Gregory-Boots, 1971) ellos se dedican a existir mientras ellas les sostienen.

Amor para alimentar egos: para Carol Hanisch y Elisabeth Sutherland (Hanisch & Sutherland, 1968) el amor tiene como objetivo satisfacer las necesidades de ego y seguridad de los hombres, Anne Koedt (Koedt, 1969) lamenta que la valoración de las mujeres la hagan los hombres según que tan

bien desempeñen el servicio de alimentar sus egos, el colectivo Wildcat (Wildcat Collective, 1971) explica cómo los hombres, que en la jerarquía familiar son los jefes, al llegar a casa encuentran consuelo para su ego dominando a su esposa. Las mujeres, según Densmore (D. Densmore, 1971), han sido engañadas para alimentar la vanidad masculina.

El amor en la doble verdad: En su ansiedad por ser amadas y a la vez reconocidas como ciudadanas. Para Virginia MacLean (MacLean, 1971), las feministas radicales sienten atrofia emocional al darse cuenta de que por amor dejan de perseguir logros profesionales, Cheryl Fleming (Fleming, 1971) encuentra constantes contradicciones y un conflicto diario entre la autodeterminación y las expectativas serviles que la sociedad impone a las mujeres, paralizándolas en su lucha por la libertad. El movimiento, afirma Linda Phelps (Phelps, 1971) da herramientas para la liberación, mientras el mandato patriarcal y la idealización de las relaciones románticas las fustigan con contradicciones. Ser críticas y al mismo tiempo atractivas para que un hombre las ame, nos dice Beverly Jones (Jones & Brown, 1968), es una constante contradicción interna, tienen que elegir entre ser amadas o ser escuchadas.

Amor y Violencia: Densmore (Densmore, 1971) describe cómo descubre que, en los vínculos íntimos además de afectos, había relaciones de poder, violencia y abusos sexuales, y describe cómo el marco jurídico permite que el hombre fuerce legalmente a la mujer a tener sexo si están casados. En Dworkin (Dworkin, 2012) encontramos la violencia sexual como mecanismo de control en la esfera pública y privada, y Patty Gibbs (Gibbs, 1975) afirma que deben reconocer la realidad de la violación en sus relaciones desterrando el mito del violador como desconocido depravado. Debbie Margolin (Margolin, 1971) critica que a las mujeres se les pida normalizar la violación para que deje de ser un problema.

La decepción del amor: al revisar sus relaciones íntimas en los grupos de autoconciencia las mujeres comparten su decepción, en la que identifican, que dan más de lo que reciben. Nos dice Dana Densmore (D. Densmore, 1971) que hombres y las mujeres tienen una visión diferente del amor, y la mayoría de las mujeres no lo saben, asumen que están haciendo inversiones similares. Y Laura Gregory-Boots habla de la furia de enfrentar la realidad de lo que

verdaderamente esperaban de ellas, sin reciprocidad ni reconocimiento, lamentando haber aceptado el mito de que los hombres competentes y racionales también eran emocionalmente integrados (Gregory-Boots, 1971). Linda Phelps (Phelps, 1971) observa cómo las mujeres se dieron cuenta de que tenían los mismos problemas que sus abuelas en las relaciones románticas. Algunas mujeres casadas con compañeros de lucha se sienten engañadas por la manipulación confusa y convincente que estas han desarrollado, como explica Judith Brown y (Jones & Brown, 1968), y reconocen que su estilo de vida se parece más al de sus hermanas que al de sus esposos revolucionarios.

El amor en la revolución sexual: justificaron una revolución como respuesta a la angustia que las generaba no ser amadas, dice Dana Densmore (D. Densmore, 1971), y Ti-Grace Atkinson (Atkinson, 1974) complementa que les presentaron la revolución sexual como recompensa a todos los esfuerzos que hacían por ser atractivas a los ojos de los hombres, una revolución, que identificaron como otro fraude más de la cultura sexual masculina según Linda Phelps (Phelps, 1971). La revolución sexual, dicen Judith Brown y Beverly Jones (Jones & Brown, 1968), ha colocado a las mujeres como peones en la sexualidad. Alice Echols (Echols, 1989) describe cómo para ser escuchadas tenía que ponerse a disposición sexual.

Insatisfacción sexual: Dana Densmore (Densmore, 1971) desarrolla cómo las mujeres han sido engañadas sexualmente y han sacrificado en silencio su deseo para ofrecer placer y así ser dignas de ser amadas, a pesar de saber que se trataba de un pacto tácito de vivir a disposición del placer masculino. Unas relaciones sexuales centradas en la reproducción que Laura MacLean encuentra diseñadas para el placer masculino, con las fantasías de los hombres sobre las mujeres. Alice Echols dice que las mujeres viven en relaciones de intimidad con los opresores (Echols, 1989), Linda Phelps (Phelps, 1971) que renuncian a su propio placer en favor de que los hombres alcanzaran el orgasmo como un derecho. Betsy Riley (Riley, 1971) describe cómo las mujeres son obligadas a fingir que tienen orgasmos, a mentir sobre las buenas vidas sexuales que no tienen. Anne Koedt (Koedt, 1968) destruye el mito del orgasmo vaginal que culpa y frustra a las mujeres, que como dice Davis (R. Davis, 1971), temen que el problema sea su frigidez, y celebran con resignación los orgasmos de sus parejas.

Amor y divorcio: siendo legal cuando se daban las causales subjetivas, las feministas radicales identifican el malestar, Beal (Beal, 1974) habla de la vergüenza que las mujeres sienten ante la separación, y la pérdida de identidad que supone y que genera conflicto sobre la conveniencia, dicen Carol Scott y Jean Oken, (Scott & Oken, 1971) que describen además las expectativas sociales hacia las mujeres separadas y divorciadas respecto a la imagen puritana que debían defender para garantizarse la custodia y una pensión. Dana Densmore (Densmore, 1971) observa cómo el divorcio juega habitualmente en contra de la mujer, que, habiendo entregado todo el esfuerzo de su trabajo en su matrimonio, no está actualizada para el mercado laboral.

2. El activismo político y la esfera pública de las relaciones sexoafectivas

Las mujeres en los grupos de los hombres enfrentan la misma subordinación que en sus casas, dice Barbara Brenner (Brenner, 1971), como una reafirmación de los roles que desempeñan en la esfera privada. Carol Hanisch y Elisabeth Sutherland (Hanisch & Sutherland, 1968) se reconocen en los grupos políticos realizando tareas de servicio deshumanizadas. Mary Jane Lupton (Lupton, 1975) narra lo insustancial que eran para ellos los temas que las feministas proponían, y les reclamaban, añade Lydia Sargent (Sargent, 1981) que la revolución no cruzara la puerta de sus casas, al tiempo que en los grupos manipulaban a las mujeres en los puestos de cuota para incluir los intereses de ellos, mientras ellas tenían que hacer de animadoras al servicio de los grupos.

Las Estrategias que utiliza el patriarcado

Miedo a la soledad por la desprotección material que supone la soltería, que solamente pueden vencer siendo amadas, en una militancia que podía generar al mismo tiempo una relación amorosa. Esto lo plantean Beverly Jones, Judith Brown (Jones & Brown, 1968), Dana Densmore (Densmore, 1971) o Lydia Sargent (Sargent, 1981).

Poner la responsabilidad en las mujeres sin debatir su rol como opresores sexistas, sin reaccionar a lo que las mujeres les estaban pidiendo, sin asumir las responsabilidades de la frustración, emocional y sexual de sus parejas responsabilizándolas de sus malestares y falta de placer, acusándolas de falta de ego, de confusión de roles o envidia del pene. Esto lo desarrollan en la tesis Lydia

Sargent (Sargent, 1981), Julia Cotter (Cotter et al., 1971), Dana Densmore (Densmore, 1971), Linda Phelps (Phelps, 1971) o Anne Koedt (Koedt, 1969).

La confusión en la priorización de otras luchas: el discurso hegemónico intentó desactivar al feminismo radical exigiéndole que subordinar sus demandas a causas “más universales”, sobre todo la lucha anticapitalista. Los hombres les presentaban el patriarcado como un subproducto del capitalismo y no como el entramado primero que hace posible cualquier otro sistema de dominación. Así, los hombres les pedían posponer su propia liberación. Las radicales denunciaron la maniobra: mientras ellas eran convocadas a batallas ajenas, su opresión seguía vigente. Esto como se ha registrado los han desarrollado Shulamith Firestone (Firestone, 1976), Ti-Grace Atkinson (Fahs, 2011) (Atkinson, 1969b), Dana Densmore (Densmore, 1971), Alice Echols (Echols, 1989) o Judith Brown y Beverly Jones (Jones & Brown, 1968).

Estrategias que las feministas radicales proponen para desactivar el amor como opresión

Tomar conciencia del amor como opresión: dice Dana Densmore (Densmore, 1971) que el primer paso para las mujeres es reconocer sus cadenas, la situación dolorosa y amenazante que viven en las relaciones amorosas. Beverly Jones (Jones & Brown, 1968) propone empezar a contarse entre las mujeres lo que viven con sus parejas en contraste con lo que significa para ellas el amor, y rechazar el pensamiento masculino como el universal para dejar de ser partícipes de su propia opresión. Añade, junto a Judith Brown (Jones & Brown, 1968), que deben compartir sus experiencias sexoafectivas hasta que comprendan, identifiquen y expresen explícitamente las numerosas técnicas de dominación dentro y fuera del hogar para protegerse, porque como apunta Millett (Millett, 1995b) su verdadera liberación pasa por desafiar las normas establecidas en torno al amor y su función en la perpetuación del patriarcado.

Rechazar el romanticismo. Beverly Jones y Judith Brown (Jones & Brown, 1968) describen cómo el romance es una recompensa ilusoria que mantiene a las mujeres engañadas y divierte a los hombres. Laura Gregory-Boots (Gregory-Boots, 1971) añade que es fundamental que las mujeres se alejen de la retórica de los roles que romantizan a las mujeres del tercer mundo revolucionarias (que

lejos de pasar a la historia se redujeron a lavar, criar, cocinar y amar). Shulamith Firestone sitúa el “aparato romántico” (Firestone, 1976) como la trampa para que las mujeres se entretengan y no puedan ver su propia opresión.

Grupos de conciencia no mixtos: Consideran su experiencia personal como base para desarrollar su teoría (Jones & Brown, 1968) mujeres hablando entre ellas eso era radical (Ellen Willis), de acuerdo con esa experiencia personal deben desarrollar las estrategias de propia lucha. Esa propia experiencia ha sido decisiva para desarrollar la crítica de la Liberación de las Mujeres a la revolución sexual (Phelps, 1971) En estos grupos gran parte de su tiempo y energía se empleaba en compartir vivencias amorosas y ayudarse unas a otras a exteriorizar la rabia y la insatisfacción (Cotter et al., 1971).

Nombrar al enemigo, son los hombres, como aclaran las Redstockings, Ti Grace (Guilbeault et al., 1980a), Judith Brown y Beverly Jones (Jones & Brown, 1968), recomiendan nombrarlos a ellos y al trato real que les dan, entender que, en la vida de cada mujer, ellos son el opresor más inmediato y las mujeres tienen que decir en alto cómo funciona la maquinaria de su opresión dice Fleming (Fleming, 1971).

IX. CONCLUSIONES

El recorrido genealógico que sostiene esta investigación confirma, con la potencia de una prueba de resistencia histórica, que el amor no es una categoría neutra, sino un artefacto político de primer orden capaz de reproducir las jerarquías sexuales allí donde se creía hallar pura intimidad. El análisis crítico del discurso amoroso –desplegado desde la neurociencia hasta la praxis radical-feminista- desvela, por tanto, el modo en que la promesa afectiva opera como dispositivo de gobierno de los cuerpos y las conciencias femeninas. A continuación, se plantean las principales conclusiones:

1. La brecha epistemológica: ausencia de un marco feminista en las ciencias del comportamiento

La comparación interdisciplinaria evidencia que los estudios neurobiológicos, psicológicos y sociológicos siguen describiendo el enamoramiento como un sistema de recompensa dopaminérgico, una emoción “reactiva” o un intercambio de cuidados sin interrogar el desequilibrio de poder que introduce la división sexual del trabajo afectivo. Solo el abordaje político-feminista hace visible cómo dicho sistema refuerza la soberanía masculina sobre el tiempo, el deseo y la imaginación de las mujeres. Resulta inaplazable, pues, incorporar la variable “sexo/poder” al análisis científico del apego para evitar que la ciencia naturalice la desigualdad que dice describir.

2. Continuidades históricas de la subordinación amorosa (1791-1950)

Las pensadoras clásicas confluyen en diagnosticar el amor como forma civil de la servidumbre femenina: el matrimonio convierte el trabajo doméstico y la disponibilidad sexual en contraprestaciones “afectivas”; la dependencia económica ata la autonomía femenina al albedrío varonil; la exclusión política impide convertir la queja privada en derecho público. A ello se suma la cultura romántica – estrategia patriarcal que idealiza la opresión– y los mecanismos de silencio, falsa igualdad o “libre elección” que legitiman la dominación en el espacio íntimo. Esta constelación de prácticas confirma la persistencia de una pedagogía sentimental que enseña a las mujeres a amar su propia desposesión.

3. La teorización radical (1968-1989): del síntoma a la estrategia

El Movimiento de Liberación de las Mujeres sitúa el amor en el centro de la política sexual. Las feministas radicales conceptualizan el amor como núcleo reproductor del patriarcado y describen un haz de tácticas complementarias — privatización del cuidado, normalización de la violencia, manipulación afectiva, exaltación del ego masculino— que obligan a las mujeres a subvencionar la vida emocional, sexual y económica de los varones. Frente a ello articulan un programa de resistencia en cuatro ejes: toma de conciencia colectiva, desmitificación del romanticismo, grupos de autoconciencia no mixtos y nombramiento explícito del hombre como el enemigo. El amor deja así de ser “asunto privado” para convertirse en territorio de lucha política.

4. El amor como arquitectura estructural de la desigualdad contemporánea

La investigación sintetiza una serie de hallazgos que atraviesan épocas y escuelas:

- Seguro social y simbólico: el matrimonio sigue exigiendo trabajo doméstico, disponibilidad sexual y renuncia intelectual a cambio de una promesa afectiva escasamente compensatoria.
- Violencia normalizada: la pareja es hoy el espacio más letal para las mujeres, sin alcanzar la alarma social dispensada a otras violencias.
- Producción de saber androcéntrico: marcos jurídicos, sociológicos o sexológicos se construyen sin la voz de las mujeres, invisibilizando el amor como vector de opresión.
- Silenciamiento del feminismo radical: la expulsión universitaria de las autoras de los sesenta-setenta limita la circulación de su crítica, pese a su vigencia analítica.
- Feminización de la pobreza pos-divorcio: la ruptura conyugal continúa empobreciendo a las mujeres, confirmando la “trampa económica”
- Consentimiento viciado: la noción jurídica de consentimiento se vacía de poder emancipador cuando ignora los condicionantes materiales y simbólicos que coaccionan las decisiones femeninas.

- Cultura del romance: la pedagogía mediática del sacrificio amoroso instala la sumisión afectiva desde la infancia.
- Expropiación del logos: el patriarcado decide qué se nombra y quién posee credibilidad, relegando el testimonio femenino a la sospecha.

5. Horizontes transformadores

Esta tesis propone desplazar el amor del ámbito privado a la agenda de justicia y ciudadanía. Ello implica: a) Reescribir el contrato afectivo en claves de reciprocidad plena; b) Blindar la autonomía económica y simbólica de las mujeres; c) Tejer pactos entre mujeres que fortalezcan la autoridad moral colectiva y rompan la dependencia de la validación masculina; d) Integrar la herencia radical en la formación académica para contrarrestar el sesgo androcéntrico del saber. Este horizonte exige, además, un giro epistemológico que legitime las voces femeninas como fuente primera del conocimiento, reconfigure las políticas públicas y sitúe la libertad de las mujeres en el centro del vínculo afectivo.

6. A modo de cierre

Esta tesis ha pretendido abrir una senda más que clausurar un debate. Sus hallazgos confirman la solidez de la categoría “amor-opresión” para explicar la reproducción patriarcal en los contextos occidentales examinados, pero deben leerse como punto de partida introductorio de una cartografía crítica que todavía está por trazar.

El elevado número de mujeres que sufre hoy violencia de género en nuestro país y en el resto, se enmarca necesariamente en las relaciones afectivas entre hombres y mujeres, y nos indica que nos quedan por desactivar aún patrones que no hemos terminado de comprender, para que las relaciones de pareja sean igualitarias y estén libres de violencia. Continuar investigando desde el feminismo para ayudar a generaciones más jóvenes a identificar cómo el patriarcado se refleja en sus relaciones amorosas, puede facilitar herramientas que conduzcan a relaciones más igualitarias que supongan el mismo espacio de expansión para las mujeres, que el que supone habitualmente para los hombres.

El próximo paso consiste en ensanchar el horizonte comparativo hacia escenarios donde la disciplina apenas ha posado la mirada:

- *Mujeres en contextos bélicos y posbélicos* — la experiencia de las ucranianas desplazadas, de las sudanesas atrapadas entre milicias o de las palestinas que sobreviven al asedio permite analizar cómo, en situaciones de guerra, el amor se convierte en recurso de supervivencia, pero también en palanca de control sexual y económico reforzado por la militarización y la pobreza.
- *Sociedades árabes atravesadas por normativas teocráticas* — investigar los discursos sobre el *ḥubb* y el *zawāj* en Marruecos, Arabia Saudí o Irak revelaría de qué modo el matrimonio contractual y la custodia masculina (*walāya*) reconfiguran la dependencia afectiva bajo otros lenguajes jurídicos y religiosos.
- *Entornos de migración y diásporas globales* — desde las trabajadoras domésticas filipinas en el Golfo hasta las mujeres centroamericanas en tránsito hacia EE. UU., cuyas cadenas de cuidado sostienen economías transnacionales y exponen nuevas formas de “amor remesado”.
- *Pueblos indígenas y comunidades rurales del Sur global* — explorar la cosmovisión relacional de las quechuas en los Andes o las *yorùbás* en Nigeria permitirá contrastar cómo la colonización y el extractivismo alteran pactos amorosos tradicionales, a veces replicando y otras subvirtiendo la lógica patriarcal moderna.

Incorporar estas realidades —diversas en cultura, religión, etnicidad y violencia estructural— ampliará la potencia descriptiva y transformadora de la categoría “amor-opresión”, favoreciendo una teoría verdaderamente situada que dialogue con las prácticas insurgentes de mujeres que aman y resisten en otros márgenes del mundo.

El amor, lejos de ser un refugio apolítico, emerge en esta investigación como columna vertebral del orden patriarcal: sostiene la economía doméstica, justifica la desigualdad y moldea la subjetividad femenina. Desactivar ese engranaje requiere conjugar genealogía crítica y praxis colectiva: regresar a las fuentes, hacer hablar los dolores —en palabras de Flora Tristán— y, simultáneamente, convertir la conciencia de la opresión amorosa en agenda pública transformadora.

X. BIBLIOGRAFÍA

- Abramson, K., & Leite, A. (2011). Love as a reactive emotion. *The Philosophical Quarterly*, Volume 61, Issue 245, October 2011, Pages 673–699, <https://doi.org/10.1111/j.1467-9213.2011.716.x>
- Alba Robles, J. L., Navarro Pérez, L., & López Latorre, M. J. (2015). La violencia de pareja entre adolescentes: Revisión de los programas preventivos actuales y propuesta de intervención. *Misión Jurídica*, 8(9), 69–86.
- Allen, I. D., Densmore, D., Warrior, B., Dunbar, R., Langhorst, H., Weathers, M. A., ... Dylan. (1969). No More Fun and Games, 2. <https://www.jstor.org/stable/community.28041475>
- Amorós, C. (1991a). Hacia una crítica de la razón patriarcal (2.^a ed.). *Anthropos*.
- Amorós, C. (1992). Notas para una teoría nominalista del patriarcado. *Asparkía. Investigación Feminista*, 1, 41–58.
- Amorós, C. (2005). La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres. *Cátedra*.
- Amorós, C. (2011, 25 mayo). 20 aniversario del Curso de Teoría Feminista [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=v_xOnIGkTQ8
- Amorós, C. (2020). «La dialéctica del sexo» de Shulamith Firestone: Modulaciones feministas del freudo-marxismo. En C. Amorós & A. De Miguel (Eds.), *Teoría feminista: De la Ilustración a la globalización. Del feminismo liberal a la posmodernidad*. Vol. 2 (pp. 70–105). Minerva.
- Amorós Puente, C. (2004). Conceptualizar es politizar. En Jornadas “Sin equívocos: violencia de género y otras formas de violencia en el seno de las familias” (pp. 3–12). <https://www.youtube.com/watch?v=Ztc6GS5pXBM>
- Andrew, B. S. (2000). Beauvoir and The Second Sex: Feminism, race, and the origins of existentialism [Reseña]. *The Journal of Speculative Philosophy*, 14(2), 156–160. <https://doi.org/10.1353/jsp.2000.0012>
- Aruzamen, O. (1997). El existencialismo es un humanismo. *Aportes*, 1(5), 38-42. <https://doi.org/10.56992/a.v1i5.285>

- Asamblea General de las Naciones Unidas. (2007). Informe de la Relatora Especial sobre los derechos humanos de las víctimas de la trata de personas, especialmente mujeres y niños. www.un.org
- Atkinson, T.-G. (1969). Radical feminism and love. En *The Feminists*. 138-141
- Atkinson, T.-G. (1969, mayo). Radical feminism. *Notes from the First Year*, 32–37.
- Atkinson, T.-G. (2014). The descent from radical feminism to postmodernism. En *A revolutionary movement: Women's liberation in the late 1960s and the early 1970s* (pp. 1–4). Connecticut Pressbooks.
- Atkinson, T.-Grace. (1974). *Amazon odyssey*. Links Books.
- Atwood, M. (1993). *La novia ladrona*. Ediciones B.
- Barrett, L. F. (2017). *How emotions are made: The secret life of the brain*. Houghton Mifflin Harcourt.
- Barry, K. (2020). Teoría del feminismo radical: Política de la explotación sexual. En C. Amorós & A. De Miguel (Eds.), *Teoría feminista. Del feminismo liberal a la posmodernidad* (2.^a ed., pp. 191–210). Minerva.
- Bauer, N., Heilbrun, C. G., & Miller, N. K. (2001). First philosophy, The Second Sex, and the third wave. En Simone de Beauvoir, philosophy, and feminism (pp. 19–45). Columbia University Press. <https://doi.org/10.7312/baue11664-002>
- Beal, S. (1974). Separation. *Women: A Journal of Liberation*, 5(3), 55–56.
- Belden, J., Densmore, D., Leghorn, L., Lafferty, J., Langhorst, H., ... Wylie, I. A. R. (1970). No More Fun and Games, 4. <https://www.jstor.org/stable/community.28041477>
- Berlant, L. (1998). Intimacy: A special issue. *Critical Inquiry*, 24(2), 281–288. <https://www.jstor.org/stable/1344169>
- Bian, L., Leslie, S. J., & Cimpian, A. (2017). Gender stereotypes about intellectual ability emerge early and influence children's interests. *Science*, 355(6323), 389–391. <https://doi.org/10.1126/science.aah6524>
- Blaffer, S. (1997). Raising Darwin's consciousness: Female sexuality and the prehomínid origins of patriarchy. *Human Nature*, 9(1), 1-49.

- Bosch Fiol, E. (2013). La violencia contra las mujeres: El amor como coartada. *Anthropos*.
- Bosch Fiol, E., & Ferrer, V. (2013). Del amor romántico a la violencia de género. *Profesorado. Revista de Currículum y Formación de Profesorado*, 17(1), 105–122.
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=56726350008> [<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=56726350008>]
- Bosch Fiol, E., & Ferrer, V. A. (2002). *La voz de las invisibles: Víctimas de un amor que mata* (1.ª ed.). Cátedra.
- Bowers, A., & Lee, K. (Eds.). (2013). *The selected papers of Elizabeth Cady Stanton and Susan B. Anthony: An awful hush, 1895 to 1906 (Vol. IV)*. Rutgers University Press.
- Brenner, B. (1971). Liberating The Second Sex from the heterosexual norm. *Women: A Journal of Liberation*, 3(1), 60–61.
- Brown, J. (1968). The manifesto part II. Toward a Female Liberation Movement, 19–35.
- Brownmiller, S. (1975). *Contra nuestra voluntad: Hombres, mujeres y violación*. Planeta.
- Bunch, C., Myron, N., Wilson, M., Baker, S., Gomillion, E. S., Lally, L., ... Brown, R. M. (1972). The Furies, 1(7).
<https://www.jstor.org/stable/community.28037136>
- Buss, D. M. (2018). The evolution of love in humans. En *The new psychology of love* (2.ª ed., pp. 42–63). Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/9781108658225.004>
- Cady Stanton, E. (1895). *The woman's Bible*. European Publishing Company.
<https://archive.org/details/womansbible02stan/page/n7/mode/2up>
- Campos Posada, A. (2025, 5 marzo). La historia del voto femenino, una lucha por la igualdad. *National Geographic*.
- Cantarella, E. (1991). *Según natura: La bisexualidad en el mundo antiguo* (1991.ª ed.). Akal.

- Caro Blanco, C. (2008). Un amor a tu medida: Estereotipos y violencia en las relaciones amorosas. *Revista de Estudios de Juventud*, 213–228.
- Caro García, C., & Monreal Gimeno, M. C. (2017). Creencias del amor romántico y violencia de género. *International Journal of Developmental and Educational Psychology (INFAD)*, 2(1), 47. <https://doi.org/10.17060/ijodaep.2017.n1.v2.917>
- CEU-CEFAS. (2024). El divorcio en España.
- Chandra Bhatta, D. (2023). Woman in Beauvoir's concept: A feminist reading. *DMC Research Journal*, 5, 1–7. <https://doi.org/10.3126/dmcrj.v5i01.52014>
- Chollet, M. (2022). Reinventar el amor. Cómo el patriarcado sabotea las relaciones heterosexuales. Paidós Ibérica.
- Cobo, R. (2019, 18 julio). Somos la cuarta ola. Alianzas estratégicas para el cambio.
- Contreras, T. (2021, 26 agosto). Entrevista a Silvia Federici. *La Otra Diaria*, p46.
- Coontz, S. (2005). *Marriage, a history: From obedience to intimacy or how love conquered marriage*. Viking.
- Cotter, J., Leight, C., Livingston, C., Mulgrew, S., & Whitman, K. (1971). Feminist in heterosexual relations. *Women: A Journal of Liberation*, 3(1), 30–32.
- Cronan, S. (1971). Marriage. *Notes from the Third Year*, 62–65.
- Cronan, S. (1973). Marriage. En A. Koedt, E. Levine, & A. Rapone (Eds.), *Radical feminism* (pp. 213–220). Quadrangle Books.
- Daly, M. (1987). *Webster's first new intergalactic wickedary of the English language*. Harper San Francisco.
- Davis, R. (1971). Venus observed. *Women: A Journal of Liberation*, 3(1), 9–11.
- Davis, S. (2008). *The political thought of Elizabeth Cady Stanton: Women's rights and the American political traditions*. NYU Press.
- de Gouges, O. (1791). Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana. En *A new modern philosophy*. Akal.
- de Gouges, O. (2018). *Los derechos de la mujer*. A la Reina. UNAM.

- de Gouges, O. (2020). *Escritos disidentes* (L. Fuentes & M. J. Yaksic, Eds.; J. P. Pizarro de Trenquallye, Trad.). Banda Propia.
- de Lamo Velado, I. (2021). La persistencia del patriarcado: Análisis sociolegal sobre la desinstitucionalización de la familia nuclear patriarcal y la evolución de la opresión de las mujeres en el siglo XXI. *IgualdadES*, 5, 427–459.
<https://doi.org/10.18042/cepc/IgdES.5.05>
- de Miguel Álvarez, A. (2011). *Los feminismos a través de la historia. Feminismo de la diferencia y últimas tendencias*.
- de Miguel Álvarez, A. (2015). La revolución sexual de los sesenta: Una reflexión crítica de su deriva patriarcal. *Investigaciones Feministas*, 6(0).
https://doi.org/10.5209/rev_INFE.2015.v6.51377
- de Miguel Álvarez, A. (2015). *Neoliberalismo sexual: El mito de la libre elección* (3.ª ed.). Cátedra. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2019.58.10>
- Delphy, C., & Leonard, D. (1984). *Close to home: A materialist analysis of women's oppression*. University of Massachusetts Press.
- Denegri, F., Tristán, F., & Valente, V. V. (2022). La insurrección comienza con una confesión. En *Peregrinaciones de una paria* (pp. 63–96). CLACSO.
<https://doi.org/10.2307/j.ctv2v88cz3.7>
- Densmore, D. (1968). On celibacy. *No More Fun and Games*, 1, 24–27.
- Densmore, D. (1969). The slave's stake in the home. *No More Fun and Games*, 2, 14–20.
- Densmore, D. (1971). Independence from the sexual revolution. *Notes from the Third Year*, 56–61. <https://www.jstor.org/stable/community.28041725>
- Díaz, C. E. R., Salazar, A. B. C., Texaj, A. M. J., & Palencia, K. J. G. (2023). Estudio desde la neurociencia, sobre los diferentes rasgos de personalidad ante el amor en adolescentes. *Revista Académica Sociedad del Conocimiento Cunzac*, 3(1), 127–134. <https://doi.org/10.46780/SOCIEDADCUNZAC.V3I1.72>
- Dolan, P. (2019). *Happy ever after: Escaping the myth of the perfect life*. Allen Lane.

- Douglas, C. A. (1990). *Love and politics: Radical feminist and lesbian theories*. ISM Press.
- DuBois, E. C. (1993a). *Feminism and suffrage: The emergence of an independent women's movement in America, 1848–1869* (7.^a ed.). Cornell University Press.
- Dubriwny, T. (2005). Consciousness-raising as collective rhetoric: The articulation of experience in the Redstockings' abortion speak-out of 1969. *Quarterly Journal of Speech*, 91(4), 395-422.
<https://doi.org/10.1080/00335630500488275>
- Dworkin, A. (1981). *Pornography: Men possessing women*. Women's Press.
- Dworkin, A. (1983, 8 abril). *Feminismo: La agenda. Cartas de una zona de guerra – Andrea Dworkin: Tercera parte*.
- Echols, A. (1989). *Daring to be bad: Radical feminism in America, 1967–1975*. University of Minnesota Press. <https://doi.org/10.2307/2163455>
- Eisenstein, H. (1983). *Contemporary feminist thought* (1.^a ed.). G. K. Hall & Co.
- Errázuriz Vidal, P. (2014). Mujeres sufragistas occidentales en el siglo XIX: Una mirada misógina en Las bostonianas de Henry James. *La Aljaba*, 18, 35–52.
- Esteban, M. L. (2011). *Crítica del pensamiento amoroso*. Bellaterra Edicions.
- Esteban, M. L., & Távora, A. (2008). El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: Revisiones y propuestas. *Anuario de Psicología*, 39(1), 59–73.
- Eurostat – Ministerio de Igualdad. (2023). *Encuesta europea de violencia de género*.
- Fahs, B. (2011a). Ti-Grace Atkinson and the legacy of radical feminism. *Feminist Studies*, 37(3), 561–590. <https://doi.org/10.1353/fem.2011.0047>
- Faludi, S. (2013). *Death of a revolutionary*. The New Yorker.
- Farrow, L. (1974). *Feminism as anarchism*. Aurora.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (V. Hendel & L. S. Touza, Trads.). *Traficantes de Sueños*.

- Female Caucus. (1967). Liberation of women. *New Left Notes*, 2(26), 1–4.
- Feminismo Radical – Diccionario de Ciencia Política y de la Administración. (s. f.). Recuperado el 11 abril 2025, de <http://dcpa.wikidot.com/>
- Feministas Socialistas. (2024, 8 mayo). La tercera ola del feminismo | Amelia Valcárcel – YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=F90ouXpV2fY>
- Firestone, S. (1968). The Jeannette Rankin Brigade: Woman power? En *Notes from the First Year* (pp. 18–19).
- Firestone, S. (1976). *La dialéctica del sexo* (J. Batallé, Trad.; 1.ª ed.). Kairós. (Obra original publicada en 1970).
- Firestone, S., Koedt, A., Gardner, J., & Amatniek, K. (1968). *Notes from the First Year*.
- Fisher, H. (2014). The future of love will play out by prehistoric rules. *Wall Street Journal* (Online).
- Fisher, H. (2019, 4 noviembre). ¿Qué ocurre en nuestro cerebro cuando nos enamoramos? YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=THyb-xoC350>
- Fisher, H., Aron, A., & Brown, L. L. (2005). Romantic love: An fMRI study of a neural mechanism for mate choice. *Journal of Comparative Neurology*, 493(1), 58–62. <https://doi.org/10.1002/cne.20772>
- Fleming, C. (1971). Hey! What are you doing after a revolution? *Women: A Journal of Liberation*, 2(2), 36–40.
- Foussard-Blanpin, O., Bruneau-Bigot, A., & Paillot-Renaud, P. (1984). Échecs et dangers de la contraception orale. *Lyon Pharmaceutique*, 35(6), 385–393.
- Freeman, J. (1972). The tyranny of structurelessness. *The Second Wave*, 2(1), 1–12.
- Freeman, J. (1973). The origins of the women's liberation movement. *American Journal of Sociology*. 78(4), 792–811.
- Freeman, J. (2012, 26 Sep.). In memory of Shulamith Firestone. *n+1 Magazine*, 15, 125–126.
- Freud, S. (1998). Tres ensayos de teoría sexual. [Obras completas, vol. VII].

- Friedan, B. (2017). *La mística de la feminidad* (M. Martínez Solimán, Trad.). Cátedra.
- Fromm, E. (1959). *The art of loving*. Harper & Brothers.
- García, M. Á. (2024, 24 agosto). El amor se termina, y el dinero también: Lo que pierden las parejas que rompen. *El País*.
- Gauvreau, C. (1991). *Redstockings Women's Liberation Archives for Action, 1940s–1991. Part 1: The birth of the Women's Liberation Movement: Pioneers and their sources*. redstockings.org
- Gauvreau, C. (Ed.). (2012). *Redstockings Women's Liberation Archives for Action, 1940s–1991. Primary Source Media*.
- Getaz, B., & Ehrlich, C. (1977). Women and orgasm [Entrevista con T. Dalsemer & J. Waldman]. *Women: A Journal of Liberation*, 8(2), 18–24.
- Gibbs, P. (1975, 1 Oct.). Rape and the man you love. *Women: A Journal of Liberation*, 12–14.
- Global Gender Gap. (2024). [Informe]. World Economic Forum.
- Goldfield, E. (1968). Towards the next step. *Voice of the Women's Liberation Movement*, 1–8.
- Goldman, E. (1911). The tragedy of woman's emancipation. En *Anarchism and other essays* (pp. 219–231). Mother Earth Publishing Association.
- Goldman, E. (2013a). Matrimonio y amor. En Emma Goldman. *Recopilatorio de escritos* (pp. 95–108). Editorial Descontrol.
- Gómez González, M. J. (2020). A propósito de los juguetes para Navidad. *El Peruano*, 1. <https://elperuano.pe/noticia/112007-a-proposito-de-los-juguetes-para-navidad>
- Gómez González, M. J. (2022). *Amoricidios en nombre del patriarcado* (Vol. I). Editorial Gafas Moradas.
- Gray, J. (2016). *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus: La guía definitiva para entender a tu pareja*. Debolsillo.

- Gregory-Boots, L. (1971). Freak out. *Women: A Journal of Liberation*, 2(2), 16–19.
- Guilbeault, L., Brossard, N., & Wescott, M. (1980). Some American feminist [Video]. *Women Make Movies*.
- Gunther-Canada, W. (2015). Book review: Women's rights and the French Revolution: A biography of Olympe de Gouges. *The Review of Politics*, 77(3), 483–485. <https://doi.org/10.1017/S0034670515000418>
- Hara, L. A. (2017, 8 agosto). La mansión de Millbrook, el legendario cuartel general de la revolución psicodélica de Tim Leary. *Pijama Surf*.
- Hartmann, H. (1979). Un matrimonio mal avenido: Hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo. *Zona Abierta*, 24, 85–113.
- Haselton, M. G. (2018). *Hormonal: The hidden intelligence of hormones—How they drive desire, shape relationships, influence our choices, and make us wiser*. St. Martin's Press.
- Herrera Gómez, C. (2020). *Dueña de mi amor: Mujeres contra la gran estafa romántica*. Catarata.
- Herrera Gómez, C. (2020). *La construcción sociocultural del amor romántico*. Editorial Fundamentos.
- Hite, S. (1977). *El informe Hite (estudio de la sexualidad femenina)*. Plaza & Janés.
- Hochschild, A. R., & Machung, A. (1989). *The second shift: Working parents and the revolution at home*. Viking.
- Hogg-Blake, C. (2022). *Loving Gracie: An account of human-animal love*. University of Chicago.
- Hole, J., Levine, E., Syfers, J., Kaplow, S., Rush, F., Ware, C., ... Showalter, E. (1971). Notes from the Third Year (Vol. 3, n. ° 3). *New York Radical Women*. <https://www.jstor.org/stable/community.28041725>
- Igualdes-UVA. (2017). *Encuesta UVA sobre igualdad y violencia de género*. Universidad de Valladolid.

- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica: El amor y las contradicciones culturales del capitalismo* (M. V. Rodil, Trad.; 1.ª ed.). Katz.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor* (M. V. Rodil, Trad.; 1.ª ed.). Katz.
- Illouz, E. (2021). *El fin del amor: Una sociología de las relaciones negativas* (1.ª ed.). Katz.
- INE. (2024). *Estadística de violencia doméstica y violencia de género (EVDVG) 2023*.
- Instituto de la Mujer. (2020). *Publicidad y campañas navideñas de juguetes: ¿Promoción o ruptura de estereotipos y roles de género?* Ministerio de Igualdad.
- Jackson, S. (1993a). Even sociologists fall in love: An exploration in the sociology of emotions. *Sociology*, 27(2), 201–220.
<https://doi.org/10.1177/0038038593027002002>
- Jackson, S. (1993b). Love and romance as objects of feminist knowledge. En M. Kennedy, C. Lubelska, & V. Malsh (Eds.), *Making connections: Women's studies, women's movements, women's lives* (pp. 38–49). Taylor & Francis.
- Jackson, S., & Scott, S. (2007). Faking like a woman? Towards an interpretive theorization of sexual pleasure. *Body & Society*, 13(2), 95–116.
<https://doi.org/10.1177/1357034X07077777>
- Jónasdóttir, A. G. (1993). El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia? (C. Martínez Gimeno, Trad.). Cátedra.
- Jónasdóttir, A. G. (2011). ¿Qué clase de poder es «el poder del amor»? *Sociológica*, 74, 247–273.
- Jones, B., & Brown, J. (1968). *Toward a female liberation movement* (pp. 1–35). New England Free Press.
- Koedt, A. (1968). El mito del orgasmo vaginal. En *Notes from the Second Year* (pp. 37–41).
- Koedt, A. (1969). Politics of the ego. En A. Koedt, A. Rapone, & E. Levine (Eds.), *Radical feminism* (pp. 379–383). Quadrangle Books.
- Koedt, A. (1971). Lesbianism and feminism. *Women: A Journal of Liberation*, 3(1), 33–36.

- Koedt, A., Rapone, A., & Levine, E. (Eds.). (1973). *Radical feminism*. Quadrangle Books.
- Kollontai, A. (1972a). *Sexual relations and the class struggle: Love and the new morality*. Falling Wall Press.
- Kollontai, A. (1975). *Autobiografía de una mujer emancipada* (H. Herrero & J. Del Solar, Trads.; 1.^a ed.). Fontamara.
- Kornegger, P. (1975). *Anarchism: The feminist connection*. The Second Wave.
- Lagarde, M. (2001). *Claves feministas para la negociación en el amor* (1.^a ed.). Puntos de Encuentro.
- Latham, M. (1971). Selling celibacy. *Women: A Journal of Liberation*, 1(3), 21–24.
- Lee, N. (2015, 2 Nov.). Thank you, Rosalyn Baxandall: Socialist-feminist pioneer. *People's World*.
- Lerner, G. (2014). *La creación del patriarcado*. Crítica.
- Levine, C. (1979). The tyranny of tyranny. *Black Rose*, 1.
- Lévi-Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. Paidós.
- Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. BOE, núm. 313, 42166–42197. [Http://boe.es](http://boe.es)
- Lupton, M. J. (1975). Surviving the men in my life. *Women: A Journal of Liberation*, 7(1), 1–3.
- MacKinnon, C. A. (2017). *Butterfly politics*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- MacLean, V. (1971). Thoughts on sex education for our daughters. *Women: A Journal of Liberation*, 2(2), 25–27.
- Margolin, D. (1971). Rape: The facts. *Women: A Journal of Liberation*, 3(1), 19–22.
- Martín Barranco, M. (2023). *La desfachatez machista. Hombres que nos explican el verdadero feminismo*. Los Libros de la Catarata.

- Medina-Doménech, R. M. (2005). Por qué analizar el amor: Nuevas posibilidades para el estudio de las desigualdades de género. Congreso de Antropología Sevilla FAAEE, 207-223.
- Meredith Tax, J., Firestone, S., Mainardi, P., Atkinson, T.-G., Koedt, A., Willis, E., ... Carol Hanisch. (1969). Notes from the Second Year (Vol. 2, n.º 2). New York Radical Women.
- Mies, M. (2019). Patriarcado y acumulación a escala mundial (L. Montalbetti, Trad.). Traficantes de sueños.
- Millett, K. (1995a). Política sexual (1.ª ed.). Cátedra.
- Mitchell, J. (2015). Woman's estate. Verso.
- Montiel Torres, O. (2020). Del amor romántico a la padroterapia: Claves para comprender la dominación masculina sobre mujeres prostituidas. En Estudios de género. Nuevos enfoques interdisciplinarios (pp. 77–91). La Campana Sumergida.
- Mott, L. (1849, 17 Dec.). Discourse on women. Archives of Women's Political Communication.
- Mott, L. (2017). The essential speeches and sermons (C. Densmore, C. Faulkner, N. Hewitt, & B. W. Palmer, Eds.). University of Illinois Press.
- Movement of Women's Liberation. (1971). Editorial. Women: A Journal of Liberation, 3(1).
- Naciones Unidas. (2000). Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños. [Http://onu.org](http://onu.org)
- Naciones Unidas. (2024). Intensificación de los esfuerzos mundiales para la eliminación de la mutilación genital femenina. Informe del Secretario General.
- Observatorio de Violencias Sexuales contra Mujeres Jóvenes. (2024). II Grupo de trabajo de expertas... Nuevas formas de explotación sexual en la era de la manófera. Federación Mujeres Jóvenes.
- O'Donnell, E. Dunbar, R. Kingsbury, S. Densmore, D. Ellen O, King, G. (1968). No More Fun and Games, 1. [normalizar autores]

- ONU Mujeres. (2024). El progreso en el cumplimiento de los ODS: Panorama de género 2024.
- Pacific Paratrooper. (2020, 21 mayo). The post-World War II boom – How America got into gear. Pacific Paratrooper.
- Pateman, C. (1988). El contrato sexual. En *Anthropos* (Ed.), Filosofía política.
- Payne, R. K.-M. (2010). *Love and liberation: Second-wave feminisms and the problem of romantic love*. University of North Carolina.
- Pelta, R. (2012). El nuevo ángel del hogar. Electrodomésticos y publicidad (1880–1960). *Pensar la Publicidad*, 6(esp.), 117–146.
- Perkins Gilman, C. (1900). *Women and economics* (3.^a ed.). Small, Maynard & Company.
- Phelps, L. (1971). Female sexual alienation. *Women: A Journal of Liberation*, 3(1), 12–15.
- Press, J. (2018). The life and death of a radical sisterhood. *New York Magazine*, 1–38.
- Redstockings. (1968). *Notes from the First Year* (Vol. 1). New York Radical Women.
- Redstockings. (1969). Redstockings manifesto. En *Redstockings. First literature list and a sampling of its materials* (pp. 7–8).
- Regan, P. C., Levin, L., Gate, R., Sprecher, S., & Christopher, F. S. (2000). Partner preferences: What characteristics do men and women desire in their short-term sexual and long-term romantic partners? *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 12(3), 1–21.
- Rich, A. (1996). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana (1980). *DUODA. Revista d'Estudis Feministes*, 10, 15–45.
- Riley, B. (1971). Diary of a wife. *Women: A Journal of Liberation*, 2(2), 8–11.
- Robins, J. (1970). *Handbook of women's liberation* (R. Lovin, Ed.). NOW Library Press.

- Rodríguez Díaz, R., & García, A. (2006). La mujer política en los medios de comunicación: Representación y percepción. En XII Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (pp. 1079–1089).
- Rodríguez Martín, V., Sánchez Sánchez, C., & Alonso González, D. (2006). Creencias de adolescentes y jóvenes en torno a las violencias de género y las relaciones de pareja. [Congreso/pp. 189–204].
- Roelofs, J. (2010). Reviewed work: Women's rights and the French Revolution: A biography of Olympe de Gouges. *Science & Society*, 74, 572–574.
- Rossi, A. (1991). La mujer en la baja Edad Media: Matrimonio y fin amor. *Acta Poética*, 12(1–2), 143–168. [<https://doi.org/10.19130/iifl.ap.1991.1-2.507>]
- Roupenian, K. (2019). Un tipo con gatos. En *Lo estás deseando* (pp. 1–177). Anagrama.
- Rowbotham, S. (2021). *Daring to hope: My life in the 1970s*. Verso.
- Russo, C. (2013). A moment in her story: Stories from the Boston Women's Movement [Video].
- Sadler, B. J. (2018). Love as emotion and social practice: A feminist perspective. *Journal of Gender and Feminist Studies*, 11.
- Sagot, M. (1994). Marxismo, interaccionismo simbólico y la opresión de la mujer. *Ciencias Sociales*, 63, 129–140.
- Sánchez, L. A. (1943). *Flora Tristán: Una mujer sola contra el mundo (I)*.
- Sánchez Alvarado, L. F. (2023, 1 septiembre). Divorcio y separación: Golpe económico para mujeres e hijos. *Revista Puntos*.
- Sánchez Hidalgo, E. (2025, 27 enero). Las mujeres aún son menos de la mitad de la fuerza laboral en la mayoría de sectores de la economía. *El País*.
- Sarachild, K. (1978). *Feminist revolution. An abridged edition with additional writings*. Random House.
- Sarachild, K. (1983). The sixties speak to the eighties. *Conference on Activism and Social Change*, 9.

- Sarachild, K. (2018). La concientización: Un arma radical. *Zona Franca*, 25(25), 229–250. <https://doi.org/10.35305/zf.voi25.62>
- Sargent, L. (1981a). New Left women and men: The honeymoon is over. En L. Sargent (Ed.), *Women & revolution: A discussion of the unhappy marriage of Marxism and feminism* (pp. ix–xxix). Black Rose Books.
- Sargent, L. (Ed.). (1981b). *Women & revolution: A discussion of the unhappy marriage of Marxism and feminism*. Black Rose Books.
- Scott, C., & Oken, J. (1971). Divorce as survival. *Women: A Journal of Liberation*, 2(2), 14–15.
- Shirley, I. (1971). Good morning. *Women: A Journal of Liberation*, 2(2), 7.
- Simons, M. A. (1999). Beauvoir and *The Second Sex*: Feminism, race, and the origins of existentialism. Rowman & Littlefield.
- Solomon, A. (2012, 29 Agosto). The legitimate children of rape. *The New Yorker*.
- Sternberg, R. J. (1986). A triangular theory of love. *Psychological Review*, 93(2), 119-135.
- Street, J. (2019). ‘Free Huey or the sky’s the limit’: The Black Panther Party and the campaign to free Huey P. Newton. *European Journal of American Studies*, 14.
- Team Hey Jane. (2025, 4 Abril). The history and impact of the Jane Collective. Hey Jane.
- Thomas, D. (1971). A modest proposal of non-marriage. *Women: A Journal of Liberation*, 2(2), 20.
- Treggiari, S. (1982). Consent to Roman marriage: Some aspects of law and reality. *Echos du Monde Classique / Classical News and Views*, 16, 33–44.
- Tristán, F. (2019). *La emancipación de la mujer* [Edición Kindle]. Ménades.
- Tristán, F. (2022a). Arequipa. En *Peregrinaciones de una paria* (pp. 283–352). CLACSO.

- Tristán, F. (2022b). Las mujeres públicas. En *Peregrinaciones de una paria* (pp. 621–646). CLACSO.
- Tristán, F. (2022c). Los obreros de las fábricas. En *Peregrinaciones de una paria* (pp. 609–620). CLACSO.
- Tristán, F. (2022d). *Peregrinaciones de una paria y otros textos recobrados* (1.^a ed.). CLACSO / Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
- Tristán, F. (2022e). Por qué menciono a las mujeres. En *Peregrinaciones de una paria* (pp. 673–694). CLACSO.
- Tristán, F. (2022f). Unión obrera. En *Peregrinaciones de una paria y otros textos recobrados* (pp. 643–674). CLACSO.
- Tristán, F., & Valente, V. V. (2022). Las mujeres inglesas. En *Peregrinaciones de una paria* (pp. 647–662). CLACSO. <https://doi.org/10.2307/j.ctv2v88cz3.33>
- Tucker, K. (2011). From the “Vinyl Deeps” Ellen Willis wrote about rock. WWFM.
- UNODC. (2022). Related killings of women and girls (femicide/feminicide): Global estimates of female intimate partner/family-related homicides in 2022.
- UNODC, & UN Women. (2024). Femicides in 2023: Global estimates of intimate partner/family member femicides.
- Urra Portillo, J. (2023). Comunicación, violencia de género y suicidio. *Revista Española de Comunicación en Salud*, 14(1). <https://doi.org/10.20318/recs.2023.7838>
- Valcárcel, A. (2019, 2 agosto). El feminismo: Una forma de habitar el mundo [Broadcast]. Cátedra Alfonso Reyes.
- Vanpée, J. (1999). Performing justice: The trials of Olympe de Gouges. *Theatre Journal*, 51(1), 47–65.
- Vázquez Salgado, N., & Pastor, Y. (2019). Uso de redes sociales y mensajería instantánea en relaciones de pareja en la juventud: Un estudio preliminar. *Health and Addictions/Salud y Drogas*, 19(1), 87-98.
- Waggoner, J. (2020, 14 Febrero). El impacto financiero del divorcio después de los 50. AARP.

- Walby, S. (1991). *Theorizing patriarchy*. Basil Blackwell.
- Wildcat Collective. (1971). It ain't easy. *Women: A Journal of Liberation*, 2(2), 2-4.
- Wilkerson, C. (1985). Reflections on women in the SDS. Columbia University Oral History Research Office.
- Willis, E. (1969). Declaration of independence. *Voice of the Women's Liberation Movement*, 6, 4-8.
- Willis, E. (1992). Radical feminism and feminist radicalism. En E. Willis (Ed.), *No more nice girls: Countercultural essays* (pp. 117-150). Wesleyan University Press.
- Wolin, R. (2017, 19 Septiembre). Events of May 1968. *Encyclopaedia Britannica*.
- Wollstonecraft, M. (2005a). Vindicación de los derechos de la mujer. ISTMO.
- Wollstonecraft, M. (2005b). Vindicación de los derechos de la mujer (M. L. González, Ed.). Itsmo S. A.
- Young, I. M. (2000). *La justicia y la política de la diferencia* (S. Álvarez, Trad.). Cátedra; Universitat de València; Instituto de la Mujer.